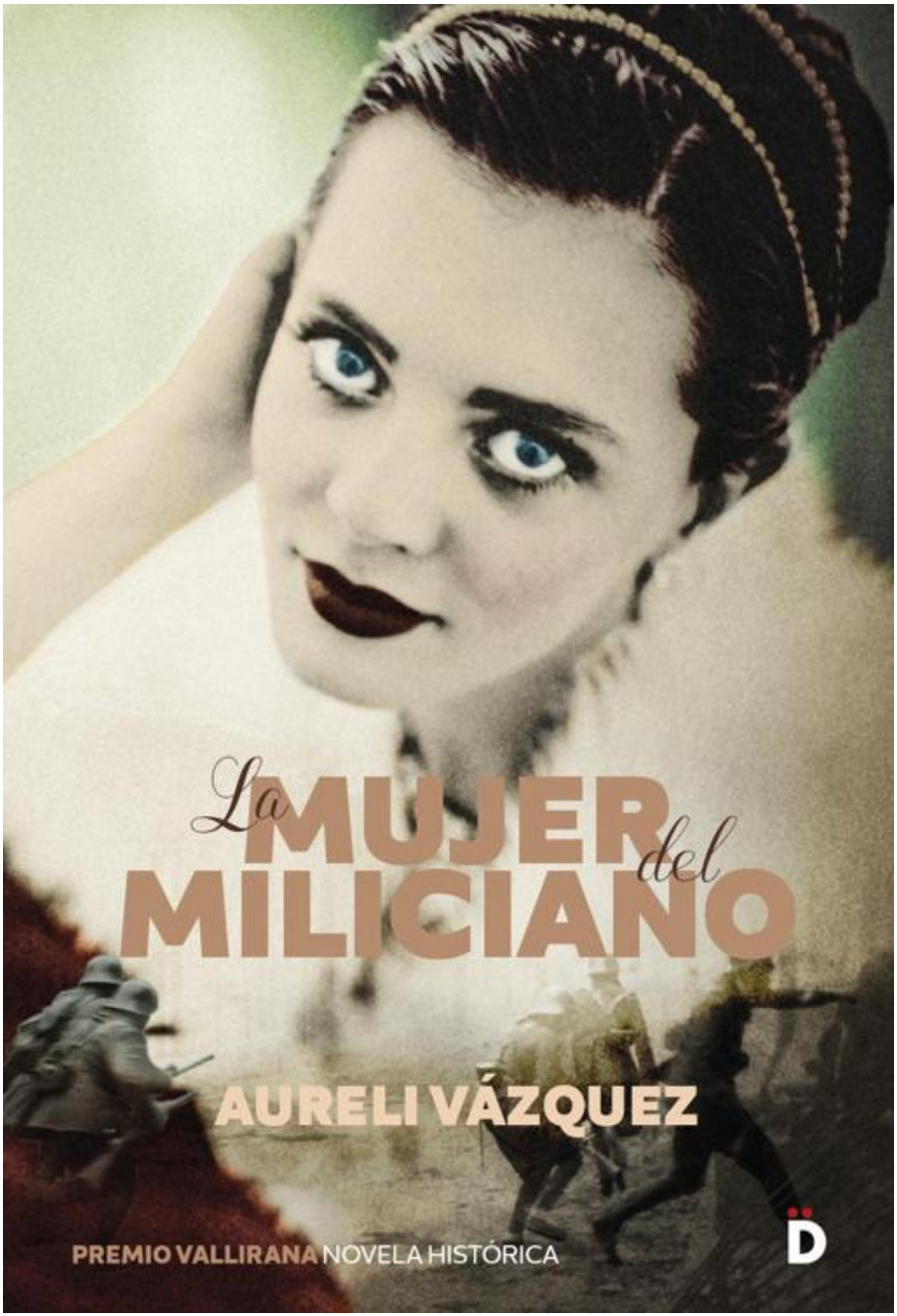
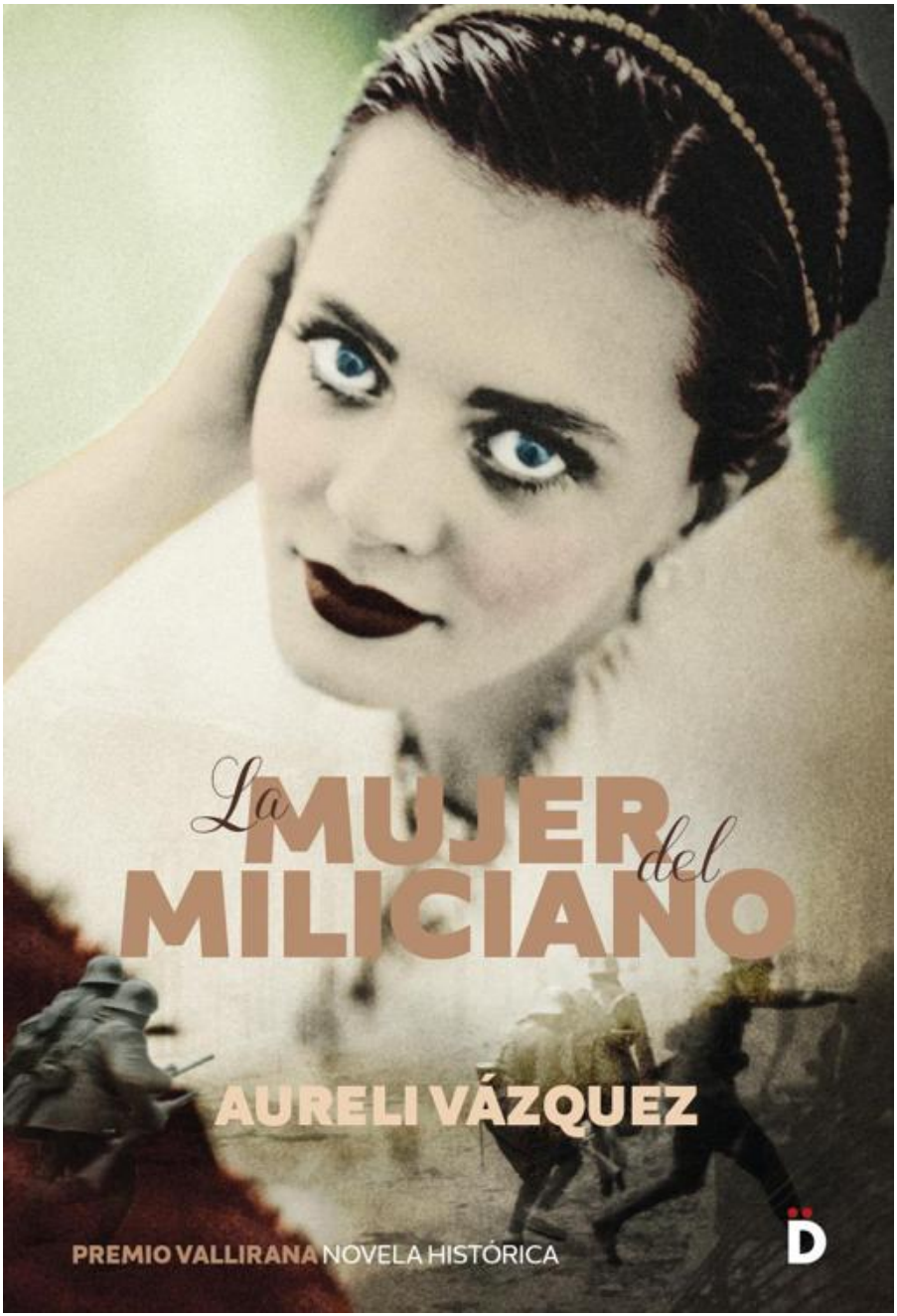
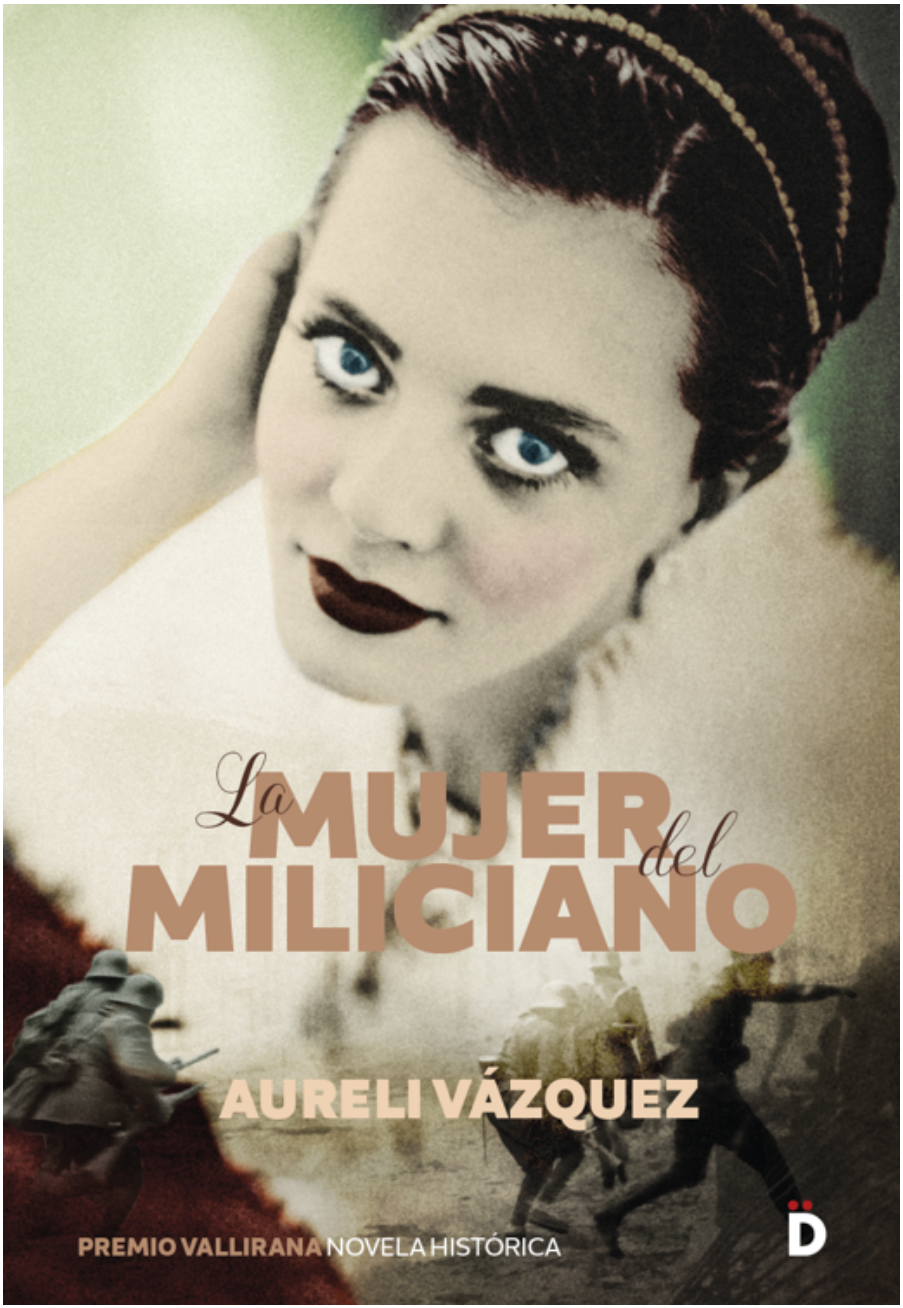
La MUJER del MILICIANO
AURELI VÁZQUEZ
PREMIO VALLIRANA NOVELA HISTÓRICA


La MUJER del MILICIANO
AUREL VÁZQUEZ
PREMIO VALLIRANA NOVELA HISTÓRICA


La MUJER del MILICIANO
AUREL VÁZQUEZ
PREMIO VALLIRANA NOVELA HISTÓRICA


La MUJER del MILICIANO
AURELI VÁZQUEZ
PREMIO VALLIRANA NOVELA HISTÓRICA

MILICIANO

MUJER
MILICIANO
MUJER
La

AURELI VÁZQUEZ

PREMIO NOVELA HISTÓRICA DE VALLIRANA 2022

HISTÓRICA

Esta novela ha recibido el Premio de Novela Histórica de Vallirana 2022, fallado por el jurado compuesto por Raúl Montilla, Glòria Sabaté, María Pilar Queralt del Hierro, Pilar Argudo, Eva Cañadas, Josep Perajuan,Teresa Amiguet y José Ángel Martos.

Primera edición: marzo de 2023

© de esta edición:

Editorial Diéresis, S.L.

Travessera de les Corts, 171, 5º-1ª

08028 Barcelona

Tel.: 93 491 15 60

info@editorialdieresis.com

© del texto: Aureli Vázquez

© de la foto principal de portada: Suteishi / iStock © de la segunda foto de portada: Ilustrowany Kuryer Codzienny /Dominio público © de la foto del autor: Darío Méndez Contraportada: Bcnpress / Shutterstock (Everett Collection) Diseño: dtm + tagstudy

Impreso en España

ISBN libro: 978-84-18011-32-0

ISBN ebook: 978-84-18011-33-7

Depósito legal: B 5549-2023

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su

incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

editorialdieresis.com @eddieresis

«La indiferencia generalizada por la guerra me pareció sorprendente y repulsiva.

Horrorizaba a los que llegaban a Barcelona procedentes de Madrid o incluso de Valencia.

En parte se debía a lo lejos que estaba Barcelona del frente».

George Orwell,

Homenaje a Cataluña (1938)

«Con frecuencia me encontré sorprendida, entre aquellas gentes de la calle Aribau, por el aspecto de tragedia que tomaban los sucesos más nimios, a pesar de que aquellos seres llevaban cada uno un peso, una obsesión real dentro de sí, a la que pocas veces aludían directamente».

Carmen Laforet,

Nada (1944)

ÍNDICE

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

XXXIV

XXXV

XXXVI

XXXVII

XXXVIII

XXXIX

XL

XLI

XLII

XLIII

XLIV

XLV

XLVI

XLVII

XLVIII

XLIX

L

LI

LII

LIII

LIV

LV

NOTA DEL AUTOR

EL AUTOR

I

Barcelona, enero de 1937

—Yo te ayudo con las maletas, camarada.

Henry y Emma escuchaban atónitos al mozo que les atendía en el Gran Hotel Continental, convertido ahora en una torre de Babel que hacía las veces de oficina de tramitaciones, alojamiento para observadores internacionales y, cuando se requería, residencia temporal para milicianos.

A sus treinta y dos años, Henry había visto ya mucho mundo, pero no acababa de acostumbrarse a la inaudita revolución que se palpaba en las calles de Barcelona. Echó un vistazo a su alrededor: el suelo de mármol del vestíbulo, la majestuosa balaustrada de la escalera principal, las suntuosas lámparas del techo. Hacía ya varios meses que la Generalitat había tomado la decisión de colectivizar el prestigioso hotel de las Ramblas, y aun así no conseguía desprenderse de su aire señorial. Todo aquello que había sido concebido para seducir el gusto refinado de las clases pudientes era, sin más, propiedad del pueblo. Y ahora estaba frente a un ascensorista que lucía con orgullo un brazalete de la CNT y transgredía el principio más elemental de cualquier establecimiento exclusivo: nunca, bajo ningún concepto, tutear a un cliente.

—Compañero —insistió el mozo—. Déjame que te ayude, vas muy cargado.

—Oh, disculpa, amigo —respondió Henry en un torpe español—. Todo esto es tan... tan...

—Estimulante —le interrumpió Emma—. Es lo más maravilloso que hemos visto nunca.

El ascensorista los escrutó de arriba abajo sin demasiado disimulo.

—¿Nunca habíais estado en un hotel?

—Sí, claro. Por supuesto —respondió Henry—. Me refiero a las

colectivisa...

—Colectivizaciones.

—Eso es, disculpa mi pobre español.

El mozo se ocupó ágilmente del equipaje de Emma y parte del de Henry, lo introdujo en el ascensor y pulsó el botón del tercer piso. Emma se miró unos segundos en el espejo y concluyó que tenía un aspecto deplorable. Tampoco Henry estaba mucho mejor: la camisa sucia, la americana arrugada y esa horrible barba de tres días que tan mal le sentaba. En fin —se dijo—, habían venido a luchar por una causa, no a hacer turismo.

—¿Ingleses? —preguntó de repente el mozo.

Ambos asintieron.

—¿Hablas inglés? —preguntó Henry, con una chispa de brillo en los ojos.

—Ni una palabra. Aquí casi nadie lo habla.

Henry no pudo ocultar una mueca de decepción.

—Mejor —dijo Emma—. Cuanto antes nos familiarizamos con el idioma, mejor.

—Familiaricemos —corrigió el chico.

—¿Disculpa?

—Se dice «familiaricemos». Con e.

Henry y Emma se dirigieron una mirada fugaz.

El mozo no se dio por vencido y continuó con su particular interrogatorio.

—¿Te has alistado con el POUM?

—Más o menos —respondió Henry, titubeando. Su primera intención había sido incorporarse a las Brigadas Internacionales, pero en el último momento un excompañero universitario con vínculos en el Independent Labour Party, afín al POUM, le había recomendado. Así que viajaba en condición de refuerzo del ILP y, en la práctica, eso lo convertía en un miliciano del POUM. En realidad, le daba igual

combatir con la columna Durruti, con los Aguiluchos de la FAI o con cualquiera de las numerosas milicias y brigadas que, según le habían contado, se lanzaban al frente con decisión; él quería luchar por la libertad y contra el fascismo. Eso le habría contestado al ascensorista si su español no hubiera sido tan macarrónico. La respuesta ambigua de Henry no pareció convencer al chico, que ahora fijaba su atención en los zapatos impecables de Emma.

—Esta habitación es la vuestra, la primera a la izquierda.

Henry rebuscó entre las monedas de su bolsillo y le ofreció una propina. El chico chasqueó la lengua, movió la cabeza con un gesto de desdén y, tomando la mano de Henry, la cerró sobre sí misma.

—Aquí somos todos camaradas, amigo. Nadie está por encima de los demás. Ni siquiera un señorito inglés.

Henry miró avergonzado al muchacho, que en seguida le dio la espalda, y Emma contuvo la respuesta enérgica que le hubiera gustado proferir. Ambos permanecieron unos segundos en silencio.

—Tenemos que «familiarizarnos» —le dijo Henry en castellano, y los dos rieron con ganas por primera vez desde que habían pisado Barcelona.

Mientras Henry se aseaba en el baño, Emma miró por la ventana. Las Ramblas eran un hervidero de gente, tal como ya les habían adelantado sus amigos de Londres. Pero además se percibía un ambiente de euforia muy poco común, nada que ver con lo que uno esperaría encontrar en la retaguardia de un país en guerra.

Desde la habitación de la tercera planta, veía las paredes pintadas con los colores rojo y negro de los anarquistas, banderas de la CNT y la FAI, pancartas del PSUC, retratos de Lenin y Stalin por doquier. A unos pocos metros estaba la Casa Lenin, auténtico cuartel general del POUM, y en el extremo de las Ramblas el hotel Falcón, que hacía las veces de pensión de los milicianos de este mismo partido. Por algún motivo que a Emma se le escapaba, a ellos se les había asignado el Continental, sin duda más elegante y glamuroso. A Emma le avergonzó pensar que se alegraba por ello: el Falcón tenía un aspecto sobrio y aguerrido que contrastaba con el empaque señorial del Continental. Si fuera posible extirpar quirúrgicamente ambos edificios del mapa y situarlos frente a frente, parecerían personajes novelescos: uno esbelto y amable; el otro tosco y arisco. La cordialidad de Edgar

Linton y las cicatrices de Heathcliff en esa borrasca amenazadora que era la guerra.

La conversación con el ascensorista la había incomodado y ahora se sentía insegura: ¿cómo se suponía que debía vestirse? Nunca se había considerado especialmente refinada con la ropa, pero incluso así, ¿resultarían excesivos el vestido negro y el abrigo de piel? Este último era un regalo de boda de su madre, pero no dejaba de ser una prenda cara. Demasiado, dadas las circunstancias, concluyó. No quería parecer una mujer frívola; no en una ciudad donde la población hacía largas colas para conseguir pan.

—¿En qué piensas?

Henry había salido del lavabo y se secaba el cabello con una toalla áspera. Por fin se había deshecho de esa barba incipiente.

—En nada. ¿Dónde cenaremos?

—El restaurante del hotel está abierto para los milicianos. Pero si lo prefieres podemos dar una vuelta por la ciudad y...

—No. El restaurante del hotel es perfecto —atajó Emma mientras colgaba el abrigo de piel en el armario.

El comedor del Continental parecía más un campamento militar que un salón de hotel. Los milicianos ocupaban anárquicamente las mesas y correteaban por los pasillos como si aquella cena fuera el preludio de una gran fiesta de fin de curso. Henry y Emma se plantaron en la entrada, inmóviles, esperando alguna señal que les indicara el procedimiento. Los milicianos se giraron hacia ellos y la presencia de Emma arrancó silbidos, que se apagaron poco a poco con algunas risotadas. A ella le contrariaba relativamente. Por encima de todo, querían evitar el bochorno de una nueva salida de tono. ¿Estaban las mesas asignadas? ¿Sería descortés ocupar sin más una de ellas? ¿Se ofendería de nuevo algún empleado del hotel si se dirigían a él en busca de ayuda? De pronto se sintió ridícula: había decidido acompañar a su marido a la retaguardia de una guerra y ni siquiera era capaz de lidiar con los protocolos de una cena. Miró con el rabillo del ojo hacia la recepción, con la inconfesable esperanza de que un responsable de sala les indicara la mesa, les tomara nota y les recomendara los platos del día. ¡Qué reconfortantes eran los hábitos de un hotel y qué lejos quedaban ahora!

Desde el fondo de la sala, un miliciano alto, con aspecto de extranjero, les invitó a unirse a su mesa con un gesto amigable y algo desmedido. ¿Acaso los conocía? Emma se giró instintivamente, temiendo que la invitación se dirigiera a un tercero.

Henry lo vio también y ambos se acercaron. El estrépito de los gritos, las risas y las conversaciones a viva voz les impedía comunicarse entre ellos mismos. Emma todavía no se había habituado a la costumbre mediterránea de alzar la voz incluso para las cosas más elementales. Aunque podía distinguir el inconfundible acento británico en algunas mesas, parecía que hasta los milicianos ingleses se hubieran contagiado de la necesidad típicamente española de multiplicar los decibelios.

—Welcome to Barcelona —les saludó su inesperado anfitrión con una amplia sonrisa.

Era un tipo alto, lo suficiente como para destacar incluso en el contingente británico. Lucía un finísimo bigote y se cubría el cuello con un pañuelo de seda. Si lo que pretendía era pasar desapercibido en las milicias locales, desde luego había fracasado.

Emma y Henry aceptaron su invitación para compartir mesa y se sentaron junto a él. Le acompañaba una joven morena, con aspecto retraído, que sonreía igualmente. Parecía agradecida de contar con algo de presencia femenina para contrarrestar el coro de voces masculinas.

—Soy Eric y ella, mi esposa Eileen —se presentó.

Estrecharon sus manos y se relajaron, por fin, con la satisfacción de poder intercambiar impresiones en su propio idioma.

—¿También vienes con el ILP? —preguntó Henry, usando las siglas inglesas del Partido Laborista Independiente.

—Sí, llegamos hace tres días junto con el primer grupo —respondió Eric, señalando a la treintena de milicianos que llenaban las mesas colindantes.

—Nosotros hemos llegado hoy. ¡Casi no nos dejan venir!

—Cierto —corroboró Eric—. Creo que nuestro querido Gobierno británico no ve con muy buenos ojos que estemos aquí. En fin, por suerte no tuvimos problemas.

Eric se ajustó el pañuelo con sus dedos huesudos, como si le preocupara que en algún momento dejara de cubrir totalmente su cuello pálido. Emma lo observaba.

—Es una superstición —dijo, sintiéndose observado—. Si me tapo el cuello, seguro que no recibiré un tiro.

Rieron las bromas ocurrentes de Eric y hablaron sobre la situación de España, sobre la escasez de alimentos en la ciudad y sobre los diferentes grupos de milicias que se estaban organizando.

—Es increíble que en tan poco tiempo se haya construido una economía alternativa —comentó Henry.

—Lo han colectivizado casi todo —explicó Eric—. Los comercios, los hoteles, las fábricas... Nunca había visto nada igual.

—¿Y funciona?

Eric torció el gesto.

—No lo sé. Diría que sí: la gente aquí está ilusionada y parece feliz. Por primera vez, tienen algo que decir en la construcción de su país. ¡Esta gente paró los pies a los sublevados en la calle, Henry! ¡Los propios ciudadanos! Se han ganado el derecho a poder decidir sobre su economía, ¿no crees?

—Por eso estamos aquí —respondió Henry rápidamente.

Emma dirigió una mirada fugaz a Eileen, que parecía pensativa.

—Pero esas tremendas colas para conseguir pan...

—Eso es verdad —concedió Eric—. Tampoco es fácil encontrar carbón, ni leche. Y los huevos tienen un auténtico mercado alternativo. Pero es normal, ¿no creéis? Apenas hace unos pocos meses que están poniendo orden y la Consejería de Abastos del Ayuntamiento trata de organizar la logística.

Acabaron de cenar y Eric propuso salir a dar un paseo.

La noche barcelonesa era gélida y húmeda, pero las Ramblas estaban incluso más animadas de lo que Emma y Henry habían visto a primera hora de la tarde. Centenares de personas deambulaban arriba y abajo con la aparente determinación de saber exactamente a dónde iban. La mayoría eran milicianos vestidos con el mono de las diferentes

formaciones a las que representaban, pero había también parejas, grupos de jóvenes, gente de toda clase que sonreía e incluso les saludaba al pasar junto a ellos.

Por alguna extraña razón que Emma y Henry no acababan de comprender, se percibía claramente un sentimiento de admiración hacia «ellos», los extranjeros, por el mero hecho de serlo. Lo cierto es que era fácil distinguirlos de los milicianos barceloneses: les delataba su piel blanquecina, su estatura —una cabeza por encima de la media — y, por supuesto, su inconfundible acento.

—¿Qué te parece, Emma?

Henry la rodeó con su largo brazo y la besó en la mejilla. No era un hombre cariñoso, así que Emma interpretó ese gesto como una muestra de plena satisfacción: Henry estaba exactamente donde quería estar. No estaba segura de poder decir lo mismo.

—Tengo frío —se limitó a responder.

—Tenías que haberte puesto el abrigo negro.

—¿Te refieres al abrigo de piel?

—Ese mismo.

Emma echó un vistazo alrededor.

Definitivamente, Henry no tenía ni la menor idea de lo que decía.

Recorrieron las Ramblas en dirección al mar y se detuvieron frente a las Atarazanas, de las que Eric había oído hablar. Comentaron algunos detalles sobre su arquitectura singular y lamentaron que su visita no se hubiera producido con fines más lúdicos. Pero cada vez que alguno de ellos sacaba a relucir ese argumento, Eric o Henry lanzaban una proclama antifascista. A veces Emma y Eileen se apresuraban a aplaudir su entusiasmo y a veces les recordaban que no debían exponerse innecesariamente.

Los grupos con los que se cruzaban les jaleaban y animaban con gritos y vivas que a duras penas conseguían comprender, pero el entusiasmo compartido y el ambiente de euforia que flotaba en el ambiente se habían convertido en un poderoso elixir.

Desde las Ramblas, la idea de combatir en «el frente» parecía un concepto abstracto, como un poema épico o una novela de caballerías. Emma no se imaginaba a todos esos hombres que ahora saltaban y coreaban lemas anarquistas saliendo de la trinchera con un fusil en la mano. Peor aún: no estaba segura de que ellos mismos lo hicieran.

De vuelta al hotel, se detuvo a observar los nombres de las calles que atravesaban las Ramblas; pensó que sería una buena idea recorrerlas durante el día. Después de todo, si las cosas iban según lo previsto, iba tener mucho tiempo para ello.

II

Un sol espléndido iluminaba la habitación y Emma se despertó con la sensación de haber vivido un sueño. Necesitó unos segundos para recordar que estaba en Barcelona y que, por extraño que pareciera, aquello era la guerra. La retaguardia de una batalla que se libraba apenas a unos cientos de kilómetros de allí, y que con toda probabilidad no tardaría en llegar, como una mancha de aceite que se expande irremediablemente.

Henry dormía como un niño. Tanto mejor: pronto iba a echarlo de menos. Emma se preguntó si esos ideales ingenuos y exacerbados, que en buena parte compartían, serían suficientes para mantener la moral en el frente. Sin embargo, él había tenido formación militar, aunque sólo fuera fugazmente y en refinadas academias. Menudo disgusto se había llevado su suegra, la madre de Henry, cuando él le había anunciado su intención de combatir en el frente de la guerra española.

—Esa sucia guerra de anarquistas que ni te va ni te viene —le había espetado la señora Bennett, enfurecida y asustada a la vez—. Y pensar que renuncias a una carrera brillante como ingeniero por esa gente.

—Esa gente podríamos ser cualquiera de nosotros, madre —le había respondido Henry en presencia de Emma—. Los fascistas les arrebataron el poder y ese pueblo se defiende. Tengo el deber de ayudarlos, eso es lo que me habéis enseñado vosotros: es de justicia.

Incluso Emma se había sentido enternecida por la ingenuidad elemental de su marido. Pero en una cosa tenía razón: a esa gente le habían arrebatado el poder que había surgido de las urnas. Y ahora esa gente era «su» gente.

Saltó de la cama y se vistió con sigilo. No quería despertar a Henry. Aunque la cena había sido de lo más frugal —una patata hervida, unas pocas judías y algo de pescado—, no estaba especialmente hambrienta. Sentía, no obstante, unas ganas tremendas de conocer Barcelona a la luz del día. Le dejó una nota a Henry en el espejo y salió.

Esta vez sí, se había puesto el abrigo de piel. La mañana era fría, pero el sol empezaba a calentar las Ramblas y a Emma le reconfortó la

apacible sensación de normalidad que imperaba en las calles.

Los quioscos de prensa dispensaban periódicos a un ritmo endiablado y abundaban los corrillos alrededor de los milicianos. En los ojos de los hombres brillaba la determinación por el cambio, Emma percibía claramente esa convicción. No podía dejar de preguntarse qué esperaban encontrar en la batalla, y temía que esa seguridad, incluida la de su marido, no fuera sino un espejismo infantil; la vana esperanza de un mundo mejor. Como los peregrinos que acuden a un lugar milagroso convencidos de que su sola fe puede devolver la vida a un moribundo.

Emma los observaba hablar, reír, discutir. La mayoría de ellos tenía serios problemas para alimentar a sus familias, y algunos preparaban su inminente partida al frente. Y sin embargo departían con entusiasmo, ajenos a su destino. Tal vez no eran conscientes de que sus vidas pendían de un hilo; de que sus ilusiones eran un frágil castillo de naipes.

Siempre que pensaba en esas cosas, Emma se sentía culpable. Henry la había arrastrado a Barcelona con su entusiasmo vital y sus ideales sólidos. Ella le adoraba por eso, pero no era estúpida. Había visto y vivido lo suficiente como para saber que no bastaba con buenas intenciones para detener los golpes. Quizá esa forma de ver las cosas la convertía en la peor de las traidoras, pero estaba segura de ver con claridad.

Pasó de nuevo frente a un pequeño grupo de hombres que debatían la mejor estrategia para cambiar las cosas. Esta vez Emma aminoró la marcha y escuchó con discreción. Eran cinco hombres, unos chicos en realidad; el mayor de ellos no alcanzaría los veinticinco. Había también una mujer de unos veinte años, que intervenía igualmente enérgica y decidida. Emma la observó: vestía un mono azul, algo descolorido, como el resto de milicianos. Mencionaban por igual a Lenin y Stalin, a Companys y a un tal Durruti, del que ya había oído hablar en la cena con Eric y Eileen.

Siguió caminando en dirección al mar, como ya había hecho la noche anterior. Era estimulante reconocer los lugares que había visto en postales o fotografías, como el mercado de la Boquería, el Liceo o el teatro Poliorama. Se detuvo ante cada uno de ellos, embelesada.

En la esquina de la Rambla con la calle de San Pablo ocurría algo. Un gentío se agolpaba frente a un camión. Emma se acercó: un numeroso grupo de mujeres, también algunos hombres, se aglomeraban

caóticamente para conseguir una barra de pan. Todas ellas parecían acostumbradas, o resignadas, a invertir a diario largo tiempo en esas colas. La ruborizó comprobar que muchas de ellas la miraban. Tardó unos segundos en darse cuenta de que su abrigo, y su inconfundible aspecto de extranjera, la delataban como una extraña. Ya había visto esa mirada el día anterior: había un punto de admiración, la que puede sentirse ante alguien que procede de otro mundo, presuntamente más desarrollado y complejo. Pero ahora leía en esas miradas otro matiz nuevo: la incomprensión. ¿Qué hacía aquella extranjera allí, rodeada de miseria por voluntad propia? ¿Qué se le había perdido a ella en esa guerra? Varias de las mujeres de la cola del pan la escrutaban de arriba abajo y sin disimulo. Quizá trataban de entenderla. O quizá la estuvieran juzgando.

Emma se sintió abrumada por el peso de esas miradas y reanudó la marcha por la calle de San Pablo. Ahora se sentía ridícula con su caro abrigo de piel. «¿Cómo he podido ser tan estúpida?», se preguntaba mientras caminaba por las calles adoquinadas de la ciudad.

Mirara donde mirara, todo eran negocios colectivizados. Había algo especial en la omnipresencia de ese sustantivo, «colectivización», que presidía la mayoría de los rótulos, carteles y toldos. ¿Cómo había conseguido esa gente socializar toda una economía e incluso proclamarlo a los cuatro vientos en tan poco tiempo?

Ni siquiera Emma, la oveja negra de una familia aburguesada, había creído que tal cosa fuera posible. Ni en el mejor de los sueños de Henry entraba la posibilidad de que una ciudad de un millón de habitantes hubiera subvertido el orden establecido. Apenas se habían cumplido cinco meses desde que el pueblo, desde las bases y sin preparación militar, había subyugado a los militares sublevados. La fuerza de los sindicatos obreros había sido clave para detener el levantamiento militar, y desde luego habían aprovechado la ocasión para tomar el control de la calle. Y con ella, el poder real sobre la economía, las finanzas mismas del país. Hasta el presidente Companys se había visto obligado a reconocerlo: sin ellos, sin esos grupos precariamente organizados, pero extraordinariamente motivados, Barcelona sería ya una ciudad ocupada.

¿Cuánto tiempo iban a poder mantener esa increíble excepcionalidad?

Poco a poco el bullicio de las Ramblas fue quedando atrás. La calle de San Pablo no era un remanso de paz, pero el ligero ajetreo de sus

pequeños comercios le resultaba a Emma mucho más acogedor. Entre los colmados, bares y oficios varios, un escaparate menudo llamó su atención: una librería.

LLIBRES PALAU

Emma no se lo pensó dos veces: empujó la pesada puerta de madera, que chirrió sobre sus goznes, y el sonido familiar de una campana alertó al librero, que se limitó a levantar la vista un segundo.

—Buenos días, señora.

Señora no era una palabra muy popular en Barcelona, así que Emma se sintió súbitamente interesada por ese hombre de apariencia taciturna, poblado bigote y cabello canoso.

—Buenos días —respondió Emma, tratando de disimular su acento—. ¿Le importa si echo un vistazo?

Esta vez el librero ni siquiera apartó sus lentes del libro en el que al parecer se había sumergido sin remedio.

—Mal negocio haría si eso fuera un problema para mí —respondió secamente.

Emma se entretuvo unos segundos con las novedades del escaparate, la mayoría de ellas ensayos sobre política. También había algunos títulos en catalán: Moment musical, de Carles Soldevila, o Fira de ninots, de un tal Castanys. Ella siempre había preferido descubrir rarezas y tesoros ocultos, así que se entretuvo unos minutos quitando el polvo a algunos libros viejos. Durante los últimos meses había preparado su visita a España leyendo a Emilia Pardo Bazán. Su bibliotecaria de cabecera le había dicho que Los pazos de Ulloa era un buen retrato de las clases sociales españolas, así que le hizo caso. Le costó entender buena parte del vocabulario porque su español era todavía muy precario, pero con la ayuda de un profesor y de sesiones de obstinada lectura había aprendido mucho sobre el idioma, y muy poco sobre las clases sociales.

De vez en cuando dirigía una mirada de soslayo al librero, que seguía profundamente interesado en lo que quisiera que estuviera leyendo.

—¿Podría recomendarme un libro?

El librero apartó parsimoniosamente la vista de su lectura y observó con atención a la clienta. Se quitó las lentes y las depositó sobre el ejemplar.

—¿Busca usted un libro para aprender español? Si es así...

—No, no. Busco un libro interesante, alguno que usted me recomiende —le interrumpió Emma.

El hombre cerró su libro y Emma pudo leer en la cubierta el nombre del autor: Ramón María del Valle-Inclán. El librero se percató de su interés.

—Un gran dramaturgo —reflexionó, mientras se abría paso entre los estantes y pilas de libros—. Murió hace un año. Un exaltado para algunos, pero muy lúcido en mi opinión. Pero ahora, no sé cómo decírselo... no es un tipo de lectura que tenga mucho éxito. No en una ciudad como Barcelona. A la gente le gustaba ver sus obras en el teatro, ¿sabe?

Mientras escuchaba su disertación, Emma se preguntaba qué tipo de persona podía consagrarse a los libros, la mayoría polvorientos, mientras la ciudad se preparaba para una guerra.

—Yo fui a ver uno de sus estrenos al teatro Goya —prosiguió el librero —. Me interesaba más el personaje que se había creado que su ficción, pero aun así tengo que decirle que disfruté. Esta ciudad siempre le acogió bien, aunque ahora esas cosas ya no importen.

Tenía la costumbre de aferrarse a los muebles mientras hablaba, como si necesitara asirse a las cosas terrenales para no perderse en sus divagaciones. Ahora el escritorio donde reposaba la escuálida caja registradora, ahora la jamba de la puerta, ahora los anaqueles repletos de libros.

—¿Me lo recomienda, entonces?

El librero se interrumpió con un pequeño sobresalto. Parecía haber olvidado el motivo de la conversación.

—Eso depende. Valle-Inclán era un tipo, cómo se lo diría... contradictorio. Conservador y revolucionario a la vez; crítico con el sistema, con el poder, con las leyes. No sé si es demasiado peculiar para... en fin, no sé si es el tipo de libro que usted busca.

—¿Cómo se titula ese libro que lee?

—Este libro —respondió tomándolo entre sus manos— es una obra de teatro, Luces de bohemia.

—¿Está ambientado en Barcelona?

El hombre apartó la mano de la estantería y la depositó sobre la pila de libros que le separaba de su clienta.

—No. Pero aparece un preso anarquista de Barcelona.

Emma se encogió de hombros, divertida.

—No parece un motivo de peso para decidirme por él. Pero siento curiosidad, me lo llevo.

El librero permaneció inmóvil unos segundos, como si necesitara retomar el hilo.

—Bien, pues no se hable más: se lo envuelvo.

Emma acompañó al hombre al mostrador y lo observó mientras empaquetaba su adquisición en un sobre de papel de estraza.

—¿Se marcha su marido al frente? —preguntó de repente el librero, mientras le entregaba el sobre.

—Así es —respondió Emma, que aún no se había acostumbrado a esa forma mediterráneamente directa de abordar a las personas.

—Disculpe la indiscreción. He supuesto que era usted la mujer de un miliciano, espero que no le importe...

—Lo soy, sí. No se preocupe.

—Me han contado que cada vez son más los voluntarios venidos de otros países.

—Debe de haber conocido ya a unos cuantos.

—Si quiere que le diga la verdad, la mayoría de ellos no se dejan caer por aquí. Supongo que la lectura no es exactamente un bien de primera necesidad.

—Para mí lo es.

El librero apartó la mano de la caja registradora y se la tendió a Emma con algo parecido a una sonrisa.

—Armand Palau. Me ha gustado conocerla, señora. Si necesita las recomendaciones literarias de un pobre viejo, aquí las encontrará.

Emma sonrió.

—Lo tendré en cuenta.

Cuando Emma regresó al hotel, Henry desayunaba en el comedor en compañía de Eric, Eileen y otros dos hombres, ambos españoles. A la luz del día, el ostentoso salón le parecía más bien una cantina. Henry le sirvió un café con aspecto de achicoria y Eric le acercó una rebanada de pan untada de tomate.

—Aquí lo comen a todas horas: pan, tomate, aceite y un poco de sal.

Emma pensó inmediatamente en las largas colas para conseguir una barra de pan y se lo llevó a la boca con ganas. Estaba muerta de hambre.

Compartió con el grupo su pequeña incursión por la ciudad y se entretuvo con el capítulo de la librería. Los dos milicianos desconocidos la escuchaban con inesperada atención, lo que halagó a Emma. Relató sus impresiones, compartió la alegría de haber encontrado una librería acogedora y detalló la conversación con el peculiar librero.

—Me ha alegrado comprobar que aún hay quien guarda las formas en esta ciudad —añadió en tono jocoso.

—¿A qué te refieres? —preguntó uno de los españoles.

—A que alguien se dirija a mí como «señora» y me hable de «usted» —respondió.

Henry cambió repentinamente el semblante.

—Luego haremos una visita a ese compañero —intervino el segundo de los españoles, en un tono que Emma no supo discernir—. ¿Cómo dices que se llamaba la librería?

—La verdad es que no lo recuerdo —mintió Emma.

El grupo se levantó de la mesa y Henry se llevó a Emma aparte.

—Deberías ser más cuidadosa con lo que dices —le recriminó—. Aún no conocemos la sensibilidad de la gente de aquí.

—Qué tontería —se ofendió Emma—. ¿Es que está prohibido tratar bien a una dama?

Henry se detuvo en seco.

—¿Te estás escuchando, Emma? No hay «damas» aquí. Somos todos iguales, así son las cosas. Por eso luchamos.

—¿Luchamos? ¿Has venido aquí a luchar por eso, Henry? Espero que no.

—Me has entendido perfectamente. Sólo digo que debemos ser prudentes. Alguien podría malinterpretarnos. Llamamos la atención, hay muchas suspicacias, Eric me ha puesto al día. Fíjate: en esta ciudad hay gente que se muere de hambre y tú sales a pasear como si esto fuera una mañana de domingo en Hyde Park.

Emma se apartó bruscamente de Henry y lo miró con dureza.

—Descuida, Henry. A partir de ahora mediré mejor mis palabras.

III

Cuando Henry bajó de la habitación, Emma le esperaba en la puerta con cara de pocos amigos. Ambos empezaron a caminar en dirección a la plaza de Cataluña en un incómodo silencio. Él, llevado por su incorregible curiosidad, se detenía constantemente para leer carteles, pasquines y pintadas. Ella, cansada de los inesperados parones, se adelantó. De vez en cuando se giraba sobre sus pasos para asegurarse de que Henry no se había quedado petrificado; la notable altura de su marido le permitía sobresalir respecto a la estatura más bien corta de los barceloneses, así que bastaba con una rápida mirada.

Enseguida llegaron a la plaza de Cataluña. A Emma le impresionó ver dos enormes retratos de Lenin y Stalin impresos sobre lonas en la fachada del Hotel Colón. Cada uno de ellos debía de medir cinco metros de altura, por lo que ocupaban dos balcones de sendas plantas respectivamente. Sobre ellos, una pancarta transversal anunciaba el nombre del gran inquilino del hotel: PARTIT SOCIALISTA UNIFICAT DE CATALUNYA.

Echó un vistazo alrededor: sorprendía ver que el renovado aspecto revolucionario de la ciudad convivía en cierta armonía con la estética monumental del paseo de Gracia y de la misma plaza de Cataluña. Había incontables esculturas de artistas locales enmarcando la plaza y su fuente central, herencia de la última Exposición Internacional, la de 1929. Emma no había visitado antes Barcelona, pero había leído mucho sobre ella. Se preguntaba cómo era posible que una ciudad en plena efervescencia industrial se viera inmersa de repente en un conflicto de ese calado.

No podía obviar que sus propios ideales, tan receptivos al cambio, chocaban con sus orígenes acomodados, con su educación exquisita, sus clases de francés y sus modales de niña rica. Tampoco Henry era ajeno a ese salto: ambos pertenecían a un privilegiado grupo de población bendecido por la fortuna. Y los dos sabían que, por mucho que trataran de disimularlo, aquella no era su guerra. Emma albergaba esa certeza. Henry no lo decía en voz alta, pero desde luego así era. ¿A qué venía esa angustia repentina por aparentar modos rudos? ¿Y esa agónica prisa por sumar lecturas marxistas?

Adoraba a Henry, sus ideas rupturistas, su necesidad de discutirlo

todo. Le parecía un hombre inteligente y osado. Pero ahora le dolía ver que esa inteligencia se ponía al servicio de las proclamas uniformes que él mismo habría criticado si no estuviera en ese mismo instante en una ciudad de la retaguardia republicana española.

Por supuesto, no le diría nada de todo eso a Henry. Aún no.

—Te había perdido de vista.

Emma se giró.

—¿Has visto eso? —Emma señaló con un discreto gesto las dos fotografías que colgaban de la fachada del Colón.

Henry contempló en silencio la estampa y asintió sin decir una palabra. Sabía exactamente lo que pensaba Emma.

—El pueblo necesita referentes —respondió al fin—. Supongo que los símbolos reconfortan. Y a esta gente le han arrebatado su democracia unos militares fascistas. Si quieren empapelar la ciudad con la hoz y el martillo, por mí que lo hagan. No cambia nada: su causa es justa. Y pienso luchar por ella.

Ahí estaba el Henry de siempre: justicia, fascismo, democracia, lucha.

Emma le cogió de la mano.

Una voz les interrumpió.

—Compañero, llevas los zapatos muy sucios.

Era un chico joven, de unos dieciséis años. Vestía unos pantalones holgados y una chaqueta sucia y raída con el sospechoso aspecto de ser la única prenda de abrigo que colgaba de su armario. La gorra le venía tan grande que a duras penas se le veían los ojos. Tenía la cara tiznada de betún, pero las manchas quedaban disimuladas por su piel morena. Con todo, exhibía una mirada franca y directa, de las que inspiran confianza.

Emma le sonrió; eso era todo lo que el chico necesitaba para dar por iniciado su trabajo. Dejó en el suelo su caja de madera, pintada con los colores rojo y negro de la CNT, e invitó a Henry a tomar asiento en un poyete junto a la fuente. El limpiabotas sacó rápidamente un bote de betún y una gamuza y empezó su trabajo sin que Henry tuviera siquiera tiempo de protestar.

—Buenas botas, camarada —observó con criterio profesional el chico —. Te van a ser útiles en el frente, no dejes que te las cambien en el cuartel.

Henry agradeció el comentario. Le tranquilizó saber que su aspecto no era el de un señorito inglés sino el de un miliciano.

—No te ofendas, amigo, pero pensaba que tu oficio se había prohibido en Barcelona.

El limpiabotas ni siquiera se inmutó.

—¿Por qué? Es tan digno como cualquier otro. Lo que se han prohibido son las propinas. Ahora nuestra tarifa ha subido veinte céntimos, eso sí.

—¿Y no es esa subida otra forma de dar propina? —inquirió Emma.

Esta vez sí, el chico se detuvo un segundo. La miró con una amplia sonrisa.

—Exactamente, compañera. Ahora la propina es oficial. Pero a mí eso me da igual. He perdido las generosas gratificaciones de los señores que estaban de buen humor, pero como a esos ahora no se les ve mucho el pelo, para mí está bien. Yo hago mi trabajo.

—¿Te han llegado noticias del frente? —preguntó Henry, incómodo por el rumbo que tomaba la conversación.

—Dicen que en Huesca los nuestros capturaron un cañón y varias ametralladoras. También un camión con armamento, eso he oído. Fusiles, munición... ya sabes, compañero —el limpiabotas alzó la mirada un instante para lanzar un guiño a Henry.

—Bien, buenas noticias entonces.

—Eso espero —respondió con escepticismo el chico.

—Hay que ser optimistas.

—Optimistas, sí. Pero uno escucha tantas cosas... no sé, compañero.

—¿A qué te refieres? —intervino Emma, sentándose junto a Henry. Aborrecía esa odiosa costumbre de mantener a las mujeres al margen de las conversaciones sobre la guerra.

—Yo sólo soy un limpiabotas.

—Tú mismo has dicho que es un trabajo tan digno como otro cualquiera. También tus opiniones lo son —apuntó Emma con habilidad.

El muchacho dio un último repaso a las botas de Henry y se puso en pie.

—Si algo he aprendido en mi oficio es a escuchar. Y veréis... no hago mucho caso de lo que dice la prensa. Madrid aguanta como puede. El Gobierno se marchó a Valencia, eso no me inspira mucha confianza. Y encima los italianos y los alemanes ponen sus aviones al servicio de los fascistas... ¿Vamos a ganar esta guerra arrebatando camiones en un pueblo de Huesca? ¿Cuánto tardarán en bombardear Barcelona? La verdad, no soy muy optimista, camaradas.

El comentario del limpiabotas les cayó como un jarro de agua fría. Tendría buen criterio o no, pero era evidente que había verdades como puños en lo que había dicho. Emma observó con detenimiento al chico, que le mantenía la mirada con aparente seguridad. Sorprendía la clarividencia de un joven limpiabotas ante un asunto tan complejo. Pero esa misma sencillez resultaba apabullante.

—No quería preocuparos...

—Lo que has dicho tiene mucho sentido —le tranquilizó Henry—. Pero para eso estamos aquí. Y cada vez somos más.

—Por supuesto.

—Eso de los bombardeos... —insistió Emma—. ¿Has oído que haya planes de ataque?

El limpiabotas se encogió de hombros.

—Lo sabe todo el mundo. Están construyendo refugios antiaéreos por toda la ciudad, por algo será. Ya lo han hecho en Madrid, o en Valencia. Lanzan bombas sobre la población, sin miramientos por la muerte de niños.

—Con un poco de suerte, los pararemos antes de que eso suceda.

Emma dirigió una mirada compasiva a Henry. Definitivamente, no quería ver la realidad.

—Me quedo más tranquilo escuchando a gente como tú, camarada —dijo el chico quitándose la gorra. Su fisonomía al descubierto lucía

ahora un aspecto decidido, a pesar de su pelo alborotado.

—Ya tengo ganas de salir hacia el frente —dijo Henry—. Y si hay que ganar la guerra capturando camiones de uno en uno, que así sea.

—Y si hay que morir con las botas puestas, al menos que estén limpias —contestó el muchacho.

A Henry no le hizo mucha gracia la broma.

Prosiguieron con su paseo. En la esquina de la plaza de Cataluña con la calle Vergara, un quiosco del Socorro Rojo vendía libros de pensamiento político y filosófico inspirados en el marxismo. Era la forma del POUM de recaudar fondos para las «víctimas del fascismo». Henry saludó al quiosquero con camaradería y éste le devolvió el saludo con una amplia sonrisa y una palmada en el hombro. Esas muestras de espontánea camaradería emocionaban a Henry. Y tras la conversación con el joven limpiabotas, las necesitaba más que nunca.

La vida en Barcelona proyectaba una relativa normalidad: abrían las tiendas de ropa, los bazares y los comercios en general, la mayoría de ellos colectivizados. Muchos barceloneses seguían vistiéndose con esmero, lo que contrastaba con el clima generalizado de revolución. Los bares y restaurantes mantenían también un ambiente distendido.

Sin apenas cruzar palabra entre ellos, Henry y Emma recorrían la ciudad atentos a todos los detalles. La mayoría de los cines proyectaban películas con esa misma capa de aparente normalidad que cubría toda la ciudad.

Pasaron junto al Coliseum, que había sustituido su sesión de cine por una conferencia de Gastón Leval, un destacado militante del sindicato. Ni Henry ni Emma habían oído hablar de él, pero pensaron que sería bueno escuchar lo que se cocía en la ciudad, especialmente cuando se trataba de un acto de la poderosa CNT, que movilizaba a la mayoría de obreros y controlaba buena parte de los recursos de la ciudad.

Aunque se les escapaban muchas palabras del rico léxico del orador, la poderosa dialéctica les llegaba con la misma fuerza que al resto de asistentes que llenaban las butacas del Coliseum. Contrariamente a lo que esperaban, no se hablaba de la guerra ni del avance de los fascistas. La conferencia abordaba en realidad conceptos más bien

abstractos: la burguesía, los partidos políticos, el poder del pueblo, la socialización de los recursos agrarios... Envueltos en la seductora atmósfera de una ciudad revolucionaria, aquellas palabras sonaban a música celestial. Tanto Henry como Emma escuchaban con atención, subyugados por las ideas que sustentaban el discurso: justicia social, el Estado como accidente transitorio, y sobre todo la conquista del pan. Esto último levantó aplausos y gritos unánimes de aprobación.

La oratoria de Leval buscó también referentes de apuntalamiento intelectual: citaba a Marx y Lenin, Engels y Kropotkin, a Bakunin y Malatesta... La inmensa mayoría de los presentes no habían leído ni una línea escrita por esos autores, pero sus ideas flotaban sobre el patio de butacas como nubes de esperanza.

Al acabar, hubo una gran ovación. También Henry y Emma aplaudieron.

Al salir del Coliseum, entraron en un bar colectivizado y pidieron una copa de vino. La vida social e incluso la diversión nocturna se mantenían muy activas. La Generalitat había impuesto una hora límite para el cierre de locales: las doce y media de la noche para las salas de espectáculos y la una y media de la madrugada para los bares y restaurantes. Era una forma prudente de mantener una cierta actividad económica para la ciudad y, a la vez, respetar a los milicianos que se jugaban el físico en el frente.

Sin embargo, la medida más celebrada por el personal de los restaurantes era la prohibición de hacer detenciones en el interior de los locales. Al parecer, estas irrupciones policiales en los bares provocaban que los detenidos se marcharan con la cuenta sin pagar, lo que mermaba los ingresos de los negocios.

Por la tarde, decidieron pasear por las Ramblas antes de volver al hotel. Los habituales grupos de curiosos alrededor de los milicianos charlaban animadamente. Parecían ilusionados por lo que fuera que estuviera por venir, y eso les reconfortó. Se hablaba de los ataques sobre Málaga y, sobre todo, de la admirable defensa de Madrid, convertida en un símbolo de resistencia.

Henry se acercó a uno de los grupos y automáticamente todos se prestaron a escucharle, con la absurda presunción de que un extranjero estaría en condiciones de aportar una opinión definitiva

sobre cualquier asunto. Henry apenas empezaba a acostumbrarse a esa percepción, así que rogó al grupo que continuaran hablando.

Emma pidió a uno de los hombres, un chico de unos veintipocos años, que le prestara el ejemplar de Solidaridad Obrera que llevaba doblado en el bolsillo. El chico se lo tendió con una sonrisa. «¡Venciendo en Madrid, venceremos en España!», proclamaba uno de los artículos.

Devolvió el ejemplar al chico y se acercó a un quiosco de prensa. Le llamó la atención una ilustración en la portada de La Vanguardia. Aparecía un soldado con un fusil en la mano y un mensaje corto: «Mientras los obuses caen en las calles de Madrid y los aviones ametrallan a las mujeres y niños que salen en busca de alimentos, en Barcelona no se sufre la amenaza de la muerte y nadie se queda sin comer. Catalanas: ¡Acordaos de las mujeres madrileñas cuando estéis en una cola!».

Ya en el hotel, Emma apenas probó bocado en la cena. No podía dejar de pensar en la charla con el limpiabotas. Aquella noche le costó pegar ojo.

IV

—¡Henry, coge tus cosas! ¡Nos vamos al cuartel!

A Henry se le cayó en el café el pedazo de pan que iba a llevarse a la boca. Le hablaba Eric, tan entusiasmado como de costumbre con cualquier novedad. A Emma le gustaba ese tipo jovial e hiperactivo, de quien había oído hablar muy bien; era un hombre de mundo que había publicado varios libros sobre sus experiencias y se había ganado con ello cierta reputación. Además, se contaba que había recibido formación militar y parecía tener las ideas claras. Pensaba que sería un gran compañero de viaje para Henry.

Este rescató el pedazo de pan del naufragio y apuró su café: no estaban las cosas para desperdiciar alimentos. Además, ya se había dado cuenta de que en España había que convivir con la improvisación.

—¡Ni siquiera me he fumado un cigarrillo! —bromeó mientras saltaba de la silla y abandonaba a toda prisa el comedor. Emma lo vio desaparecer por la puerta a la velocidad del rayo. Dos minutos más tarde volvió con un cigarrillo apagado en los labios y su petate al hombro. La besó brevemente y le dijo que la quería.

—¿Qué cuartel es ese? —quiso saber Emma.

—El cuartel Lenin, está cerca de la plaza de España.

—Pero ¿ya te quedas allí? ¿Vais al frente... hoy?

Cuando acabó de formular la pregunta, Henry ya estaba en la puerta del comedor.

—¡No tengo ni idea! —respondió mientras estrechaba la mano de un miliciano desconocido para ella—. ¡Tendrás noticias mías en cuanto lo sepa!

Emma se levantó, echó un vistazo a las mesas semivacías del comedor del hotel y a los carteles propagandísticos que empapelaban algunas de las paredes.

—Bienvenida a la soledad de la retaguardia —susurró una voz

femenina desde un rincón junto a la ventana. La luz del sol incidía directamente sobre ella, y aun así Emma no había reparado en su discreta presencia.

—Eileen, estás aquí. No te había...

—Lo sé. Tampoco Eric me ha visto, según parece. A ti al menos te han dado un beso de despedida.

—La guerra es una situación extraña para todos.

—Tonterías. Son como niños.

Emma no sabía qué decir. La había sorprendido el tono amargo de Eileen, que fumaba un cigarrillo mientras miraba distraídamente por la ventana que daba a las Ramblas.

—¿Te importa si me siento?

—Claro, compañera. Aquí todos somos camaradas. ¿No es así?

—Oye, Eileen. Estás triste, es normal. Yo también lo estoy...

Eileen esbozó una sonrisa. Tenía la mirada perdida en algún punto indefinido entre los corrillos de milicianos del extremo de la Rambla y la anárquica cola del pan que se había formado cien metros más abajo.

—¿Has visto a alguna mujer fumando en esta revolucionaria ciudad? —preguntó sin esperar respuesta mientras se fijaba en sus propios dedos sosteniendo el cigarro—. Yo no. Qué tontería, ¿verdad? Llevo más de una semana aquí, pero no me había dado cuenta hasta hoy.

—La verdad, Eileen, no me he fijado. Pero es un detalle sin importancia. Además, las dos hemos visto mujeres preparadas para ir al frente, milicianas de uniforme. Es irrelevante si fuman o no...

Eileen no la escuchaba.

—¿Sabes, Emma? A veces me pregunto qué papel jugamos nosotras, las mujeres de los valerosos milicianos y brigadistas, en esta retaguardia extraña y hostil. Ahora somos extranjeras en una ciudad que pronto nos verá como... no lo sé, ¿cómo crees que nos verán esas mujeres que se disputan un sitio en la cola ahí abajo para conseguir una barra de pan para sus hijos? La conseguirán y mañana volverán de nuevo a la misma lucha, que será más difícil que hoy. Y así sucesivamente hasta que acabe esta estúpida guerra. ¿Cuánto va a

durar eso? Dime, ¿seis meses? No lo creo. ¿Dos años? ¿Cuatro años, como la Gran Guerra?

—Ahora lo ves así, Eileen, pero no eres objetiva.

Emma se esforzó por insuflar credibilidad a sus propias palabras a pesar de que ni siquiera ella misma acababa de creérselas. Eileen había dado en el clavo. ¿Qué iba a ser de ellas si las cosas se complicaban? Apenas conocían a nadie en la ciudad y los pocos conocidos que tenían se irían al frente, o sencillamente estarían ocupados en otros menesteres bastante más importantes.

Eileen ya no respondió. Dejó que su cigarrillo se consumiera en el cenicero y se levantó.

—Dios te oiga, Emma —dijo antes de abandonar el comedor.

Emma miró por la ventana. Se daba cuenta de que el espíritu de unidad ante el fascismo impregnaba Barcelona de algo parecido al optimismo. Tal vez fuera sólo la adrenalina de la guerra. Había leído lo suficiente sobre Barcelona como para saber que corría sangre caliente por las venas de los obreros. Habían conseguido logros muy importantes con huelgas extenuantes; habían levantado barricadas y defendido sus derechos con las armas. Cualquier persona informada de cualquier país europeo sabía que Barcelona había sido un polvorín pocos años atrás: explosiones, reyertas, bandas de pistoleros, asesinatos de líderes obreros y sindicales, venganzas. Todo eso había quedado en el pasado, y esa gente tenía ahora la oportunidad única de lograr aquello por lo que tanto había luchado. Estaban desorganizados y eran idealistas, eso era indiscutiblemente cierto. Pero habían sido ellos, los obreros, quienes habían hecho fracasar el levantamiento militar con su decisión y echando mano de los fusiles. Esa idea le daba esperanzas: Barcelona, como otras grandes ciudades, seguía siendo republicana. Tenían que seguir luchando por eso. Ya no había vuelta atrás.

Y si para lograrlo ella, la humilde mujer de un miliciano extranjero, una rara especie a la que casi todos los locales se referían indistintamente como «los brigadistas», tenía que pasarlo mal, el sufrimiento valdría la pena. No, ella no iba a compadecerse de sí misma.

Se llevó a los labios el cigarrillo que Eileen había dejado en el cenicero y le dio las últimas caladas. Ni siquiera un cigarrillo podía desaprovecharse.

Emma subió decididamente a su habitación, cogió el bolso y metió en él el libro de Valle-Inclán que había comprado el día antes. Salió a toda prisa y caminó en dirección al único destino que la había reconfortado en los pocos días que llevaba en Barcelona: la librería de Armand Palau.

Empezó a caminar por las Ramblas y pensó que le iría bien dar una vuelta. Después de todo, necesitaba conocer la ciudad en la que iba a vivir por un tiempo indeterminado, en eso tenía razón Eileen. Y si las cosas se ponían feas, cuantos más conocidos tuviera, mejor. Giró a la izquierda por Portaferrisa. Poco a poco, el bullicio quedó atrás y fue sustituido por los pasos precipitados de los barceloneses y algún que otro camión cargado de género para repartir. Alejada de su hotel, su aspecto llamaba aún más la atención. Pensó que le iría bien contar con un nuevo abrigo; el suyo resultaba demasiado llamativo. Se detuvo en un escaparate. 'La física. Sedas y estampados', rezaba el cartel.

Entró y entabló una breve charla con la dependienta, encantada de contar con una clienta distinguida.

—¿No quiere ver nuestra sección de lencería? —preguntó, con el viejo instinto de vendedora avezada.

—No, gracias. Sólo quiero un abrigo.

—Muy bien, tenemos abrigos estupendos de remate total. Fíjese en este, sale a cuarenta y cinco pesetas —le mostró un abrigo beige de tres cuartos, con unas elegantes hombreras y un ribete fino en los bordes. Emma pensó que era un abrigo precioso.

—La verdad, había pensado en algo más... sencillo.

La dependienta, algo decepcionada, entendió perfectamente.

—Acompáñeme aquí dentro.

—Fíjese en este, tiene un color claro que le sentará a usted de maravilla. Es muy alegre, ¿no le parece? Cuesta treinta y dos pesetas.

—Es muy bonito, tiene usted razón —mintió Emma—. ¿Y ese otro de ahí?

Emma señaló un abrigo oscuro y sencillo, muy parecido al que había visto a algunas de las mujeres de la cola del pan.

—Oh, ese también es bonito, claro.

—¿Cuánto cuesta?

—Dieciocho con noventa.

—¿Puedo probármelo?

Emma salió de la tienda de la calle Portaferrisa con su nuevo vestido. A medida que avanzaba en dirección a la Puerta del Ángel se iba comparando con las mujeres que se cruzaban en su camino. Casi parecía una de ellas.

Sonrió: había hecho una buena compra.

Volvió a las Ramblas y retomó su camino hacia la librería Palau. Cuando llegó a la Rambla de las Flores, un tumulto congregaba a decenas de curiosos. Se escuchaban gritos estremecedores que hacían pensar en algún altercado. Emma se acercó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a un chico que luchaba por hacerse un hueco.

—Creo que el tranvía ha atropellado a alguien.

Desde el otro extremo, varios hombres corrieron hacia el grupo.

—¡Paso a la patrulla! —gritó uno de ellos mientras el resto se abría paso entre la multitud.

Emma se fijó en los patrulleros: llevaban un brazalete de la CNT e iban armados con fusiles. Todavía no sabía exactamente cómo se organizaban los cuerpos policiales en la ciudad, pero empezaba a hacerse una idea. Sabía que existía la Guardia de Asalto, la Guardia Nacional Republicana y un cuerpo llamado Mossos d'Esquadra, pero ninguno de ellos parecía ostentar tanto poder como las patrullas controladas por los sindicatos.

Alterada por el sobresalto, siguió caminando. Reparó en un cartel que anunciaba una terapia contra la calvicie. «No más calvos: hechos y no palabras. Descuento para los milicianos», proclamaba.

Emma se preguntó cómo podía una ciudad exhibir de forma

simultánea tanto entusiasmo, dolor e indiferencia.

Siguió con su camino. Una vez más, la calle Sant Pau le reportó un poco de tranquilidad. Los gritos quedaron atrás y volvió a escuchar sus propios pasos sobre los adoquines. En un minuto se plantó ante la librería y no pudo disimular una sonrisa mientras empujaba el portón de madera.

Para su sorpresa, no era Armand quien se sentaba tras el mostrador. En su lugar había un hombre de mediana edad, de unos cuarenta y cinco años. Ambos se miraron sorprendidos.

—Buenos días —la saludó.

—Buenos días. Pensaba que iba a encontrar...

—A Armand, desde luego. Ha salido un momento.

Emma dudó un instante y dejó que la puerta se cerrara a su espalda. Un incómodo silencio invadió la estancia. El suelo de tarima crujía bajo el peso de sus zapatos. Repasó brevemente los estantes de la entrada, repletos de libros cuyos autores desconocía: Víctor Català, Joaquim Ruyra, Joan Maragall, Prudenci Bertrana. En el estante superior, en cambio, había nombres que sí le resultaban familiares: Unamuno, Alberti, Guillén, Machado, Pío Baroja, García Lorca. Escogió un volumen de este último y se detuvo a leer la portada. Yerma.

—Estuve en el estreno —dijo el hombre, que la observaba sin disimulo —. Tenía que haber visto a la Xirgu, estuvo espléndida. ¿La conoce usted?

—No.

—Fue un éxito. El público puesto en pie como pocas veces. García Lorca tuvo que salir a hablar obligado por el teatro... Entonces no sabíamos lo que iba a ocurrir, claro.

Se hizo un nuevo silencio.

—¿Trabaja aquí usted también?

—No, soy sólo un cliente más. A veces me hago cargo de la librería un rato, así Armand tiene tiempo de hacer sus recados.

—¿Entonces aquí es habitual que los clientes sustituyan a los libreros? No conocía esa costumbre española.

El hombre sonrió.

—Es usted inglesa, ¿verdad? Pensaba que lo de la ironía era una leyenda.

Emma no pudo disimular un sutil rictus de satisfacción; era la primera vez que se sentía lo bastante segura para mostrar su sentido del humor en español.

—Pues ya ve que no.

—Ignacio Lehman —se presentó él, extendiéndole la mano derecha. Emma trató de mostrar firmeza en el gesto, pero sus dedos finos se perdieron en la mano enorme de su interlocutor—. No creo que Armand tarde en llegar: ya hace un buen rato que ha salido, y le aseguro que lo suyo no es dar largos paseos.

—No tengo mucha prisa. Seguiré echando un vistazo, si no le importa.

—Por supuesto. Como le he dicho, soy un cliente más.

Emma fingió interés por los libros de un estante del rincón, tan cubiertos de polvo que costaba incluso leer los títulos del lomo. Ignacio hojeaba un libro distraídamente. Lo miró de reojo: no parecía precisamente un hombre ocioso y desde luego no encajaba con el perfil de rata de biblioteca que ella había conocido. Vestía un traje sobrio, sin corbata ni ornamentos innecesarios, pero no cabía duda de que se sentía cómodo con él. Estaba claro que no era un traje comprado en los almacenes Jorba que se anunciaban en la carrocería de los tranvías. Además, los zapatos le delataban: lona de piel, suela de cuero y el empeine reluciente. Los zapatos de un señor.

—¿Me permite una pregunta?

Ignacio Lehman levantó la vista del libro, un tomo ilustrado de lo que parecía una enciclopedia de historia.

—Claro, dígame.

Emma presumía de ser una mujer decidida, pero no se había acostumbrado aún a las charlas con desconocidos. Y menos aún en el contexto enrarecido de un país en guerra.

—Como quizá ya habrá supuesto, estoy aquí acompañando a mi marido, que ha venido a luchar en la milicia del POUM.

Ignacio abandonó por un momento su compostura.

—Me temo que me atribuye dotes detectivescas que no poseo.

—Por supuesto, claro. Como ha adivinado enseguida que soy inglesa, pensaba que lo habría imaginado también.

—Bueno, habla usted un español muy correcto, pero su acento no deja lugar a dudas...

Emma se sintió estúpida.

—Lo que quiero decir es que acabo de llegar a Barcelona y hay cosas que aún me cuesta entender. Veo a milicianos ilusionados que cantan canciones por la calle y discuten sobre el marxismo en los cafés. Y veo todos esos comercios colect... colectivi...

—Colectivizados.

—Gracias. Eso es. Y, en fin, parece que haya habido en esta ciudad una auténtica revolución, y aquí todo el mundo se llama 'compañero' o 'camarada'. Y me pregunto, no sé cómo decirlo...

—Se pregunta por qué algunos carcamales como yo siguen guardando las formas del neolítico.

Emma se preguntó si se había pasado de la raya. Henry tenía razón: debía aprender a ser prudente.

—Espero no haberle molestado...

—Para nada. Comparto los ideales de progreso de esos milicianos que ha visto usted cantando y lanzando proclamas, y odio a los fascistas tanto como ellos. ¿Le molesta que no la haya tuteado?

—Oh, no. En absoluto. Esta librería es una especie de mundo aparte.

—Si una librería no es un mundo aparte, ¿qué lo es?

A pesar de su extrema educación, hablaba con un punto de condescendencia que le resultaba vagamente hostil; Emma percibía con claridad esa clase de cosas.

—¿Fuma usted? —preguntó él mientras sacaba del bolsillo de la

americana un paquete de cigarrillos Craven.

—De vez en cuando...

—Tome uno. Tienen boquilla de corcho, son cien por cien Virginia y no irritan la garganta.

—Suelo fumar Pall Mall, pero le aceptaré uno con mucho gusto.

—Tal como están las cosas —dijo ofreciéndole fuego—, bastante tenemos con conseguir tabaco, pero la publicidad de esta marca promete casi tantos milagros como los cigarrillos balsámicos del doctor Andreu.

Ignacio se puso en pie. Era un poco más alto de lo que le había parecido al saludarse. Tenía una frente amplia y una sonrisa franca, enmarcada por un mentón firme. No se había dado cuenta hasta ese momento de que Ignacio tenía un labio leporino, disimulado en parte por una barba incipiente.

La campana de la puerta tintineó y ambos dirigieron la mirada hacia la entrada. Emma agradeció la llegada del librero.

—¡Vaya! Qué agradable sorpresa, señora.

—Emma. Llámeme Emma, por favor. Ayer fui tan torpe que ni siquiera le dije mi nombre.

El librero lanzó con sorprendente habilidad su sombrero oscuro a un perchero que se ocultaba entre los anaqueles. Se quitó el abrigo y se abrió paso entre los libros que se amontonaban sobre cualquier superficie plana. Al caminar, su figura oronda se balanceaba como un barco en aguas turbulentas.

—Encantado de tenerla de nuevo por aquí, Emma —dijo mientras daba una palmada de agradecimiento sobre el hombro de Ignacio.

—Le estaba diciendo a Ignacio que este lugar es un pequeño oasis.

Armand se situó ante el escritorio y plantó sobre él las palmas de las manos, como si ese sutil ritual le devolviera el control de su librería.

—Más que un oasis, yo creo que esta modesta y polvorienta librería es un error del sistema. Un olvido administrativo. Cuando se den cuenta de lo que hacemos aquí, vendrán a por nosotros —el librero disfrutaba con su propia hipérbole—. Siempre lo digo: si de verdad quieres

esconderte en algún lugar recóndito, entra en una librería. Por suerte, los libros no interesan a nadie. Y al poder, mucho menos. No señora: ellos no entrarán.

—Disculpe, Armand. ¿Quiénes son «ellos»?

El librero levantó una mano y con la otra sujetó la baranda de madera carcomida que subía al piso superior.

—Para un buen lector, siempre hay un ellos. ¿Quiénes van a ser? Todos los demás. Los que no leen. Y sobre todo los que nunca lo harán.

Miraba a Emma con un gesto sarcástico, a medio camino entre la broma y la indolencia. Las marcadas bolsas bajo sus ojos revelaban el peso de una vida afligida, tal vez solitaria.

—Armand, ¿así es como seduces a tu clientela? —le afeó Ignacio.

El librero dejó escapar una risa artificiosa.

—Cierto, muy cierto. Aunque para seducir ya te tenemos a ti, mi buen amigo. Emma, ¿ha empezado ya a leer a Valle-Inclán?

—Sí, aquí lo llevo precisamente —sacó del bolso su ejemplar de Luces de bohemia —. ¡Qué personaje tan triste, Max Estrella! Aunque confieso que no entiendo muchas de las palabras.

—Ni usted ni media España, puede estar tranquila. Valle-Inclán era un hombre de verbo afilado. Se llevó usted auténtico caviar literario.

—Vamos, Armand, no te pongas tan teatral. Para una vez que tenemos visita...

—Ignacio casi siempre tiene razón —sentenció el librero—. Pensé que no volvería a verla, Emma.

—Durante las próximas semanas, quién sabe si meses, creo que voy a tener que buscarme alguna ocupación.

Armand se apoltronó en su butaca y resopló. Aún estaba recuperando el aliento.

—¿Escribe usted, Emma? —preguntó.

—No, no tengo ese talento.

—Mejor, así tiene más tiempo para leer.

Ignacio Lehman abandonó su aletargada pose junto a la viga de madera que parecía sostener la librería entera.

—A lo mejor a la señora le apetece ver la ciudad sin necesidad de pasar el día entre libros polvorientos.

—Cada uno malgasta el tiempo como quiere. En esta ciudad sólo hay miseria y gente que repite lemas como si fueran loros.

Emma se sobresaltó.

—Disculpe, Emma —prosiguió Armand—. Perdone usted a un pobre viejo que empieza a estar cansado de todo. Además, usted está aquí acompañando a su marido, que generosamente...

—No se disculpe, Armand —lo interrumpió ella—. Creo que hay algo de cierto en lo que dice.

Emma pensó en las pintadas de las paredes, casi siempre reiterativas; en los pasquines, símbolos y emblemas de toda clase. En las omnipresentes siglas de los sindicatos. Sí, había mucho de cierto en el discurso de Armand. Incluso ella, la mujer de un miliciano, era capaz de verlo. También Eileen había insinuado algo parecido durante el desayuno. Pobre Eileen, se dijo al recordarla, qué mal lo debía de estar pasando.

—¿Hay novedades del frente? —preguntó Ignacio dirigiéndose a Armand. Este se encogió de hombros.

—Más de lo mismo: se dice que las cosas no tienen buena pinta en Málaga. Y en Aragón... pequeñas escaramuzas, algunas victorias. No estoy seguro de que sean del todo ciertas, ya sabes cómo funciona esto.

Ignacio asintió.

—Y usted, Ignacio... ¿no se plantea alistarse?

Armand e Ignacio cruzaron una mirada fugaz.

—Verá, Emma —el librero carraspeó, pensativo—. Esta librería es una pequeña república. Aquí hay pocas normas, la verdad. Pero me gusta pensar que una vez he cruzado esa vieja puerta —señaló con un dedo tembloroso hacia la entrada—, no hay clientes, sino amigos. Aquí

todas las ideas son bienvenidas; incluso los más ridículos planteamientos, como los que habitualmente expone el aquí presente señor Lehman, tienen cabida en esta casa.

Ignacio hizo un amago de protesta, rápidamente aplacado por el librero.

—Lo que ocurra hoy fuera de estas paredes —prosiguió Armand—, es fruto de la pasión del momento, para bien o para mal. Yo intuyo lo que opinan mis amigos y ellos tal vez intuyan mis convicciones. Los libros nos unen y nuestra pasión por el conocimiento, o por lo que sea que cada cual busque entre sus páginas, es el único credo que profesamos.

—Pero es imposible permanecer ajeno a lo que pasa en la calle —replicó Emma con cierta vehemencia—. Unos militares se sublevaron para acabar con la democracia. Mandaron fusilar a todos los dirigentes de los sindicatos que hubieran participado en una huelga. Por Dios, ¡mataron a García Lorca!

Armand juntó las yemas de los dedos, pensativo. Se aclaró la voz antes de responder.

—Mataron a García Lorca, cierto. Fue un asesinato vil. Llevo esa herida en el corazón, créame. Don Federico estuvo en esta librería, justo donde se encuentra usted ahora, ¿lo sabía? Vino acompañado del señor Valle-Inclán y estuvieron más de una hora charlando y debatiendo. ¿Y sabe qué les dije yo?

Emma no tuvo tiempo de abrir la boca.

—Nada. No dije nada. No osé abrir la boca porque me daba cuenta de que esas dos plumas brillantes estaban en mi humilde librería y yo sabía que era un privilegio. Así que callé. Ahora ambos están muertos, pero nos acompañan sus libros y eso es para mí un honor y una tabla de salvación.

—Disculpe, Armand, no pretendía...

—Exacto. Ese es el problema: usted no lo pretendía, pero lo ha hecho. Ha insinuado que soy indiferente a la injusticia. Así que permítame una observación. Es usted joven, amiga mía. ¿Me permite llamarla así? —Emma asintió, compungida—. Como le decía, es usted joven y le hierve la sangre. Eso es bueno para el progreso de la sociedad, sin duda. Además, es usted idealista; de otra forma no estaría hoy en esta ciudad. Pero si algo nos ha enseñado la historia es que siempre hay

matices.

—El fascismo no admite muchos matices, Armand.

El librero esbozó una sonrisa amarga.

—Ningún asesinato admite matices —respondió al fin—. Siempre será usted bienvenida, pero le ruego que deje sus prejuicios en la puerta. En esta mi humilde república, la única ley son esos viejos libros polvorientos. Lo que me recuerda que estaba leyendo usted a Valle-Inclán...

—Un autor totalmente sobrevalorado —terció Ignacio.

—Y una cosa más —añadió Armand—: nunca confíe en el criterio literario del señor Lehman. Carece del más elemental sentido del gusto.

Emma observó a ambos hombres. Ella misma se había sorprendido de su propia reacción, más propia de Henry. Sin él al lado, se sentía en la obligación de manifestar ciertas cosas en voz alta. Pero en una cosa coincidían Armand y Henry: era mejor ser prudente.

—Bien —dijo finalmente—. Acepto las normas de su república. Y respecto a Valle-Inclán...

V

—Compañera, han dejado un recado para ti.

El recepcionista del hotel asaltó a Emma nada más entrar por la puerta.

Henry se quedaba en el cuartel Lenin: la marcha hacia el frente parecía inminente. Se despedirían allí mismo, en el cuartel, esa misma tarde.

A Emma no le apetecía comer sola en el Continental, y además temía encontrarse a Eileen, lo que supondría con toda probabilidad una larga tarde juntas. Así que abandonó a toda prisa el hotel y decidió que comería cualquier cosa en un bar. Le avergonzaba reconocer que tenía un colchón económico más que confortable, cortesía de sus padres, pero los remordimientos eran más llevaderos cuando pensaba que, en caso de necesidad, iba a sobrevivir en Barcelona sin problemas. Con o sin Henry.

Había obtenido algunas indicaciones vagas sobre cómo llegar al cuartel Lenin, pero todo lo que sabía era que estaba más o menos cerca de la plaza de España. El hablar acelerado del recepcionista tampoco ayudaba mucho: no estaba segura de si tardaría media hora o una hora y media a pie. A veces tenía la sensación de que su español empeoraba cada día: era capaz de entender las pausadas conversaciones de un librero, por muy enrevesadas que fueran, pero si alguien le dirigía tres frases coloquiales seguidas, se bloqueaba y no conseguía entender nada.

En Londres le habían avisado del uso extendido del catalán, pero no le había dado demasiada importancia porque todos entendían el castellano; además, una buena parte de la población de Barcelona procedía de otros puntos de España. En el hotel todos se dirigían a ella en español, e incluso podía permitirse el lujo de hablar en inglés con todo el contingente del ILP y con otros milicianos. Pero cuando deambulaba en solitario por la ciudad se daba cuenta de que había infravalorado su absoluto desconocimiento de la lengua local. En las calles, en los comercios, en el transporte público... el catalán era una lengua arraigada y a Emma le costaba entender muchas de las conversaciones más elementales.

Pronto descubrió que saludar con un «Bon dia» predisponía favorablemente a sus interlocutores, pero en cuanto percibían su procedencia extranjera —cosa que ocurría en el momento exacto en el que articulaba la primera palabra—, de inmediato pasaban a un español artificioso y formal.

—¿Puedes decirme cómo llegar al cuartel Lenin? —preguntó a un miliciano que fumaba un cigarrillo en la puerta del hotel.

—Claro, sólo tienes que ir hacia Cortes Catalanas, que es esa calle ancha de allí, y girar a la izquierda. Camina durante veinte minutos y...

—Compañera, yo también voy al cuartel Lenin. ¿Quieres acompañarme?

El ofrecimiento procedía de un individuo chaparro y fornido. Vestía traje oscuro y gabán. Lucía también una corbata azul, impecablemente anudada, y sostenía un maletín negro de cuero. Su aspecto no era muy diferente al de los funcionarios y políticos que en ocasiones se dejaban caer por el hotel, salvo por los veinte centímetros de merma respecto a la estatura media local, que no era precisamente generosa.

—Te lo agradezco mucho...

—Guillem. Guillem Castellví —añadió, tendiéndole la mano.

—Emma Bennett.

—Un taxi me espera en la esquina. Vamos.

Subieron al vehículo, un formidable Ford B de cuatro cilindros, y Emma se acomodó sobre el asiento de cuero.

—Pensaba que el servicio de taxi estaba restringido...

—Y lo está. Servicios de urgencia. Hay que ahorrar gasolina para los vehículos del frente, pero mi ocupación requiere de ciertas medidas, digamos... excepcionales.

—¿Eres un oficial? —inconscientemente, a Emma le pareció conveniente recurrir al tuteo.

El hombre rio con ganas.

—Para nada. Si me dieran un fusil, no sabría ni cómo sostenerlo. Créeme: soy tan patoso que cualquier ejército me enviaría directo a las

filas del enemigo. Soy ingeniero.

—¿Y... trabajas en el cuartel Lenin?

—Algo así.

Emma prefirió no insistir. Ya había tenido bastante con la reprimenda de Armand como para recibir una nueva lección de un ingeniero enigmático. Así es como debía actuar en adelante: con cautela. De hecho —pensó—, ya había preguntado más de lo estrictamente necesario.

—¿Vas a ver a tu marido, quizá?

—Sí, parece ser que mañana sale hacia el frente.

Guillem Castellví hizo un gesto de aprobación.

—Un valiente más, sí señor. ¿Habéis venido con el ILP?

La pregunta sorprendió a Emma.

—¿Conoces el ILP?

—Claro, todo el mundo lo conoce. Se unirán a las milicias del POUM, ¿verdad?

—La verdad, me pierdo un poco con todas esas siglas —mintió Emma —. Supongo que esta tarde saldré de dudas.

El taxi recorría las Cortes Catalanas. La ciudad entera estaba impregnada del espíritu revolucionario y las siglas de la CNT le parecían omnipresentes.

—Espero no haberte incomodado con mis preguntas.

El ingeniero tenía una sonrisa franca que inspiraba confianza.

—Aún estoy acostumbrándome a esto. Ni siquiera sé a dónde irá exactamente Henry. Siempre mencionan el frente en abstracto, como si fuera un lugar imaginario. Estoy algo nerviosa, la verdad.

Guillem asentía empáticamente.

—Es normal, quién no iba a estarlo. Tengo entendido que las milicias del POUM se unirán al frente de Aragón.

—Eso me han dicho a mí también. Pero no sabemos si es definitivo.

—Supongo que la guerra requiere de esas incertidumbres.

—Por supuesto, es sólo que todo ha sido muy precipitado.

El vehículo giró en la calle Tarragona y se detuvo frente a un edificio de aspecto señorial.

—He dicho que todo el mundo conoce el ILP, pero soy consciente de que son un grupo muy reducido.

Emma se relajó.

—¿Tratas con alguien del contingente?

—Conocí a Bob Edwards.

Emma sabía que Bob Edwards era el alma máter del contingente del ILP. El grupo estaba a su mando.

—¿Negocios?

—No exactamente. Habrás oído quizá que llevó en persona una ambulancia a los milicianos del POUM.

—Henry me contó esa historia, sí.

—El caso es que esa ambulancia tuvo algunos problemillas y yo le ayudé a solucionarlos. No sé manejar un fusil, pero desmontar un vehículo y volver a montarlo si hace falta... eso sí sé hacerlo.

Emma leyó en un rótulo: «Caserna Lenin». Ambos se dirigieron hacia la entrada.

Guillem se identificó y preguntó por un tal Viralta. Rápidamente le respondieron que esperaban su visita. Emma, en cambio, debería esperar.

—Ojalá todo le vaya muy bien a tu marido. Os deseo mucha suerte a los dos.

—Te lo agradezco, Guillem. Y muchas gracias por traerme hasta aquí.

Guillem se detuvo antes de entrar y se giró de nuevo hacia ella.

—Si necesitas algo, pregunta por mí en la fábrica Elizalde.

Emma retuvo ese nombre. Quizá algún día le sería útil.

Esperó durante dos largas horas. Finalmente aparecieron en la puerta varios milicianos sucios y sudados, entre ellos Henry.

Emma lo abrazó.

—¿Habéis estado haciendo instrucción?

—¿Instrucción? Ojalá. Se les ha ocurrido organizar un partido de fútbol.

Emma se apartó un momento para mirar a Henry a los ojos.

—¿Fútbol?

—Como lo oyes. Cincuenta en cada equipo. Demencial. Si esta gente gestiona la guerra igual que organiza partidos de fútbol, esta guerra está perdida.

—No seas pesimista. Supongo que es una forma de estrechar lazos entre vosotros. Sois muchos y venís de diferentes países. Seguro que había algún teniente tomando buena nota.

Henry encendió un cigarrillo.

—El teniente jugaba de portero. Bastante malo, por cierto.

—¿Es muy duro?

—¿Quién? ¿el teniente? No. Ni siquiera tolera que le llamen de usted. Un chico le ha llamado «señor» y casi lo echa del cuartel.

—Eso es bueno, ¿no?

—No lo sé, Emma. Así no funciona un ejército.

Emma le quitó el cigarrillo y dio una calada.

—¿Qué tal con Eric?

—Bien, se le ve desenvuelto. ¿Sabías que fue policía en Birmania?

—Pues tiene aspecto de señorito de Eton.

—Pues deberías haberlo visto limpiando el fusil. Parece que lo haya

estado haciendo toda su vida.

—Me alegro de que así sea, te conviene tenerlo cerca —bromeó Emma —. ¿Sabes? Esta mañana he hablado con Eileen. Estaba terriblemente triste. Eric ni siquiera se molestó en besarla antes de irse. La he visto tan sola...

—Cosas de pareja, Emma. No nos metamos.

—Me da miedo lo que pueda pasar los próximos meses, Henry. La gente habla de bombardeos inminentes y me temo que la Rambla sea un objetivo prioritario.

—¿La Rambla? Antes bombardearán este cuartel. O Montjuïc. Un hotel no es un objetivo estratégico.

—Piénsalo, Henry. En la Rambla está la sede del POUM, y justo al lado la del PSUC, y no muy lejos la Generalitat... Además, esa gente no se anda con miramientos.

Henry se quedó pensativo.

—No pienses en eso, no tiene por qué pasar. Y en el Continental estarás bien protegida.

—¿Cuándo saldréis hacia el frente?

—Se supone que mañana. Pero Eric dice que no me fíe: aquí todo es «mañana». A él le dijeron lo mismo hace más de una semana y aquí sigue.

—¿Vais a Aragón?

—Eso parece, sí.

Alguien llamó a Henry y al resto de milicianos que fumaban en la puerta del cuartel.

—Tengo que irme.

—Volveré por la mañana. Sal a verme en cuanto puedas. No quiero que te vayas sin despedirme de ti.

—Sabes que no pienso dejar que me maten, ¿verdad?

Henry la besó y corrió hacia el cuartel.

—¡Henry!

—¡Dime! —respondió desde la distancia.

Emma se acercó.

—¿Conoces a un ingeniero llamado Guillem Castellví?

—Ni idea. ¿Debería?

—Olvídalo. Y recuerda: ¡No dejes que te disparen!

VI

Empezaba a hacerse tarde y la humedad invernal había dejado a Emma aterida de frío. Emprendió el camino de vuelta al hotel y se sintió reconfortada por los últimos rayos de sol sobre su espalda. La invadía una profunda tristeza; no tanto por la marcha de Henry, que ya esperaba, sino por la terrible sensación de desasosiego que se respiraba en la ciudad entera. El entusiasmo de los brigadistas, las consignas coreadas, los ánimos de las mujeres que se quedaban en la retaguardia... sabía bien que todo eso se convertiría pronto en una bruma etérea. Quedarían el hambre, la incertidumbre, quizá la esperanza. Y tal vez, quién podía saberlo, la victoria.

El traqueteo de los tranvías componía una melodía taciturna, el hilo musical de una ciudad que anhelaba en secreto la rutina perdida.

En algo más de media hora llegó de nuevo al centro. Se perdió por las calles que rodeaban la plaza de Sant Jaume. Muchos de sus edificios habían sido restaurados, o sustituidos, por otros de apariencia neogótica. A Emma le intrigaba esa necesidad de recuperar estilos arquitectónicos del pasado en una ciudad que no carecía precisamente de atractivos.

Tras deambular por ese renovado barrio «gótico», volvió a las Ramblas. Enfiló la calle Pelayo y en la terraza de una cafetería le llamó la atención un rostro conocido. Era Eileen. Conversaba animadamente con un hombre. Emma se acercó un poco más: era Guillem Castellví.

Estaba a punto de cruzar la calle para saludar a ambos, pero se detuvo en seco. Estaba claro que ya se conocían, de otro modo Eileen no estaría tomando café con él en una terraza; no parecía en absoluto un encuentro fortuito. En cualquier caso, no debía entrometerse. Además, ella misma había conocido al ingeniero en la puerta del hotel.

Eileen gesticulaba sonriente, lejos del estado semidepresivo en el que la había dejado unas horas antes.

Prosiguió con su camino por la calle Pelayo. Pasó frente a la sede del diario La Vanguardia. Había oído hablar de él: era uno de los diarios más importantes de la ciudad y también uno de los más

conservadores. Al estallar la guerra, había sido colectivizado y sus propietarios, los Godó, habían huido a Génova. Ahora era habitual leer en sus páginas el mismo lenguaje revolucionario que imperaba en las calles.

Enseguida llegó al Continental. Estaba cansada, pero no le apetecía recluirse en un espacio cerrado, así que siguió caminando por las Ramblas hasta que llegó a Nou de la Rambla. Ese era el nombre que la calle Conde del Asalto había recibido al proclamarse la República, pero los barceloneses usaban indistintamente ambos nombres.

Un cartel con letras verticales en relieve atrajo de inmediato su atención: era el Edén Cinema. A Emma le seguía conmoviendo el esfuerzo de la ciudad por mantener una cierta normalidad. Estaba a punto de empezar una película, en realidad un documental titulado Los aguiluchos de la FAI por tierras de Aragón.

—¿Se estrena hoy? —le preguntó a la mujer de la taquilla.

—No, compañera. Pero tiene mucho éxito, te va a gustar.

Emma entró en el cine, que estaba semidesierto, y se acomodó en una de las butacas del medio de la sala.

El documental empezó enseguida. No sabía que la CNT contara con su propia producción de propaganda, pero de entrada le pareció una buena idea que filmaran lo que ocurría en el frente.

La película empezaba con unas imágenes de Bujaraloz, convertido en el improvisado cuartel general de la columna de los Aguiluchos de Durruti. La reconfortó ver las caras sonrientes de los milicianos en suelo aragonés. El documental seguía los vehículos de los combatientes y acompañaba los planos de una locución triunfal.

En la sala del Edén, cada nuevo plano era celebrado con vítores y aplausos, lo que hacía difícil seguir el hilo del relato. Pronto entendió que aquella película era sencillamente una herramienta para levantar la moral de la retaguardia. A pesar del esfuerzo entusiasta por construir una imagen de solvencia militar, Emma veía con sus propios ojos la cruda realidad: aquellos hombres no parecían en absoluto un ejército, sino un anárquico grupo de amigos que avanzaba precariamente en vehículos cochambrosos y sobrecargados. La figura de Durruti era ensalzada con metáforas infantiles sobre su perspicacia y sus músculos de acero. Emma miraba a ambos lados tratando de buscar complicidades: ¿era ella la única que se sentía decepcionada? A juzgar por los rostros sonrientes del resto de espectadores, sí. Pensó

que era normal: la mayoría eran mujeres cuyos maridos estaban en el frente. Necesitaban esperanza a toda costa. Quizá incluso estuvieran emparejadas con alguno de los milicianos que aparecían en pantalla.

Al cabo de unos minutos, el documental se centró en la figura de una mujer: una miliciana que había decidido unirse a sus compañeros en el frente. Emma admiraba sinceramente a esas mujeres, e incluso había llegado a sentirse acomplejada por su falta de determinación en comparación con ellas. Pero el filme presentaba a esa chica como una especie de icono tópico. «Bella y valiente, ¿qué más puede desear una mujer?», afirmaba el locutor con su entonación épica. La frase hizo ruborizar a Emma, que empezaba a sentirse incómoda. Por supuesto que apoyaba la causa, pero ¿cómo podían infantilizar de esa manera el relato de la guerra?

Se dio cuenta de que esperaba un documental duro, aséptico, objetivo e incluso un punto pesimista. Qué ingenua: claro que no lo era.

La animó un poco la presencia de un avión bombardero que apoyaba a los milicianos en su avance hacia el frente, aunque una vez más la sonrojaron los adjetivos usados para describirlo.

Aguantó los minutos restantes y se unió discretamente a los aplausos generales. Pero fue la primera en levantarse de su asiento y abandonar el cine.

Por un momento tuvo ganas de arrancar a correr en dirección al cuartel Lenin y llevarse a Henry, convencerlo de que todo había sido un gran error; volverían juntos a Londres y contarían su experiencia singular en las tertulias del té.

Aceleró el paso y se zambulló sin pensar en los callejones del distrito Quinto, al que los barceloneses llamaban el Barrio Chino. Ese era su único plan por el momento: caminar sin parar hasta caer rendida. No tardó en darse cuenta de que se había perdido. Las calles eran estrechas y estaban atestadas de gente. Abundaban las tascas y locales de fiestas. Había oído toda clase de barbaridades sobre esa zona de la ciudad: historias de ladrones, malhechores, indeseables. La verdad es que allí sólo había mujeres que parecían ocupadas, niños correteando y algunos hombres —pocos— acomodados ante la barra de alguno de los bares. Tampoco era extraño toparse con pequeños grupos de milicianos a la espera de un destino y de obreros que volvían de su jornada laboral, la mayoría en industrias colectivizadas.

Las esquinas despedían un desagradable hedor a orín y el ambiente

era ruidoso, lo que contrastaba con la mayoría de lugares que Emma había visitado durante su vida. Pero tampoco se arredraba fácilmente: había conocido algunos antros bastante peores que esos pintorescos establecimientos de Barcelona, desde luego. Miró hacia arriba: las vecinas recogían la ropa tendida antes de que el relente de la noche las impregnara de humedad. De los pisos bajos surgían olores fácilmente reconocibles: guisos caseros a base de patata, judías, cebolla y otros alimentos básicos. Las cocinas barcelonesas contaban con poca materia prima, pero con una imaginativa tradición culinaria.

Aquella estampa rústica y precaria le pareció de una gran belleza. Cada una de esas calles sinuosas era una postal de la resistencia, la muestra de la fortaleza de un pueblo. Se le ocurrió que los propagandistas de la CNT podrían hacer uno de sus filmes sobre esas familias humildes, que sobrevivían sin épica, pero con el poderoso ingrediente de la realidad. La cruda, dura y reparadora verdad.

VII

A las siete y media de la mañana, la despertó un estruendo inquietante. Saltó de la cama y se precipitó hacia la ventana: un camión cargado de alimentos acababa de chocar contra un vehículo de la CNT. La muchedumbre se agolpaba alrededor del siniestro. Del coche salieron dos milicianos, algo aturdidos pero al parecer ilesos. El conductor del camión, un anciano menudo y enjuto, sangraba. Llegó una patrulla, que una vez más tuvo que abrirse paso entre la aglomeración. El chófer del camión se desmayó. La carga había quedado desparramada sobre los adoquines. La mayoría de las mujeres que hacían la cola del pan corrieron a por los alimentos que habían quedado desperdigados; algunas se hicieron con varias barras de pan, otras se conformaron con una. Había también sacos de patatas. Los patrulleros no tenían claro cuál era su prioridad, así que al principio se centraron en los heridos mientras un nuevo grupo acababa rápidamente con las existencias del camión. El problema vino segundos después, cuando las mujeres que habían decidido mantener el orden de la cola se dieron cuenta de que habían tomado la decisión errónea. No podían volver a casa sin algo que llevarse a la boca.

En pocos minutos la situación se había desbocado y había varios núcleos de trifulca: junto al camión, diez o doce mujeres trataban de alcanzar los restos de la mercancía. A Emma le dolió en el alma ver decenas de huevos, tan difíciles de encontrar, estrellados en el suelo. A pocos metros, dos miembros de la patrulla de control intentaban en vano arrebatar las barras de pan que varias mujeres defendían como tesoros. Otras apoyaban a los patrulleros, golpeando y agarrando por el pelo a las que habían conseguido algo de mercancía.

Dos guardias de asalto se acercaron con discreción. Su aspecto —perfectamente uniformados— contrastaba con la vestimenta improvisada de las patrullas anarquistas. Se mezclaron en el grupo como dos curiosos más. Su poder real en la calle era cuestionable: eran las patrullas quienes tenían el control de hecho. Hablaron con dos mujeres, echaron un rápido vistazo al camión y a su carga vertida. Se miraron entre ellos y optaron por no intervenir, más allá de separar a un par de aguerridas jóvenes que se insultaban y agredían.

Emma se vistió y bajó dispuesta a desayunar. No tenía otro plan que esperar la posible visita de Henry, o tal vez un mensaje anunciándole

el lugar y la hora en que podrían verse antes de su marcha.

Abajo, en la recepción, una cara le resultó familiar. Aturdida aún por el incidente, tardó unos segundos en reaccionar.

—Ignacio, ¿qué hace usted aquí?

Ignacio Lehman había cambiado sus zapatos lustrados por unas alpargatas y su americana por un discreto abrigo negro. Su camisa blanca lucía, eso sí, impecable.

—Me he permitido venir a verte. Espero que no te importe.

A Emma no le pasó desapercibido el detalle del tuteo.

—¿Ha pasado algo?

—Nada, simplemente pasaba por aquí.

El recepcionista del hotel los miraba a ambos con curiosidad.

—Está bien —respondió, sorprendida—. Iba a desayunar. ¿Me acompañas?

—Encantado. Pero vayamos a otro sitio.

Emma agradeció la sugerencia; además, no tenía muy claro si Ignacio tenía derecho a desayunar en el Continental, y desde luego ella no era nadie para invitarlo.

Ignacio caminaba con paso decidido en dirección a la avenida Francesc Layret. Pasados unos minutos, pareció relajarse y aminoró la marcha.

—Espero que no te haya importado que te tutee.

—De hecho, lo prefiero. Lo que no entiendo es que lo hagas porque estás delante de unos milicianos. ¿Qué temes exactamente?

Ignacio obvió la pregunta.

—¿Y tu marido? ¿Ha salido ya hacia el frente? Tengo entendido que hay mucha actividad en el cuartel Lenin estos días.

—No recordaba haberte dicho que Henry estaba allí —replicó ella tras una breve pausa dubitativa.

Lehman sonrió.

—No es ningún secreto: toda la ciudad sabe que los ingleses del Continental salieron ayer de su hotel hacia el Lenin.

—Los ingleses del Continental —repitió Emma mecánicamente.

—No te ofendas; Barcelona aspira a ser una gran ciudad, pero en el fondo es como un pueblo.

—Hablas de Barcelona como si no formaras parte de ella.

Esta vez, Ignacio se detuvo en seco. Sin embargo, no perdió la sonrisa.

—Me gusta mantener la objetividad.

—Tu ciudad sufre amenazas de bombardeo y estuvo a punto de ser tomada por los militares. ¿Qué clase de barcelonés quiere ser objetivo en esta situación?

Ignacio Lehman señaló un bar con unas pocas mesas en la terraza. No tenía el aspecto señorial de otros cafés que aún permanecían abiertos; al contrario, parecía más bien un tugurio. La terraza carecía de toldo y el interior del bar estaba mal iluminado. En la puerta, un joven camarero barbilampiño sonreía con aire distraído, ajeno al parecer a todos los males y preocupaciones de la ciudad.

—Buenos días, señor Lehman —le saludó el zagal.

—Ya no sé cómo decirte que no me llames así —respondió Ignacio secamente.

—Disculpe usted. Quiero decir, disculpa, Ignacio.

El dueño del bar corrió a auxiliar al chico, no sin antes propinarle un sopapo en la nuca.

—Qué bien te veo, Ignacio —dijo con una sorprendente voz de barítono, impropia de su aspecto escuálido—. Y además muy bien acompañado.

Emma contemplaba la escena algo confusa. Ambos se sentaron en una de las mesas.

—Esta joven que me acompaña, amigo mío, es la señora de un bravo miliciano —proclamó Ignacio—. Ahora mismo iba a contarle que en esta casa se desayuna como en ningún otro lugar en Barcelona.

—No le quepa duda, señora —aceptó el cumplido sin demasiados remilgos.

La comida, abundante y preparada con gusto, calmó por un rato el sarcasmo de Emma y concedió una tregua a Ignacio. Desayunaron café, pan con tomate, judías blancas con chorizo y sardinas.

—¿De dónde sale tanta comida? Me siento un poco culpable después de lo que he visto estos días...

—No te apures, todavía hay alimento suficiente más allá de los huevos y la leche. Si te hace sentir mejor, piensa que los comerciantes tienen que vivir de algo.

—¿Vienes aquí a menudo?

—De vez en cuando.

Ignacio sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno a Emma.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Ignacio dio una profunda calada y expulsó con gusto el humo, dibujando en el aire algo parecido a un círculo.

—No será la primera. Además, tengo entendido que los interrogatorios de los agentes nazis son más compasivos que los tuyos.

Emma ignoró el sarcasmo de Ignacio.

—¿A qué te dedicas actualmente?

—¿Quieres saber a qué me dedico realmente? A esperar.

—¿Esperar... a qué?

—Verás: yo me dedicaba a importar maquinaria textil.

La temperatura al sol era mucho más agradable. Ignacio se había recogido las mangas de la camisa y le caía una tímida gota de sudor por la frente. Emma se preguntaba si había acertado aceptando la invitación de Ignacio Lehman. No le conocía de nada, ¿y si era uno de esos fascistas encubiertos de los que tanto se hablaba en los círculos anarquistas? Sin embargo, el instinto le decía que podía confiar en él.

—Así que eres un empresario.

—Más bien un representante. Pero la guerra dio al traste con mi negocio. Mis clientes estaban desperdigados por toda España, y tengo la sospecha de que no estarán muy receptivos a mis visitas en este momento. Me toca esperar. ¿A qué? A que acabe la guerra, o a que tu marido nos brinde alguna victoria significativa y podamos normalizar la situación.

—Así que todo depende de mi marido...

—Estamos literalmente en sus manos. Henry, no nos falles.

Emma aceptó de buen grado el sentido del humor de su interlocutor.

—¿Por qué no te has alistado?

La pregunta de Emma sonó menos dura de lo que había parecido en la librería de Armand Palau. Esta vez no pidió disculpas.

Ignacio se acomodó en el respaldo de su silla. No parecía incomodado por la pregunta.

—Tengo cuarenta y seis años y reiterados ataques de asma que me convertirían en un lastre. No te negaré que la idea de irme al frente a jugarme la vida no me seduce; carezco del valor de Henry y de otros como él. Y, sinceramente, creo que soy más útil aquí.

—¿Más útil?

Apoyó ambas manos en los brazos de la silla y se acercó a Emma. A escasos centímetros de su cara, ella podía percibir el agradable olor de un hombre aseado.

—Tal vez no posea el cuerpo de un joven miliciano, pero tengo algunas cualidades. Una de ellas es la capacidad de gestión. Sé gestionar organizaciones, asignar recursos, detectar necesidades. A eso me he dedicado siempre.

—No sé si te sigo...

—Estoy preparando el lanzamiento de una publicación.

Emma apagó el cigarrillo en el cenicero. Ignacio le ofreció otro, que ella aceptó.

—Te preguntarás qué tiene que ver un periódico con el servicio en la retaguardia —prosiguió, mientras Emma le escuchaba expectante—. Sé que llevas pocos días en Barcelona, pero ya te habrás dado cuenta

de que aquí nadie sabe con exactitud lo que ocurre en el frente. A decir verdad, nadie tiene ni la más remota idea.

—Eso es cierto —concedió Emma, pensando en su propia experiencia y en la frustrante experiencia en el cine Edén—. Pero sigo sin ver la relación...

—Emma —la interrumpió Ignacio con cierta impaciencia—. Perdóname si soy muy directo, pero también tú lo has sido. Supongamos que pasan los días y dejas de recibir noticias de Henry... ¿de verdad vas a conformarte con la propaganda de la Generalitat o las películas de la CNT? No sé tú, pero yo en tu lugar exigiría información veraz. Cuanta más, mejor. Querría saber qué está pasando en el frente, y ya puestos, también en la retaguardia.

—Pero hay decenas de periódicos aquí...

—Lo sé. Diarios, revistas y hasta pasquines con pretensiones de toda clase. Pero todos se abonan a la causa.

—Ignacio, eso que tú llamas despectivamente «la causa» es «mi causa». No sólo la de Henry, ni de los milicianos que se han alistado. Hablas de ellos, de nosotros, como si fuéramos una especie de ganado.

—¿Eso crees?

—Lo creo, desde luego.

Emma apuró los últimos sorbos de su café. Lehman pidió la cuenta y se tomó unos segundos para pensar. Miró al cielo, donde una bandada de gaviotas graznaba ruidosamente. Hacía un día espléndido.

—En mi opinión —dijo al fin—, el peor enemigo en la guerra es la mentira. Un general no puede dirigir una batalla si no dispone de información fiable, ¿estamos de acuerdo? Tampoco un soldado puede disparar si no sabe con certeza dónde se encuentra el enemigo. Obvio, ¿verdad? —Emma le seguía el juego con una media sonrisa; quería saber a dónde pretendía llegar—. Entonces, ¿por qué no podemos exigir en la retaguardia noticias verdaderas, indudablemente ciertas, sobre lo que está ocurriendo allí? ¿Acaso no somos todos adultos como para afrontar la verdad? ¿Nos gustaría que nos ocultaran que se aproxima ahora mismo un bombardeo inminente de la aviación enemiga? No, por supuesto que no nos gustaría.

La alusión al bombardeo inquietó a Emma.

—¿Quieres decir que...?

—No sé más que cualquier vecino de Barcelona. Toda la ciudad está agujereada para asegurar refugios, y ya sabes lo que han hecho los aviones italianos en otras ciudades: en Getafe bombardearon una escuela; en Madrid lanzaron bombas en pleno centro. Y lo mismo en Bilbao, y me temo que ahora le tocará a Málaga, donde los sublevados siguen avanzando. ¿Crees que va a ser diferente aquí?

—Supongo que no...

—Exacto. Y cuando eso ocurra, ¿nos dirán toda la verdad?

El camarero barbilampiño llegó con la cuenta. Ignacio pagó, ignorando las protestas de Emma, y dobló su abrigo sobre el antebrazo como si se tratara de un batín de seda. Ambos se pusieron en pie.

—Pero, Ignacio, ¿te das cuenta de que los sindicatos no te van a permitir hacer eso?

Él se acarició el mentón, pensativo.

—Es posible. Todo lo que no sean noticias entusiastas puede resultar sospechoso...

—¿De traición?

La pregunta quedó en el aire. Un ruido de bocinas, gritos y vítores anuló la conversación.

—¡Son los milicianos! —gritó el camarero—. ¡Se marchan al frente!

Emma enrojeció de golpe.

—Oh my God!

Ignacio sonrió.

—Republicana, pero creyente —murmuró.

Emma corrió calle arriba hacia la plaza de la Universidad, de donde parecía provenir el bullicio. Ignacio la siguió. En pocos minutos alcanzaron el improvisado desfile: camiones abarrotados de milicianos, orgullosos cenetistas levantando el puño, veinteañeros saltando sobre el capó en posturas inverosímiles. Pasaron decenas de coches y camiones antes de que pudieran distinguir la figura desgarbada de Henry, que portaba orgulloso una bandera del POUM.

—¡Henry! —gritó Emma, sin saber qué decirle.

Henry la localizó enseguida.

—¡Lo siento, no he podido avisarte! —respondió encogiéndose de hombros.

A Emma la alivió verlo sonreír. Se dio cuenta de que se sentía culpable.

—¡Ve a por ellos! —gritó—. ¿Me oyes? ¡Pero vuelve sano!

Henry respondió levantando el puño y lanzándole un beso.

No hubo tiempo para más. La comitiva pasó con relativa rapidez y las calles volvieron a la normalidad. La ciudad ya se había acostumbrado a las partidas de milicianos y el fervor de los primeros meses había dejado paso a un mero protocolo festivo. Disuelta la muchedumbre, Emma se giró sobre sus talones. Ignacio la observaba desde la otra acera.

Rápidamente entendió que necesitaba aliados.

Se despidió de Ignacio y volvió al Continental, donde aprovechó para poner en orden sus ideas. Se aseó y dedicó unos minutos a leer el ejemplar de Luces de Bohemia que había comprado en la librería de Armand. Seguía sin entender la jerga castiza de Valle-Inclán, pero podía seguir el hilo del relato y eso la animó.

Finalmente cerró el libro y bajó al comedor, donde charló con el recepcionista, convertido en una auténtica agencia de noticias —y algún que otro rumor—. El presidente del Consejo de Ministros, Largo Caballero, había agradecido en público la colaboración de Stalin. Corrían toda clase de leyendas sobre Largo Caballero, pero si algo era de dominio público era su admiración por el líder soviético.

Emma no tenía ni la menor idea de lo que los rusos podían aportar a la República, pero sí sabía que alemanes, portugueses e italianos apoyaban a los sublevados sin ambigüedades. Y en cuanto al resto de países, cada vez estaba más claro que preferían mirar hacia otra parte. Así las cosas —se dijo—, bienvenido era el apoyo de los soviéticos.

Le pareció extraño no ver a Eileen, pero en realidad lo agradeció. No se sentía sobrada de ánimos como para reconfortar a nadie. Ni

siquiera sabía si había visto la marcha de los milicianos.

Pasó por el comedor y repuso fuerzas. Un plato de lentejas sorprendentemente sabroso, dadas las circunstancias, y una manzana que le supo a gloria.

Subió a por su nuevo abrigo y salió del hotel con paso decidido en dirección a la plaza de Cataluña. Las calles seguían bastante animadas, aunque a medida que caía la tarde la intensidad disminuía considerablemente.

No tardó en dar con la persona que buscaba. Allí estaba, merodeando por la plaza de Cataluña como un ave de presa en busca de su pieza de caza: el limpiabotas.

—Buenas tardes —le saludó Emma, preguntándose si el chico recordaría su cara.

—Buenas tardes, camarada— contestó el mozo, alzando el puño con la mano derecha. En la izquierda llevaba su caja de trabajo, un poco más sucia que el día anterior —. ¿Ha salido ya tu compañero hacia el frente?

—Hoy mismo. Ahora debe de estar de camino.

El chico guardó un breve silencio, pensativo.

—Volverá pronto. Y de una pieza, ya lo verás.

Emma asintió, agradecida. No cabía duda de que el chico había desarrollado la capacidad para decir exactamente lo que su clientela quería oír. Un cigarrillo sobresalía bajo la gorra del muchacho, en un precario equilibrio sobre su oreja. El chico se percató de que aquella inglesa observadora le escrutaba con detalle.

—¿Fumas?

Emma aceptó el cigarrillo.

—Desde que llegué aquí estoy fumando más que en toda mi vida.

—La vida nos da pequeñas alegrías, compañera. Yo las disfruto, no tengo muchas.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciséis —respondió el limpiabotas—. Ocho en cada oreja; casi

nueve en la derecha, por eso está torcida. ¿Lo ves?

Emma sonrió. Efectivamente, la oreja derecha del chaval estaba ligeramente inclinada hacia fuera, lo que le daba un aire cómico. El chico usaba esa broma para disimular su auténtico complejo, que era la dolorosa ausencia de un diente.

—Adoro el sentido del humor de los españoles. Y eso que me habían dicho que los barceloneses sois un poco, ¿cómo se dice? ¿Sosos?

—En realidad, soy medio andaluz, compañera. Mi padre es gaditano. Pero ya te digo yo que la salada de la familia es mi madre, que mira por dónde es catalana. Mi padre, en cambio, es un rancio.

—¿Un... rancio?

El limpiabotas hizo una mueca de resignación. A estos ingleses había que explicárselo todo.

—Un chirle, un insulso, un desaborío... Y además no hay quien lo aguante, vamos.

Charlaron diez minutos. Suficiente para que el chico adivinara los temores de su interlocutora en una ciudad desconocida y para acordar una generosa remuneración por sus servicios como cicerone por un par de tardes. La retórica sindicalista sobre las propinas estaba bien para lucir orgullo ante un cliente, pero la vida apretaba y unas perras siempre eran bienvenidas en la humilde casa de un limpiabotas.

—Ni siquiera te he dicho mi nombre: me llamo Emma.

El mozo se limpió la mano con la manga menos sucia de su abrigo y se la estrechó ceremoniosamente.

—Manuel: limpiabotas, filósofo y guía por horas. A tu servicio por el orden que gustes.

Acabaron el cigarrillo y quedaron en verse a las ocho en la puerta del hotel.

Emma se despidió y se dirigió de regreso al Continental. Ya casi estaba llegando cuando decidió seguir caminando Rambla abajo; en los corrillos de la calle podría enterarse de las últimas noticias.

Justo entonces los vio. Se dijo a sí misma que no, que aquello no era posible. Pero los estaba contemplando con sus propios ojos.

VIII

El ruido estentóreo de una sirena es universalmente inquietante; da igual la cultura de la que uno provenga: una sirena sonando más de diez segundos seguidos nunca presagia nada bueno. Y si el contexto es el de una ciudad que espera en un clima de calma tensa, el resultado es una olla a presión. Y la consecuencia inmediata, el pánico.

A Emma se le heló la sangre en el mismo momento en que la sirena empezó a sonar. Las luces de toda la ciudad se apagaron y Barcelona quedó completamente a oscuras, a merced de los pocos rayos de luna que le permitían observar a los hombres y mujeres corriendo hacia los refugios. Silbatos de guardias y patrullas de control sonaban por todas partes. Tardó varios segundos en moverse en la misma dirección que la multitud, que aceleraba el paso con cierto orden.

—No oigo ningún avión, ¿cómo saben que nos atacan? —preguntó a un grupo de mujeres que caminaba a su lado.

—Tranquila, señora, es un simulacro —respondió la más joven, una chica de tez oscura que parecía emocionada. A Emma le sorprendía la capacidad de las mujeres locales para sobreponerse a los inconvenientes de la guerra.

Emma respiró hondo.

—Entonces, ¿no van a bombardearnos?

—¡Esperemos que no!

Se habían atrincherado en una boca de metro y el grupo de mujeres conversaba animadamente. Emma sintió envidia: de sus ánimos, de su espíritu de fraternidad, de la inmunidad que parecían sentir todas y cada una de ellas, como si estuvieran revestidas de una coraza invisible.

Poco a poco iban llegando más personas: hombres solitarios, ancianos, familias enteras. Los niños gritaban entusiasmados y fantaseaban con la presencia de poderosos aviones cargados de bombas. Pero ninguna de ellas iba a explotar; no podían hacerles daño porque el Ayuntamiento de Barcelona les había dicho, una y otra vez, que eso jamás ocurriría, y todos tenían instrucciones sobre lo que debían hacer

exactamente. Apagar las luces, controlar el pánico, no precipitarse, no forzar puertas del metro si estaban cerradas. Y esperar.

Además, sus padres estaban luchando en el frente contra los fascistas.

Los iban a machacar.

Tras cuarenta y cinco minutos, volvieron a sonar las sirenas. Era la señal de final del peligro. Salieron a la calle ordenadamente y siguieron con sus vidas. Las luces de la ciudad volvían a iluminar las calles.

Emma dirigió la mirada a las mesas de la terraza donde los había visto.

Obviamente, ya no estaban allí.

IX

Deshizo el camino hasta el hotel, pensativa. Todavía tenía tiempo para descansar antes de verse con Manuel.

Su paso lento y taciturno contrastaba con el entusiasmo vigoroso que se respiraba en las calles. Los simulacros eran una forma de recordar a la población que lo peor podía llegar en cualquier momento, pero también era un excitante entretenimiento. La mayoría de gente con la que se cruzaba reía y comentaba animadamente las pequeñas anécdotas: el repentino apagón, el sobresalto de la sirena, la torpeza de unos y los aciertos de otros. Los más jóvenes presumían de su valor; proclamaban orgullosos su intención de permanecer en la calle contemplando los bombardeos en cuanto estos se produjeran. Algunas mujeres se santiguaban, lo que desataba en el resto todo tipo de comentarios disparatados sobre los obispos, los curas, las monjas y, en definitiva, cualquier sujeto sospechoso de haber pisado una iglesia en los últimos meses.

Era un tema que Emma prefería evitar: había leído en la prensa inglesa algunas de las barbaridades que el pueblo, desenfrenado, había cometido sobre los religiosos durante los primeros meses después de la sublevación militar. Ignoraba hasta qué punto esas acusaciones eran creíbles, pero sabía que algo había de cierto en ellas: fusilamientos, violaciones, profanaciones. Henry siempre le había quitado hierro al asunto; el pueblo había vivido una oportunidad única para vengarse de los opresores y la Iglesia había representado tradicionalmente el stablishment. Para él, era comprensible que los religiosos hubieran recibido parte de castigo. Además, las cosas no eran mucho más civilizadas en el bando de los nacionales, todo el mundo lo sabía. Así que ojo por ojo, diente por diente. Esa era la postura de Henry, que ella no acababa de compartir.

Aunque un gran contingente de milicianos había partido ya hacia el frente, aún quedaban muchos hombres en la ciudad. La mayoría vestían un mono azul, o gris, símbolo del obrero. Los sombreros casi habían desaparecido, como las corbatas, los lazos y en general la vestimenta de pretensiones burguesas. No obstante, no era del todo infrecuente cruzarse con algún hombre elegantemente vestido: Barcelona era una amalgama de estilos y tendencias y, más allá de algunas miradas inquisitivas, todo el mundo podía vestir como le diera

la gana. Los señoritos, los grandes empresarios y las familias acaudaladas habían huido o bien habían optado por hacerse invisibles. Para ellos, un traje llamativo sí era peligroso.

Pensó en Ignacio Lehman y en su repentino cambio de aspecto. Lo comprendía. Podía ponerse en su lugar. Pero no dejaba de resultarle contradictorio que un ingeniero comprometido con la guerra como ese tal Guillem Castellví luciera traje y maneras de señorito, mientras un comerciante como Ignacio trataba de pasar desapercibido.

Guillem Castellví. No podía quitárselo de la cabeza.

¿Era realmente él a quien había visto?

Sí, sin duda lo era. Lo había visto con meridiana claridad justo antes de que la sirena diera inicio al simulacro. También la había visto a ella, a Eileen. De nuevo juntos, dos veces en el mismo día. Primero en una terraza de la calle Pelayo, y ahora en un café de las Ramblas. Esta segunda vez en actitud inequívocamente cariñosa. Se habían cogido de la mano, sentados frente a frente a menos de un palmo el uno del otro.

Emma no se consideraba nadie para juzgar determinadas actitudes, de hecho, sentía repulsa por quienes lo hacían. Pero ¿engañar a Eric el mismo día en que se marchaba al frente? No entendía nada. ¿A qué venía la escena del llanto por la precipitada marcha de Eric? Tal vez actuaba por despecho, precisamente. Apenas la conocía, no tenía ni idea de cómo era esa mujer. Además, Guillem era un hombre apuesto, parecía seguro de sí mismo y seguramente ocupaba un lugar importante en la lucha contra los sublevados. Eso podía entenderlo.

A quien no entendía era a él.

Un hombre de su posición, ¿seduciendo a la mujer de un miliciano el mismo día en que este partía al frente? No le cuadraba. Quizá fuera cierto que los españoles eran tan conquistadores como sugería el cliché.

En unos minutos llegó al Continental.

Saludó con una sonrisa al recepcionista y subió a su habitación. Se estiró en la cama y se quedó profundamente dormida.

Ya no despertaría hasta la mañana siguiente.

X

Se despertó sobresaltada. Miró el reloj y lanzó una ristra de blasfemias que hasta el más anticlerical de los cenetistas hubiera aplaudido con devoción. ¡Las seis de la mañana! Se había quedado dormida a media tarde y había dejado plantado al limpiabotas. No recordaba la última vez que había dormido tantas horas seguidas.

Bajó al restaurante y, como temía, allí estaba Eileen. Sola, en el mismo rincón junto a la ventana, fumando lánguidamente un cigarrillo y removiendo una taza de café con parsimonia.

—¿Me das uno?

—Deberíamos racionarlos: tengo entendido que el tabaco empieza a escasear.

Emma encendió un cigarrillo y expulsó el humo con placer.

—¿En serio?

Eileen apenas la miraba. Tenía la mirada perdida en algún punto inconcreto de las Ramblas, donde ya a primera hora se habían formado larguísimas colas para conseguir alimentos.

—Eso me han dicho —respondió al fin.

—Te veo muy bien informada. ¿Quién te lo ha dicho?

Eileen pareció despertar de repente. No obstante, ignoró la pregunta.

—Este café es sorprendentemente malo, ¿no te parece?

—Al menos es café —Emma se encogió de hombros.

—No sé si voy a aguantar mucho tiempo en este hotel, Emma.

—¿Estás pensando en volver?

—No lo sé —respondió tras una pausa—. Tal vez. O tal vez me vaya a otro sitio. No me siento a gusto en esta extraña rutina militar.

—¿Y a dónde irías?

—Quizá busque un piso. Creo que están baratos. Podría alquilar una habitación en algún edificio normal y corriente. Rodeada de auténticos vecinos que me saluden como a una extranjera loca. Eso es lo que soy, después de todo —miró a los ojos a Emma—: eso es lo que somos.

Había auténtica amargura en la forma de expresarse de Eileen.

Emma decidió que ya había roto el hielo lo suficiente.

—¿Así que tienes una aventura con Guillem Castellví?

La pregunta cayó como una bomba en el silencio del comedor, semivacío aún a primera hora de la mañana. Pero Eileen ni se inmutó. Siguió fumando su cigarrillo como si no hubiera oído nada; de hecho, Emma tuvo por un momento la impresión de que así había sido. La delató únicamente un amago de sonrisa burlona, apenas una alteración del rictus inalterable con el que Eileen la había recibido de buena mañana. Emma seguía sus movimientos con curiosidad. ¿Cómo podía esa mujer comportarse de una forma tan fría?

Eileen abrió el periódico que tenía doblado bajo la servilleta: Solidaridad Obrera. La portada representaba a un grupo de soldados armados con fusiles y a un miliciano con una corneta y la característica boina de la CNT. En el titular a toda página se leía, simplemente, MADRID. El artículo elogiaba la bravísima resistencia del Frente Popular ante el avance del fascismo. «Venciendo en Madrid hemos vencido en toda España», argumentaba el articulista, a la vez que exigía a la Generalitat y al Gobierno de la República que enviaran 40.000 hombres a luchar allí: guardias de asalto, guardias civiles, mossos d'esquadra. ¿Qué hacían todos esos hombres aquí, en la Barcelona de la retaguardia?, se preguntaba Solidaridad Obrera.

Eileen apartó el diario, cansada de leerlo, pero Emma lo recogió, ávida de noticias. El texto criticaba también el derroche de gasolina en servicios inútiles mientras en el frente escaseaba. En la parte inferior de la página había un dibujo con un oso y un madroño. El oso se estaba comiendo una esvástica. «¡Madrid está en peligro, españoles!, ¡acudid a salvarle!».

Pasó las páginas y leyó por encima algunas noticias. Había larguísimos artículos con reflexiones sobre el capitalismo y la revolución, e incluso se reproducía al detalle el contenido de la charla de Gastón Leval, a la que ella misma había asistido. En un recuadro aparte, se elogiaba una sonada novedad aprobada en plena guerra: la legalización del aborto.

—¿Ahora? —murmuró Emma para sí misma—. Estos españoles están locos.

Siguió pasando páginas y esta vez se le heló la sangre. Bombardeos sobre Almería sin ningún objetivo militar; ataques arbitrarios a la ciudad. Y peor aún: un «buque pirata faccioso» había bombardeado Valencia. «¡ASESINOS!», titulaba el articulista. Al parecer no había sido esta vez un avión desde el aire sino un barco desde el mar.

La posibilidad de que un barco se situara en el mismo puerto de la ciudad y la bombardeara desde allí le pareció a Emma especialmente siniestra. El artículo del diario daba todo tipo de detalles: la confusión inicial, el número de heridos, ¡hasta sus nombres! Eso le hizo pensar en el proyecto de Ignacio sobre un diario que contara 'la realidad', como si ese vocablo fuera una exclusiva de los que, como él, presumían de estar en posesión de la verdad. Por un momento pensó que la idea de Ignacio Lehman era sólo una excusa para librarse del frente; nada más que eso. ¿Acaso no exponía crudamente Solidaridad Obrera sus temores?

Eileen acabó su café, se levantó en silencio y se fue.

—Ten cuidado si vas por ahí sola, Emma —musitó con un hilo de voz.

Emma siguió leyendo el diario unos minutos, pero no tardó en cerrarlo y doblarlo tal como estaba antes de que Eileen, quizá intencionadamente, se lo dejara ante sus narices.

Tenía que ir en busca de Manuel; no quería ni pensar lo que habría dicho de ella el muchacho después de haberle dado plantón. Trataría de explicarle lo ocurrido, sin más. Pero antes, le apetecía charlar con alguna voz amiga para quitarse el mal sabor de boca de su monólogo con Eileen.

XI

La campana de la puerta sonó con su habitual estridencia, llamando de inmediato la atención de Armand Palau.

—No sabe usted cómo me alegra verla de nuevo por aquí —la saludó el librero, sujetándose con ambas manos a la vieja columna que aguantaba la escalera.

—Cómo no iba a venir, este lugar es un oasis.

—Le advierto que tres visitas seguidas a una librería pueden considerarse ya una tara en toda regla.

Emma cerró la puerta y se acercó a la mesa donde el librero leía un librito menudo de apariencia precaria.

—¿Puedo preguntarle qué está leyendo?

Armand cerró el libro y se lo tendió a Emma.

—Oh, este libro es una rara avis. Es una recopilación de poemas de Gerardo Diego.

Emma leyó el título en voz alta:

—El romancero de la novia.

—¿Ha leído usted a Bécquer?

—Lo leí hace años, sí. Ya sabe, en la adolescencia...

Armand Palau se quitó las lentes y se frotó las sienes; parecía cansado.

—En ese caso le gustará también este libro. No estaba seguro de que en Inglaterra estudiaran ustedes a nuestros clásicos.

—La verdad es que pasamos, como dicen aquí, de puntillas. Pero a mí sí me interesaba.

—No me dirá usted que ha leído también el Quijote.

—Empecé a leerlo, pero lo dejé a medias.

—Vaya, ¿no le gustó?

—Mucho, pero quise leerlo en español y no tenía el nivel necesario entonces. Quizás ahora sí podría.

Armand se levantó y desapareció parsimoniosamente por algún rincón de la trastienda. Aquella librería era más grande de lo que parecía desde fuera. Volvió al cabo de unos segundos con un grueso libro en la mano.

—Tenga usted: la primera parte del Quijote. Se lo regalo.

—No, por favor, no puedo aceptarlo.

Armand no se molestó en insistir. Sencillamente, obvió las protestas de Emma.

—Dudo mucho de que en este contexto venga nadie a pedirme el Quijote. En el fondo, me hace usted un favor. Ya que no vendo libros, al menos concédame la satisfacción de sentir que promuevo nuestra cultura.

—Lo hace, desde luego lo hace.

El librero tomó asiento de nuevo tras la mesa. Anotó algo en un cuaderno y removió una estantería de libros que quedaba justo a su derecha.

—Me llevaré este otro libro también —dijo Emma mostrándole el pequeño poemario que aún sostenía en las manos.

—Lo siento, ese ejemplar no está a la venta.

Emma repasó escrupulosamente los detalles del librito, tratando de adivinar el motivo por el que ese libro en particular era tan especial.

—¿Es una especie de incunable, tal vez?

Armand levantó la vista del escritorio. Cuando miraba a alguien con atención, las arrugas de la frente se distendían y por un segundo dejaba de fruncir el ceño.

—Es usted una joven muy bien formada, Emma.

—¿Quiere decir, quizá, demasiado formada para ser mujer?

—Veo que también es suspicaz —respondió el librero sin alterarse lo

más mínimo —. En absoluto, he conocido a muchas mujeres muy bien formadas, se sorprendería de saber la cantidad de jóvenes como usted que aman los libros en esta ciudad.

—Me alegro de que así sea.

—Volviendo a ese libro... verá, es una edición de tirada corta que financió el propio autor. No creo que haya más de un centenar de ejemplares. Ese que tiene en las manos fue publicado con la ayuda de Juan Ramón Jiménez.

—¿El poeta?

—El famoso poeta, sí señora. Aunque, si quiere que le diga la verdad, no creo que simpatizara usted con el autor de este poemario. Tengo entendido que Gerardo Diego se ha manifestado públicamente a favor de los sublevados...

Emma permaneció en silencio un instante, pensativa.

—Creía que en esta librería no había ideologías ni banderas, Armand. Además, ahora que sé el valor que tiene este libro para usted, aún me interesa más.

Armand la escuchaba con atención. Dejó cuidadosamente el lápiz sobre la mesa de madera, se puso en pie y se plantó ante ella. Emma pudo percibir el olor de una colonia añeja.

—Ahora sí, Emma: bienvenida a su casa —dijo tendiéndole la mano.

Emma la estrechó protocolariamente. Se sentía orgullosa de pertenecer a ese minúsculo, selecto y peculiar club.

—Por cierto —añadió el librero—. ¿Sabe lo que dice siempre don Juan Ramón?

—No tengo ni idea.

—«A la minoría, siempre». Eso dice. Y ahora acompáñeme, quiero enseñarle algo.

Emma permaneció inmóvil, sin saber muy bien adónde se suponía que tenía que acompañarlo.

—Tranquila, mujer —prosiguió el librero—. La posibilidad de que alguien llame a la puerta es casi tan remota como la de que una joven idealista británica aterrice en esta librería.

Armand pasó frente a ella y se dirigió a la escalera de madera que subía al piso superior. Emma le siguió. Los escalones crujían bajo sus pies. El librero se detuvo a tomar aire un par de segundos y continuó subiendo. La escalera giraba sobre sí misma con una sucesión de peldaños anárquicamente distribuidos.

—Tenga cuidado aquí —advirtió Armand, con la respiración entrecortada. Los escalones finalizaban en una pequeña estancia que hacía las veces de almacén, pero en un falso techo se abría una trampilla de la que pendía una escalera de mano. Armand subió con inesperada agilidad y Emma lo hizo a continuación.

—Bienvenida, ahora sí, a la auténtica librería —proclamó orgulloso.

Emma tuvo que frotarse los ojos para asegurarse de que aquello era real. La pequeña trampilla, convertida ahora en un insignificante orificio en el suelo, había dado paso a un espacio diáfano; una enorme habitación abuhardillada que inexplicablemente triplicaba el espacio de la planta inferior. Emma trató de entender, sin éxito, el entramado arquitectónico que hacía posible semejante desproporción. Trató de recordar el aspecto exterior de la fachada, pero se dio cuenta de que ni ella ni nadie podía imaginar que las plantas superiores del edificio formaban parte del mismo universo.

El suelo era de madera, como el resto de la librería, y las paredes de ladrillo, aunque apenas había espacio para distinguirlo: una espléndida hilera de estantes repletos de libros cubría toda la estancia. Había tomos enciclopédicos, lomos gruesos de cartón y también de piel; viejos manuales de aspecto antediluviano, mapas, atlas, novelas, poemarios y ensayos variopintos. En el centro de la sala, dos pequeñas lámparas que Armand encendió para la ocasión y una vieja bombilla, semidesnuda, colgando del techo. Había también tres butacones, una mesa de trabajo y, en un rincón, una reluciente máquina de escribir.

Emma se acercó a la estantería más cercana a la entrada y acarició los lomos de los libros con la yema de los dedos. Aunque ningún cartel lo indicara, se dio cuenta de que era una selección de libros de historia. Había ensayos sobre el Neolítico, sobre la Edad Media, sobre el feudalismo y la organización de la sociedad. Estaban Marx y Engels, mezclados con Darwin y Maquiavelo. Había también otros libros más actuales dedicados a la Gran Guerra. Emma se preguntó cuántos libros se escribirían sobre esa otra guerra, extraña y fratricida, que se estaba librando en ese mismo momento a pocos kilómetros de ella.

Continuó su recorrido por la librería: había tomos de filosofía, de

religión, de poesía, de botánica, de entomología. Un par de metros más allá, distinguió títulos y autores que le eran del todo familiares: una estantería de libros en inglés. Los había también en alemán e italiano, y tal vez en algún otro idioma que no consiguió identificar, confundida por la sorpresa. Se giró, todavía boquiabierta, para dirigirse al librero, que la miraba con una sonrisa burlona.

—Pero...

—¿Qué le parece, Emma?

—Pero ¿cómo es posible...?

Armand se acomodó en uno de los butacones y echó mano de una pipa que había sobre la mesa del rincón, junto a la máquina de escribir. Introdujo con cuidado el tabaco en la cazoleta y acomodó la boquilla en su boca.

—No le importa que fume, ¿verdad?

Emma ni siquiera contestó.

—Verá —explicó el librero—. Cuando compré este local, hace más de treinta años, el edificio estaba por terminar. El propietario era un acaudalado empresario que había encargado construir un inmueble para un negocio textil. Pero su negocio prosperó más de lo que él mismo había previsto, así que mientras preparaba las reformas se dio cuenta de que el edificio le venía pequeño. En resumen, tenía un problema: demasiado pequeño para una industria y demasiado grande para un negocio modesto. ¿Qué podía hacer con un edificio así?

—Y entonces lo compró a precio de saldo.

Armand extendió ambas manos y las apoyó sobre los amplios brazos del sofá. Se recostó en el respaldo y suspiró. Con la pipa en la boca y los brazos acomodados en la piel del butacón, a Emma le pareció un viejo lobo de mar, feliz de surcar los mares y de saborear su incertidumbre.

—En realidad, no fue exactamente así. Yo era entonces un joven abogado, no muy brillante, a decir verdad, y estaba sin blanca. Lo justo para ir tirando y ayudar a mi familia.

—¿Tiene usted hijos, Armand?

El librero exhaló una bocanada de humo. Se quedó pensativo durante

un brevísimo instante mientras sus dedos tamborileaban sobre la butaca.

—Esa es otra historia, pero no quiero perder el hilo —prosiguió—. Lo que iba a decirle es que el edificio no estaba a mi alcance; de hecho, yo ni siquiera sabía de la existencia de estas paredes. Pero cierto día la suerte se puso de mi parte. Yo trabajaba en un pequeño despacho de abogados y tenía ocasión de tratar con gente de toda clase.

—Como, por ejemplo, empresarios del textil con problemas de espacio.

—Exacto. Era un hombre joven, no mucho mayor que yo. Y muy impaciente, como usted —a Emma le divertía comprobar que el viejo librero perdía el hilo cada vez que hacía la más mínima acotación, pero mantenía intacto su sentido del humor—. Le llovían los pedidos y era incapaz de gestionar su propio éxito. ¿Se imagina usted? Un pobre diablo acosado por clientes que querían contratar sus servicios.

—Tiene que ser terrible —bromeó Emma. Armand rio y le sobrevino un corto ataque de tos.

—Terrorífico, desde luego. El hombre tenía tanta prisa que no podía esperar a concertar una visita con mi jefe, siempre ocupado. Yo trataba de tranquilizarlo y le invitaba a tener un poco de paciencia, pero el empresario no atendía a razones. Así que un día le invité a tomar un vino en la tasca más cercana, con la esperanza de aplacar su odiosa impaciencia. Lo curioso es que le caí bien. Me sinceré: le dije que estaba hasta el gorro de mi profesión y que lo que a mí me gustaba eran los libros. Resultó que aquel hombre era un apasionado de Lord Byron, además de un excelente conversador. Después de una copa llegó otra y le confesé que antes de morir quería abrir una librería. La charla se torció tanto que acabamos en una tasca del puerto, hermanados por el alcohol. Yo me comprometí a solucionar sus asuntos legales saltándome a mi jefe y lo hice rápido y, al parecer, bien. Fue entonces cuando me contó lo del inmueble. A medida que me proporcionaba detalles sobre el edificio, en mi mente empezaba a construir. No hay cimientos más sólidos que los que se proyectan con la ilusión, créame.

—¿Le propuso entonces el trato?

—El edificio valía un dineral; yo no estaba en condiciones de hacer ninguna oferta digna, así que ni siquiera se me pasó por la cabeza hacerlo. Pero el empresario en cuestión estaba muy agradecido

conmigo y sus negocios marchaban viento en popa.

Armand se interrumpió y observó a su interlocutora. Aprovechó para cargar de nuevo la pipa con tabaco. Lo introdujo meticulosamente con el dedo anular, girando la hebra en movimientos circulares.

—Viento en popa significa que el negocio funcionaba realmente bien —apostilló—. Es una expresión que por desgracia oirá muy poco durante su estancia aquí. Un día recibí una llamada de su secretaria. Era una invitación formal para comer. Fuimos a un buen restaurante, charlamos durante largo rato y al final de la comida, me entregó un sobre. No me dejó abrirlo hasta que él se hubiera marchado. Me dijo que empezaba una nueva aventura empresarial en Valencia y me deseó mucha suerte con mis proyectos.

—Y allí me quedé yo plantado, con mi traje de domingo y mi sobre misterioso en las manos. Lo abrí nada más salir a la calle. Eran las escrituras del edificio, acompañadas de un documento notarial que me lo cedía enteramente en propiedad.

Emma abrió los ojos, sorprendida.

—¿Le regaló el edificio?

—Tal cual. A mi espalda, una mujer me dio un golpecito en el hombro. Era la secretaria que me había convocado. Me dio algunos detalles y me dijo que ella se encargaría de la documentación adicional.

El humo de la pipa había formado una densa nube blanca alrededor de sus cabezas; a Emma la reconfortaba el característico olor a pipa. Se sentó también en una de las butacas y observó el rostro del librero, surcado de arrugas.

—Dejé el despacho de abogados ese mismo día e invertí mis pocos ahorros en una pequeña reforma.

—¿Así que todo este edificio es suyo?

—Con la condición de que jamás lo use para otra cosa que no sea la librería. No puedo venderlo, ni tengo intención de hacerlo, la verdad. Vivo en este mismo edificio y aquí tengo intención de morir. No necesito nada más.

Emma se levantó de nuevo y recorrió una vez más la buhardilla.

—Preferiría que esta historia quedara entre nosotros —añadió Armand.

—Por supuesto —respondió de inmediato Emma. Por alguna razón, había supuesto que tenía que ser así.

—¿Le importaría si...

—Puede usted venir siempre que quiera. Esta es su casa, Emma. Siempre que respete mis normas. Ya sabe a qué me refiero.

Bastó un sutil asentimiento de Emma para que ambos dieran por sellado el pacto. Se dirigieron a la trampilla y bajaron de nuevo a la planta inferior. Por primera vez, Emma sintió que se había generado algo parecido a un cordón umbilical con la ciudad. Y de repente asumió que sus valores, sus convicciones y sobre todo sus dudas iniciaban un lento pero inexorable proceso de redefinición.

—Por cierto, ¿nunca volvió a saber de ese empresario? ¿No sabe qué ha sido de él?

Armand se sentó frente al escritorio, se atusó el bigote y torció el gesto.

—Le perdí la pista durante años. Hace unos meses recibí una carta de su secretaria; seguía siendo la misma después de tantos años. Lo fusilaron en un paredón cerca de Madrid.

Emma se llevó la mano a la boca y reprimió un grito de horror.

—¿Quién lo hizo?

El librero cerró los ojos y dejó caer sus lentes sobre la mesa. La miró con resignación.

—¿Acaso importa eso?

XII

“Sin novedad en el frente. El mal estado del tiempo ha impedido la actuación de nuestras fuerzas y de la aviación, así como también la del adversario”, publicaba en portada el diario La Vanguardia, que tras el levantamiento había tomado el apellido de ‘Diario al servicio de la democracia’. Junto a esa lacónica información, el resto de las informaciones sobre el frente de Aragón se administraba en un pírrico cuentagotas. Al parecer, cuatro legionarios de la Legión Sanjurjo se habían presentado en las filas republicanas, y otros tres soldados sublevados habían desertado procedentes de Aguilar del Ebro en una peligrosa huida en barca.

Cualquiera que buscara relatos épicos y éxitos triunfales debería acudir a las salas de cine para ver las películas de la voluntariosa propaganda de la CNT o de la Generalitat, que se esforzaban por construir un espíritu a prueba de bomba.

En la retaguardia, las juventudes de La Falç habían entregado gratuitamente ochocientas prendas de abrigo para los milicianos. La prensa animaba también a donar sangre para los heridos del frente; en el hospital número 18 de la calle Lleida se llevaban a cabo los análisis previos. Además, los donativos a favor de las milicias sumaban ya más de 8,3 millones de pesetas, una pequeña fortuna administrada por la Conselleria de Defensa de la Generalitat.

Esta última había estado de celebración: los boy scouts de Catalunya habían decidido hacer público su apoyo al presidente Companys y para ello se había organizado una visita protocolaria que incluía la entrega de documentos institucionales firmados para la ocasión y una representación de las noies-guies. El president había agradecido la muestra de cariño y exhortado a los miembros de la institución de escoltes a perseverar en su exaltación de la patria.

En letra pequeña, el POUM enviaba un seductor mensaje para los jóvenes con espíritu aventurero: si querían ingresar en la academia de aviación y tenían entre dieciocho y veintiún años, era su momento: sólo necesitaban presentar el certificado de nacimiento y una carta del comité local del POUM de su zona de residencia.

Junto al anuncio de las «pastillas para la tos del Doctor Andreu,

científicamente preparadas», llamaba la atención una noticia inquietante: en un piso de la calle Bailén, agentes de los servicios de Orden Público habían interceptado una significativa cantidad de alimentos almacenados, listos para entrar en el mercado negro. Nada menos que dos jamones, diez docenas de huevos, diez longanizas, 25 kg de butifarras, un saco de patatas, 35 libras de chocolate, 2 kg de café, veinte de azúcar, dos de harina, diez de judías, tres de garbanzos, botellas de licor, 50 litros de aceite y 150 kg de jabón. La incautación —explicaba la noticia— había sido posible gracias a uno de los habituales chivatazos. Ahora todo ese material había sido entregado al Hospital Proletario para niños escrofulosos, raquíticos y ciegos.

En las páginas de información nacional se aportaban detalles menores de los combates y escaramuzas en El Escorial, Guadalajara, Guadarrama y Aranjuez. En este último sector, el enemigo había sido «duramente batido», lo que se celebraba con un notable titular a dos columnas.

Con todo, la vida en la retaguardia no se detenía. Ni siquiera el deporte. El Barcelona había humillado al Español por 4 goles a 1 en un partido amistoso jugado bajo la lluvia y en terreno resbaladizo. El árbitro había sido Laplana, que en opinión del cronista había estado más bien flojo.

En el Campeonato de Catalunya de fútbol, el Martinenc se había proclamado ganador del grupo B, por delante del Vic, el Europa y el Júpiter. Los equipos de Sants y Horta cerraban la clasificación.

Los cines y teatros mantenían también su actividad con cierta intensidad. En el Arnau se proyectaba Aquí hay gato encerrado; en el Bosque, El agente británico; en el Excelsior, El código secreto; en el Coliseum, el documental IX aniversario de la Revolución rusa. Bastaba un vistazo rápido a la cartelera para darse cuenta de que casi todos los cines proyectaban dibujos animados para los niños.

Los espectáculos de farándula, aunque presentes, estaban condicionados por las estrictas observaciones morales del movimiento revolucionario, que invitaba a las vedettes y a los programadores de revista en general a no ofrecer actuaciones chabacanas y vulgares. Los locales de prostitución estaban directamente en el punto de mira, porque las compañeras que comerciaban con su cuerpo podían por fin liberarse de su estado de semiesclavitud.

La cartelera de teatro programaba un extenso programa de representaciones, con función a las cinco de la tarde y a las diez

menos cuarto de la noche. En el Poliorama se representaba Esclavitud; en el Tívoli, Madame Butterfly; en el Novedades, Los Gavilanes y La marcha de Cádiz; en el Palace, Soldaditos de plomo, y en el Romea se estrenaba La desgràcia de la sort, sainete en tres actos del dramaturgo ya difunto Miquel Poal-Aregall.

XIII

Pregúntale a mi sombrero

y mi sombrero te dirá

las malas noches que paso

y el relente que me da

Al garrotín al garrotán

de la vera vera

vera de San Juan...

El canturreo sibilante del limpiabotas se abría paso entre dientes, escapando en un siseo por el orificio de su dentadura mellada. Entretenido con el vaivén de la gamuza sobre el zapato de un cliente, Manuel apenas se percataba de que el volumen de su garrotín superaba lo aceptable.

Con el garrotín

Con el garrotán

A la vera, vera

A la vera, van...

—¿La bella Dora? —preguntó el propietario de los relucientes zapatos, guiñándole un ojo al mozo.

—La gran Carmen Amaya —respondió de inmediato el limpiabotas.

El cliente, que ya peinaba canas, asintió con una sonrisa nostálgica. La capitana del Somorrostro, como se conocía a la joven bailaora, era

sobradamente conocida en Barcelona, pero los movimientos sensuales de la gitana Dora habían removido los cimientos de la Barcelona de principios de siglo, más puritana de lo que estaba dispuesta a aceptar.

A Manuel le importaba poco el contenido de los versos; tan pronto se arrancaba con un cante jondo como perpetraba la letra imposible de Ramona de Dolores del Río.

Cobró el servicio y siguió silbando mientras recogía sus utensilios. Abrió la caja de madera, adornada con tachuelas doradas, y dobló meticulosamente la gamuza. Un agradable sol invernal calentaba sus hombros, así que decidió no moverse de la esquina de Pelayo durante un rato. Observó el aspecto de la caja cerrada: bien mirado, los colores de la CNT con que la había pintado deslucían la calidad de la madera de cedro, por no hablar del ribete rojo con el que había marcado el contorno del reposapiés. Durante los primeros meses tras el estallido de la guerra, esos mismos colores se habían convertido en un reclamo de camaradería; además, los caballeros ostentosos que en otro momento poblaban la ciudad se habían esfumado como por arte de magia, y para ser realistas, el público proletario no era ni la mitad de cuidadoso con su calzado. La mayoría de ellos usaba alpargatas, mal negocio para él.

No tardó mucho en divisar un posible cliente: un sujeto vestido con traje oscuro, camisa impecable y sombrero. Una rara avis en toda regla.

—Compañero, ese atuendo necesita unos zapatos limpios.

El hombre se detuvo sin alterar su gesto serio. Echó un rápido vistazo a sus zapatos, cubiertos de una película de polvo. No había discusión posible: Manuel abrió su caja y se puso manos a la obra.

—Bonito día, ¿verdad? Ni pizca de frío. Y un sol agradable. Así da gusto trabajar en la calle.

El individuo del traje oscuro no respondió. Ni siquiera se había sentado en el banco que el limpiabotas había escogido estratégicamente. Miraba hacia algún punto indefinido en el cielo.

—Me gusta tu sombrero, es elegante. Ya no se ven sombreros como ese. ¿Es fieltro? —insistió Manuel, bregado en el arte de lidiar con los silencios incómodos.

El cliente pareció despertar de su letargo.

—Es un sombrero normal y corriente —respondió, lacónico.

—Pero elegante, camarada. Hay que saber llevarlo. Además, no todo el mundo se atreve a llevarlo. Ya sabes a lo que me refiero...

—No sé si te sigo, chico...

Manuel se quitó la gorra. La visera le impedía ver la cara de su interlocutor y, desde su posición —literalmente a los pies de la clientela—, la necesidad de establecer contacto visual se volvía doblemente ardua.

—A ver, camarada...

El hombre permaneció en silencio.

—Bueno, compañero del traje gris. Ya sabemos todos lo que pasó hace unos meses: los señoritos desaparecieron de la faz de la tierra. Pluf: extinguidos, compañero. Como los dinosaurios antidiluviosos...

—Antediluvianos.

—Como se diga. Como ellos, que de golpe dejaron de existir. De repente, en Barcelona todos vestían monos azules y gorra. De sombreros, ni rastro. ¿Y las corbatas? No creerás que es casualidad que la corbata se anude al cuello como una soga, ¿verdad? Pues eso, compañero. Eso mismo. Pero ahí estás tú, con tu traje, tu camisa blanquita y bien planchada y estos zapatos que ahora relucen.

—¿Qué estás insinuando, mozo?

—Nada en absoluto. Que tienes personalidad. Que estás seguro de tu posición. De lo que sea que hagas, que oye, pa discreto, el menda. Este cajón —señaló su malograda caja de cedro— es un confesionario. Y servidor, una tumba.

A escasos metros, en la otra acera de la calle Pelayo, Emma contemplaba la escena intrigada y algo incómoda. ¿Cuántas probabilidades había de encontrar a dos de los pocos hombres que conocía en la ciudad compartiendo el mismo metro cuadrado? La noche anterior había dejado plantado al limpiabotas y tenía que disculparse con él. Pero lo peor era saludar a Guillem, de quien ahora sabía que tenía alguna relación —¿una aventura?— con Eileen.

Cruzó la calle dubitativa, preguntándose si no sería mejor esperar a que ambos hombres se despidieran antes de saludar a alguno de ellos.

No fue necesario.

—¡Pero si es mi amiga la camarada inglesa!

Emma se sonrojó al instante. Sintió el peso de las miradas ajenas sobre ella mientras avanzaba por el suelo adoquinado.

—Hola, Manuel. Siento haberte dejado plantado ayer —a continuación, se dirigió a Guillem —: encantado de saludarte de nuevo, Guillem.

Los dos se miraron sorprendidos.

—¿Os conocéis? —preguntaron al unísono. La coincidencia incomodó a Guillem tanto como divirtió a Manuel.

—En fin, ya veis que sí.

—Compañero del traje gris, esto ya está —proclamó Manuel teatralmente mientras se incorporaba. De golpe, la diferencia entre los dos hombres había desaparecido.

—Eh... gracias...

—Manuel. Me llamo Manuel.

—Guillem —se presentó finalmente, ofreciéndole la mano. Manuel disfrutaba con su inesperada posición de poder.

—¿Aceptarías volver a quedar esta noche? —preguntó Emma al chico.

—Por supuesto, recuerda que nuestro contrato tenía una vigencia de dos días.

—Me temo que malgasté el primero durmiendo.

—Para que luego me vengan con la puntualidad británica.

Guillem seguía desconcertado por la conversación. Manuel se colocó la gorra con un movimiento ágil y no perdió la ocasión de restregar su ventaja al estirado cliente del traje.

—Aquí la compañera, británicamente impuntual, me citó ayer para hacerle un recorrido por la Barcelona de verdad.

—¿La Barcelona... de verdad? —repitió el ingeniero con cierto desdén.

—Los tugurios del Barrio Chino, hablando en plata.

Guillem se estiró las mangas de la americana con un gesto marcial.

—A lo mejor te apetece que complete esa visita por el distrito Quinto con algunos locales, digamos... dignos —se ofreció, mirando a Emma con determinación.

El limpiabotas esbozó una mueca burlona. Emma observó las caras de los dos hombres y sopesó la magnitud del conflicto diplomático que se le planteaba.

—Ya que ambos tenéis la amabilidad de ofreceros, estaré encantada de aceptar vuestra compañía —concluyó—. Nos vemos esta tarde. A las cinco en este mismo punto, ¿os parece?

Guillem asintió, ocultando el disgusto de tener que unirse a la misma expedición del limpiabotas.

—Aquí estaré, camarada.

De inmediato se giró hacia su cliente.

—Compañero Guillem, encantado de verte a ti también —añadió, con sorna.

A la hora convenida, ambos estaban en la esquina de la calle Pelayo. Emma los encontró en silencio. Guillem vestía el mismo traje de la mañana, pero se había puesto también un abrigo largo. Manuel mantenía su indumentaria de la mañana —la misma que el día anterior —. Y salvo el detalle de que no llevaba consigo la caja de utensilios, se diría que había esperado la cita sentado en el mismo banco en que había dejado horas antes al hombre del traje gris.

Los tres emprendieron la marcha. Formaban una extraña comitiva: una mujer extranjera, un limpiabotas con la cara aún tiznada de betún y uno de los pocos hombres que lucían traje sin ningún complejo en el epicentro del territorio anarquista.

Manuel gesticulaba animadamente ante la más mínima oportunidad; necesitaba demostrar su liderazgo y le habían brindado una ocasión

única. Conocía los bajos fondos de la ciudad como nadie y no iba a permitir que un señorito favorecido por los azares de la política, o quien quiera que fuese ese tal Guillem, le restara un ápice de protagonismo.

Pasaron frente a la librería de Armand Palau, a la que Manuel no prestó el más mínimo interés, y se internaron por los callejones del Barrio Chino. Aunque nadie podía asegurar con exactitud el origen de esa denominación —circulaban toda clase de teorías al respecto—, el nombre se había afianzado y la prensa lo usaba con cierta normalidad.

Manuel acumulaba con admirable sentido enciclopédico los nombres de los burdeles, tascas, tabernas y hasta las reyertas que se habían sucedido en el perímetro del barrio a lo largo de los últimos años. Conocía también a las cupletistas, los cantaores y las bailaoras. Hablaba de ellos con familiaridad, como si en realidad todo se redujera a una pequeña camarilla de la que él aseguraba formar parte.

Guillem escuchaba con cara de póker el discurso del limpiabotas, capaz de encadenar una frase con la siguiente sin solución de continuidad.

Cuando pasaron frente al Palau Güell, Manuel se vio obligado a hacer una parada imprevista tras comprobar el gesto de incredulidad de Emma. ¿Sería verdad que ese arquitecto excéntrico causaba admiración en todo el mundo?, se preguntaba ella. Manuel guardó con esfuerzo unos segundos de silencio para que la británica admirara las formas oníricas del palacio y a continuación explicó lo poco que sabía.

—Un tío forrado se la encargó a un arquitecto loco y en ella vivió su yerno, un buscavidas venido a más que hasta consiguió el título de marqués.

Guillem Castellví despertó de su letargo con la explicación del limpiabotas. Aunque al principio no pudo reprimir un gesto de indignación, enseguida recapacitó y pareció dar por buena la síntesis, que al fin y al cabo no dejaba de ser una interpretación folklórica, pero bastante fiel, de la realidad.

—¿Y esos guardias en la puerta? —preguntó Emma, intrigada por el ajetreo en las inmediaciones de la entrada.

—Lo han convertido en un calabozo —se adelantó Guillem.

—Y entonces, ¿sus propietarios legítimos ya no viven aquí?

Los dos hombres miraron a Emma sorprendidos. Un grupito de anarquistas que pasaban por la zona se giró.

—No, claro que no —zanjó Guillem, que no estaba muy interesado en alargar esa conversación—. Las grandes propiedades son ahora del pueblo.

—Compañera —terció el limpiabotas, bajando la voz—, te daré un consejo de amigo: reprime tu curiosidad, al menos de puertas afuera. Por menos que eso he visto a gente como tú acabar en una checa.

—¿Una... checa? —repitió Emma, insegura.

Guillem lanzó una mirada hostil al limpiabotas e invitó a Emma a proseguir la marcha con un suave empujón en su espalda.

—Ya hablaremos de eso, no es el lugar ni el momento. Además —añadió, mirando sin disimulo a Manuel—, hay muchas leyendas urbanas sobre ese asunto.

—¿No puedo preguntar qué es una checa? —insistió Emma, asegurándose de que nadie más la escuchara.

Sus dos cicerones guardaron silencio por un momento.

—Digamos que son... centros de detención. Los agentes fascistas campan a sus anchas por la retaguardia, así que se necesitan lugares discretos donde interrogarlos.

Manuel carraspeó sin demasiado disimulo.

—«Interrogarlos» es la palabra fina, compañera. Allí te arrancan la piel a tiras.

—Eso es una estupidez —replicó Guillem, encendido.

—Vamos, amigo, todo el mundo lo sabe: ahí cogen a los sospechosos y cantan más que Manolo el Bulerías. Ya se encarga el cojo de que así sea, ¿o no es verdad eso?

—¿Cojo? ¿Qué cojo? —Emma empezaba a perder el hilo.

—Escorza, el de las muletas, un sádico.

Guillem se detuvo de golpe.

—No tienes ni idea de lo que dices, chico. Otra vez con los rumores

del populacho.

—«El populacho». Vaya, así que ya no somos camaradas. Al menos ahora me queda claro.

—Dejad de discutir. Creo que tenías razón: no es el momento ni el lugar.

—No hagas caso de las habladurías, Emma. La guerra tiene momentos desagradables, es cierto. Pero esas exageraciones y rumores son la mejor munición de los fascistas.

Emma miró a los ojos al ingeniero.

—Pero ¿es verdad que se tortura en esos lugares?

Guillem resopló. Empezaba a refrescar y se levantó el cuello del abrigo. Con todo, tenía las mejillas enrojecidas.

—Emma, yo no sé exactamente lo que ocurre en esos centros de interrogatorios. Pero si torturar al enemigo salva vidas de los nuestros, por lo que a mí respecta, cualquier método es bienvenido.

—Hablando en plata: de allí no sale uno vivo, compañera.

Emma tragó saliva. No era una ingenua y sabía que ambos bandos —no solo el frente republicano— se habían excedido de forma cruel en sus métodos de extorsión y en sus castigos arbitrarios. Pero saber que muy cerca había lugares en los que se torturaba por sistema, eso era harina de otro costal.

Siguieron caminando en silencio durante unos minutos. Incluso los callejones del Barrio Chino mantenían cierta vitalidad a pesar de las circunstancias. Se oían risas, chascarrillos, gritos y piropos, algunos de ellos dirigidos a Emma. La cruda realidad de la guerra era en esas calles como un sonido emitido en baja frecuencia, un ruido de fondo apenas perceptible.

Una mujer se acercó a Guillem y le susurró algo al oído. Este disimuló una sonrisa y continuó. Probó entonces con Manuel, al que cogió de la mano como si fuera su prometida. El limpiabotas le siguió el juego y avanzaron unos metros con los dedos entrelazados.

—No tengo ni donde caerme muerto, compañera —dijo cuando

llegaron al final del callejón.

—Lo sé, corazón —respondió ella antes de despedirse con un beso en el cuello.

Emma seguía la escena desconcertada.

—Pensaba que se había abolido la prostitución.

Guillem se encogió de hombros.

—Se supone que así es. La prostitución es una forma innecesaria de humillarse. No tienen por qué vender su cuerpo por dinero. Todos somos iguales ahora.

Emma observó con atención al ingeniero. Se había afeitado con esmero para la ocasión. Tal vez trataba de impresionarla. O tal vez fuera, sencillamente, un hombre presumido. Su traje estaba tan impecablemente planchado como cuando le había visto unas horas antes, como si hubiera medido cada gesto para mantener la obsesión por la línea recta. Era, sin duda, un hombre pulcro y metódico, pero Emma pensó que todos esos lemas y consignas que repetía como un robot no cuadraban con su apariencia. Parecía un hombre decidido, seguro de sí mismo. ¿A qué venía ese discurso moralista sobre las prostitutas? Emma coincidía en parte con él, pero tratar de aniquilar las bajas pasiones a golpe de revolución era de una simpleza impropia de un tipo formado como le parecía Guillem.

Entraron en una taberna. «Casa de la Libertad», rezaba un precario rótulo, superpuesto sobre el original.

—Antes se llamaba Casa Graciela —acotó Manuel—, pero todos la llamábamos «la tasca del Somorrostro» porque casi toda la clientela venía de allí.

—No hace falta que lo jures —murmuró Guillem entre dientes.

La taberna despedía un intenso olor a vino barato y aguardiente. Unas viejas botas de madera ocultaban la suciedad acumulada en las paredes de ladrillo. Olía también a pescado frito, aunque era imposible saber con certeza si procedía de la misma taberna o de la minúscula tienda que había justo al lado. Las puertas del local, abiertas de par en par, dejaban pasar el frío, pero bastaba con pasar diez minutos en el ambiente cargado de la taberna para darse cuenta

de que esa ventilación era una magnífica idea.

A Emma no le pasó desapercibido que la puerta era de madera noble, absolutamente impropia para el tugurio. En realidad, todo en el distrito Quinto parecía fuera de lugar, y ese era precisamente su encanto: que no había más regla estética que el eclecticismo. Y eso valía para la arquitectura, anárquica y más bien precaria; para la amalgama de olores que se difuminaban en el aire y, por supuesto, para las personas: tal vez la noche del Barrio Chino fuera el único momento y perímetro de Barcelona en el que las ideologías se desdibujaban.

Manuel los guio hasta el fondo del local. Apenas había siete u ocho personas: cuatro o cinco parroquianos literalmente enganchados a la barra y una pareja furtiva que había escogido la oscuridad del rincón más mugriento.

En un extremo, un hombre ataviado con un traje acartonado tocaba la guitarra. Le acompañaba una gitana que daba palmas. El limpiabotas le guiñó el ojo a la mujer, que justo en ese momento se arrancaba con un zapateao, y saludó al guitarrista con una breve palmada en el hombro.

Tras una innecesaria espera, el camarero se plantó ante el singular trío de visitantes. Era un hombre de corta estatura y generosa barriga. Lucía una camisa blanca salpicada de aceite y un chaleco negro sin rastro de los botones.

—Manolo, tráenos unos vinos.

El hombre emitió un gruñido perezoso.

—Pero de los buenos, ¿eh? Que hoy vengo con estos señores.

El tabernero miró a Emma e ignoró a Guillem.

—A ver si te enteras, Manuel: ahora ya no hay señores —replicó mientras se giraba y emprendía de nuevo el camino hacia la barra.

Mientras los acordes arpegiados del guitarrista se adueñaban de la atmósfera, Manuel se levantó para ir al servicio. Emma sintió que había llegado el momento de aprovechar la ocasión. Llevaba rato esperando la oportunidad.

—Guillem, ¿me permites una pregunta?

El ingeniero, que no perdía detalle de los pasos de la gitana sobre el tablao, pareció despertar de un sueño.

—Claro, por supuesto.

—¿Qué hay entre tú y Eileen? —disparó Emma.

Guillem no se inquietó lo más mínimo. Incluso se permitió esbozar una sonrisa sarcástica.

—Nada en absoluto —respondió mientras encendía un cigarrillo.

—No es eso lo que me pareció ayer —objetó Emma.

—Aunque así fuera, ¿debería informarte a ti por algún motivo?

La pregunta de Guillem le llegó a Emma como el disparo de un francotirador.

—Por supuesto que no, es sólo que...

—Que su marido está en el frente, es eso, ¿verdad?

El ingeniero la miraba a los ojos sin ningún reparo.

—Eileen está destrozada. Y, si he de ser sincera, temo que te aproveches de su fragilidad.

Guillem expulsó una bocanada de humo. Se le veía relajado.

—No tengo ningún interés en Eileen —respondió—. No de esa clase. Compartimos amistades y, efectivamente, la vi muy afectada por la marcha de Eric. Quise darle mi apoyo, nada más que eso. No sé qué viste, o qué creíste ver. Pero desde luego no tengo una aventura con Eileen.

Manuel volvió en ese mismo momento. Tomó asiento en un taburete de madera y trató de seguir, con bastante torpeza, el ritmo del zapateado de la gitana. Esta última se acercó al grupo y sacó al limpiabotas al tablao. Los clientes de la barra les jalearon con algún exabrupto.

—¡Vamos, Emma! Te toca a ti —gritó Manuel volviendo a su asiento.

La gitana se le acercó y la tomó de la mano. Emma se sintió incómoda, no estaba con ánimos para bailar. Pero rápidamente comprendió que no tenía escapatoria. Le siguió el juego y trató de imitar sus pasos en

el tablao. Desde la barra, un par de hombres vociferaron y hasta la pareja del rincón la animó a bailar.

—¡Ole! —oyó gritar a Guillem y a Manuel, que por una vez parecían de acuerdo en algo.

La gitana tomó a Emma por la cintura y la dirigió para que hiciera los movimientos idóneos. Emma la siguió con cierta dignidad. En un momento dado, ambas quedaron de espaldas a la clientela. La bailaora se le acercó.

—Tenga cuidao —le advirtió con discreción.

Emma no estaba segura de haber entendido bien.

—Tenga cuidao con ese hombre —repitió la gitana, alzando de repente sus manos para dibujar con los dedos el movimiento de una mariposa.

Emma mantuvo el tipo unos segundos más y luego tomó asiento de nuevo. Buscó en vano la mirada de la gitana, que ya no la volvió a mirar durante el resto de la actuación.

Cenaron una ración de sardina y un vino rancio. A Emma no le sentó bien.

La noche se alargó sin pena ni gloria en la Casa de la Libertad. Al cabo de un rato, los tres abandonaron el local y caminaron juntos hasta la puerta del hotel.

—Si mañana no tienes otros planes, te espero en la fábrica Elizalde —le propuso Guillem antes de despedirse—. Ven y te enseñaré lo que hago allí.

Emma asintió, algo indecisa. El ingeniero dio por bueno ese gesto y le dio un papel con la dirección.

—Tal vez me pase —respondió al fin Emma con un hilo de voz.

XIV

La mano derecha, temblorosa, tanteaba la cerradura en balde mientras con la izquierda trataba de sostener una pila de libros viejos. Armand Palau aguantaba el tipo como podía cada vez que le sobrevenía un ataque de tos, y este era especialmente aparatoso. Le había cogido desprevenido unos cientos de metros atrás y se había ido intensificando hasta dejarle sin respiración. Sentía que se le humedecían los ojos y sabía, por experiencia, que su rostro estaba palideciendo. No veía el momento de entrar en la librería para dejar de exponerse a las miradas compasivas de los vecinos, pero no había manera: no atinaba a meter la llave en la cerradura.

Cuando finalmente lo logró, a duras penas consiguió dejar los libros sobre la mesa y corrió a trompicones hasta el lavabo, un pequeño cuartucho con una pica, una letrina y un espejo. Tosió de nuevo y contempló, contrariado, el color rojizo del esputo. No era una novedad, pero cada vez resultaba más frecuente que sus ataques de tos acabaran con esa inquietante muestra de sangre.

Sintió que le faltaban las fuerzas para abrir el grifo. Un hilillo de agua borró por fin el rastro y el librero dio por finalizado el incidente.

Se sentó frente al escritorio y contempló los libros que había dejado precipitadamente: una esmerada edición de la obra completa de Jorge Manrique, un bonito ejemplar de la primera parte del Quijote y una antología de cuentos de Emilia Pardo Bazán. Menuda mezcla, pensó para sí.

Por supuesto, a nadie en Barcelona que estuviera en su sano juicio le importaban lo más mínimo las adquisiciones que el viejo librero incorporara a sus estantes. Los escasos ratos de lectura se dedicaban a la prensa, que no escaseaba. Y eso los que leían.

Por suerte para él, no necesitaba mucho para vivir: le bastaba con vender unos pocos ejemplares a la semana para ganarse unos duros. El presente requería más entereza que dinero, y en cuanto al futuro... en fin, prefería no pensar mucho en él.

Un golpeteo en el vidrio del escaparate le despertó de su ensoñación.

Se incorporó, alterado. Tres hombres le miraban desde fuera y uno de

ellos señalaba hacia el pomo de la puerta.

Qué desastre, la había dejado cerrada con llave.

Se levantó y abrió. Los tres hombres entraron atropelladamente. Lucían distintivos de la CNT.

—Buenos días, compañero.

Armand reprimió un nuevo ataque de tos.

—Buenos días.

—Vamos a colgar unos carteles en tu escaparate —anunció uno de ellos. Era un tipo escuálido con las facciones marcadas y los ojos hundidos.

—Si te parece bien —añadió uno de sus acompañantes.

—Y si no le parece bien, también los colgaremos.

Los tres hombres rieron.

Armand permanecía en silencio. Se había acomodado junto a la columna de madera y trataba de mantener la compostura.

—Claro —contestó tras una pausa—. Lo que necesitéis.

Había tenido tiempo de considerar sus opciones: sencillamente, no era prudente negarse. Y puestos a perder, al menos prefería no aparecer en la lista negra de ninguno de esos hombres. Conocía a muchos de ellos. Lo peor es que no se les podía juzgar como colectivo: si algo caracterizaba a los grupos anarquistas de la ciudad es que eran del todo imprevisibles. Podían ser personas lúcidas y amables, pero también podían mandarte al paredón por sospechoso de colaborar con el fascismo. Era mejor no tentar a la suerte. La etapa más peligrosa había pasado, pero en la tensa Barcelona de la retaguardia nada era seguro.

Uno de los hombres se paseó por la librería. Se detuvo frente a la selección del escaparate.

—Tu librería es un poco burguesa, compañero.

Armand no fue capaz de guardar silencio.

—¿Te refieres a las revoluciones burguesas del siglo XIX? ¿O a la

burguesía acomodada del XX?

El hombre se giró hacia el librero. Podía ser un obrero poco instruido, pero desde luego no era un imbécil. Volvió sobre sus pasos y se plantó ante Armand, cara a cara. Podía oler su aliento, con un fuerte olor a tabaco barato.

—A lo mejor es verdad lo que se cuenta sobre ti —dijo en tono amenazador.

Armand sabía de sobras lo que se decía. Había tratado de permanecer ajeno a la locura colectiva que se había desatado en la ciudad tras el levantamiento, pero la cruda realidad era que ninguno de los dos bandos admitía medias tintas. Bastaba con un comentario de censura a las barbaridades que se habían perpetrado en la ciudad para ganarse la etiqueta de rigor. Por suerte para él, se había mordido la lengua en decenas de ocasiones, pero aun así debía ser más cauteloso. Poco importaba que criticara por igual las atrocidades de los sublevados. O se subía al carro del fanatismo o se exponía al juicio arbitrario de los inquisidores de turno.

Calibró su posición: ese pequeño incidente, esa pregunta formulada en tono sarcástico, era mucho más de lo que le correspondía. Por otra parte, ya hacía muchos años que peinaba canas y, a decir verdad, la vida no le había dado muy buenas cartas en ese tramo final.

—A lo mejor me importa una mierda lo que cuatro fanáticos y su pandilla de agitadores propagandistas opinen sobre mí. Diré más: a lo mejor hasta me enorgullece que así sea. Creo en la República tanto o más que cualquier de vosotros, ¿es eso lo que queréis saber? Pues ya lo sabéis.

Se hizo un silencio tenso. Las venas del cuello se le habían hinchado y tenía las mejillas enrojecidas. No necesitó más de un segundo para darse cuenta de que había superado con creces todas las líneas rojas de la prudencia. No podía más. No en su propia casa.

Los tres hombres se miraron entre sí. El más alto, que aún no había pronunciado una sola palabra, estalló de repente en una carcajada. Los otros dos se sorprendieron al principio, pero a continuación le siguieron.

—Hay que reconocer que el abuelo tiene un par de cojones.

Armand seguía tenso. Había dicho todo lo que tenía que decir y de momento salía ileso: eso era mucho más de lo que podía esperar.

—Eres un buen hombre, Palau —dijo al final el que parecía el cabecilla del grupo—. Mi mujer te ha comprado libros, siempre ha tenido buenas palabras para ti. Pero ahora te necesitamos. La revolución te necesita —precisó—. Así que, si nos das tu permiso, vamos a colocar unos carteles en tu escaparate.

Armand asintió, serio.

—Bien por ti, librero —dijo.

Se dirigieron hacia la puerta. Uno de ellos tomó un libro titulado Espías y conspiradores en España de una de las estanterías y lo colocó en el centro del escaparate. Se había convertido en un título de éxito después de demostrar, con abundante documentación, que tras la sublevación militar se escondían espurios intereses nazis.

Ya fuera, colgaron los carteles y se marcharon.

Armand se dejó caer en su butaca y suspiró. Se dio cuenta de que había empapado la camisa en sudor. ¿Por qué esa necesidad de llevar la contraria incluso con los que en realidad pensaban como él?, se preguntó de forma retórica. Tardó menos de tres segundos en responderse: porque quería saber que contaba con la libertad de discrepar de la mayoría sin tener que pedir disculpas por ello.

Era una postura incómoda que a menudo le llevaba a situaciones absurdas, como sorprenderse defendiendo ideas que no eran las suyas sólo por el placer de demostrarse a sí mismo que podía pensar lo que le viniera en gana.

Subió a la planta superior y recorrió con las yemas de los dedos los lomos de los libros. Acariciarlos era un hábito inconfesable al que recurría de vez en cuando. Le avergonzaba reconocer que esa costumbre fetichista le hacía sentir bien, como si con el mero contacto epidérmico fuera capaz de impregnarse de los conocimientos acumulados en esos anaqueles.

Se sentó abatido frente al escritorio. Abrió el cajón y sacó una fotografía. La depositó cuidadosamente sobre la mesa y la contempló largamente. Apoyaba las manos abiertas sobre la mesa, flanqueando la foto como si necesitara protegerla de los malos augurios. En ella aparecía un chico joven, de unos veinte años, que sonreía a la cámara con un gesto decidido. Era la única fotografía que tenía de él.

Algo activó un resorte en el librero: se levantó y buscó un libro en particular. Tardó un par de minutos en encontrarlo: un ejemplar de

Luces de Bohemia. Se sentó de nuevo ante el escritorio y esbozó una sonrisa. Lo abrió al azar, pasó algunas páginas y se detuvo en la escena en que Max Estrella conversaba con un preso.

—«Barcelona sólo se salva pereciendo» —leyó en voz alta.

Guardó de nuevo la fotografía en el cajón y bajó a la planta inferior con el libro en la mano.

XV

Un tremendo golpe metálico y seco, seguido de un eco ensordecedor, paralizó a los obreros de la nave. Cuando el ruido cesó, al cabo de seis o siete larguísimos segundos, los trabajadores permanecían mudos. La pieza había caído desde una altura considerable, tal vez cuatro o cinco metros, y sus restos se habían esparcido por toda la estancia. Uno de los obreros se quejaba de una herida en el hombro; al parecer se le había incrustado un tornillo que había salido despedido como si fuera una explosión de metralla.

Las miradas se dirigieron hacia el hombre del traje beige, que caminaba a toda prisa.

—¿Es que habéis perdido el juicio? —preguntó en un tono sorprendentemente moderado dada la magnitud del desastre.

Ninguno de los presentes parecía hacerse responsable del accidente, así que el hombre dirigía su mirada feroz en todas direcciones.

—¿Tenéis la menor idea de lo que cuesta cada uno de esos motores?

Los trabajadores desconocían con toda probabilidad el coste de las materias primas que componían el Shvetsov M-25, pero sabían —porque así se lo recordaban una y otra vez— que era el motor del flamante Polikarpov I-16, o lo que es lo mismo, el corazón de los aviones que debían aterrorizar a los militares sublevados. Todos en la fábrica Elizalde conocían la endiablada versatilidad de ese pequeño avión soviético, letal como una avispa venenosa. En los escasos descansos para el cigarrillo, se comentaba que era el caza más veloz del mundo. Algunos aventuraban incluso que podía superar los 450 km/h.

—Estos malditos motores —insistió el hombre del traje, cada vez más enojado—, son una maravilla de la mecánica. Un ingenio único en el mundo de la aviación —añadió recorriendo con la vista al grupo de hombres que permanecían aún inmóviles.

En realidad, todos sabían que exageraba: por supuesto que los M-25 eran unos artefactos valiosos, pero no dejaban de ser una respetable copia del americano Wright Cyclone.

Uno de los obreros, el más veterano, se decidió por fin a moverse. Se acercó al ingeniero.

—Castellví.

—Estoy hablando, ¿no puedes esperar? —replicó él con malas formas —. En esta fábrica nos hemos creído que hacemos morcilla blanca para vender en la Boquería. ¿Cuántas veces os he dicho que debemos ser cuidadosos con el material? ¿Y si ese motor hubiera caído sobre la cabeza de alguno de vosotros?

Los hombres negaban con la cabeza. La crítica del ingeniero era del todo desproporcionada: cada uno de ellos hacía más horas extra de las que cualquier otro ramo estaría dispuesto a tolerar y lo hacían gustosamente porque eran conscientes de su importancia. Cada hora trabajada era una posible victoria, una bomba sobre el enemigo. No obstante, ninguno protestaba porque —al contrario que Castellví— todos sabían que lo que había caído no era un solo motor, sino una decena de ellos. Si el jefe se daba cuenta, montaría en cólera.

—Castellví —insistió el veterano, resignado.

—¿Qué coño pasa?

El trabajador señaló con su llave inglesa hacia la puerta. La silueta de una mujer se recortaba a contraluz en la puerta de la nave.

El semblante del ingeniero cambió al instante.

Los hombres captaron el mensaje y se apresuraron a arreglar el desaguisado antes de que la verdad emergiera para Castellví. Este se plantó raudo ante su invitada. En condiciones normales, los piropos y silbidos harían sonrojar al presuntuoso ingeniero: por mucho que los valores de la revolución insistieran en la igualdad de ambos sexos, una mujer en una fábrica de motores seguía siendo un pequeño milagro digno de celebración. Por esta vez, y dadas las circunstancias, todo el mundo se puso manos a la obra.

—Emma, qué alegría verte —la saludó tendiéndole la mano.

—Me temo que no he llegado en un buen momento.

—No te preocupes: un pequeño incidente; nada que no se solucione en unos minutos.

Los hombres que recogían los restos de las piezas destrozadas se

miraron con un gesto cómplice y amagaron la risa como pudieron. El descanso de media mañana iba a contar con material de auténtica calidad para la tertulia.

—Vamos, te enseñaré la oficina donde trabajo.

El ingeniero atravesó el centro de la nave con un gesto amenazador: quien osara hacer la más mínima insinuación sería víctima de la cólera de Castellví.

—Estoy hasta los cojones de sus aires de capataz —oyó susurrar a su espalda. Guillem estaba acostumbrado a esa clase de comentarios. En realidad, le reconfortaban: había conseguido acostumbrarse al tuteo de la revolución e incluso había asimilado con relativa naturalidad el apelativo de «compañero» y «camarada». Pero que los obreros trataran de considerarlo un igual... eso era una concesión que no estaba dispuesto a hacer. Su traje, siempre impecable, era un sutil recordatorio de algo que no todo el mundo podía permitirse.

Ya en su despacho, lanzó la americana sobre la silla y se sentó. Invitó a Emma a hacer lo mismo.

Emma se fijó en la mesa, repleta de planos y bocetos.

—Así que aquí es donde trabajas —dijo ella, incómoda.

—Aquí es donde se fragua la victoria —Guillem se sintió estúpido: la frase había sonado exactamente a lo que era, un eslogan propagandístico. En momentos como ese echaba de menos los formalismos de años atrás. Se maldijo por no contar con algún licor de estraperlo para la ocasión.

—¿Puedo fumar? —preguntó ella, sacando una pitillera de latón.

—Por supuesto, claro. Qué torpe.

—Para nada.

Emma dio una primera calada y aprovechó para mirar alrededor. No le apetecía recibir una aburrida clase teórica de mecánica, así que tomó la iniciativa.

—¿Fabricáis aviones para el frente?

—Motores. Aquí hacemos los motores. Esto fue en su día una fábrica de coches, pero ya hace mucho tiempo que se producen también

motores para aviación. Me atrevería a decir que era una muy buena fábrica, una de las mejores de Europa.

—¿Trabajabas aquí antes de la guerra?

—Hice algún trabajo con Elizalde.

—Pero esta es tu especialidad...

—¿La aviación? Sí y no.

Emma sonrió y dio una nueva calada. Guillem se acomodó sobre el respaldo de su silla, que crujió bajo el peso del ingeniero.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada. Estaba pensando en que esa... ¿cómo le llamáis aquí? ¿nebulosa? Te viene como anillo al dedo.

Guillem se incorporó, tenso, apoyándose en la mesa que les separaba.

—Vaya. Eres una mujer muy directa, de eso no hay duda.

—Lo soy, es cierto —Emma sentía que no tenía mucho que perder— . Supongo que me voy acostumbrando a las formas del país.

Castellví no se inmutó. Tenía esa habilidad: podía encajar cualquier tipo de comentario sin que su interlocutor supiera qué le estaba pasando por la cabeza.

—No deberías fiarte de los clichés. No es propio de personas inteligentes, y tú lo pareces.

Emma no se molestó en agradecer el cumplido. Se levantó y recorrió el despacho hasta la ventana, desde la que tenía una buena perspectiva del trabajo de los obreros. El ambiente de una fábrica no le era en absoluto desconocido: su padre había tenido una planta envasadora y sabía distinguir un espacio bullicioso de un entorno de auténtica productividad. Allí se trabajaba a destajo: los hombres sudaban y permanecían concentrados en lo que hacían. Si el ejército republicano se desempeñaba con el mismo ahínco, tal vez había esperanza después de todo.

—¿Tenemos posibilidades reales? —preguntó, girándose hacia el ingeniero. A este le sorprendió el uso del plural, pero no dijo nada: al fin y al cabo, ella era la mujer de un hombre que estaba arriesgando el pellejo.

—No estoy muy seguro.

Emma se sentó, compungida. Dio una nueva calada a su cigarrillo, que casi se había consumido en el cenicero.

—Por fin un poco de sinceridad. Lo agradezco.

—Trato de ser objetivo: el enemigo es poderoso y tiene aliados muy importantes. Los alemanes y los italianos no han venido a pasearse: van a por todas.

—Pero tenemos el apoyo de los rusos...

Guillem se recostó sobre el respaldo. Se aguantaba la nuca con ambas manos.

—Los rusos.

No era una pregunta, ni tampoco parecía un reproche. Castellví cavilaba.

—¿No confías en ellos?

—Procuro no confiar en nadie.

Lo dijo mirándola a los ojos. No era una mera especulación o una vaga impresión: la andanada había sido tan directa como el torpedo de un submarino sobre la línea de flotación de un trasatlántico. La clásica situación que uno percibe con meridiana claridad y que, sin embargo, se diluye como un espejismo en el momento mismo de verbalizarlo. Esa era la habilidad de los manipuladores con oficio, de los tahúres de la palabra. Y Guillem lo era, sin duda.

Emma no se dejaba intimidar por cualquiera, pero ese hombre le resultaba algo más que inquietante. No le había dicho una sola palabra fuera de lugar; tampoco le podía acusar de deshonesto. De hecho, le acababa de confesar sus dudas sobre las opciones de aplacar al bando sublevado.

—¿Por qué me has invitado a venir?

—Pensé que te gustaría ver lo que hacemos aquí. Tu marido...

—Por favor, deja ya de nombrar a mi marido.

Castellví enarcó una ceja. No había duda de que disfrutaba con esas situaciones. Tal vez su cuadriculada mente de ingeniero encontraba un

entretenimiento en el comportamiento imprevisible de Emma. Quizá para él fuera algo así como un pistón que se levanta a destiempo; o peor aún: un simple crucigrama por resolver entre proyecto y proyecto.

—Me resulta difícil obviar a... tu marido, Henry, porque es el único motivo que te ha traído a España, que yo sepa. Y doy por hecho que simpatizas con la causa republicana, así que discúlpame si te he ofendido —ambos guardaron un par de segundos de silencio que, por supuesto, el ingeniero sumó a su casillero—. El caso es que ayer, cuando ese chico...

—Manuel.

—Exacto —continuó, esbozando un gesto vago en el aire—. Te contó una serie de despropósitos sobre la manera de proceder de nuestra defensa... y me di cuenta de que eso te impactó. No quería que tus impresiones sobre el trabajo de la retaguardia se redujeran a unas leyendas urbanas. Además, me ofendió.

—¿Te ofendió? ¿El qué?

—En esta fábrica trabajamos contrarreloj para producir piezas que ayuden a parar al fascismo. Estos hombres no ven a su familia más que a la hora de dormir. Y lo hacen con ilusión y con empeño. Quería que vieras también esa otra parte; nada más que eso.

Emma se dio cuenta: lo estaba volviendo a hacer. Guillem tejía su telaraña con un hilo fino elaborado a base de emociones, algunas verdades escogidas con criterio y un discurso seguro.

—Ya que vamos a ser sinceros, espero que a ti no te ofenda si te digo exactamente lo que pienso.

Guillem encajó el aviso con su habitual naturalidad.

—Me gustan las personas directas —dijo, molesto como cada vez que se veía obligado a verbalizar una obviedad—. Soy todo oídos.

—El caso es que todo es confuso en ti.

—Así que es eso. Me habías asustado. No me gusta hablar de mí. Eso es todo.

—¿Y qué hago yo aquí?

El ingeniero parecía ahora más receptivo.

—Aprecio tu compañía.

—¿Y no será, quizá...

—No. No flirteo contigo —replicó con firmeza—. Como he dicho, aprecio tu compañía.

Emma se abrochó el abrigo.

—No sé cómo podéis trabajar en mangas de camisa con este frío.

—Por mucho frío que haga entre estas cuatro paredes, nunca será ni la mitad de desagradable que para nuestros camaradas, los que... en fin, ya sabes.

—Vaya. Eso ha sido un golpe bajo.

—No pretendía...

En ese momento un mozo se plantó en la puerta del despacho del ingeniero.

—Castellví, tienes visita.

Guillem parecía, ahora sí, desconcertado.

—¿Quién es?

—Un chico. Pregunta por ti y por la inglesa.

Los dos hombres miraron a Emma, que obviamente se dio por aludida.

—Hazle pasar.

En menos de un minuto, apareció en la misma puerta el limpiabotas. Llevaba consigo su inseparable caja de trabajo.

—¿Manuel?

Emma estaba realmente sorprendida.

El limpiabotas ignoró a Guillem y se dirigió sólo a ella.

—Emma, tienes que venir. Hay alboroto en el Continental. Algo ha pasado con la columna de tu marido en el frente.

—¿Henry? —Emma se levantó como un resorte—. ¿Qué ha pasado?

—No estoy seguro —contestó el chico—. Creo que los han emboscado.

Guillem se puso en pie y se acercó al limpiabotas.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Un contacto del POUM.

—¿Un... contacto?

—No sé cómo se llama. Un cliente habitual. ¿Importa eso ahora?

—Haré unas llamadas.

Manuel cogió a Emma por el hombro y se precipitó hacia la salida.

—Será mejor que no llames, hay que ser discretos —objetó antes de salir.

Los dos desaparecieron apresuradamente.

Los obreros de la fábrica silbaron, esta vez sí, a su invitada de honor.

XVI

—Espérame.

El limpiabotas apenas podía seguir el paso de Emma, que caminaba a un ritmo endiabladamente rápido.

—Emma —insistió.

—Date prisa. Y explícame lo que sepas.

—Emma, por Dios.

El limpiabotas se detuvo en seco en mitad de la calle sin percatarse de que estaba a punto de ser arrollado por un tranvía. Emma se giró y, por fin, entendió.

—¿Qué está pasando? —inquirió, amenazadora.

—No han herido a Henry.

La británica miró al suelo; parecía contar hasta diez. Se acercó al limpiabotas y se encaró a él. Era un par de centímetros más alta y cuando las facciones de la cara se le endurecían, imponía respeto.

—¿Me estás diciendo —le costaba encontrar las palabras en español— que te lo has inventado?

Manuel no se atrevía a mirarla a los ojos. En cuanto le dijera la verdad, sin duda iba a montar en cólera. Aun así, estaba convencido de que había actuado correctamente.

—Tenía que sacarte de ahí —respondió con un frágil hilo de voz.

Sorprendentemente, Emma no pareció enojada. La dureza de sus facciones se suavizó y se apartó de Manuel con un movimiento descontrolado, como si estuviera borracha. Se apoyó en una pared con ambas manos.

—Ese hombre, Castellví... —prosiguió Manuel.

—¿Qué pasa con él? ¿Qué problema tenéis los hombres de este país?

—No es eso, Emma. Ese hombre es peligroso.

Emma se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la pared. Un grupo de mujeres que pasaba por la acera contigua se detuvo a observarla.

—Levántate, Emma, tenemos que ser discretos.

—Me importa una mierda la discreción —susurró ella sin inmutarse. Era la primera vez que el limpiabotas la oía decir una palabra malsonante, así que le dio unos segundos de tregua. Se sentó a su lado con un gesto amigable. Desde la distancia, parecían dos operarios descansando de un trabajo fatigoso.

—¿Recuerdas a la gitana del bar?

—Claro que la recuerdo. Ella también me advirtió.

—Lo sé. Y creyó que no le habías entendido. «Habla con la extranjera», me ha dicho esta mañana.

—¿Esta mañana?

—Sí. Ha venido a buscarme sólo para decírmelo. Ese Castellví no es de fiar.

Emma observó con auténtica curiosidad al limpiabotas. Incluso en ese momento parecía un chico gracioso: su oreja oblicuamente torcida, su dentadura huérfana.

—¿Y se puede saber por qué no es de fiar? La verdad, no tiene pinta de asesino.

—¿Quién la tiene?

—No lo sé. Pero él no, desde luego.

—Emma, pensé que...

—Lo que has hecho ha estado fuera de lugar. Además, no acabo de entender lo que está pasando aquí. ¿Has quedado esta mañana con esa mujer para hablar de Castellví y de mí?

—La Lola y yo...

—¿La Lola? Así que os conocíais ya cuando nos llevaste a esa taberna.

—Sí, nos conocíamos. Iba a decirte que somos viejos amigos. No me

mentiría.

—¿Y por qué iba ella a arriesgarse por una desconocida? Si lo que me contaste ayer era cierto, pone en peligro su vida. Podría acabar en una de esas horribles checas... y tú también.

Manuel suspiró, resignado. Esa maldita inglesa era más tozuda que una mula.

—Esto no tiene nada que ver con las checas, ni con los sindicatos, ni con la República. Sólo te digo que vayas con cuidado.

Emma se levantó del suelo y se alejó un par de metros, pensativa. Sentía que sus pensamientos discurrían en círculo. Había algo que se le escapaba, sin duda.

—¿Qué clase de intereses crees que tiene Castellví respecto a mí?

—No tengo ni la menor idea —Manuel la miraba a los ojos y abría las manos mientras respondía. Emma lo interpretó como un gesto de sinceridad—. Quizá sea un espía fascista.

—¿Y dirige la ingeniería de una fábrica de motores de aviación? Perdona, pero me cuesta creerlo.

Manuel se incorporó también.

—Yo no entiendo mucho de espionaje, la verdad —dijo calándose la gorra—. Lo poquito que he leído en la Soli y una película que pasaron en el cine Comedia hace unos meses. Pero si yo fuera un gerifalte fascista y quisiera buscar auténticos espías, empezaría por personajes como Castellví.

Por muy inverosímiles que le parecieran a Emma las especulaciones del limpiabotas, tenían mucho sentido.

—Manuel...

—Dime.

—Si todo esto que dices es cierto...

El limpiabotas acababa de darse cuenta también. Ya sabía exactamente cómo acaba la frase de la inglesa.

—He metido la pata hasta el fondo presentándome en la fábrica.

XVII

Sentada en un grasiento banco de madera, la Lola contempló con más resignación que nostalgia los volantes de su vestido; acarició la falda de seda y se dio cuenta de que nunca lo había hecho hasta ese momento. Había llegado a tener hasta cuatro trajes a la vez, pero aquello había sido en los buenos tiempos. Los había malvendido o se habían desgastado por el uso.

Lo único bueno de la escasez era que no corría el peligro de engordar. De hecho, había tenido que hacer algún ajuste en la falda porque empezaba a quedarle holgada.

Era una gran verdad lo que su padre le había repetido hasta la saciedad: nunca valoras lo que tienes hasta que dejas de tenerlo.

Para empezar, no tenía a su padre.

Se calzó los zapatos de cuero envejecido y caminó sobre el tablao. El eco de las tachuelas sobre la madera llamó la atención de Antoñito.

—¿Ya andas por aquí, Lolita? —preguntó desde la trastienda, donde solía afinar la guitarra y echar un trago de vino barato, cortesía de la casa.

—Hace ya un buen rato, Antoñito.

La gitana se dirigió a la barra; como era costumbre, el tabernero espantaba sin éxito un par de moscas hacendosas.

—Niña, en media horita os ponéis, que está la cosa peor que mal.

—Ea, media horita pa descansar.

Actuar en un tablao era quizás la única satisfacción que le quedaba en esa maldita Barcelona de retaguardia, de espera tensa y economía perra. Las noches bullangueras habían quedado atrás: con los jóvenes en el frente y los sindicatos invitando a moderar la diversión, el adjetivo solitario era bastante generoso para lo que ocurría a diario en las noches de la taberna de Manolo.

Pocas semanas después de la sublevación lo había convencido para

cambiar el nombre del local. Durante las primeras semanas tomó el nombre de Compañeros. Luego lo cambió por Casa de la Libertad, nombre felizmente ambiguo porque no existía un ser humano sobre la tierra al que no gustara disfrutar de su propia ídem. Las consumiciones tenían también nombres afines al momento: había bautizado el vermouth Cinzano como el Miliciano; el coñac se llamaba Mauser; el botellín de cerveza era una Carabina y el coñac, una Bayoneta. Las buenas artes de la propaganda llegaron a convertir un vino peleón en el poderoso Mata-fascistas. Pero la consumición estrella de la casa era un aguardiente pestilente al que la Lola rebautizó como el Temerario: durante los primeros meses de la contienda, se sirvieron cientos de litros de ese infame brebaje. Incluso Manolo, que a menudo demostraba ser de ideas confusas, caía en su propia trampa y se servía una copita para brindar con los clientes. En esas ocasiones, la Lola hacía una pausa entre zapateao y zapateao para recordarle a su jefe el secreto que durante siglos ha pasado de generación a generación entre familias de comerciantes, buscavidas, vendedores de crecepelo y charlatanes de todas las calañas: nunca te aficiones a consumir aquello que vendes.

El patrón no era precisamente un hombre emprendedor, y mucho menos un simpatizante de los sindicatos, pero tampoco era un imbécil. Incluso él tuvo que reconocer que los cambios propuestos por la bailaora habían sido una buena idea.

Ahora las cosas habían cambiado. Un par de consumiciones por noche, a veces tres. Si la cosa iba bien, se podía llegar a las diez consumiciones: esas eran noches de alegría. El Temerario se seguía vendiendo entre los incautos y el Mata-fascistas provocaba cierta hilaridad entre los parroquianos, pero el sentido común había llegado incluso a la taberna de Manolo y los ánimos tampoco estaban para brincar. Su sueldo había dejado de contarse en pesetas. El acuerdo era actuación a cambio de comida: pan, lentejas, harina, incluso de vez en cuando media docena de huevos. Manolo no se portaba mal; tampoco era un hombre generoso.

La Lola observó su rostro en el espejo que colgaba de la pared desconchada del servicio. Tuvo que acercarse hasta casi tocarlo con la nariz: su miopía iba en aumento y ya apenas podía distinguir las caras de quienes entraban en el local. Aprovechaba la movilidad que le daba el bailoteo para acercarse a los clientes y, de vez en cuando, dejaba escapar una sonrisa neutra para que estos se dieran por saludados.

Con dos bocas por alimentar y sus pechos menguantes en sequía, las perspectivas de futuro de la Lola eran cualquier cosa menos

halagüeñas. Sólo le quedaba un cartucho: su innegable capacidad para la adaptación. Manuel, el limpiabotas, le había abierto la puerta a algunos negocios peligrosos. Eran tiempos para arriesgar. Gracias a eso podía sostener su hogar de madre y viuda.

Empezaba a acusar la edad, de eso no había duda. Las arrugas empezaban a aparecer en su rostro y surcaban la piel de sus manos. No sólo era la edad: era, sobre todo, la mala vida. Antoñito, perro viejo, le restaba importancia; trataba de ser galante a su manera, pero casi siempre hallaba la manera de estropearlo. Como aquel día en que le dijo que una buena bailaora necesita el paso de los años para dar lo mejor, como los buenos vinos reserva que envejecen en barrica.

—Claro que a veces los buenos vinos se agrian —añadió en aquella ocasión el guitarrista.

La Lola saldó el incidente con un sopapo que Antoñito recibió con sorpresa y un punto de indiferencia.

En definitiva, su sueño de ser una gran bailaora se esfumaba a la misma velocidad que crecían sus dioptrías. Atrás quedaban sus años de silenciosa admiración por las grandes bailaoras. De niña había recorrido todos los tablaos de la ciudad, que no eran pocos. En el local de Juanito El Dorado había visto bailar a las hermanas Chicharra; en El Cangrejo Flamenco, al Gran Fanegas; en Casa José María, a Encarna la Malagueña. Pero la mejor había sido y era, sin discusión, la gran Carmen Amaya. La había visto actuar decenas de veces en La Taurina de la calle Cid, acompañada de su tía La Faraona.

Cuando apenas era poco más que una niña, Amaya ya tenía la personalidad de una bailaora profesional, lo que desacreditaba la frágil teoría de Antoñito sobre la evolución del talento. Por eso la llamaron pronto La Capitana: porque ella mandaba. Rehuía las convenciones, ignoraba los movimientos habituales y se dejaba llevar por su arte. Carmen Amaya saltaba, se retorcía, zapateaba o convulsionaba según le viniera en gana; a menudo vestía pantalones en lugar de falda, tal vez porque realzaban sus movimientos y permitían apreciar con todo detalle los matices de su artística sensualidad.

A decir verdad, las mujeres que bailaban flamenco no habían estado nunca muy bien pagadas. Se decía que en el Villa Rosa cobraban diez pesetas por día, y eso que el local estaba a rebosar con un público de nivel: turistas, intelectuales, políticos y toda clase de cretinos que no tenían ni la menor idea de lo que era el flamenco de verdad. Toda la

ciudad sabía que el Villa Rosa era una atracción turística para señoritos que buscaban una chispa de autenticidad; justo la que no hallaban en sus propias vidas. Allí las flamencas eran gitanas guapas, de piel no demasiado oscura, modales estudiadamente descuidados y, a ser posible, moral distraída. Cualquier cosa que ayudara a vender consumiciones era bienvenida, y cuantos más botellines, mayor aprecio.

A la Lola, el Villa Rosa nunca le llamó la atención: ella se sentía artista y buscaba un lugar en el que desarrollar y compartir su talento. La República había sido una gran oportunidad para ella: por fin se valoraba la autonomía de la mujer. Era su momento, así lo había visto ella.

Pero los años pasaron, sus problemas de visión se agudizaron y el estallido de la guerra hizo el resto. Tampoco ayudaba que los anarquistas tuvieran esa visión tan proteccionista de la dignidad de las artistas. En El Molino incluso se advertía al público para que no gritara obscenidades y piropos. A la Lola le gustaba que la trataran con respeto, pero no necesitaba que nadie la protegiera. Si había que atar en corto a algún semental, ella sabía cómo hacerlo.

—Lola, cariño, hay público.

—Ya va, Antoñito, ya va.

La Lola se asomó tras la cortina: un anciano borracho y su acompañante habían depositado sus posaderas sobre el taburete de madera carcomida. Desde la distancia aún no podía reconocer sus rostros borrosos: ya habría tiempo para eso. Antoñito rasgó la guitarra y la Lola se plantó en el centro del escenario con un gesto teatral.

Esa tarde iba a bailar como la Capitana.

Pero esta vez iba a hacerlo por ella misma.

XVIII

Sacudida aún por el episodio del limpiabotas en la fábrica Elizalde, Emma se plantó en la librería. Un detalle le llamó la atención al ver el escaparate. Se trataba de un libro extraño en la selección de Armand. Tuvo que leer varias veces el título para asegurarse de que su vista no la engañaba: Espías y conspiradores en España, por Franz Spielhagen. Tal vez Armand había claudicado por fin y trataba de atraer el interés de los pocos curiosos que, muy de vez en cuando, se detenían unos segundos a ojear los libros destacados de la semana. Pero eso parecía poco probable: no es que conociera muy profundamente al librero, pero tenía la certeza de que el criterio comercial jamás regiría la elección de los libros del escaparate. Armand Palau era sin duda el único librero del mundo al que vender sus libros le importaba un comino.

Echó un vistazo a los carteles de propaganda de la CNT que cubrían la fachada. Estaban por toda la ciudad, pero le sorprendió que Armand hubiera permitido colgarlos en la suya.

Empujó el portón, que por primera vez no chirrió. Instintivamente, alzó la vista hacia las silenciosas bisagras. Observó la silla vacía del librero frente al escritorio.

—¿Hay alguien?

—¡Estamos arriba!

Era la voz de Ignacio la que la invitaba a subir. Emma recorrió el tramo de escaleras que ya conocía y se dirigió hacia la buhardilla. Ignacio estaba sentado, casi estirado, sobre la butaca con una copa en una mano y un cigarrillo en la otra. Armand permanecía ausente, sentado frente a la máquina de escribir con las palmas de las manos extendidas sobre la mesa.

—¿Una copa?

Emma ignoró la invitación de Ignacio y se acercó a Armand, cuya mirada se extraviaba en la etiqueta negra de un whisky escocés. Apestaba a alcohol y la atmósfera estaba cargada de humo. Si no hubiera sido por la interminable hilera de libros, habría dicho que estaba en una taberna.

Ignacio se levantó y sirvió un vaso de whisky a la recién llegada.

—¿Va todo bien por aquí? —preguntó ella.

—Armand ha tenido un pequeño incidente hoy —respondió Ignacio tras unos segundos de silencio.

Emma ocupó una de las butacas. El librero permanecía callado: prefirió no interpelarlo hasta que él quisiera hablar. ¿Qué demonios le pasaba?

Bebió un tímido sorbo de whisky; no estaba acostumbrada a beberlo, así que apenas se humedeció los labios.

—Parece que has engrasado por fin las bisagras de la puerta —dijo al fin.

Armand pareció despertar. Tomó su vaso, dio un generoso trago y se recostó sobre el respaldo.

—Ese chirrido me hacía envejecer un año cada semana. Espero que mis canas vayan desapareciendo en los próximos días.

Los tres rieron; Emma se relajó.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada grave en realidad. Un grupo de anarquistas querían que colgara sus carteles y les he soltado una barbaridad. Lo que me preocupa es lo que han dicho.

—¿Qué han dicho?

—Que quizá fuera cierto lo que se cuenta sobre mí.

Emma lo miró con un gesto interrogativo.

—Ya sabes: que a lo mejor soy un fascista.

—Por Dios, Armand —intervino Ignacio—. Sabes perfectamente...

—Sé perfectamente lo que soy y lo que no soy —atajó el librero—. Pero también sé que eso importa poco. Si esa gente extiende el rumor y llega a oídos del exaltado de turno, la verdad importará un carajo.

Ignacio se levantó de su asiento y recorrió la buhardilla arriba y abajo, nervioso.

—No deberías darle más importancia. Todo el mundo sabe que eso sería absurdo. Eres un espíritu librepensador. ¿Es eso un delito?

Armand sonrió amargamente. Dio un nuevo sorbo a su whisky.

—Tienes razón, Ignacio. No tengo que darle más importancia. Además, nuestra invitada...

—De invitada, nada. Pensaba que ya formaba parte de este selecto club secreto de lectores de la retaguardia.

—Lectores de la retaguardia —murmuró Armand—. Qué buen nombre.

—La verdad es que yo también quería contaros algo.

Ignacio interrumpió por fin su paseo y Armand enarcó una ceja, intrigado.

—Hoy he ido a la fábrica Elizalde. Me invitó un ingeniero que trabaja allí, Guillem Castellví.

Los dos hombres se encogieron de hombros, intrigados.

—¿Has ido allí... de visita? —preguntó Ignacio.

—Algo así.

—Tengo entendido que fabrican motores de aviación.

—Entre otras cosas, sí.

—Perdona mi indiscreción, pero ¿por qué te invita un ingeniero a visitar una fábrica de motores?

—Nos conocimos el otro día. Me llevó al cuartel Lenin para ver a Henry.

Armand se sobresaltó.

—¿Tiene un automóvil? Ese sí es un pez gordo.

—Fuimos en taxi. Parece ser que los usa para... en fin, no sé, fines militares.

—¿Y entonces te invitó a la Elizalde, sin más?

—Es una larga historia. Pero no es eso lo que quería contaros —Emma hizo una pausa, pensativa —. Ha sido todo muy extraño. Esta mañana estaba allí con él; me ha enseñado lo que hacen, me estaba contando detalles sobre su trabajo... y de repente ha irrumpido un chico que conocí en la plaza de Cataluña, un limpiabotas...

—¿Manuel?

Emma clavó su mirada en Ignacio.

—¿Lo conoces?

—Sé quién es, sí. Lo conoce media Barcelona.

Armand escuchaba en silencio con aire distraído; el whisky empezaba a hacerle efecto.

—El caso es que ese chico, Manuel, ha entrado en la fábrica preguntando por mí y me ha sacado de allí con la peor excusa posible. Me ha dicho que habían herido a Henry en el frente...

—¿Han herido a tu marido? —preguntó de repente Armand, que acababa de reengancharse a la conversación.

—No, no. Era sólo una treta para sacarme de allí.

—¿Y para qué demonios...?

—Exacto. Eso mismo me he preguntado yo. El chico decía que ese Castellví no es de fiar; que se lo había dicho una gitana.

Armand alzó las dos cejas y dio un nuevo sorbo a su vaso de whisky.

—A ver si lo entiendo —recapituló Ignacio—. Has ido a la fábrica de motores porque te había invitado un ingeniero y el limpiabotas ha entrado corriendo para sacarte de allí porque se lo había dicho una gitana.

—Una bailaora de flamenco.

Armand escupió el whisky que acababa de beber y estalló en una carcajada.

—Desde luego, no te aburres en Barcelona.

Ignacio no parecía divertido en absoluto.

—¿Qué te ha dicho Manuel sobre ese hombre?

—Nada. Que no es de fiar.

—Pero ¿por qué? ¿Es un sicario? ¿Un fascista?

—¿Un espía alemán? —añadió Armand, cada vez más animado—. Dicen que están debajo de las piedras. Hasta en mi escaparate los encontrarás, los han colocado ahí mis amigos los anarquistas esta mañana.

Emma recordó el libro que le había llamado la atención al entrar. Así que esa era la explicación.

—¿Y qué has hecho cuando Manuel te ha dicho lo de Henry? —insistió Ignacio.

—Me he alarmado, claro. Me he ido corriendo. Hasta que, ya en la calle, me ha confesado que era mentira.

—Pero ese Castellví podrá saber que lo de Henry es falso. Has dicho que te llevó al cuartel Lenin, debe de tener contactos allí.

—Eso es lo que me temo. El limpiabotas no podía ser más torpe.

Ignacio se levantó de nuevo y reanudó sus cortos paseos por la buhardilla.

—Torpe o no, lo que es seguro es que ese chico está bien informado.

—No alarmes a la muchacha, Ignacio.

—No pretendo alarmar a nadie, sólo digo que no está de más actuar con precaución. ¿Qué más sabes de ese ingeniero, Emma?

—Poca cosa, en realidad. Es un hombre muy refinado, siempre bien vestido. Diría que está acostumbrado a mandar, pero no me ha contado mucho.

—En definitiva, no tienes ni la menor idea de quién es —resumió Ignacio.

—Eso me temo.

—Tampoco veo por qué tiene que ser sospechoso de nada —dijo Armand—. Me parece muy extraño que ese chico te diga que te alejes, sin más, porque se lo ha dicho una bailaora.

Emma se recogió el pelo mientras pensaba; un mechón quedó suelto, bailando en su frente.

—Es cierto, pero...

—Pero tú tampoco te fías, ¿es eso? —preguntó Ignacio, que seguía hipnotizado el vaivén del mechón rebelde de Emma.

—Lo vi tonteando con la mujer de Eric, un compañero de Henry, el mismo día que los hombres se marcharon al frente. Me dio mala espina.

—Y ahora lo hace contigo, pero eso no le convierte en un delincuente —sentenció Armand. Sus esfuerzos por ponerse en pie resultaban cómicos—. ¿Sabéis qué? Que es la primera vez en mucho tiempo que estoy bebiendo con amigos lectores en esta librería. Me da igual si ese Castellví es un gánster o un casanova, y tampoco me importa si una patrulla de anarquistas me tiene en el punto de mira. Hoy estamos aquí, rodeados de libros, y tenemos una copa en la mano. Así que, antes de que este whisky me acabe de tumbar, os propongo un brindis.

—¿Quién dijo que los libreros eran aburridos? —celebró Ignacio.

Emma e Ignacio se levantaron también y alzaron sus copas.

—¿Y por qué brindamos?

—Por Max Estrella y por todos los poetas locos —propuso enseguida Emma.

—Por mi próximo matrimonio con esta mujer —respondió Armand, que se sonrojó al instante.

—¡Viva el esperpento! —proclamó Ignacio teatralmente.

Tras el whisky llegó una primera copa de vino. La conversación llevó a la segunda y las risas, a la tercera.

Recostado en el respaldo de la butaca, Armand pensó que momentos como ese eran el motivo por el cual había abierto la librería décadas atrás. Se dejó vencer por el sueño mientras escuchaba las risas escandalosas de Ignacio y las ocurrencias de aquella misteriosa chica inglesa.

Nada iba a ser fácil en adelante, de eso estaba seguro.

XIX

Delén, len, len, len...

Dilín, lin, lin, lin...

A Antoñito le ponía de los nervios que Manolo imitara el sonido elástico de las cuerdas cada vez que afinaba la guitarra. Si el tabernero gastara esa misma energía en revisar la pulcritud de los vasos que secaba con un paño podrido, a lo mejor a los parroquianos se les quitaba la cara de asco cada vez que pedían un Temerario. La Lola se lo había dicho un millón de veces: cada vez que se servía un vaso de agua le entraban arcadas, así que se había acostumbrado a beber del grifo para no pasar las tardes con la garganta seca.

—O limpias los vasos de verdad o te buscas otra que te cante y baile por el mismo precio —le había amenazado en más de una ocasión.

A Manolo las amenazas de la Lola le entraban por el pabellón auditivo izquierdo, atravesaban a gran velocidad su cráneo hueco y salían, intactas, por el orificio opuesto. Argumentaba —con cierta razón— que, si sus clientes se habían acostumbrado a ingerir ese matarratas en cantidades industriales, sin duda era porque sus paladares no eran sensibles a las manías de tiquismiquis de una gitana remilgada.

La Lola encajaba bien los insultos de Manolo; al fin y al cabo, Dios no concedía cerebro a todos sus hijos, y el del tabernero era un caso de libro. Sin embargo, le había convencido al menos para que usara el paño limpio que ella misma había traído de su barraca del Somorrostro.

A los tres días, el paño había desaparecido y Manolo volvía a lucir su viejo trapo acartonado colgado de la cintura. Ahora la Lola miraba fijamente ese trozo de tela enmohecido.

—No hay ná que hacer, Lolita mía —le dijo Antoñito mientras se esmeraba en controlar la cuerda rebelde.

—¿De qué me hablas, Antoñito?

—Del marrano del patrón, mi niña. Que te olvides ya, que te leo el pensamiento. A tocar y a bailar, que es lo nuestro. Y mañana será otro día.

—Ea.

La puerta de la entrada se abrió inesperadamente y una diminuta explosión de luz iluminó la barra, donde Manolo entretenía un mondadientes con la maestría de un profesional.

—Hombre, Manué —exclamó Antoñito desde la otra punta.

El limpiabotas pasó frente al tabernero, que le saludó con un gruñido, y se dirigió al rincón del tablao.

—Manolo, sirve algo al niño, hombre.

—Cuando lo pague, que esto no es una casa de caridad —masculló el tabernero con indignación.

La Lola ignoró al jefe y se acercó ella misma a la barra, agarró una botella de vino abierta y arrancó el tapón con los dientes.

—Dale, niño.

Manuel dio un breve trago a la botella.

—Qué, niño, ¿le dijiste a la inglesa lo del ingeniero?

El mozo se limpió la boca con la manga de la camisa antes de responder.

—Claro que se lo dije.

—¿Y qué te dijo ella?

—La cosa no fue muy bien, Lola —se sinceró el limpiabotas—. La saqué de la fábrica Elizalde con la excusa de que habían herido a su marido...

—¿Han herido al chico de la inglesa? —lo interrumpió bruscamente.

—Ese es el problema: que no lo han herido. Vamos, no que yo sepa.

La gitana apartó el vino de la vista de Manuel.

—Pero, niño, ¿tú eres tonto?

—Yo qué sé, Lola, no tenía ni idea de cómo sacarla de allí.

Antoñito, que procuraba mantenerse al margen de cualquier cosa que no fueran las cuerdas de su guitarra, miró al techo y murmuró alguna blasfemia.

—¿Y por qué no esperaste a que saliera ella por su propio pie? Vamos, digo yo que eso hubiera sido más fácil.

—¡Pues haberla avisado tú!

—Manué, hijo mío, que parece que seas el hijo de ese orangután —terció Antoñito señalando hacia el tabernero.

—Bueno, ¿y qué pasó entonces? —insistió la gitana.

—Que me tiró la caballería por encima, qué iba a pasar. Pero al menos ahora está avisada.

—Ahí tié razón el mozo —concluyó Antoñito mientras sus dedos huesudos arpegiaban el nylon de la guitarra.

—Pero ese Castellví sabrá que no hirieron al marido de la inglesa, Manuel. Y se preguntará por qué la fuiste a buscar.

El limpiabotas tragó saliva.

—¿Y qué hago ahora?

—Nada, niño. Tú no te metas más. Sal de en medio, que esos dos se traen un lío raro.

—Pero tú lo has dicho: ahora estoy en peligro.

—No creo. Pensará que te equivocaste, que eres un metomentodo.

—Eso eh verdá —acotó Antoñito—. Como una que yo me sé.

Desde la barra de la entrada, la voz del tabernero resonó con eco.

—A trabajar, señores, que llega la clientela.

—Ea, niño. Al tajo.

—Hablando del tajo, Lola. El jefe ha pagado.

La Lola miró a Manuel sorprendida.

—¿El tabernero?

—No, mujer. El otro jefe. El de verdad.

Cogió al mozo del brazo y lo llevó a la trastienda.

—¿Cuánto?

—Cien pesetas.

—¿Para los dos?

—Cien para cada uno.

La gitana sonrió, sorprendida.

—¿Y eso?

—Tú no preguntes. El negocio va bien, supongo.

—Y yo gastando mis tacones en este antro.

—Todo suma, Lola.

—Tienes razón, niño.

Cogió su parte y la guardó en el forro de su bolso.

—¿Te quedas?

—No, me voy que mañana tengo que madrugar.

—Mañana es domingo, Manuel.

—Los estómagos vacíos no entienden de días festivos, Lola.

—Ese es mi niño.

La Lola apretujó las mejillas del limpiabotas y lo besó en la frente.

—Anda, lárgate antes de que ese animal te haga pagar la cuenta.

En su camino hacia la salida, Manuel se abrió paso entre la clientela recién llegada al local: un anciano con los zapatos abiertos, un par de anarquistas medio ebrios y un oficinista despistado. La noche pintaba bien.

Aún no había alcanzado la puerta cuando una fuerte detonación hizo

temblar las paredes de la taberna.

Antoñito interrumpió el rasgueo de la guitarra.

Se hizo el silencio en el local.

XX

—No te sobrará un cigarrillo, ¿verdad, compañera?

Concha casi había conseguido dormirse, lo cual ya era de por sí una proeza teniendo en cuenta el frío que inmovilizaba sus extremidades, el barro que humedecía sus nalgas y, por encima de todo, esos malditos piojos omnipresentes desde el primer día de su llegada al frente de Aragón. Así que miró a Henry con cara de pocos amigos.

—Lo siento, Concha. No me acordaba de que no fumas. Sigue durmiendo.

—Da igual. No puedo dormir.

Había pocas cosas más aburridas que una trinchera; a veces hasta echaban de menos unas ráfagas de ametralladora, una incursión del enemigo o, al menos, una deserción de los sublevados para celebrar.

—No entiendo cómo puedes sobrevivir sin fumarte un solo cigarrillo.

—El tabaco te mata.

Henry la miró en silencio. En el frente no era muy común la ironía. Los dos rieron.

Concha agarró con ambas manos su generosa mata de pelo.

—Mañana me rapo. Al cero.

—¿Por los piojos?

—Estoy harta.

No había muchos hombres a los que pudiera confesar sus incomodidades. Una mujer en el frente era algo muy goloso para los documentales de la propaganda, pero seguía siendo un estorbo para la mayoría de sus compañeros. Había aprendido a aguantar sus bromas sin gracia, casi siempre las mismas, y se había ganado el respeto a base de sacrificio, resistencia y silencio, mucho silencio.

Los días de menstruación seguían siendo una pesadilla, un túnel dentro del túnel. Esa semana había coincidido con una helada general

y unas intensas lluvias que habían convertido la trinchera en un estercolero.

—Si al menos nos dejaran avanzar —reflexionó Henry.

Concha asintió, resignada. Hacía días que no entendían nada. Los sublevados habían tomado Málaga y les llegaban noticias de retrocesos importantes. En Madrid se libraba una inquietante batalla alrededor del río Jarama. ¿Por qué no reaccionaban? Un compañero le había dicho que incluso les empezaban a tildar de cobardes.

Cobardes. Fea palabra.

Desde que estalló la guerra, había pensado en la muerte como una idea etérea, una fotografía para la posteridad. Pero ahora que estaba allí y había podido escuchar el silbido ocasional de alguna bala, había aprendido que la muerte era algo doloroso y vil, sin más gloria que la de los propagandistas. La épica no existía: existían el hambre, el frío, el cansancio. Y los malditos piojos.

Ni siquiera veían al enemigo desde su posición. Parecía una expedición ornitológica, un experimento escolar de avistamiento de aves. Allí hay una, allí otra, ¿la veis? Sus rifles ni siquiera tenían el alcance necesario para llegar a las posiciones enemigas.

Necesitaban avanzar. Moverse. Disparar. Y si había que morir, pues se moría. Sabían que a eso habían venido.

—¿O no? —se le escapó en voz alta.

Henry había conseguido algo de tabaco y fumaba distraídamente. Algún alma caritativa se había apiadado del inglés larguirucho.

—¿Qué dices?

—Nada. Cosas mías.

Henry le ofreció una calada.

—Ten. Aquí no hay muchas posibilidades de morir si no es por el tabaco.

Concha sopesó un segundo la propuesta y dio una profunda calada al cigarrillo. Su repentino ataque de tos despertó a los compañeros, que le perdonaron la vida con la mirada.

Henry le había cogido cariño a esa miliciana valiente; no tanto por ir

voluntariamente al frente —todos lo habían hecho—, sino por las adversidades que debía superar cada día por su mera condición de mujer. A quién quería engañar: él también era condescendiente con ellas. Si Emma hubiera querido ir a luchar al frente, él le hubiera declarado su profunda admiración, y a continuación le habría impedido de todas las formas posibles que lo hiciera. El frente no era un lugar para mujeres, se dijo sin ápice de remordimiento.

La voz de Concha interrumpió sus pensamientos.

—Dicen que fue una carnicería.

Henry se encogió de hombros. No tenía ni idea de a qué se refería.

—La huida de Málaga. Miles de civiles caminando por la carretera que lleva a Almería. Los bombardearon sin piedad.

—Malditos fascistas —masculló Henry.

Concha echó mano de un botiquín y sacó unas tijeras.

—Malditos piojos.

XXI

La primera detonación vino seguida de otra. Y luego otra más. Un par de copas que se mantenían en precario equilibrio sobre la barra cayeron al suelo. Manuel corrió a la calle: las alarmas de bombardeo sonaron como en los simulacros y las luces de la ciudad se apagaron.

—¡Nos bombardean! —gritó Manuel.

—¡Los fascistas! —voceó uno de los anarquistas.

—¡Al suelo! —respondió el otro, lanzándose sobre los cristales rotos.

La Lola corrió hacia la salida, esquivando como podía al hombre que se había estirado en el suelo. La propaganda oficial había insistido tanto en la necesidad de tirarse al suelo en caso de bombardeo, que la escena del cliente convertido en una alfombra de piel y huesos parecía hasta comprensible.

—No se escucha el motor de los aviones —murmuraba Manuel sin dejar de mirar al cielo oscuro.

Al acabar la frase se escuchó un nuevo estallido, y otro más. Se sucedieron hasta nueve en total.

— Cobardes facciosos —gritó uno de los anarquistas levantando el puño hacia algún lugar indeterminado en el cielo. Instintivamente, sus acompañantes miraron hacia arriba. Pero en lugar de un cielo glorioso se toparon con el techo enmohecido de la taberna de Manolo.

Las detonaciones cesaron y las sirenas siguieron sonando un rato. La gente corría hacia los refugios. En la puerta de la taberna, en cambio, todos contemplaban la escena como un espectáculo de pirotecnia.

—No entiendo nada —proclamó finalmente Manolo, y por una vez en su vida obtuvo la comprensión de todos los presentes.

Los minutos pasaban y el miedo dejó paso a la perplejidad.

¿De dónde procedían esas explosiones?

Los edificios del Raval no dejaban ver columnas de humo, si es que las

había.

En cuestión de minutos empezaron a circular rumores: era un bombardeo, coincidían todos. Unos decían que habían sido unos cazas silenciosos enviados por los alemanes para bombardear posiciones militares. Otros atribuían esa misma tecnología maravillosa a los italianos.

—Han bombardeado un hospital —dijo una anciana mientras volvía del refugio.

—La Sagrada Familia está en llamas —sostenía otra.

—Habrá sido en el cuartel Lenin —aventuró desde la ventana un anciano en ropa interior.

El tabernero, animado por la Lola, había sido lo bastante hábil como para avivar la tertulia con el vino más rancio. Pronto la charla en petit comité se convirtió en una concentración en toda regla a las puertas de la taberna. Antoñito empujó uno de los toneles a la puerta y lo plantó en la calle para que los clientes pudieran dejar sus copas y sustituirlas por otras igualmente venenosas. La emoción, siempre mezclada con el miedo, era un poderoso catalizador de las ventas. Esa noche la caja sería memorable, a pesar del bombardeo, o para ser más precisos, gracias a él.

Ya llevaban una hora de conjeturas inverosímiles cuando un patrullero de la CNT pasó frente a la Casa de la Libertad. Vestía un mono azul y una gorra calada hasta las cejas. Manuel se fijó en su calzado: unas alpargatas destrozadas.

—Compañero, ¿alguna novedad sobre el bombardeo?

El patrullero se detuvo y contempló en silencio al grupo de parroquianos que se amontonaban en la puerta del bar.

—¿Quién regenta esta taberna? —preguntó. Tenía una voz modulada que inspiraba respeto.

—Servidor —respondió Manolo, orgulloso, abriéndose paso entre los presentes.

—Debería darte vergüenza hacer negocio en estas circunstancias.

Manolo se encogió de hombros. Por supuesto, no entendía cuál era el problema, y a decir verdad tampoco sabía exactamente qué significaba

la palabra «circunstancias». Por suerte para él, la voz resolutiva de Antoñito acudió al rescate.

—Manolo, hombre, ponle una copa al mozo, que esta noche se l'ha ganao.

El patrullero opuso una tímida resistencia que la Lola acabó de solucionar.

—Tráele vino del bueno, Manolo, por Dios.

Esto último aplacó el espíritu de equidad que inspiraba al nuevo invitado de la taberna.

—¿Se sabe ya qué ha pasado? —le preguntó Manuel—. ¿Aviones alemanes?

El mozo echó un generoso trago de su vaso de vino y negó con la cabeza.

—No han sido aviones. Ni alemanes, ni italianos, ni españoles.

Todos se miraron con un gesto de interrogación.

—Esas bombas han sido lanzadas desde el mar.

—No pué ser —afirmó Antoñito.

—Todavía no se saben los detalles. Pero vienen de un barco, eso seguro. Y según me han dicho, ni siquiera le ha hecho falta acercarse a la costa.

—No pué ser —repitió Antoñito.

El patrullero dio un nuevo trago al vino.

—Niña, tráele otro vino al mozo —ordenó Antoñito a la Lola, ignorando las protestas del tabernero.

¿Han bombardeado el Somorrostro? —preguntó Manuel, leyéndole el pensamiento a la gitana.

—No. Las bombas han caído por la zona del paseo de San Juan.

—¿Ha habido heridos?

—Decenas de ellos —respondió el patrullero—. Y también muertos.

—Dios mío —la Lola se santiguó.

—Pero ¿por qué allí? ¿por qué bombardean a la población, sin más?

El patrullero se quitó la gorra. Sin ella parecía más joven y hasta sus facciones se ablandaban.

—No lo sé —respondió encogiéndose de hombros—. Dicen que el objetivo podía ser la fábrica de motores.

Manuel y Lola se miraron horrorizados.

—¿La fábrica Elizalde?

—Esa misma, sí. ¿Conocéis a alguien allí?

—No —respondieron al unísono.

—Pero es una fábrica importante, compañero —añadió Manuel.

—Lo es —concedió el mozo—. O tal vez lo era.

XXII

La octava detonación acabó de despertar a Armand. Había escuchado las siete anteriores adormilado en la butaca, y en sus sueños cada una de esas explosiones eran puños aporreando la puerta. Todavía tuvo tiempo de escuchar una más. El estruendo le sobresaltó. Había sonado lejos, de eso estaba seguro, y sin embargo los cristales de la ventana vibraron lo suficiente como para que pudiera notarlo.

Se levantó de un salto y al instante se llevó la mano a la sien: la ronda de whiskies había dejado su rastro en forma de intenso dolor de cabeza y apenas lograba mantener el equilibrio.

Bajó a la planta inferior y abrió torpemente un cajón del escritorio. Allí estaban: las grageas del doctor Soivré que algún día había comprado por seis pesetas el frasco. Lo abrió y tragó una. Luego lo pensó mejor y se tomó dos más. Si, como se temía, esas pastillas eran poco más que un engañabobos, al menos necesitaría tres para convencerse de que podía llegar hasta la puerta.

Ni aun así lo consiguió.

Se sentó en una silla y extendió las palmas de las manos sobre la mesa. ¿Dónde se habían metido Ignacio y la inglesa? Sin duda se habían ido ya; le habían dejado durmiendo la mona como a un vulgar beodo. Le estaba bien empleado, se dijo.

Finalmente logró enderezar el rumbo de sus pasos y alcanzar la puerta.

En la calle, decenas de personas corrían como hormigas confundidas en dirección al refugio más cercano y buscaban cobijo bajo los balcones. Otras, ignorando el peligro, se agrupaban en corrillos y señalaban hacia el cielo como si contemplaran un espectáculo de pirotecnia.

—¡Nos bombardean! —gritó la vecina de enfrente en cuanto vio salir al librero por la puerta. Se recogía con pretendida dignidad la solapa imaginaria de su bata, sin darse cuenta de que se la había puesto del revés.

Armand asintió, como si tuviera la más mínima idea de lo que estaba

ocurriendo. Esa mujer siempre había sido una exagerada, así que como testimonio no le servía de mucho. ¿Un bombardeo? ¿Y toda esa gente en la calle mirando ociosamente el cielo? Había pensado muchas veces en el terror de un ataque aéreo, pero desde luego no era así como se lo había imaginado.

Si aquello había sido un bombardeo aéreo, ya había cesado, sin duda. Ni rastro de los aviones. No se escuchaba tampoco ningún motor cimbreando en el cielo nublado de Barcelona.

La ciudad estaba a oscuras, pero los vecinos hacían todo lo posible por verse las caras. Cigarrillos, cerillas, velas, lámparas de queroseno... cualquier cosa valía para poner un punto de luz.

En pocos minutos llegaron noticias. ¿O eran simples rumores? Imposible saberlo. Un amigo de un amigo había oído de un tercero que el ataque procedía del mar. El anuncio dejó estupefactos a casi todos los presentes, que no contaban con esa posibilidad.

A Armand, en cambio, la noticia le tranquilizó. Ante la amenaza terrible de escurridizos aviones sobrevolando la ciudad, la hipotética presencia de un buque en el puerto le parecía reconfortante. Se dio cuenta de que el suyo era un argumento estúpido: los proyectiles matan igual, vengan de donde vengan. Pero la amenaza de una lluvia aleatoria de bombas había alimentado sus peores pesadillas, así que dio por bueno el razonamiento y siguió escuchando a los presentes.

De repente se percató de que había olvidado por completo el motivo de su desazón en esa tarde de febrero: la inquietante irrupción de unos anarquistas en su librería.

—¿Y por eso te atormentabas? —musitó, casi en voz alta.

Sonrió: siempre había motivos para ver el vaso medio lleno.

Desde un diminuto balcón en el bloque de enfrente, la vecina de la bata lo contemplaba confundida: la ciudad sumida bajo las bombas y el librero riendo.

Ese tipo estaba loco de remate.

XXIII

En el Continental no había muchas cosas que hacer, aparte de alargar la sobremesa y jugar unas partidas de cartas. Pero un sábado era un sábado incluso en la retaguardia, así que los bombardeos vespertinos sorprendieron a todos los huéspedes en plena jarana.

La primera detonación sonó lejana y pasó casi desapercibida, pero la segunda y la tercera, con el comedor en silencio, causaron una profunda inquietud. No esperaron sentados a escuchar las siguientes; al grito de «¡Bombardeo!», las luces se apagaron y los presentes corrieron al sótano.

Emma acababa de llegar al hotel cuando el ataque comenzó. Ni siquiera se había despedido aún de Ignacio, que había insistido en acompañarla hasta la puerta.

Ahora que los minutos habían pasado y las explosiones parecían haber cesado, el vestíbulo era un hervidero de corrillos y tertulias de presuntos expertos, todos ellos conocedores de algún detalle que los demás ignoraban. Emma trataba de entender lo que había ocurrido: todos daban ya por hecho que no había sido un bombardeo aéreo, lo que generaba todavía más confusión.

Durante algunos minutos, se había impuesto el rumor de que un grupo de espías había detonado el edificio de la Telefónica. Descartado ese disparate, otro grupo especulaba con la posibilidad de que un comando de traidores hubiera asaltado la Generalitat. Finalmente, alguien que conocía a alguien aseguró que se trataba de un bombardeo desde el mar.

Ignacio observaba la escena en silencio. Fumaba un cigarrillo tras otro sin articular palabra.

Emma se le acercó.

—¿Qué opinas?

Ignacio se encogió de hombros.

—Que ya ha empezado.

La respuesta de Ignacio sumió a Emma en un estado de ansiedad, que controlaba a base de tabaco y, sobre todo, de acelerados paseos en círculo por el vestíbulo del hotel.

En una esquina, alejada del bullicio, Eileen lloraba.

Emma se sentó junto a ella y la tomó de la mano.

—Parece que ya ha pasado —trató de calmarla.

—Dicen que ha sido en la Elizalde —murmuró Eileen con una penosa articulación. Hasta ese momento Emma no se percató de que su compañera sostenía una botella de vino. Estaba borracha como una cuba.

—Dame esa botella, Eileen. No te va a ayudar.

—Soy mayorcita para que me cuiden, gracias —replicó con dureza. Su mirada no dejaba lugar a dudas: estaba decidida a beber hasta la última gota.

—Debes estar sobria: si vuelven a bombardear, habrá que irse a algún refugio. No podemos quedarnos aquí.

—Han matado a Guillem.

Emma se apartó instintivamente, como si las palabras de Eileen hubieran obrado un encantamiento.

—¿Cómo lo sabes?

—Han bombardeado la fábrica Elizalde.

—Pero ¿alguien te ha dicho que han matado a Guillem?

—Yo lo sé.

—Vamos a ver —Emma tiró de la botella de vino con tanto ímpetu que acabó derramando lo que quedaba—. ¿Quién te ha dicho que Guillem haya muerto? A esa hora no había nadie trabajando en la fábrica, seguro.

Eileen se incorporó trabajosamente y recuperó su botella de vino. Echó un trago, apenas unas gotas, y maldijo a Emma por haber echado a perder su único consuelo.

—Si no lo han matado hoy las bombas de los fascistas, lo harán tarde

o temprano. Ese cabrón se lo merece.

Emma comprendió.

Se levantó y la dejó sola, sollozando a los pies de la escalera. El mármol de la balaustrada había sido diseñado para el repiqueteo elegante de unos tacones de diseño, no para el vestido sucio de una desdichada extranjera. Y mucho menos para las manchas de vino barato vertido en una noche de bombardeo.

—¿Estás bien? —se interesó Ignacio, que había escuchado la conversación a una distancia prudente.

—Tengo que irme de aquí. No quiero permanecer en este lugar un día más.

—Aquí estarás protegida...

La mirada inquisitiva de Emma no admitía dudas: Ignacio interrumpió su propia frase y ayudó a Emma a ponerse el abrigo que había dejado previamente sobre una silla del comedor.

—Quizá pueda ayudarte.

—¿Conoces a alguien que alquile una habitación?

—Tal vez pueda conseguirte un piso para ti sola.

—¿De verdad harías eso? —Emma a duras penas logró reprimir una mueca de estupefacción—. No me importa el dinero. No quiero quedarme aquí.

—Hablaré con un contacto que tiene varios pisos. Creo que le queda alguno vacío.

Emma abrazó a Ignacio con fuerza y al instante se excusó, apartándose.

—Tú espera aquí —dijo Ignacio, y se dirigió a la salida.

Decidida a confiar en la palabra de Ignacio, Emma subió a toda prisa a su habitación. Saltó para recoger la maleta del altillo del armario y la dejó caer sobre la cama. Si todo iba como esperaba, esa misma noche ya dormiría en su nuevo alojamiento. Le daba igual cuál fuera: había tomado la decisión de no pasar una noche más en el Continental.

Sabía que era un arrebato irracional y le daba igual. Así es como había dado el paso de casarse con Henry contra el deseo de sus padres, que veían en ese chico a una persona inestable y caprichosa. Y así era, también, como había accedido a viajar a España en una loca aventura sin sentido basada, única y exclusivamente, en los ideales de su marido, que ella compartía sólo hasta cierto punto.

Abrió con energía las dos puertas del armario y recogió su ropa sin miramientos, como si la acechara un ataque inminente. No había mucho que pensar: sencillamente, se trataba de recoger todas sus pertenencias e intentar que entraran en la maleta.

Se dio cuenta de que Henry se había dejado mucha ropa; hasta ese momento no era consciente de que casi todas las pertenencias de su marido estaban allí, así que se vio obligada a hacer también su maleta y se apresuró a guardar en ella todo cuanto pudo.

Tal vez ya nunca volvería a pisar ese hotel.

En poco más de cinco minutos, ambas maletas estaban hechas y en la habitación no quedaban más que unos paquetes arrugados de cigarrillos y un par de periódicos atrasados. Recogió de la mesita de noche su ejemplar de Luces de Bohemia y lo metió en el bolsillo interior de la maleta.

Cargada con el equipaje, se las arregló para bajar al hall y se sentó sobre una de las maletas.

El mismo botones que los había recibido días atrás la miró con sorpresa, pero también con sorna.

—Vaya, te marchas ya, compañera.

Emma se limitó a asentir con la cabeza. No le apetecía dar explicaciones. Echó un vistazo al conjunto: el vestíbulo seguía repleto de gente que corría, daba voces, reía e incluso lloraba, como la desdichada Eileen. Pero todos ellos parecían respetar la identidad inviolablemente burguesa del Continental; algunos bajaban la voz al acceder al hall; otros se echaban el abrigo a los hombros antes de salir a la calle. Lo mejor eran las escaleras: casi nadie bajaba sus escalones con precipitación, como si la moqueta que los cubría fuera un sutil recordatorio de que aquel había sido un lugar inaccesible para ellos, y tal vez lo sería de nuevo una vez que la guerra acabara. El hecho de que hubiera sido la Generalitat, y no la CNT o el PSUC, quien

colectivizara el hotel, lo convertía en un espacio neutral. Por sus pasillos, salones y habitaciones transitaban por igual milicianos, brigadistas, políticos y personajes difíciles de encasillar. Eso había dado lugar a toda clase de especulaciones: ¿acaso había espías alojados en él? ¿colaboradores del fascismo camuflados entre la camaradería reinante?

A Emma le fascinaba la capacidad de aquel espacio singular para mantener sus rituales mientras en la calle el pueblo se preparaba para el impacto de un posible ataque. Las comidas se seguían sirviendo con cierta pomposidad, e incluso los días en que el menú consistía en un pedazo de queso de cabra, las formas del personal se mantenían como la columna vertebral de una estructura frágil y precaria.

Ahora aquel mozo la observaba con la mirada felina de un depredador que huele a sus víctimas. Cómo eran las cosas: un inesperado giro del guion había colocado a ese chico en el mismo peldaño del escalafón que sus clientes. Y él se encargaría de recordarlo siempre que fuera necesario. Emma lo entendía: seguramente ella hubiera hecho lo mismo.

La vuelta de Ignacio la devolvió a la inmediata realidad. Enseguida se vieron y ella se levantó, como impulsada por un resorte. Ignacio sonreía: aquel hombre era su trébol de cuatro hojas.

—Buenas noticias —susurró, mientras tomaba una de sus maletas—. Nos vamos.

Emma reprimió sus ganas de abrazarlo.

—¿Has encontrado un piso?

Ignacio se detuvo en seco. Disimuló mientras sacaba un cigarrillo de su pitillera y pidió fuego al botones, que se prestó encantado a ayudar en aquello que hiciera falta, incluyendo algún cotilleo sobre lo que se cocía en esa maldita olla a presión que era la ciudad.

—¿Todo bien por ahí fuera, amigo? —preguntó con la habitual camaradería.

Ignacio dio una profunda calada al cigarrillo y proyectó la mejor de sus sonrisas.

—Todo ha quedado en un susto —contestó, alzando

considerablemente la voz —. Barcelona sigue funcionando a pleno rendimiento y los bares vuelven a abrir sus puertas.

A Emma no le pasó desapercibido que aquel no era el Ignacio que ella conocía: estaba actuando. Pronto se formó un reducido grupo de curiosos alrededor.

—Entonces —insistió el botones—, ¿no ha habido bajas?

—Me temo que sí —lamentó Ignacio, esbozando ahora un gesto de mesurada decepción—. Pero desde luego muchas menos de las que esos canallas esperaban conseguir: no han alcanzado sus objetivos. Mañana sabremos más. En fin —concluyó, cogiendo de nuevo una de las maletas de Emma—. Por suerte, la familia de la señorita se encuentra bien.

Emma vio la oportunidad de seguirle el juego.

—¿Y mi tía? ¿Ella también? —preguntó, con una aflicción que por un segundo hizo dudar al mismo Ignacio.

—También ella. Todos están bien. Te esperan esta noche.

Ambos abandonaron el hotel ante la atónita mirada del botones.

Ya en la calle, se obligaron a mantener la compostura unas decenas de metros.

—¿Era necesario?

Ignacio estrelló el cigarrillo contra los adoquines.

—Seguramente, no. Pero siempre es mejor un poco de confusión. Nunca sabes cuándo podrá ayudarte; todo esto —señaló con su mano izquierda a algún punto indeterminado de la ciudad— es imprevisible.

Atravesaron la plaza de Cataluña y se desviaron en dirección a la calle Aribau. Ignacio caminaba deprisa, pero no parecía nervioso en absoluto. No dejaba de explicarle a Emma cualquier detalle que considerara digno de mención, ya fuera un dato sobre la arquitectura de un edificio o un comentario sobre la actualidad de la ciudad. Cuando pasaron frente al edificio monumental de la Universidad, explicó a Emma que a pesar de la guerra se estaban organizando cursos y actividades lectivas. Cuando por fin penetraron en la calle

Aribau, dedicó dos largos minutos a relatar el proceso de urbanización del Ensanche, incluyendo las polémicas sobre la elección del proyecto de Ildefonso Cerdà o las modificaciones que el resultado final sufrió frente a la idea original del urbanista.

Emma le seguía a duras penas, un metro por detrás, y apenas escuchaba nada de lo que decía. Sólo quería saber dónde iba a vivir las próximas semanas, o tal vez meses.

Finalmente, Ignacio se detuvo bruscamente.

—Aquí es —proclamó, sin molestarse en dejar las maletas en el suelo.

Emma miró hacia arriba: aunque era de noche, la ciudad ya estaba iluminada y podía ver con claridad los detalles del imponente edificio ante el que se habían detenido. Examinó los balcones que salpicaban la fachada y sonrió al ver el espacioso vestíbulo de la entrada. Para ella lo más importante era que no iba a tener que dar explicaciones, ni preocuparse por lo que pensara el recepcionista de guardia. Tampoco iba a tener que asistir a la caída estrepitosa de Eileen. Este último pensamiento la entristeció: sentía verdadera lástima por ella.

Ignacio empujó la puerta con decisión y la invitó a pasar. Emma sonrió.

Subieron las escaleras tan deprisa que ambos tuvieron que obligarse a hacer una pausa. En el rellano del primer piso, un hombre de aspecto sombrío fumaba. Vestía un batín de seda y unas zapatillas de andar por casa. Emma se dio cuenta de que la escrutaba en silencio. Le pareció que amagaba una sonrisa sarcástica, como si aquel desconocido estuviera al corriente de su situación exacta. Se sintió inmediatamente desnuda.

—Buenas noches, Román —le saludó Ignacio.

El hombre respondió sin abrir la boca, con una teatral inclinación de cabeza.

Emma pasó frente a la inquietante figura y le saludó con un tímido murmullo, clavando la mirada en el suelo.

—Bienvenida al edificio, señora —dijo el vecino, casi declamando. A Emma no se le escapó que sonreía y le guiñaba un ojo.

Llegaron al segundo piso e Ignacio se detuvo.

—Es inofensivo —dijo al percibir la inquietud de Emma—. Es un reputado violinista; ahora está afectado porque casi no puede trabajar. Pero te ayudará en todo lo que necesites.

Ignacio encendió las luces y el piso se mostró en todo su esplendor: era un espacio asombrosamente amplio, con largos pasillos y un comedor diáfano. Emma se reprimió para no correr hacia el balcón, así que se dirigió hacia él con fingida calma y abrió la cristalera.

—¿Cómo...?

—No hagas más preguntas. Esta será tu casa durante el tiempo que necesites.

—Por supuesto, te pagaré...

—Emma —Ignacio la interrumpió con una sonrisa a medias—. Quizá un día necesite que me devuelvas el favor. Si es así, cuento contigo. Eso es todo.

Emma lo miró en silencio. Echó un vistazo alrededor: el piso estaba amueblado con sobriedad, pero también con buen gusto. Llamaban la atención las pesadas cortinas de terciopelo rojo; por lo demás, había unas pocas esculturas de hierro forjado, lámparas de cristal y algunos objetos de colección. Ningún objeto personal. Ninguna fotografía ni retrato. Los techos eran altos y el suelo estaba recubierto con madera. En la pared central del comedor había una pequeña biblioteca y un aparato de radio. ¿De dónde demonios sacaba ese hombre los recursos para mantener un piso así?

—Puedes estar seguro de que así será —respondió ella con una sonrisa sincera.

Ignacio se la devolvió y asintió ligeramente.

—Ven, te enseñaré el resto.

Le mostró una a una las habitaciones, la cocina y los dos baños, uno de ellos equipado con una bañera.

—Te he dejado algo de fruta y media docena de huevos.

Emma exageró un gesto de incredulidad.

—¿Media docena de huevos?

A Ignacio no parecía impresionarle el agradecimiento infinito que en

ese momento sentía la británica por él. Por supuesto, se daba cuenta de ello; pero actuaba como si en realidad no tuviera la menor importancia.

—Una cosa más, Emma.

—Claro —Emma estaba apabullada ante el inesperado horizonte de libertad que se le acababa de abrir.

—La habitación del fondo la uso como almacén. Si necesito dejar algo, siempre te avisaré.

—No es necesario, es tu...

—Insisto: te avisaré.

Emma se encogió de hombros y tendió las palmas de las manos con resignación.

—De acuerdo. Gracias, Ignacio.

Charlaron unos minutos e Ignacio volvió a ser el hombre dicharachero de siempre: le contó cosas sobre el barrio, sobre el Ensanche y sobre el edificio. Bromearon sobre el poder adquisitivo de los vecinos de la zona, obviando que ambos eran en realidad burgueses adinerados, y finalmente Ignacio se despidió.

Emma cerró la puerta y corrió por todo el piso a escudriñar cada rincón. No podía estar más feliz. Decidió que iba a darse una ducha de agua caliente. Cuando ya se había desnudado, descubrió que el agua caliente no funcionaba. Pero ¿a quién le importaba ese detalle?

Dejó el baño y escogió una habitación para dormir. Colocó su ropa y la de Henry en el armario y se asomó de nuevo al balcón.

La ciudad parecía tranquila. El bombardeo había alterado a los barceloneses durante unas horas, pero todo parecía volver a la calma.

Se dejó caer sobre el sofá, que resultó ser bastante más confortable de lo que aparentaba a primera vista.

Luego decidió echar un vistazo a la biblioteca. Por supuesto, nada que ver con el increíble fondo de Armand, pero estaba bien provista: había algunas novelas, ensayos sobre filosofía y muchos libros de ingeniería, arquitectura, náutica y otros tratados técnicos. Quien quiera que hubiera habitado esa casa era una persona cultivada, de eso no cabía

duda.

Exploró las habitaciones con calma y se entretuvo especulando con sus anteriores ocupantes.

Finalmente se plantó ante la habitación del fondo: la que Ignacio destinaba a almacén.

Almacén... ¿de qué?

Habría que salir de dudas. Se detuvo unos segundos ante la puerta y colocó la mano en el pomo. Estaba cerrada.

XXIV

Emma se despertó sobresaltada. Un gorrión se había aposentado sobre el alféizar y golpeaba con el pico en el vidrio de la ventana. Miró el reloj: eran las nueve y media de la mañana. Se había quedado dormida mientras repasaba los últimos cambios en su vida, si es que así se podía llamar a la extraña existencia que llevaba en Barcelona. Se dejó caer de nuevo sobre la cama y sonrió: era más que confortable y necesitaba descansar.

Poco a poco retomó las preocupaciones que la inquietaban. Tenía que escribir a Henry: debía informarle de su cambio de residencia y contarle lo afortunada que había sido de conocer a alguien como Ignacio. Al instante recapacitó: no, tal vez no era buena idea compartir ese detalle con su marido. Casi podía ver su cara de escepticismo, sus reticencias y sus peroratas sobre la condición humana y, por supuesto, sobre su ingenuidad. Decididamente, omitiría ese detalle. En realidad, Henry era una de las personas más inocentes que conocía, pero le gustaba presumir de instinto de zorro. Sin duda, carecía de ese talento maquiavélico, pero Emma le seguía la corriente con tal de verle feliz.

Se levantó y su estómago rugió. Recordó que Ignacio había dejado unos huevos en la cocina. «Dios mío, ¡huevos!», gritó para sí. Lo que Ignacio no había dicho es que en el armario superior había también una cafetera y, lo más sorprendente, un bote con café. En ese momento amaba a aquel hombre. Al contrario que la mayoría de sus compatriotas en la ciudad, ella no echaba de menos el té y se había abonado al café, aunque las oportunidades de tomarlo con una calidad mínimamente decente eran escasas.

Aquella, quién se lo iba a decir, era una de ellas.

Se vistió con parsimonia y salió a la calle. Hacía un día radiante y se respiraba un ambiente animado, como si el ataque de la noche anterior hubiera despertado en la ciudad las ganas de vivir. En Barcelona no era precisamente complicado trabar conversación con un extraño. Ella misma había podido comprobarlo con personas tan diferentes entre sí como el librero o el limpiabotas. Sus amistades en Londres le habían advertido del carácter más bien reservado de los catalanes, tan diferente al de otras zonas de España. Tal vez sería por

la excepcionalidad de la guerra, pero desde luego ella no había percibido ni un ápice de esa reserva en sus primeros días de relación con los barceloneses.

La temperatura era de lo más agradable: parecía un día de primavera. Decidió sentarse unos minutos en un banco de piedra a disfrutar del sol. Después de todo, a quién quería engañar... no tenía mucho que hacer. Pasaría a saludar a Armand. Aún no había tenido ocasión de verle después del bombardeo y quería charlar con él. Además, seguro que tenía alguna información al respecto del bombardeo.

La imagen afable del librero le hizo pensar en el ejemplar de Luces de bohemia que llevaba en el bolso. Lo abrió por la página donde había dejado un punto de libro, justo al inicio de la escena duodécima. Max, pobre desgraciado, acababa de empeñar su capa para sacarse cuatro perras y ahora tiritaba aterido por el frío. A Emma le conmovía el espíritu luchador del poeta, pero en realidad sentía debilidad por Don Latino, su fiel escudero. Él era el auténtico héroe. A Max al menos le quedaba la épica de una muerte con las botas puestas, pero al pobre Don Latino... ¿qué le movía a él, sino su particular sentido de la lealtad?

Siguió leyendo hasta que una frase le llamó la atención.

«España es una deformación grotesca de la civilización europea», proclamaba Max Estrella. Era el delirio de un moribundo beodo y lúcido.

Emma repitió en voz alta la frase. Una deformación grotesca de la civilización europea. ¿Era posible que un libro publicado quince años atrás fuera tan premonitorio? ¿Sería quizá esa misma lucidez la que había llevado a Armand a recomendárselo?

Alzó la vista y al instante se le congeló el rostro. Desde luego, no esperaba toparse con él.

—Me alegra ver que conservas buen ánimo para la lectura. Ni siquiera un bombardeo puede alterar a una británica valiente.

Emma tragó saliva y se incorporó instintivamente. Trató de esbozar una sonrisa forzada, pero en una fracción de segundo se dio cuenta de que era mejor desistir: las facciones angulosas de Castellví inspiraban respeto incluso en una aparición post mortem.

—Me alegro de ver que estás bien —logró articular ella, titubeante.

—¿Por qué no iba a estarlo? —replicó con una mueca de auténtica sorpresa.

Emma palideció.

—Los rumores sobre el bombardeo...

—Lo sé, lo sé —atajó el ingeniero—. Pero como ves, son falsos y por suerte aquí sigo, sano y salvo.

Emma pensó en la pobre Eileen, pero también en Manuel.

—Me alegro mucho. De verdad que me alegro —respondió Emma, y al instante se percató de que esa segunda afirmación la delataba.

—En cualquier caso, me consuela saber que el día que yo muera tu sed de lectura seguirá intacta, compañera.

Emma reunió el valor necesario para mirarle a los ojos. Guillem Castellví tenía una mirada opaca, tal vez atormentada; la inconfundible cicatriz de quienes ejercen su poder con eficacia implacable. Para qué fingir más, se preguntó mientras luchaba por mantener el tipo ante el modus operandi de los viejos lobos de mar, de las almas peligrosas: arrinconar a sus víctimas hasta que entendieran que están a merced de su verdugo, como un cervatillo frente a un guepardo; el orden natural de las cosas, el equilibrio necesario del cosmos. Sin más.

Ambos permanecieron en silencio unos segundos.

¿Era posible que Castellví percibiera todos aquellos pensamientos fugaces? ¿Era ese humor neutro la trampa mortal para capturar a su víctima?

—Espero que él esté bien.

—¿Él? ¿Quién?

—Tu marido, por supuesto.

Emma se maldijo por su lentitud.

—¡Claro! Está bien, gracias. Muchas gracias.

—Tu precipitado adiós me dejó ayer muy preocupado. Ese chico, el limpiabotas...

—Manuel.

—Eso es, Manuel —a Emma le pareció que a Castellví le molestaba pronunciar el nombre de un secundario—. La verdad, me temí lo peor.

—Fue sólo un susto —trató de zanjar ella.

Castellví se recogió la gabardina con un gesto comedido y tomó asiento en el banco. No hizo falta que invitara a Emma a hacer lo propio: ella se sentó de nuevo como hipnotizada por una cobra.

—Pues menudo susto nos dieron. ¿Qué había ocurrido en realidad? ¡No me digas que le hirieron!

—No, para nada.

—Vaya. Pues sí que es raro.

—¿Raro? —repitió Emma como una colegiala atemorizada.

—Raro, desde luego. Extraño. Muy extraño. A ese... mozo se le veía alterado. Diría más —añadió tras una breve pausa—. Si me llegan a informar de que el enemigo había abatido una columna entera de milicianos en un ataque nocturno, no me hubiera sorprendido en absoluto.

—No sé, sencillamente... fue una confusión.

El ingeniero esbozó una sonrisa forzada, apenas perceptible. Miró al suelo, y con ello atrajo también la mirada de Emma, de forma que ambos observaron fijamente los zapatos lustrosos de Castellví.

—¿Sabes, Emma? Siempre he presumido de ser una persona directa.

Una gota de sudor resbaló por la sien de Emma. Tan ostentosa fue su presencia que, sin mediar palabra, el ingeniero sacó de su bolsillo un pañuelo y se lo cedió. Emma lo aceptó, también en silencio, y se dio cuenta de que con ese gesto inofensivo estaba claudicando.

Pero justo cuando estaba contra las cuerdas, sacó fuerzas de flaqueza.

—Me alegro de que por fin podamos hablarnos con franqueza —respondió con un aplomo inesperado incluso para ella misma—. Porque si te digo la verdad, Guillem, estoy ya un poco cansada de tus juegos de palabras, tus verdades a medias y, sobre todo, tus insinuaciones. Mi marido está en el frente, no sé qué será de él y, a decir verdad, ni siquiera sé qué será de mí en esta ciudad que no

conozco. No sé quién eres, ni qué quieres de mí. Así que, si no tienes inconveniente, dime de una vez lo que quieras decirme y no perdamos más el tiempo.

Emma fijaba ahora su mirada en el rostro sorprendido del ingeniero. Contenía sus movimientos faciales —esos pequeños músculos que confirman o desmienten—, como el jugador de póquer que se sabe ganador.

Castellví la contemplaba con verdadero interés. Se rascó el cogote con un ademán torpe y poco a poco ablandó la dureza de sus facciones. A continuación, empezó a sonreír. La sonrisa dio paso a una risa entrecortada y, finalmente, estalló en una carcajada estrepitosa.

—Para que luego digan que los ingleses no tienen sentido del humor —prorrumpió, entre risas, cuando la respiración le dio una tregua.

—Disculpa, pero no entiendo...

—¡Menudo carácter! —gritó Castellví sin dejar de reír. Tanto, que algunos transeúntes se detenían con curiosidad frente a ellos—. Lo siento, compañera. De verdad que siento haberte dado una impresión, no sé... ¡Pero qué demonios! ¿Creías que soy un sicario o algo así?

Confundida, Emma optó por seguirle la corriente. Fingió una risa cómplice y disimuló como pudo su desconcierto. Sabía que el rubor de su cara la delataba, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Se dijo a sí misma que debía pensar rápido. No tenía mucho que perder a esas alturas de la conversación, pero le convenía una salida digna.

—Disculpa, Guillem —dijo por fin—. Estoy muy nerviosa estos días. Sufro por mi marido, y el ataque de ayer acabó de hundirme.

—No tienes por qué disculparte —respondió Castellví—. Todos estamos nerviosos, ¿cómo no íbamos a estarlo? Además, tienes razón en una cosa: no he sido muy claro contigo.

—Ah, ¿no?

El ingeniero se recostó sobre el respaldo del banco, pensativo. En seguida recuperó la compostura y se acercó a Emma. Ella podía oler su perfume, moderadamente intenso. No era una de esas lociones baratas que impregnaban el restaurante del hotel Continental. ¿Qué clase de hombre se perfumaba antes de salir de casa el día después de un bombardeo sobre su propio centro de trabajo?

—No del todo. Trabajo en un proyecto gubernamental que requiere cierta discreción —Castellví hablaba pausadamente, escogiendo con cuidado sus palabras—. Como comprenderás, no puedo fiarme de cualquiera. La aparición de ese chico, su precipitación, y sobre todo vuestra complicidad, despertaron mi recelo. Eso es todo. Espero no haberte ofendido.

—Lo entiendo —dijo Emma con total sinceridad. Con razón o sin ella, se sentía aliviada.

Castellví plantó las palmas de sus manos sobre las rodillas, dispuesto a levantarse.

—En fin, me sorprende verte por esta zona, ¿has venido de paseo?

—En realidad, acabo de mudarme.

Guillem levantó las cejas, sorprendido por primera vez desde el inicio de la conversación.

—¿Ya no te alojas en el Continental?

—No, ayer mismo me ofrecieron un piso justo aquí —señaló con el índice el edificio a su espalda—. Quería alejarme del ambiente... militar. Me sentará bien.

—Pues menuda sorpresa. Me alegro por ti. No todo el mundo se encuentra en disposición de escoger.

—He tenido suerte, desde luego.

—Hay que tenerla para contar con un piso en la calle Aribau. Eso, o un buen padrino.

Emma intuyó de nuevo el peligro. Había sido incauta, pero no iba a volver a caer en la trampa. Se limitó a sonreír.

—Me alegro mucho de verte, Guillem.

El ingeniero asintió con parsimonia: tal vez fuera un depredador, pero sabía valorar cuándo tocaba emprender la retirada. Se ajustó la gabardina y la miró a los ojos.

—Espero verte pronto, compañera. La suerte es contagiosa y tú tienes mucha. Disfrútala mientras puedas.

Se despidió de ella con una breve inclinación de cabeza y se alejó con

paso marcial.

Emma suspiró. Ni siquiera se había dado cuenta de que seguía sudando. Se secó la frente con el pañuelo de Castellví, cuyas iniciales estaban cosidas en el borde.

Guardó el libro en el bolso. Necesitaba ver a Armand.

XXV

Por primera vez en su azarosa vida, Manolo observó con detenimiento el aspecto del negocio que regentaba. Las paredes que un día fueron blancas estaban endemoniadamente sucias, cubiertas de orín y manchas de humedad. Lo poco que quedaba de la pintura original se desprendía sobre la acera. Era una molestia que le obligaba a propinar puntapiés a diestro y siniestro para esparcir los desconchones por la calzada. Por suerte, los toneles de la entrada cubrían con eficiencia la mugre y le daban a la taberna un aire de autenticidad. Un rastro de cerámica enmarcaba a duras penas el dintel de la puerta, subrayando el nombre del antro: La Casa de la Libertad. Había que reconocer que esa gitana miope tenía verdadero talento para el negocio.

El bombardeo de la noche anterior había sido un feo asunto. Nunca se había preguntado en serio quién tenía las de ganar en esa guerra extraña y lejana, ajena totalmente a sus intereses. Pero el ataque desde el mar... eso era otra cosa. Tarde o temprano las cosas se pondrían en su lugar y habría que escoger bando. Así era la vida, así había sido siempre desde que tenía uso de razón.

Por otra parte, la noche había sido redonda: había perdido la cuenta de los Mata-fascistas que había despachado. Tampoco había ido nada mal con los Temerarios, e incluso los chatos de Mauser se habían servido como ráfagas de ametralladora. Noches como esa eran las que necesitaba la taberna.

Tal vez había llegado el penoso momento de dar una mano de pintura y adecentar la cueva: ni siquiera en pleno delirio beodo los clientes dejaban de recordarle que los pantalones se les quedaban enganchados al asiento.

Por suerte o por desgracia, Manolo carecía de antecedentes gloriosos en su familia; esos referentes que le enseñan a uno los secretos del negocio, o le repiten hasta la saciedad las frases lapidarias que ellos a su vez repetirán a las generaciones venideras. No, él sólo tenía a la Lola, que se encargaba de hacerle ver algunas verdades implacables. Pero qué iba a saber esa gitana de lo que es llevar un bar; estaba decididamente solo ante el peligro.

Y de peligros él sí sabía. Tenía auténtica habilidad para generar

situaciones peligrosas, pero también para convivir con ellas con la pericia de un camaleón.

La Casa de la Libertad. Pronto ese nombre debería ser sustituido por otro, de eso no le cabía la menor duda.

Desde el fondo de la calle, un taconeo acelerado anunciaba la llegada de la Lola. Era hora de abrir.

Respecto a la capa de pintura, mejor la dejaría para un poco más adelante. Tampoco había que precipitarse.

XXVI

Emma empujó la puerta de la librería con tanto empeño que la campana dio una vuelta sobre sí misma y su sonido quedó suspendido en el aire. Armand, plantado como un maniquí tras su mesa, la miró con auténtica curiosidad: apenas tenía aliento, y eso era noticia viniendo de su amiga.

—He engrasado los goznes —proclamó, orgulloso.

—¿Los... qué?

Emma apenas empezaba a recuperar la respiración, pero su español no progresaba al exigente ritmo que requería el librero.

—Los goznes. Ya sabes —Armand señaló con el índice las bisagras de la puerta—. Ya no chirría, ¿te has dado cuenta?

—Sí. Ya me di cuenta la última vez que me lo dijiste.

—Es verdad, a veces olvido que soy un viejo desmemoriado. Qué oportuno, ¿no te parece? Ha tenido que llegar una guerra para que yo me decidiera a solucionar ese molesto ruido. A lo mejor mañana una bomba hunde el edificio, pero si es así, las bisagras mantendrán la puerta con dignidad.

—En esta ciudad ya no queda nadie cuerdo.

Armand la observó de arriba abajo: no sólo estaba alterada. Estaba sudando.

—Emma, ¿estás bien?

Emma dejó el bolso sobre una de las sillas de madera y se quitó el abrigo.

—Eso mismo venía a preguntarte yo. Pero veo que la librería sigue en pie.

—Sin duda ha sido un error estratégico: todo el mundo sabe que las librerías son el objetivo clave de los bombardeos.

—¿Sabes, Armand? Empiezo a echar de menos cuando me tratabas de

usted y te reservabas la ironía para Ignacio.

El librero sonrió con sorna bajo el bigote.

—Un espadachín tiene que afilar sus armas si no quiere que se oxiden. Y la palabra, amiga mía, es mi única espada.

—¿Alejandro Dumas?

Armand carraspeó, mirando al suelo.

—En realidad no, me lo acabo de inventar. Ven, acompáñame arriba, te invitaré a tomar algo. No tengo café, pero Ignacio me trajo el otro día una achicoria que se le parece bastante. Si cerramos los ojos y cruzamos los dedos, casi no nos daremos cuenta.

—Hablando de Ignacio...

Armand subió las escaleras con inesperada agilidad. Su memoria tal vez hacía aguas, pero las piernas le sostenían con firmeza.

—¿Qué ha hecho ahora ese pedante cantamañanas? ¿Ya te ha recitado algún soneto de Quevedo? Son los únicos que sabe de memoria, pobre diablo.

—Me ha encontrado un piso.

El librero se detuvo en seco. Se giró sobre sus pasos, haciendo crujir la madera de la escalera.

—¿Ignacio te ha conseguido un piso?

A Emma le sorprendió el tono inquisitivo de la pregunta.

—Sí... ¿hay algún problema en eso?

Armand permaneció en silencio unos segundos, pensativo. Luego se encogió de hombros.

—No hagas caso a un pobre viejo —murmuró mientras seguía subiendo.

Emma se sentó en una de las butacas, pero enseguida reparó en que no podía permanecer ajena a la excepcional biblioteca secreta del librero. Se levantó y recorrió pausadamente los estantes. Tomó entre sus manos varios libros, los hojeó y los devolvió con cuidado a su lugar. Se detuvo varios minutos ante una colección de libros de

historia; Armand se había tomado la molestia de clasificarlos por países, así que resultaba fácil conseguir el ejemplar deseado.

Pensó por unos segundos en la vida del librero: vivía como un eremita consagrado al saber. Su principal ocupación no era leer, como creen erróneamente quienes no conocen el oficio de librero, sino administrar el saber. Y en esa biblioteca única se acumulaban miles de autores y cientos de temáticas. Armand leía, por supuesto, pero sobre todo ordenaba y clasificaba. En la planta inferior estaban las novedades y los libros por algún motivo vinculados con la actualidad: el negocio. En la biblioteca superior, en cambio, habitaba el auténtico saber; el que nadie reclama. Los libros importantes y también aquellos que —tal vez de forma inconsciente— en realidad se negaba a vender.

Se dio cuenta de que estaba en un lugar excepcional y en un momento irrepetible. A la vez era consciente de que cada día era una página por escribir. Cualquier cosa podía ocurrir, y el bombardeo de la noche anterior había sido un ejemplo claro. En cuanto a Henry... no quería ni pensar en los peligros que le acechaban. A menudo se preguntaba cuántas posibilidades había de que resultara gravemente herido; o peor aún, muerto. La respuesta le daba escalofríos. En esos momentos maldecía a su marido por sus ideales. Le parecían egoístas y desconsiderados con ella y con todos aquellos que le rodeaban. ¿Qué se le había perdido a él en la guerra de España? Luego recapacitaba y pensaba que así era él; debía aceptarlo.

—¿Quieres azúcar?

—¿Cómo? Ah, no, gracias. Lo tomo solo.

La sonrisa sarcástica del librero la hizo darse cuenta de que le estaba tomando el pelo. Obviamente, no tenía azúcar.

Ambos se dejaron caer en sus respectivas butacas, sentados frente a frente.

—¿Y bien?

Armand se colocó las gafas sobre el hueso de la nariz.

—¿Y bien... qué?

—El bombardeo, claro —aclaró Emma.

—Oh, eso.

El librero dio un breve sorbo a su café y reprimió un gesto de amargura.

—Al menos ya sabemos a qué atenernos. Hace meses que esperábamos algo así y esa espera tensa nos estaba matando a todos. Supongo que es hora de que empecemos a asumirlo.

—Asumir... ¿qué exactamente?

Armand se encogió de hombros y torció la boca con un gesto de resignación. Apoyó las palmas de las manos en la mesita donde aún reposaban tres vasos de whisky sin lavar.

—Debemos aceptar que esto no es una revolución gloriosa, Emma. Esto es una maldita guerra y va a morir mucha gente.

—Pero eso ya lo sabíamos —replicó tímidamente Emma.

—Sí... y no. Hasta ahora las muertes nos llegaban en forma de letra impresa: titulares sobre el frente, noticias del avance de los nuestros, ya sabes, toda esa propaganda. Supongo que en el otro lado las cosas funcionan igual. Como si todo esto fuera una partida de ajedrez donde las torres se comen a los peones, y como están tan lejos, casi no nos enteramos. Los que nos dedicamos a los libros sabemos que detrás de las letras se esconde una realidad: las palabras no significan nada por sí solas, pero es un error creer que son solo palabras; a veces esconden historias terribles. Y ayer las bombas cayeron sobre Barcelona. Esta mañana me he levantado temprano, no podía dormir, y he ido a ver los escombros en la zona de la fábrica Elizalde —Armand hizo una larga pausa, parecía realmente cansado—. Ni te lo imaginas: casas despiezadas, destruidas, irreconocibles. Me he detenido delante de una de ellas: las paredes estaban casi intactas, pero el techo había volado por los aires. Una vecina me ha contado que ha habido muchos muertos: más de quince, me ha asegurado. Quizá más. Dicen que han encontrado un proyectil italiano, no sé si es verdad. Y esto lo ha hecho un barco que ni siquiera ha tenido la necesidad de acercarse a la costa. ¿Cuándo va a ser el próximo ataque? ¿la semana que viene? ¿mañana? ¿dentro de una hora?

—No podemos vivir con miedo, Armand, es lo que ellos buscan.

El librero, que tenía la mirada perdida durante su relato, recuperó de nuevo el brillo en sus ojos. Miró fijamente a su amiga y reprimió algún comentario negando con la cabeza.

—¿Que no podemos vivir con miedo? España entera ha enloquecido.

Si hubieras visto a esas familias...

—No, Armand: ellos, los fascistas, han enloquecido. Y nosotros nos defendemos.

Armand se levantó trabajosamente y respiró hondo. Necesitó ambas manos para apoyarse sobre uno de los estantes, como si el mero hecho de ponerse en pie le hubiera supuesto un esfuerzo inasumible. Se acercó a Emma, que también se había levantado, y le acarició el pelo con un gesto paternal.

—Te envidio, Emma. De verdad que te envidio.

—¿Por mi idealismo? ¿Es eso? Vamos, Armand, tú eres un hombre inteligente. No puedes despreciarme de esa manera.

El librero se quitó las gafas con montura de níquel y las depositó con cuidado sobre la mesita. Se frotó el entrecejo, como quien afronta una tarea extremadamente ardua.

—Por supuesto —dijo entonces con una voz áspera— no es la primera vez que Barcelona vive un conflicto. Casi te diría que no recuerdo un periodo de calma en esta bendita ciudad desde que tengo uso de razón. Espero que no te importe si te digo que tú eres muy joven para entender lo que eso supone realmente: una larga vida acumulando cicatrices, superando obstáculos, alzando la voz. Porque, aunque te sorprenda, este pobre viejo ha alzado la voz por lo que creía justo, y gracias a eso reúno cada mañana el valor necesario para poner en pie esta armadura quejumbrosa que son mis huesos y articulaciones cansadas.

—Esta siempre ha sido una ciudad próspera, amiga mía —Armand sonrió por un segundo y Emma agradeció esa muestra de distensión—. El problema es que no lo ha sido para todos. Y si algo he aprendido a lo largo de mi vida es que la gente, eso que llamamos «el pueblo», puede convertirse en un ente peligroso si se superan unos límites. Y entonces ya no hay poder que valga.

—Parece obvio, así han empezado siempre las revoluciones...

—Lo parece, es verdad. Y sin embargo cada cierto tiempo se olvida. Pero no quiero divagar como un viejo carcamal, así que iré al grano. En 1909, el Gobierno decretó el envío de reclutas de la reserva a Marruecos. Había que sofocar una rebelión contra los intereses de España en el Rif. ¿Cuáles eran esos intereses? Básicamente unas minas que pertenecían a las familias poderosas: el conde de Romanones, los

Güell... los de siempre. Unos obreros españoles que trabajaban en la zona habían sido atacados por grupos locales y temían que la cosa fuera a más. Además, España había perdido Cuba pocos años antes, así que el Gobierno no podía permitirse una nueva humillación.

—Y el pueblo se rebeló, claro...

—No —Armand lo dijo mirándola a los ojos, en los que Emma adivinaba la rabia contenida—. El pueblo obedeció. Por supuesto, hubo protestas, incluso algunos incidentes, pero los reservistas llamados a filas se incorporaron. Muchos eran padres de familia. Pronto se supo que podían evitar el reclutamiento quienes aportaran seis mil reales. Dios, eso era una fortuna inasumible para cualquiera, excepto para los elegidos, claro. Durante un par de semanas, los hombres iban embarcando dócilmente, como corderos enviados al matadero. Pero llegaban noticias de las bajas de soldados españoles, en general poco preparados. Eso fue demasiado. Y empezaron las protestas, que no fueron escuchadas. Los intentos de manifestaciones o huelgas se aplacaban con contundencia. Y entonces sí: hubo una huelga, y a continuación las barricadas, los disparos... se declaró el estado de guerra.

—¿Sabes, Emma? Yo estuve en una de esas barricadas. Participé en uno de los asaltos a una armería y luché por lo que creía justo. Aún tengo una buena cicatriz en el muslo.

—¿Te dispararon? —Emma se llevó la mano a la boca, horrorizada.

—En realidad, no. En una de las muchas escaramuzas, salí corriendo y tropecé con un caballo muerto que ocupaba la calzada. Al caer, me clavé un hierro de un carro; esa es mi gesta más heroica. Se abusó del pueblo, y el pueblo se defendió. Pero perdimos. Y la venganza fue atroz. Ejecuciones, detenciones arbitrarias, palizas... me queda el consuelo de que aquello fue el germen de algo. Pero ¿de qué? ¿de esta nueva guerra?

—Pero toda Europa se daría cuenta de que era una barbaridad...

—Triste consuelo. Pronto llegaría la Gran Guerra, que hizo ricos a los empresarios, y tras ella nuevas tensiones, nuevas luchas, la huelga de La Canadiense... y la dictadura de Primo de Rivera. Y ahora que por fin teníamos la República, unos y otros la han usado a su antojo, sin pensar en el beneficio de todos. ¿Creías que esos fascistas iban a desaprovechar la ocasión? No, claro que no. Este país, Emma, no tiene remedio.

—Armand, esto es diferente. Ahora contáis con el apoyo internacional.

El viejo librero sonrió con resignación.

—La ayuda de valientes como Henry es un revulsivo moral, pero eso no es exactamente apoyo internacional. Alemania e Italia ya están colaborando con Franco, sólo Dios sabe qué barbaridades tienen previstas cometer.

—Pero los rusos nos apoyan.

Emma se sorprendió a sí misma al usar el «nos». No era consciente de hasta qué punto estaba involucrada en la causa que había llevado a su marido a España.

—Los rusos... —Armand sopesó su respuesta antes de seguir—. Es cierto, los rusos nos apoyan. Aunque tengo entendido que nos están enviando los rifles que ellos no quieren. Quizá Henry sepa de esto más que yo.

Emma calló. Efectivamente, Henry le había comentado que el material que les habían dado era casi obsoleto.

Armand aprovechó el momento para dar por concluida la conversación. Se levantó, recogió los tres vasos de whisky de la noche anterior y se dirigió a la pica para lavarlos.

La campana de la puerta rompió el silencio.

—¿Hay alguna rata en esta biblioteca? —gritó Ignacio desde abajo.

—¡Estamos arriba! —respondió Emma, feliz de poder cambiar de tema.

Desde el piso superior, escuchó a Armand y a Ignacio saludarse. A partir de ese momento se produjo un silencio extraño, como si ambos estuvieran susurrándose un secreto, o tal vez comunicándose con señas. Se dijo a sí misma que quizá Armand le estuviera mostrando algún libro recién llegado. O tal vez le estuviera recriminando que le hubiera conseguido alojamiento. ¿Por qué? ¿A qué había venido el gesto de desaprobación de Armand? No quería preguntárselo directamente: el librero se había mostrado siempre afable con ella, pero aún no tenía la confianza necesaria para superar el respeto que le inspiraba. Y mucho menos después de la charla que acababan de

tener.

Justo cuando se disponía a bajar para comprobar con sus propios ojos lo que ocurría en la planta inferior, la escalera crujió: Ignacio estaba subiendo.

—Así que habéis convocado una reunión secreta sin avisarme.

—Si te hubiéramos avisado ya no sería secreta.

Ignacio se dejó caer teatralmente sobre una de las butacas.

—Estoy molido.

—Vaya, ¿y eso por qué?

—No he pegado ojo. El bombardeo me ha quitado el sueño. No podía dejar de darle vueltas.

—Justo hablábamos de eso con Armand. ¿Temías un nuevo ataque? ¿Es eso?

Ignacio se encogió de hombros. Tenía la mirada perdida.

—Supongo.

La escalera volvió a crujir, esta vez de forma quejumbrosa y prolongada, como si la madera carcomida pudiera mimetizarse con el alma de quien la pisaba.

—La edad no perdona, amigo Ignacio —la voz áspera de Armand había recuperado su habitual tono sarcástico—. Por mucho que te esfuerces por citar a esos autores a los que nunca has leído, tu memoria también empezará a fallar. Pero no te preocupes, en este santuario de polvo y libros viejos, siempre podrás sentirte como en casa.

—¡Oh, envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes!

—¿Ahora citas a Homero?

—¿Homero? No, por Dios. Cito a tu amado Cervantes. Creo que fuisteis juntos a la escuela.

Emma rio con ganas. Disfrutaba con las actuaciones de ambos, sin duda destinadas al lucimiento personal. Aquellos dos hombres se comportaban como niños cuando estaban en su presencia.

—Pronto Emma empezará a replicarnos con citas. Y entonces esto se volverá insoportable.

Emma respondió con gusto a la apelación.

—Precisamente esta mañana he leído una frase de Valle-Inclán que me ha llamado la atención, aunque no tengo vuestra memoria...

—Por favor, ¡más Valle-Inclán no! —replicó Ignacio con fingida desesperación.

—Es el único libro que he leído desde que llegué aquí —se excusó Emma.

—No le hagas ni caso, Emma. Ya has leído más libros que este zoquete en todo un año.

—¡No lo creo! Le he escuchado recitar a muchos autores de memoria.

Armand se bajó las lentes para examinar la botella de whisky y se sirvió un dedo en uno de los vasos que acababa de limpiar.

—Bah, vive de rentas. Los jesuitas le obligaron a memorizar una docena de frases y las suelta siempre que puede. Pronto verás que se le acaba el repertorio.

—Whisky a las once de la mañana, no está mal —observó Ignacio.

El librero asintió, impasible.

—Prefiero que me mate este brebaje que la bomba de un descerebrado fascista.

—Armand despotricando de los fascistas, esto sí es un titular para la prensa.

Se hizo un breve silencio.

—Hablando de la prensa —intervino Emma—, ¿qué hay de tu periódico? Me dijiste que estabas creando una publicación, ¿no es cierto?

Armand soltó una carcajada repentina que le hizo escupir el whisky como un sifón.

—¡Por fin una pregunta inteligente! Ignacio, ¡cuéntanos! ¿Cómo va ese periódico?

Ignacio se removió, incómodo, en su butaca. Se recostó sobre el respaldo y carraspeó. Emma lamentó haber hecho esa pregunta. Era obvio que había tocado un tema tabú.

—La verdad es que me hubiera gustado tener el primer número en la calle a estas alturas. Se escribe tanto y hay tantos libelos, opúsculos y periódicos de toda clase, que uno sólo percibe ruido. Ayer conté más de veinte y seguro que me quedé corto. Y, en fin, en medio de todo ese ruido, es más necesario que nunca contar con un análisis objetivo. Nada de ideologías, ni de titulares dramáticos a cinco columnas. Yo busco un punto de vista original, con una perspectiva global...

—Ignacio, estás aburriendo a nuestra amiga —le interrumpió Armand mientras se limpiaba las lentes con la ayuda de su propio vaho y de la manga de su chaqueta.

Emma se vio en la obligación de reaccionar.

—¡No! ¡En absoluto! Creo que Ignacio tiene razón. Además, no debe de ser fácil poner en marcha una publicación, y mucho menos en plena guerra. No quiero ni imaginármelo.

—Armand tiene razón, Emma. Además, ya te conté el otro día cuál es mi proyecto. No quiero aburrirte más.

Ignacio se levantó de un salto y echó un trago del vaso de whisky del librero, que no se molestó en protestar. Emma aprovechó la ocasión para reencauzar la conversación.

—Quería contaros algo.

Los dos hombres dirigieron su mirada hacia ella.

Emma relató al detalle su encuentro con Castellví. Ignacio la escuchó con especial interés: parecía preocupado.

—Entonces, ¿ese tal Castellví sabe ahora dónde vives?

Emma se encogió de hombros.

—No sabe exactamente el piso, pero sí. De todas formas, ya lo sabía antes, cuando estaba en el Continental. ¿Qué diferencia hay?

—Supongo que ninguna —concedió Ignacio.

Los tres charlaron durante largo rato. Un cliente entró en la librería y Armand bajó. Emma aprovechó la ocasión para acercarse a Ignacio.

—¿Debería preocuparme por Castellví?

—No lo sé. Es un personaje inquietante, pero se sinceró contigo, ¿no?

—No sé. No me fío.

—Ve con cuidado.

En la planta inferior, el librero conversaba con una mujer. Ambos escucharon unos segundos la charla, que desde luego no tenía nada que ver con los libros: al parecer era una vecina asustada por la amenaza de las bombas. Emma sonrió con amargura: apenas conseguía recordar un par de ocasiones en que Armand hubiera despachado un libro. ¿Cuántas ventas habría hecho a lo largo del último mes? ¿Una docena, en el mejor de los casos? Y sin embargo nunca hablaba de ello. Ni una queja; algún comentario sarcástico, tal vez. La calma tensa de la retaguardia había logrado mantener una falsa apariencia de normalidad, pero en esa escenografía no había lugar para los libros. Toda la sed de conocimiento parecía saciarse con los artículos publicados por la prensa, a pesar de su fugacidad. O precisamente por ella.

Emma no quiso continuar la conversación sobre Castellví: había tenido suficiente con los sobresaltos de las últimas horas, bombardeo incluido.

Ignacio paseaba por la biblioteca y seleccionaba libros al azar. El procedimiento era el mismo con cada uno de ellos: examinaba sus portadas, se entretenía unos segundos hojeándolos y volvía a dejarlos. Emma estaba convencida de que había algo estrictamente rutinario en ese procedimiento, como un viejo hábito adquirido. De lo que no cabía duda era de que ninguno de esos libros que escudriñaba con aparente atención le interesaban lo más mínimo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Ignacio se giró, sorprendido. Sostenía un ejemplar de La rebelión de las masas de Ortega y Gasset, con una portada blanca y sobria en la que aparecía la figura de un arquero a punto de disparar su flecha.

—Claro, dime —dejó cuidadosamente el libro en el estante y la miró con curiosidad.

—He preguntado varias veces a Armand por su vida; ya sabes, su pasado. Él me ha contado cosas de la ciudad, me explica sucesos de la historia de Barcelona.

—Pero ni una palabra de su propia vida. Es eso, ¿verdad?

Emma asintió.

—Me dijo un día que tenía hijos. O, mejor dicho, lo dio a entender. Ni siquiera con eso fue claro. ¿Les ocurrió algo?

Ignacio negó con la cabeza.

—Sé que ha tenido una vida dura. A menudo habla de sus cicatrices, pero no sé muchos detalles. Tampoco le pregunto, y él lo agradece. Es un hombre discreto con los demás y aprecia que lo sean también con él.

—También tú lo eres.

—¿Discreto? —Ignacio reflexionó un par de segundos—. Sí. Y más ahora. Barcelona se ha vuelto una ciudad, como te diría...

—¿Peligrosa?

—Sí. Creo que esa es exactamente la palabra.

Ambos permanecieron callados un instante. Ignacio se acomodó sobre un viejo taburete de madera carcomida que Armand usaba para acceder a los estantes más elevados. Emma se dio cuenta de que el libro que Ignacio acababa de dejar estaba del revés: en lugar de exhibir el lomo, era el filo de sus páginas desnudas el que aparecía a la vista. Se levantó y lo devolvió a su posición ortodoxa con un gesto rápido y taciturno.

—Es curioso —dijo entonces—. Tengo la sensación de que algunos barceloneses os comportáis como si el enemigo estuviera entre vosotros, y no en el frente.

Ignacio no pareció inmutarse. Sacó su pitillera y ofreció un cigarrillo a Emma, que lo aceptó.

—No lo había visto así —respondió al fin, encogiéndose de hombros —. Esta locura de guerra nos ha superado a todos, aunque no puedo decir que nos cogiera por sorpresa. Todos sabíamos que la situación era tensa —Ignacio proyectaba el humo de su cigarrillo en el aire, dibujando nubes difusas que poco a poco se apelmazaban frente a los estantes—. Demasiados intereses, demasiados egos. Y de repente, la rebelión de los militares.

—¿Quieres decir que lo esperabais?

—En realidad, no. Tenía la esperanza de que las cosas se solucionarían de una forma u otra. Pero esos discursos incendiarios de la derecha... y toda esa retórica anarquista por otra parte... Eso no podía acabar bien. Así que la guerra, el frente, las bombas... todo eso se ha convertido de repente en nuestra máxima preocupación, pero todos sabemos que por debajo hay otra capa de conflicto, nuevos asuntos por solucionar. Y, la verdad, es frustrante pensar que es como uno de esos juegos de muñecas rusas. Bajo un problema siempre se esconde otro.

Emma no respondió. Tampoco Ignacio continuó. Ambos fumaban con la convicción de que ese silencio era seguramente la mejor respuesta posible.

XXVII

Por primera vez en su vida, Manuel pidió un café en un bar. Sentarse en una terraza a consumir había sido siempre un privilegio reservado a los señores, y desde que le alcanzaba la memoria su puesto había estado unos cincuenta centímetros más abajo: exactamente a la altura de los zapatos. Eran apenas un par de palmos y, sin embargo, una distancia insalvable. Pero desde que aquella revolución agridulce había triunfado en las calles, más o menos seis meses atrás, ya no era raro ver a desharrapados como él esperando a ser atendidos por el compañero. Ni siquiera le preocupaba lo más mínimo llevar la cara tiznada de betún: era un signo de distinción. Manuel siempre había limpiado las botas de sus clientes con dignidad. Ahora, además, lo hacía con orgullo.

Las mesas de Au Lion d'Or, junto al Teatro Principal de La Rambla, ya no estaban ocupadas por intelectuales ni tertulianos de lengua afilada. En su lugar, barceloneses con gesto de preocupación debatían sobre la probabilidad de nuevos bombardeos y el estado de los refugios. Manuel se sentaba ante una mesa en el extremo de la terraza, iluminada por un reconfortante sol de mediodía. Fingía leer El Diluvio, pero no perdía ojo de la mesa que, a escasos metros, ocupaban un hombre de aspecto impecable y una mujer de piel pálida.

Guillem Castellví y Eileen.

Los había visto a ambos mientras caminaba Rambla arriba en su trayecto habitual hacia el centro. Ella se removía con gestos exagerados y él, visiblemente incómodo, trataba de calmarla. Manuel se había ido acercando semioculto entre la multitud; pero desde la esquina resultaba imposible escuchar lo que decían, así que había optado por sentarse.

Ahora Guillem y la extranjera callaban; ella tenía la mirada perdida y se había instalado un violento silencio.

Cuando el camarero, un tipo enjuto con cara de pocos amigos, le sirvió el café, Manuel tuvo que reprimir su instinto de clase obrera para no darle las gracias: temía que Castellví pudiera advertir su presencia. Y si, como temía, era un hombre peligroso, no era conveniente mostrarse más de la cuenta. Si algo sabe hacer bien un

limpiabotas es pasar desapercibido.

Finalmente, ella habló.

—Lo único que quiero es que me dejes en paz.

A Manuel le dio un vuelco el corazón. Apartó un par de centímetros el diario, lo suficiente para ver la reacción de Castellví por el rabillo del ojo.

Éste se acercó a ella, le puso su mano rechoncha en el hombro. Apenas susurraba y costaba entenderle, pero su voz clara y su timbre modulado le traicionaban.

—Querida mía...

—No me llames así. Ya no.

—... Sabes que eso no es posible. Tú y yo teníamos un trato.

Eileen lo miró a los ojos el tiempo justo para que percibiera un mohín de asco.

—¿Así que ahora es una cuestión de negocios?

Castellví abandonó su actitud dialogante. Incluso desde cierta distancia Manuel pudo apreciar ese cambio: se alisó la camisa con un rápido gesto de la palma de la mano, se abotonó el abrigo y estiró las mangas. A continuación, echó un vistazo alrededor y se detuvo una fracción de segundo en el individuo que simulaba leer el periódico a pocos metros. Al limpiabotas le dio un vuelco el corazón. Castellví bajó la voz y ofreció una larguísima respuesta a Eileen, de la que Manuel no consiguió captar ni una sola palabra. Ni siquiera se atrevía a apartar el diario para observar los gestos de ambos. Sólo entonces se dio cuenta de que sostenía un ejemplar de La Vanguardia. Mala elección: incluso después del giro republicano que el diario se había visto obligado a hacer, seguía siendo una cabecera conservadora, impropia de un tipo vestido con harapos y un abrigo que le venía dos tallas grande. En definitiva, una tapadera muy poco creíble.

Por precaución, se concentró en leer lo que contaba su diario. Entre anuncio y anuncio («Protaminal, el caldo vegetal més nutritiu», «Urodonal, cura los dolores reumáticos porque disuelve el ácido úrico»), las noticias no invitaban al optimismo. Continuaba el goteo de víctimas mortales del bombardeo del «buque pirata», despectivo nombre con que la prensa había bautizado al crucero italiano Eugenio

de Saboya. Un breve a una sola columna daba cuenta de un nuevo bombardeo aéreo de «los aviones facciosos» sobre Lérida. En el frente de Aragón, las noticias eran poco menos que anecdóticas, lo que reforzaba la percepción generalizada de una calma tensa. La página dedicada a información nacional relataba la heroica muerte de un comisario político, herido mortalmente de un disparo en el vientre justo cuando se disponía a socorrer a un compañero. Manuel leyó entre dientes las que —según el diario— habían sido sus últimas palabras: «He sido el primero en avanzar y el último en retroceder. He cumplido con mis deberes de comisario». Siempre había quienes leían esas informaciones con espíritu optimista. Manuel, en cambio, había aprendido en su corta vida lo suficiente como para no dar crédito a quien no lo merecía, categoría en la que se encontraba cualquiera que no fuera su señora madre.

No halló ni una línea en su ejemplar sobre la estrepitosa caída de Málaga y la brutal masacre de civiles en su huida hacia Almería. Aunque resultaba difícil contrastar lo ocurrido, se hablaba de miles de muertos: un ataque masivo de la aviación franquista dirigido específicamente a los hombres, mujeres y niños que huían a pie. Uno de los oficiales que se alojaban en el Hotel Colón le había contado que la tragedia no había quedado aquí: al parecer, el ejército sublevado había prometido perdonar a quienes, arrepentidos, volvieran a Málaga. Animados ante el inesperado gesto de piedad, miles de huidos reemprendieron el camino a casa. Pero allí se encontraron con su triste destino: una ejecución masiva que sirvió de escarmiento para todos. La sola idea de que algo similar ocurriese en Barcelona le quitaba el sueño desde hacía días y, tras el bombardeo del crucero italiano, esa pesadilla alimentaba sus peores temores. ¿Podía fiarse de alguien? ¿No serían esos mismos compañeros a los que limpiaba las botas quienes le denunciarían para salvar el pellejo si fuera el caso? O peor aún: ¿sería capaz él mismo de mantener el tipo en caso de que las cosas se pusieran feas y resultara necesario escoger bando? Todas esas preguntabas asaltaban su mente inquieta mientras recorría las calles adoquinadas de Barcelona en busca de unas botas sucias para lustrar.

Lo peor es que, mientras todas esas cosas terribles sucedían en diferentes puntos de España, él no sólo no se ponía a salvo, sino que se exponía innecesariamente. Eso era lo que le había repetido hasta la saciedad la Lola, que tal vez estuviera medio cegata, pero desde luego conservaba intacto el instinto de supervivencia.

Con el pretexto de pasar la página del diario, aprovechó para echar un vistazo a la pareja. Ahora era la extranjera quien hablaba, y parecía

súbitamente ablandada, subyugada por el inexplicable encanto que para ella tenía ese sujeto turbio. Castellví la miraba impasible, consciente de su poder hipnótico sobre ella. Pero ¿de dónde sacan a esos encantadores de serpientes?, se preguntaba Manuel mientras se peleaba sin éxito con el aparatoso ejemplar del periódico.

Necesitó casi medio minuto para conseguir pasar la página y doblar el diario como había visto hacer miles de veces a sus clientes: entender la mecánica de los pliegues del papel era una tarea diabólicamente compleja. Para cuando lo había conseguido, Manuel se dio cuenta de que habían sucedido algunos cambios en su entorno: los clientes de la mesa que le separaba de Castellví y Eileen se habían ido.

Y ahora Castellví clavaba su mirada siniestra en el rostro del limpiabotas.

XXVIII

La luz oblicua del sol invernal traspasaba las cortinas del comedor impregnando toda la estancia. Emma había tardado poco en acostumbrarse a su nuevo piso. Sentada en el sofá con una taza de café humeante entre las manos, se sintió extrañamente embriagada. Se preguntaba si tenía derecho a disfrutar de semejante bienestar mientras su marido malvivía en alguna trinchera infestada de ratas o, en el mejor de los casos, en un precario campamento.

Aún no había recibido ninguna carta de Henry. Aunque él mismo le había advertido de que tal vez el envío de correspondencia sería complicado, le inquietaba ese silencio casi tanto como las ambiguas noticias que llegaban a través de la prensa. Ese tono triunfal, a menudo épico, que acompañaba a las crónicas periodísticas acrecentaba su mal humor.

Ahora deambulaba por el piso, pensativa, en una rutina repetitiva que la llevaba del sofá a la cocina, de la cocina al baño y de aquí al comedor. De vez en cuando se detenía frente a la misteriosa puerta que Ignacio mantenía cerrada, preguntándose qué clase de secreto podía esconder.

Tras su encuentro casual con Castellví y la conversación con Ignacio y Armand, decidió extremar la prudencia. Y eso incluía reducir sus movimientos por la ciudad. Una extranjera llamaba la atención y su exposición pública había superado lo aconsejable. Se preguntó qué le recomendaría Henry y enseguida encontró la respuesta: ser prudente. Así que ya llevaba dos días enteros sin salir de casa, poniendo orden entre sus escasas pertenencias y aprovechando las horas de aburrimiento para leer el ejemplar del Quijote que le había regalado el librero. Las aventuras de ese caballero loco eran un excelente refugio para sus momentos de preocupación, que se acrecentaban a medida que transcurrían los días sin noticias del frente.

No podía quejarse: tenía un espacio amplio y elegante para ella sola, un baño confortable, una biblioteca nutrida y una buena provisión de víveres, incluso con algunos pequeños lujos. Sólo echaba en falta —aunque le avergonzara siquiera pensarlo— un gramófono que le permitiera escuchar música. Jamás se atrevería a preguntarle a Ignacio si poseía uno de esos aparatos, aunque albergaba en secreto la

ilusión de que en esa habitación hubiera una radiogramola y una buena colección de discos.

Mientras tanto, le quedaba el consuelo de deleitarse con los improvisados conciertos de violín de Román, el vecino de abajo. Era una suerte inaudita que a pocos metros bajo sus pies se alojara un reputado músico; sin embargo, eran muy pocos los momentos en que se decidía a tocar, y en cualquier caso esos episodios eran decepcionantemente breves. Cuando ocurría, se esforzaba por aguzar el oído para captar el delicado gemido melancólico que emanaba de las cuerdas del violín. Si no fuera porque ese hombre la intimidaba, con gusto hubiera bajado a pedirle una pieza o dos. Entre los españoles ese tipo de cosas estaban bien vistas, y a decir verdad Emma se sentía cómoda con ese punto desenfadado que mostraban para casi todo.

Decidió que ya era hora de salir. Tras dos jornadas sin dar señales de vida, un breve paseo no le haría daño. Además, aprovecharía para pasar por el hotel Continental y preguntar si había llegado alguna carta del frente. Sí, definitivamente esa era una muy buena idea. Quizá incluso pasara por la librería de Armand.

Se calzó los zapatos más cómodos que tenía y se puso el abrigo, animada ante la expectativa de una pequeña ruptura de la rutina.

Abrió la puerta y al instante se dio cuenta de que alguien la observaba. Levantó la vista: era él, Román. El violinista.

—Disculpe, creo que la he asustado —se excusó él.

Por supuesto que la había asustado. ¿Qué hacía en su rellano? ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Acaso la espiaba?

—No se preocupe, es que no esperaba encontrarme...

—... Al vecino de abajo en su propia puerta.

Román sonreía con cierto descaro; parecía disfrutar de la situación. Emma contempló brevemente su fino bigote, recortado con esmero para realzar su nariz ganchuda.

—Exacto, la verdad es que eso es lo que iba a decir.

Román se tomó unos segundos antes de proseguir.

—Venía a preguntarle si necesitaba algo. Hace un par de días que la oí entrar y desde entonces no había escuchado ni el más mínimo ruido —se detuvo de nuevo un par de segundos sin perder su sonrisa socarrona —. Pero, en fin, ya veo que está usted perfectamente, así que no la molesto más.

Emma, sorprendida aún, guardó silencio y Román se dio la vuelta para bajar de nuevo a su piso.

—No, por favor —reaccionó ella al fin—. Ha sido usted muy amable; es sólo que estoy algo desconcertada —Román la escrutaba sin disimulo, de arriba abajo, analizando cada detalle—. ¿Quiere pasar?

El violinista permaneció inmóvil, con las manos en los bolsillos. Vestía unos pantalones de franela informales, un viejo pullover de lana y unas zapatillas de andar por casa. En cambio, se había tomado la molestia de rodearse el cuello con un colorido pañuelo de seda. En conjunto, lucía un tipo distinguido.

—No quiero molestarla, veo que ya se iba.

—Sí, pensaba salir a hacer... unos recados.

—Otro día entonces. Disfrute del paseo.

—Señor...

—Román, llámeme simplemente Román.

—Tengo entendido que es usted un famoso violinista.

Román no se ruborizó lo más mínimo. Ni siquiera se molestó en sacar las manos de los bolsillos. Mantenía, eso sí, su habitual sonrisa, remarcada por unas facciones cuadradas, duras, y un mentón mal afeitado.

—La fama dejó de ser importante hace ya unos meses. Parece que fue en otra vida, ¿verdad?

—No sea modesto, le he oído tocar...

Román se mostró, ahora sí, sorprendido.

—¿Es usted aficionada a la música?

—Por supuesto —respondió Emma con rapidez, y maldijo su mala memoria para los nombres. Le hubiera gustado demostrar sus

conocimientos sobre música clásica, inculcados desde la cuna por unos padres melómanos y una familia vergonzosamente exquisita. Pero la apariencia intimidatoria de ese violinista que la examinaba en su rellano con zapatillas de estar por casa la dejó sin habla.

—Un día la invitaré a mi casa. Tocaré para usted —lo dijo sin el menor atisbo de duda; en realidad fue más bien una afirmación.

—Eso sería maravilloso —respondió Emma, sonrojada.

—Verá, señora...

—Emma.

—Emma, eso es —el violinista enseñaba nuevamente su mejor sonrisa —. Debe usted saber que esta ciudad es, cómo le diría...

—¿Peligrosa?

Román hizo el amago de responder y se contuvo, reprimiendo tal vez alguna ocurrencia de mal gusto. Seguía con las manos en los bolsillos y mantenía su expresión jocosa.

—Peligrosa, desde luego. No tanto como el frente, pero sin duda Barcelona encierra peligros. Yo preferiría el calificativo de insidiosa, ¿sabe? Esta maldita ciudad se parece cada vez más a una partida de ajedrez.

—A decir verdad, yo veo más peones que reyes por aquí —replicó Emma.

El violinista, que por un momento había centrado su atención en el desconchón del techo, la miró con repentino interés. Emma se arrepintió al instante de su respuesta y sus mejillas empezaron a encenderse, lo que sin duda divertía a Román.

—Tiene usted sentido del humor. Me alegro: pronto lo necesitará. Pero ándese con cuidado —la repasó una vez más de arriba abajo, esta vez con cierta desgana—. Aquí no hay reglas que valgan. Y digan lo que digan, la muerte no es cosa digna.

Dicho esto, dio media vuelta y se dirigió hacia la escalera.

Emma lo oyó repetir esa última frase entre dientes mientras bajaba las escaleras: «La muerte no es cosa digna».

XXIX

Como de costumbre, la taberna olía a humedad y a vino rancio. Un débil haz de luz iluminaba la barra, en la que Manolo había depositado su grasienta papada con la intención de echar una cabezada. Sus ronquidos hubieran inspirado poéticas imágenes sobre el monstruoso guardián del averno, si no fuera porque en aquel antro no abundaban los poetas. Manuel pasó a toda prisa frente al busto semiinconsciente del patrón y corrió por el pasillo en busca de la Lola.

—¡Lola, tienes que escucharme rápidamente, que esto se nos va de las manos!

—Tsssh. ¡Oye! —la voz áspera de Antoñito detuvo a Manuel en seco.

—¿Qué haces ahí en la penumbra, Antoñito?

—El patrón, que no quiere que gastemos.

—Si es por eso descuida, que ese carcamal tiene el sueño más profundo que un oso en hibernación.

—¿Y tú ande vas dando voces, niño? ¿No ves que no puedes ir por ahí llamando la atención?

—A ver, Antoñito, que esto es grave.

—Pues peó me lo pones.

—Bueno. ¿Dónde está la Lola?

—Por ahí anda, remendando el vestido, que ayer lo dio todo en el escenario y se le ha descosío.

—¿Otra vez?

—¡Manué, ven p'acá!

Manuel corrió tras el tablao y encontró a la Lola entre toneles, cajas de botellines y estantes semivacíos.

—Lola, deja ya ese vestido que esto es mu serio.

—Cállate, niño, que llevo ya media hora intentando enhebrar esta aguja.

—Anda, dame eso —Manuel arrebató aguja e hilo a la bailaora—. Anda que una flamenca miope... dónde se ha visto eso.

La Lola picó con las palmas de las manos sobre sus rodillas.

—¿Y esta basura de país? ¿Y esta ruina de ciudad? ¿Dónde se ha visto eso, Manué, hijo mío?

—Eso también es verdad —concedió el mozo, guiñando el ojo justo antes de ensartar el orificio diminuto de la aguja—. Toma, Lola, y a ver si te compras ya otro vestido, que tus duros te has ganado.

—Ay, no me hagas reír. Bueno, ¿me vas a contar eso que era tan importante?

Manuel se acercó a la mujer y se sentó sobre una caja de cervezas. Bajó la voz.

—Estuve siguiendo a Castellví. Le escuché.

La Lola soltó instintivamente aguja e hilo.

—No me vas a decir que te has puesto a hacer de espía, Manué. ¿Qué te has creído? ¿Que eres la Mata Hari esa?

—Escúchame, Lola.

—Que tú no sabe dónde te metes, mi niño.

—Lola. Le escuché hablando con la extranjera, —¿Con Emma?

—No, con la otra. Su amiga, la del hotel. La tiene como espía, el muy canalla. La tiene enamorada, o encantada, qué sé yo. Es una serpiente venenosa ese Castellví.

La Lola lo observaba con el gesto serio. Manuel nunca la había visto tan delgada, las facciones marcadas.

—¿Y qué decían?

—No pude escucharlo todo. Pero no la deja ir, la obliga a contarle cosas sobre las brigadas, sobre el POUM, sobre gente del hotel... Esa rata trabaja para los fascistas.

—¡Niño, baja la voz! —advirtió de nuevo la voz de Antoñito, que se levantó trabajosamente y se plantó ante ellos, picado por la curiosidad.

—Ese no trabaja para los fascistas, Manué —dijo la Lola—. Ese creo yo que va por libre. Ese le cuenta lo suyo a los rusos.

—¿A los rusos? —Manuel no daba crédito a lo que oía—. Lola, además de cegata estás perdiendo el juicio. ¿Qué tienen que ver los rusos con todo esto?

—Tsssh —chistó Antoñito.

—No te enteras de la misa la mitá, hijo mío —susurró la Lola—. Que aquí los rusos han visto tajada, que quieren su parte.

—¡Pero qué tajada! ¡Si aquí estamos todos muertos de hambre! —Manuel se levantó, excitado.

La Lola rio ácidamente.

—Tú y yo sí. Y Antoñito. Y puede que ese orangután también —añadió señalando al tabernero—. Pero hay mucho en juego, hijo, que esto es una guerra y está toda Europa pendiente, niño. Como aves carroñeras están todos. Los ingleses, los alemanes, los italianos, los franceses, ¡hasta los americanos!

Manuel la miraba con incredulidad.

—Pero a ver, Lola, ¿cómo sabes tú todo eso?

—Tú hazme caso, que esta gitana no se equivoca. Y vete con cuidao, que esto no es un juego.

—La Lola tié razón, Manué —terció Antoñito—. No me gusta esto. No me gusta ni mijita.

—Está bien, ¿y qué hacemos ahora?

La Lola lanzó al suelo vestido, aguja e hilo. Se levantó y se encaró a Manuel.

—Nosotros a lo nuestro, Manolito. ¿Me has oído bien? Olvídate de las extranjeras; de la una y de la otra. Y sobre todo olvídate de esa serpiente de ingeniero, o espía, o lo que sea. A lo tuyo, Manué, que es sobrevivir y llevar unos duros a casa. ¿Estamos?

Manuel no se atrevió a responder. Asintió tímidamente y se sentó de nuevo sobre la caja de cerveza.

—Antoñito, tócate algo alegre.

XXX

—¿Qui... qui... quién tiene ahora el di... diario?

Concha se encogió de hombros. Aquel cabo malhumorado tenía la mala costumbre de dirigirse a ella antes que a nadie siempre que algo le contrariaba. Tal vez fuera por su tartamudez, que levantaba toda clase de bromas cada vez que se manifestaba. Daba igual que fuera un fusil encasquillado o un periodicucho atrasado: la cuestión era culpar a Concha.

—Lo tengo yo —respondió una voz firme con un fuerte acento británico.

Concha aprovechó la roca que tenía a su espalda para sentarse.

—Ya lo has oído: lo tiene el inglés.

El tono del cabo cambió repentinamente. Los extranjeros tenían una inmerecida fama de estar más curtidos en las batallas y era frecuente que incluso se les pidiera disculpas de vez en cuando. Concha ya se había acostumbrado a eso. El hecho de que en ese preciso momento estuviera sentada en la única roca puntiaguda en un radio de cuatrocientos metros era una pequeña muestra: los hombres seleccionaban los mejores sitios para acomodarse y echar una cabezada siempre que las circunstancias lo permitieran. Y en esa abrupta trinchera en mitad de los Monegros, si algo había era tiempo para aburrirse.

—Bu... bu... bueno. Me lo de... dejas cuando acabes.

—Descuida, Tataret —respondió el inglés sin levantar la mirada del papel.

La mayoría de los milicianos, especialmente los extranjeros, pensaban que Tataret era un mote cruel para ridiculizar al cabo. El mismo Henry así lo creía también hasta que alguien le había aclarado que aquel era su apellido real. Desde entonces, no perdía ocasión para gritar en voz alta aquel apellido cuya sonoridad le resultaba tan cómica. Cada vez que un inglés lo hacía, el resto les reía la gracia.

Las horas y los días pasaban con una lentitud exasperante, de modo

que leer el diario, aunque fuera atrasado, era un entretenimiento muy cotizado. Aproximadamente un tercio de la división no sabía leer, y tal vez otro tercio lo hacía con serias dificultades. Así es que en realidad eran unos pocos los que se lo disputaban.

Desde que habían trasladado a Eric a Huesca, Henry se aburría aún más. Echó un vistazo a la exigua sección de noticias del frente de Aragón. Era sorprendente enterarse de ciertas cosas que ocurrían a poca distancia de su propio puesto por un diario editado tres días antes y a trescientos kilómetros de su posición actual. Por ejemplo, en Alcubierre habían acogido con los brazos abiertos a un sargento de ametralladoras que desertaba del bando nacional. En Huesca, la artillería enemiga disparaba desde una fábrica de ladrillos. Y en las posiciones de Aguilar y del Molino, muy cerquita de donde se encontraba él, habían intercambiado fuego para responder a las hostilidades. Ojalá algo así ocurriera allí. Pero incluso ese deseo macabro, que se guardaba de compartir con sus compañeros, parecía una quimera.

Pasó un par de párrafos. En Alcañiz —explicaba el diario— los milicianos de la División Macià-Companys de Esquerra Republicana de Catalunya habían homenajeado a sus compañeros fallecidos.

Henry bostezó.

—¿Nada interesante? —inquirió Concha, que ya no aguantaba la geometría criminal de aquel pedrusco.

Henry saltaba por los párrafos del tabloide como quien busca la solución de una sopa de letras. Negó con la cabeza.

—Absolutely nothing.

Sin embargo, tras unos minutos de lectura taciturna algo llamó su atención. Concha observaba con atención sus facciones tensas y sus gestos de preocupación.

Una noticia informaba de la prohibición de un acto del POUM en Cataluña. Henry se daba cuenta de que la línea estalinista se imponía y poco a poco crecía un halo de sospecha contra todo aquello que proviniera del POUM. Poco le importaban a él las tesis trotskistas o estalinistas: sencillamente, se había alistado con el POUM porque en su momento se presentó la ocasión. ¿Le convertía eso en un trotskista? Para nada. Ni siquiera tenía claro, más allá de los tópicos, cuáles eran las diferencias entre una corriente y otra.

Una cosa sí estaba clara: alguien estaba orquestando una campaña muy sucia contra el POUM. ¿Le acabaría salpicando a él, que precisamente había decidido jugarse el pellejo por un país que no era el suyo? ¿Sería posible, como empezaba a rumorearse, que algún día el Gobierno republicano ilegalizara el partido que tan beligerante se había mostrado con las posturas más conservadoras?

No, no lo creía posible.

—No me gusta —masculló.

—¿Puedo saber ya qué es eso tan malo que has leído?

Henry puso a Concha al corriente de sus temores. Lo hizo en voz baja, asegurándose de que nadie más podía escucharlos.

—Sería una locura —concluyó Concha.

Se hizo un largo silencio.

—¿Tan loca como esta misma guerra?

—Más aún.

—Fíjate —prosiguió Henry señalando con el índice un punto concreto de la página—. En Cataluña han prohibido un mitin organizado por la CNT y el POUM.

—¿Y eso por qué? —preguntó Concha acercándose al diario, que Henry seguía sin soltar.

—¿Qué más da el porqué? Hace unos pocos meses no se hubieran atrevido a prohibirlo.

Henry le cedió por fin el diario, se levantó y se distrajo unos segundos mirando hacia un punto indefinido en el horizonte. Sería una bella puesta de sol si no fuera porque el país entero vivía en un ocaso perenne.

Concha abandonó el diario en el suelo y aprovechó para tomar asiento en la roca que Henry había dejado libre.

—No creas que no me he dado cuenta —dijo el inglés sin abandonar su actitud reflexiva.

Concha no pudo reprimir una risita.

—Es la guerra, amigo.

Henry rio para sí.

—Es la guerra, amiga. Pero recuerda que esa roca es mía.

—Pensaba que los marxistas no creíais en la propiedad privada.

—Eso es porque no conoces de verdad a los marxistas.

Henry se giró hacia Concha y ella realizó el ademán de levantarse. Él la disuadió con un breve gesto.

—¿Puedo preguntarte algo, Henry?

—¿Por qué no? Aquí no hay mucho que hacer —respondió mientras trataba de acomodarse en la roca puntiaguda que Concha había dejado libre.

—¿Por qué te alistaste con el POUM? No pareces uno de ellos.

—Oh, eso —parecía algo decepcionado por la pregunta. Encendió un cigarrillo y se rascó el cogote, pensativo.

—No te ofendas, pero te veo tan... señorito.

Henry estalló en una carcajada que rápidamente se convirtió en un ruidoso ataque de tos.

—Tienes razón, Concha. Soy un señorito —ella lo escuchaba con interés. Había algo de autocrítica real en aquel amago de confesión—. Supongo que soy un hombre de ideales; siempre los he tenido. Y cuando me enteré de lo que estaba ocurriendo en España, no lo dudé. No tenía ni idea de cómo alistarme. Si te digo la verdad, mi mujer pensaba que no sería capaz de hacerlo. Pero yo estaba convencido. Empecé a telefonear a amistades para explicarles mis intenciones y pedirles consejo.

—¿Y qué te dijeron?

—Que estaba completamente loco, por supuesto —Henry dio una nueva calada y pasó el cigarrillo a Concha—. Pero yo estaba decidido. Un amigo que trabaja en la Embajada hizo algunas llamadas. En el Gobierno inglés no estaba muy bien visto que un británico se metiera en ese asunto de los españoles, así que tuvo que ser discreto. Por lo visto un escritor inglés acababa de alistarse en el POUM, al principio como periodista, y finalmente como miliciano. Tú lo conoces, es Eric.

Ya sabes, el que acaba de marcharse a Huesca.

—Eric... ¿el larguirucho?

—Ese mismo. Yo le conocí más tarde, cuando llegué a Barcelona. El caso es que aproveché esa oportunidad y me alisté. Eric ya me advirtió de que no habíamos elegido la mejor opción.

—¿A qué te refieres?

—El nuestro es un ejército, cómo te diría... algo caótico. No me entiendas mal, Concha. Pero hay tantas milicias y columnas que cuesta ubicarse: Ascaso, Aguiluchos, el pobre Durruti... ya sabes. Y cada una de ellas parece tener unos intereses distintos. Temo que eso nos debilite. El caso es que detrás de todo este espectáculo están los auténticos protagonistas de la guerra.

—Perdona, pero no te sigo. Yo sólo veo dos bandos: los fascistas y nosotros. Que además somos los buenos, Henry, que no se te olvide.

—No lo dudo, Concha. Por eso estoy aquí. Pero —prosiguió, mirando discretamente a ambos lados y bajando la voz—, ¿acaso no son los rusos quienes pagan todo esto? ¿No usamos sus viejos fusiles, su equipamiento militar? ¿A cambio de qué? Y ahí es donde iba: el POUM no es precisamente un partido bien visto por el poder en Rusia. Allí hay una única voz, la de Stalin. Y el POUM, en fin, ya sabes, es más bien trotskista. Ahora mismo me atrevería a decir que en la lista de enemigos de Stalin, Trotski aparece antes que Franco. ¿Crees que los rusos van a dar apoyo a la República sin cobrarse algunas piezas de caza?

—Pero el POUM —reflexionó Concha— ha arrimado el hombro como el que más. ¿Es que no estáis aquí jugándoos el pellejo como cualquier otro?

—¿Tú crees que eso les importa lo más mínimo?

Concha lanzó una mirada fugaz al diario, que Tataret acababa de recoger del suelo con su habitual cara de pocos amigos.

—Empiezo a pensar que no...

Henry se levantó de la roca y la contempló con verdadero interés durante unos segundos.

—¿Cómo demonios has podido sentarte en esta horrible piedra?

XXXI

Se estaba acabando el café, pero Emma se sentía afortunada y agradecida. Pocas personas podían decir en Barcelona, o en la Península entera, que disponían de los víveres básicos e incluso de ciertos lujos. Empezando por un espacio propio en el que sentirse a salvo, un refugio nada menos que en el acomodado Ensanche.

Una vez más, la había despertado la luz natural que se filtraba por las contraventanas; un rayo de ese sol radiante que iluminaba el invierno barcelonés, ajeno a las preocupaciones terrenales de sus habitantes.

Seguía inquietándole la falta de noticias sobre Henry, pero ya no se sentía mal por ello. Había aceptado su papel, e incluso a veces se permitía mantener discusiones imaginarias con su marido en las que le recriminaba haberla dejado sola, abandonada en una ciudad que les era ajena. Y lo peor: en un país en guerra que nada tenía que ver con ellos.

Se permitió pasear por el piso bailando y canturreando. De repente le había venido a la mente una de esas canciones que Fats Waller había popularizado con su banda.

Honey suckle rose

Don't buy sugar

You just have to touch my cup

You're my sugar...

Cómo echaba de menos su colección de discos, sus libros, sus charlas triviales en el club. Le dolía admitir que su padre tenía razón cuando la había advertido sobre las motivaciones arbitrariamente idealistas de Henry. Incluso su madre, comprensiva y empática con ella, había tratado de persuadirla de esa disparatada idea de viajar a la guerra de España. Como si esos pobres bárbaros fueran a agradecérselo algún día. Como si el anarquismo que campaba a sus anchas por las sucias

calles de Barcelona —todos lo sabían en Europa— fuera un ambiente propicio para una chica cultivada como ella.

Emma ahuyentó por un momento los pensamientos que la distraían de sus ocupaciones más inmediatas y retomó casi sin querer los compases que Waller marcaba con sus manos prodigiosas deslizándose sobre las teclas del piano.

Don't buy sugar

Dabadabadabadaba my cup

You're my sugardubadubi

It's sweeter when you stir it up...

Sólo la posibilidad de que su vecino pudiera escucharla la persuadió de cantar a voz en grito. Llevaba ya tres días seguidos sin saber de él y eso, para ella, era una tranquilidad. Agradecía sus buenas intenciones, pero ya tenía bastantes cosas en que pensar como para sumar a la lista los desvaríos de un artista chiflado.

Decidió que había llegado el momento de salir a la calle. Se puso el abrigo, se calzó los zapatos y en cuestión de segundos ya estaba bajando las escaleras. El aire fresco le sentó de maravilla: por un momento, la fría humedad de la mañana en Barcelona la hizo sentirse como en casa. El cielo empezaba a taparse y pronto los rayos de sol desaparecieron. Eso le hizo darse cuenta de que hacía muchos días que no llovía en la ciudad. Con un gesto instintivo, dio una vuelta a la bufanda para taparse la boca y a continuación emprendió la marcha.

La vida transcurría con aparente normalidad. Los barceloneses, y también la propia Emma, se habían acostumbrado a esa calma tensa, amenazada sin embargo por la posibilidad de un nuevo bombardeo. Mientras descendía por las calles adoquinadas del Eixample, sentía que eran todos funambulistas, artistas circenses que a duras penas lograban avanzar sobre un cable suspendido en el aire. En cualquier momento el equilibrio podía romperse, y si eso sucedía, sencillamente caerían.

Apartó de su mente esos pensamientos: no quería ceder al pesimismo y acabar como la pobre Eileen, sumida en un abatimiento constante.

Enseguida llegó a la plaza de Cataluña, donde se respiraba un ambiente de máxima actividad. Había un intenso tránsito de personas en el hotel Colón. Eso la animó: algo le hacía creer que, si había movimiento en los hoteles, ocupados en buena parte por milicianos, significaba que los suyos ganaban posiciones en el frente.

Pasó frente a las esculturas de la parte superior de la plaza: la hipnotizaban aquellas figuras creadas por Clarà, Gargallo, Llimona, Navarro, Viladomat... apenas había tenido tiempo de documentarse sobre ellas, y por supuesto no recordaba casi ninguno de esos nombres, pero cada vez que pasaba junto a ellas se sentía subyugada. Eran el testigo mudo de una Barcelona en tiempos de cambio. Los buenos tiempos de la gran Exposición Internacional de 1929 habían quedado atrás. ¿Resistirían esas figuras de piedra los próximos bombardeos?

En pocos minutos llegó al hotel Continental. Le decepcionó encontrarlo inesperadamente tranquilo: unos pocos milicianos que fumaban en la puerta de la entrada, un par de hombres encorbatados que parecían dirigirse a algún lugar a toda prisa... Nada. Preguntó al chico de la recepción si había novedades del frente, pero apenas obtuvo algunas vaguedades. Interrogó también a los milicianos, que se mostraron entusiasmados por contar con la atención de una atractiva extranjera. Pero tampoco ellos le aportaron ningún dato concreto. Descorazonada, se dejó llevar Rambla abajo pensando qué debía hacer. Era temprano aún para visitar la librería de Armand, y además él no le podía ayudar en esta ocasión. Dejó atrás el Continental y posteriormente el Liceo. Unas nubes densas y grises iban oscureciendo poco a poco el cielo barcelonés. En cuestión de minutos, Emma estaba frente al teatro Principal, a pocos metros del monumento a Colón. Ni siquiera se encontraba con ánimos para ver el mar, algo que casi siempre la aliviaba. ¿Cuántos días pasarían sin tener noticias de Henry? Emma se torturaba pensando en la posibilidad de que le hubieran herido, o incluso en la terrorífica opción de que estuviera muerto. No podía dejar de sentirse culpable por disfrutar de un piso amplio, bien situado, con una excelente iluminación y todas las comodidades, mientras Henry lidiaba tal vez con la mismísima muerte. Sólo le quedaba el consuelo de comprar la prensa y leer alguna noticia, desde luego tamizada por los filtros de la conveniencia. Pero eso era mejor que nada, así que se dirigió hacia el quiosco de prensa más cercano.

Compró un ejemplar de Solidaridad Obrera. Todos sabían que era el órgano de difusión de la CNT y tenía fama de díscolo. Se hizo también con La Vanguardia. Entre ambos periódicos tenía más posibilidades de

formarse su propia idea. Se acomodó junto a una vistosa fuente para estar más cómoda y leyó con avidez los diarios. Primero con ansiedad, como un sediento que llega repentinamente a un oasis. Luego con reposo, escudriñando los textos más densos y rebuscando en los rincones de las páginas, bajo los títulos más discretos y en los recuadros menos llamativos. La prensa española era prolija en detalles, pero también generosa en innecesarias metáforas y figuras retóricas que poco o nada aportaban. Miles de caracteres impresos en tinta que, en realidad, no servían sino para reforzar los respectivos discursos de unos y otros.

—La prensa no es una herramienta útil para las mentes brillantes como la tuya, querida Emma.

No necesitó levantar la cabeza para reconocer esa voz ligeramente nasal pero bien modulada, con un acento exquisitamente neutro. A continuación, le llegó el perfume inconfundible de Guillem Castellví. A Emma se le aceleró el pulso y sus mejillas blancas la delataron al momento adquiriendo un característico color rojizo. Le costó unos segundos reunir el aplomo necesario para responder.

—Mentiría si te digo que no esperaba verte aquí. Apareces en cualquier momento y en cualquier lugar como por arte de magia.

Castellví no se molestó en disculparse.

—Celebro ver que tu español sigue mejorando día a día. Quien maneja la ironía con soltura, domina el idioma. Felicidades, Emma, no dejas de sorprenderme.

Emma buscó algún lugar en el que dejar los diarios. La fuente no resultaba el más adecuado: estaba adornada con cuatro cariátides que parecían sostener un templete. Al final optó por el surtidor, que hacía caer el agua sobre una peculiar bandeja de hierro con forma de concha.

—Magnífica, ¿no te parece? —dijo el ingeniero señalando la fuente con un ademán.

Emma la revisó de nuevo. Le parecía algo aparatosa, en realidad.

—Una de las doce fuentes que Sir Richard Wallace cedió a la ciudad con motivo de la Exposición de 1888. Representan la fraternidad entre pueblos, ¿no es maravilloso?

La pregunta era tan retórica como parecía, porque Castellví no dio

opción a una respuesta.

—Fraternidad no es una palabra muy de moda en este momento, la verdad —prosiguió el ingeniero, con aire reflexivo—. Pero es enternecedor que una ciudad coloque una docena de fuentes representando un ideal como ese. Claro que quien lo hizo fue el alcalde Rius i Taulet, ilustre masón. ¿Conoces la masonería? —preguntó dirigiéndose a Emma—. Por supuesto, eres una mujer ilustrada. En fin, ya sabes cómo gustan a los masones esas palabras grandilocuentes: fraternidad, concordia, libertad, justicia...

—Disculpa, Guillem...

—Claro, te preguntarás a qué viene toda esta palabrería. Y además —añadió, mirando de reojo los diarios que Emma había depositado sobre la bandeja de la fuente—, debes de estar preocupadísima por Henry. Qué torpe soy.

—No, por favor...

—Lo soy, sin duda. Tu marido está en algún lugar del frente y tú estás sola en la retaguardia, preguntándote qué demonios haces en Barcelona.

—Sé perfectamente lo que hago en Barcelona —lo interrumpió, airada.

—No me malinterpretes, Emma. Por supuesto que lo sabes. Lo que quiero decir es que estás en una cultura nueva para ti, con personas a las que no conocías de nada hasta hace unas semanas, preocupándote sin duda por tu futuro. Y Barcelona puede ser ciudad hostil para ti, ¿no es así? «Unreal City, under the brown fog of a winter noon». ¿Conoces estos versos, Emma?

Emma contemplaba boquiabierta al ingeniero. Por supuesto que conocía esos versos de T.S. Eliot, uno de sus poetas favoritos.

—¿Cómo puede ser que...?

—Lo sé, lo sé. Soy un ingeniero algo atípico. También disfruto leyendo, como tú. Y Eliot es ya un clásico, ¿no estás de acuerdo? Por desgracia, mis ocupaciones diarias no me permiten esas distracciones. De eso precisamente quería hablarte.

Pronunció esta última frase mirándola a los ojos.

—Verás, Emma. No he sido del todo sincero contigo.

—Eso creo yo también —respondió Emma con rapidez.

—Por eso quiero proponerte algo.

Castellví hizo un silencio cargado de intención. Quería la aprobación de su interlocutora desde el primer momento. Emma abandonó su pose tensa y se apoyó de nuevo sobre las cariátides de la fuente Wallace.

—Te escucho.

—Digamos —continuó Guillem con decisión— que yo no soy sólo un ingeniero que dirige una unidad de fabricación de armamento. Tengo el honor de servir a la causa desde una posición privilegiada. Y con una responsabilidad especial. Eso supone una pesada carga para mí, pero la asumo con placer y con orgullo. Entre mis tareas figura la recopilación de información útil para la toma de decisiones estratégicas. ¿Me sigues?

Emma tragó saliva.

—Supongo que lo que quieres decir es que eres un... ¿espía?

Castellví se permitió sonreír con algo parecido a la franqueza.

—Es una forma de simplificar mi papel. Yo prefiero decir que soy un soldado al servicio de mi país. Y lo que realmente ayudará a mi país a ganar la guerra es la información.

—No veo cómo entro yo...

—Eso es lo mejor. Tu naturalidad. Llevo días observándote: te mueves como pez en el agua. Todos confían en ti. Tú puedes ser un valioso activo.

—Valioso, ¿para quién?

—Para Henry, Emma. Y para los que, como él, luchan contra el fascismo. No te das cuenta, ¿verdad? Apenas llevas unas semanas aquí y ya estás en contacto con todas las capas de la sociedad: desde un limpiabotas hasta un librero o un comerciante. Y en el Continental ya te has dado a conocer. Pronto tendrás línea directa con el frente, sin duda.

—Me temo que sobrevaloras mis capacidades.

—En absoluto. En los despachos de ese hotel se cuecen cosas importantes. Y tú vas a averiguarlas.

El uso del imperativo puso inmediatamente en alerta a Emma.

—Pero ni siquiera estoy ya en el hotel...

—Lo sé. Me lo contaste, ¿recuerdas? Pero eso da igual. Te respetan.

—No sé si te entiendo, Guillem... en el Continental se alojan las milicias, como en otros hoteles de la ciudad. Y defendéis al mismo bando, ¿no es así?

Guillem no perdía su sonrisa.

—¿Lo ves? Esa imagen de ingenuidad es única. Vas a ser un excelente activo, Emma. De primerísimo nivel.

—Todavía no he dicho que vaya a aceptar.

La sonrisa del ingeniero desapareció y adoptó un gesto implacable.

—Créeme. Vas a hacerlo. Y como eres una chica lista, estoy seguro de que no vas a obligarme a enumerarte las consecuencias que tendría no hacerlo.

—¿Es así como engañaste a Eileen? —respondió, súbitamente envalentonada.

Guillem parecía divertirse con la situación. Con un rápido gesto, introdujo su mano derecha en el bolsillo interior del gabán. Asustada, Emma dio un paso atrás.

—No tengas miedo —la tranquilizó Castellví mientras le ofrecía un cigarro de su pitillera—. ¿Por quién me has tomado? ¿Crees que voy pegando tiros por ahí como uno de esos pistoleros anarquistas?

Emma, avergonzada una vez más, prefirió no responder.

—¿Para quién trabajas exactamente?

Castellví se entretuvo dibujando en el aire un fugaz anillo de humo. Emma observaba sus mejillas rosadas, su papada generosa. Si no fuera por las ojeras que subrayaban su mirada oscura, hubiera dicho que era un hombre perfectamente saludable.

—Haces unas preguntas muy buenas —respondió sin perder el tono

despreocupado—. Yo mismo me lo pregunto a menudo. Si supieras la de secciones, negociados y subnegociados con los que tengo que lidiar... Algunas noches me acuesto como miembro de un servicio y a la mañana siguiente ya pertenezco a otro. La verdad, Emma —concluyó—, en este país uno nunca sabe con certeza para quién diantres trabaja. En fin, no quiero aburrirte con la burocracia de mi trabajo. Por suerte para ti, te vas a ahorrar todo eso. Te lo aseguro.

—¿Trabajas para los rusos? —insistió ella.

Guillem interrumpió una nueva bocanada de humo y la miró fijamente a los ojos. Lanzó el cigarrillo al suelo y dio un paso adelante, hasta plantarse a apenas un palmo de Emma. Aunque le temblaban las piernas, ella no retrocedió.

—¿Los... rusos? —repitió Castellví, paladeando cada sílaba—. ¿Otra vez estás con eso?

—Eso he dicho —repitió Emma con fingida seguridad—. ¿Trabajas para ellos?

Guillem Castellví prorrumpió en una risa estridente que enseguida provocó la curiosidad de los transeúntes. Para ellos, Guillem y Emma eran dos amigos de charla, sin más.

—Por Dios, Emma. Tú eres una persona instruida. No puedes creerte todas esas habladurías. Pasas demasiado tiempo con ese amigo tuyo, el limpiabotas, ¿no crees? El pobre chico se esfuerza en captar tu atención, una mujer como tú ya sabe esas cosas...

—No veo qué tiene que ver Manuel con mi pregunta —la sola mención de su nombre en esa conversación había hecho estremecer a Emma—. Es sólo que...

—Que no te fías de mí.

Exacto, hubiera respondido al instante. Pero no quiso precipitarse.

—¿Cómo sé que no trabajas para los sublevados? Apenas conozco nada de ti.

Guillem se recostó cómodamente sobre la fuente, justo en el momento en que un par de adolescentes se disponían a beber. Esperó a que las dos chicas se alejaran antes de continuar y se aseguró de que nadie más pudiera escucharle.

—Bien. Es una pregunta oportuna, es cierto.

—¿Y... qué puedes decirme al respecto?

—Veamos —Castellví adoptó un tono teatral—. En el caso de que yo fuera un sofisticado agente de contraespionaje, sería realmente bueno, porque he conseguido infiltrarme en un puesto estratégico para la defensa republicana: nada menos que la fabricación de motores de aviación. Y además sería muy escrupuloso con la credibilidad de mi identidad, ya que en el momento del bombardeo de la otra noche yo estaba exactamente en el edificio atacado. Eso, a la vez, me convertiría en un auténtico memo, porque salvé la vida de milagro, lo que significa que no tenía ni la menor idea de que alguien iba a lanzar una bomba sobre mi cabeza, a la que a pesar de todo tengo cierto aprecio. Y, en fin, si yo fuera un agente franquista, puedo asegurarte que estaría lo bastante cabreado como para replantearme mis opciones.

—Pero...

—Pero aquí, mi querida amiga, lo único que importa es que no podemos perder más tiempo elucubrando... ¿conoces esa palabra, Emma? —ella obvió la pregunta retórica—. Seguro que sí; tu dominio del idioma es sorprendente. Elucubrar, ya sabes, proyectar teorías sobre mi afiliación con los franquistas, con los rusos o con la maldita CNT, a la cual tampoco pertenezco, como habrás deducido ya.

La verborrea de Guillem había ido mutando y sus apuntes sarcásticos habían adoptado un peligroso tono amenazador. Emma hubiera insistido en su negativa a participar, pero no quería arriesgarse a una amenaza aún más explícita. Analizó con rapidez sus opciones y optó por ser práctica. Siempre estaba a tiempo de echarse atrás. Además, en cualquier caso, era mejor parecer colaborativa y no mostrar sus cartas.

—¿Qué se supone que puedo aportar yo? Todo lo que sé sobre el frente está en esos periódicos, y apenas conozco a unas pocas personas en la ciudad.

Castellví se ajustó el sombrero; era extremadamente meticuloso con su aspecto. La conversación estaba en el punto exacto al que quería llegar.

—Una vez más, tienes razón. Así que vamos a empezar pre-ci-sa-men-te —remarcó con énfasis cada una de las sílabas —por esas personas. Será, por así decirlo, un ejercicio. Comenzaremos por ese generoso amigo que te ha facilitado nada menos que un piso en pleno Ensanche.

—¿Ignacio? —preguntó Emma tragando saliva.

—El mismo. No te alarmes, ya te he dicho que no soy un pistolero —Castellví susurraba ahora, por primera vez desde el inicio de la conversación—. Sólo trabajo con información. Esa es mi mercancía, por así decirlo, y a partir de ahora va a ser también la tuya. Así que te voy a hacer una pregunta muy concreta y me gustaría obtener una repuesta igual de concreta: ¿Cuál es la mercancía con la que trabaja Ignacio?

—Pero si él está trabajando en un proyecto de periódico y no...

Castellví se acercó a ella con una amplia sonrisa de satisfacción y la interrumpió colocando su dedo índice sobre los labios de Emma.

—Recuérdalo bien, Emma: no trabajo con suposiciones. Sólo con información de calidad. A mí me has acusado de espía de los rusos, de contraespía de los sublevados, ¿y aceptas cualquier vaguedad sobre tu amigo? ¿De verdad tienes tan poco criterio? No lo creo. Así que te vuelvo a preguntar: ¿Qué sabes realmente de él?

—Está bien —admitió Emma, atemorizada por el tono autoritario de su interlocutor—. ¿Y cómo me comunicaré contigo? ¿Debo dejarte una nota en algún lugar?

—Oh, no te preocupes por eso. No vamos a jugar a los acertijos como el profesor Lidenbrock y esos volcanes islandeses de Julio Verne, ¿no crees? Yo me pondré en contacto contigo. Ya has podido comprobar que la casualidad no deja de sorprendernos. Quizá mañana mismo, o tal vez la semana que viene, volvamos a cruzarnos por la calle. Tendré verdadero interés en escuchar tu respuesta.

Castellví dio por acabada la conversación, se recolocó una vez más el sombrero y se dispuso a continuar.

—Emma, una cosa más.

Ella se volvió, inquieta.

—Eres una persona inteligente... y una mujer admirable. Sé prudente con lo que cuentas. No me gustaría tener que cambiar mi opinión sobre ti. Te aseguro que no querrás tenerme como enemigo.

XXXII

Si algo maravillaba a Henry del frente eran sus extraordinarias puestas de sol. Desde la sierra de Alcubierre, en la franja occidental de los Monegros, cada ocaso se convertía en un espectáculo para la vista. El cielo azul del mediodía se teñía de un color rosáceo a media tarde y las trincheras se impregnaban de un tono iridiscente. Otras veces, en cambio, el sol descendía majestuoso tras la loma, y en ese momento su perfil anaranjado podía distinguirse con total nitidez. Quizá fuera el único instante del día en el que el territorio enemigo —tan cercano y a la vez tan lejano— le parecía un lugar bello.

—Henry.

La voz acazallada de un compañero le despertó de sus ensoñaciones. Como casi todos los españoles, pronunciaba su nombre con ese característico tono áspero que convertía la hache inicial en una inequívoca jota. Ahora ya se había acostumbrado, y a menudo él mismo empleaba esa misma jota cuando se presentaba a un español.

—Dime, Nico.

Nicolás Hernández era un tipo chaparro con nariz de boxeador y unas cejas negras y pobladas. Se había incorporado a la posición unos días atrás junto con el resto de la columna Carlos Marx. De hecho, habían sustituido a casi todo el grupo del POUM, que ahora ocupaba las trincheras cercanas a Huesca. Los miembros de la columna recién llegada formaban un contingente peculiar: aunque la mayoría eran milicianos catalanes comunistas, se habían sumado también unos extranjeros a quienes la guerra había sorprendido durante la Olimpiada Popular. Eso había alegrado a Henry, que a duras penas se acostumbraba al habla rápida y cerrada de los locales, con la dificultad añadida de que muchos de sus compañeros usaban indistintamente el catalán y el español. Así que la posición que ocupaban, un risco del Monte Irazo con refugios excavados en la roca, mantendría algo del espíritu internacional que la había caracterizado durante las semanas anteriores.

—Me han dicho que tú eres amigo del escritor inglés.

—¿Te refieres a Eric Blair?

—Ese mismo —asintió Nico—. ¿Qué ha sido de él?

—Se fue con el resto de la milicia cuando llegasteis vosotros.

—Me lo imaginaba, qué lástima —se lamentó.

—¿Lo conocías?

—Personalmente, no. Pero me hubiera gustado. Yo también escribo, ¿sabes? Me dijeron que aquí, en Monte Irazo, podría conocerle. Un compañero me dejó un libro suyo: firma con el seudónimo de George Orwell. Es una pena que yo no tenga ni idea de inglés.

A Henry le sorprendió el interés de un miliciano catalán por su compatriota. Había tenido algunas charlas con Eric sobre su faceta de escritor, pero ni siquiera recordaba el seudónimo con el que firmaba.

—Puedo traducirte lo que quieras —se ofreció.

—Me temo que el libro se quedó en Barcelona, se lo entregué a mi novia para que me lo guardara. Cuando volvamos, pienso aprender inglés y entonces lo leeré.

—Esa es una idea magnífica, Nico —concedió, halagado por el interés de su compañero.

—Me, me... menos escritores y más sol, sol... soldados —terció Tataret, que escuchaba la conversación a unos metros de distancia—. Eso es lo que ne, ne... necesitamos.

Nico y Henry rieron la ocurrencia del cabo.

—¿Cómo es que no te fuiste con el resto del POUM? —prosiguió Nico.

Henry se encogió de hombros.

—Supongo que siempre se necesita un inglés de guardia.

—A este no le hagas ni caso que, aunque no lo parezca, siempre está de guasa —intervino Concha, tras comprobar el desconcierto de Nico.

—Conocí a Eric en Barcelona y durante todas estas semanas en Alcubierre hemos estado juntos: primero en Monte Pucero y ahora aquí. Pensaba que si avanzábamos a otra posición seguiríamos juntos, pero ya ves: no ha habido suerte esta vez.

Inconscientemente, todos miraron a Tataret en busca de una

explicación.

—Ni pu, pu... puta idea —concluyó el cabo.

El silencio volvió a adueñarse del lugar. El cierzo empezaba a soplar con fuerza y hacía zozobrar los precarios tejados bajo los que los milicianos trataban de parapetarse del frío. Un repentino silbido seguido de un breve impacto captó de inmediato la atención de todos.

—Otro francotirador sin puntería —sentenció Nico.

—Os he dicho mil veces que os agachéis cuando paséis por el tramo descubierto —reprendió Concha en alto.

Tras el disparo solitario, volvió el silencio. El sol ya se había puesto en Alcubierre. Tataret, ensimismado, reprimió un bostezo. Henry no pudo evitar imitarlo.

XXXIII

Emma necesitó un buen rato para sobreponerse a los nervios. Apenas Guillem había abandonado el lugar, sintió que las piernas le flaqueaban y se aferró con fuerza a una de las cariátides de la fuente. Soportó con pretendida indiferencia los piropos de un grupo de milicianos que caminaban Rambla arriba y trató de aparentar normalidad cuando una anciana se le plantó frente a frente.

—Tú no estás bien, mi niña —le susurró con voz áspera la mujer, vestida de luto de pies a cabeza.

Emma tuvo la tentación de reconocerle a la anciana que tenía razón, que no estaba nada bien. Es más: que quería salir corriendo de la ciudad, del país. Que nada le gustaría más que acostarse y despertar al día siguiente para descubrir que todo había sido en realidad una horrible pesadilla.

La mujer se acercó a ella sin dejar de mirarla fijamente a los ojos, como si fuera capaz de leer en ellos la angustia que la asediaba desde lo más hondo.

—Vete, niña, ¡vete ahora que estás a tiempo! —gritó la anciana, llamando la atención de todo el mundo.

Desde la tienda de ultramarinos, colectivizada como casi todos los comercios, apareció una mujer joven.

—Mamá, deja tranquila a la chica —le ordenó con una voz apagada y el gesto cansado. Estaba claro que no era la primera vez que se veía obligada a reñir a su madre.

—No pasa nada... —musitó Emma.

—La pobre está muy afectada —se excusó la chica. Vestía unos pantalones raídos y una chaqueta negra de punto. Emma no pudo evitar fijarse en sus pies: calzaba unas alpargatas maltrechas que dejaban al descubierto unos tobillos ennegrecidos. ¿Cuántos años tendría? No más de treinta y cinco, y aun así aparentaba muchos más. Unas ojeras profundas enmarcaban sus ojos marrones, que en otro tiempo debieron ser bonitos y hasta brillantes. Ahora la mirada de aquella joven barcelonesa se le antojaba triste y resignada. Emma se

dio cuenta en ese preciso momento de algo que ya intuía desde hacía días: el optimismo de los primeros días de batalla empezaba a diluirse. Poco quedaba del entusiasmo de la lucha contra los fascistas. Lo respiraba en las calles, pero sobre todo en las caras: poco a poco, como una mancha de aceite que se propaga lentamente en todas direcciones, se imponía el desánimo.

Dejó atrás a las dos mujeres y se adentró en los callejones de la Rambla sin un destino claro. Apenas podía controlar los latidos de su corazón, sobresaltado aún por la conversación con Guillem. Poco a poco, las piernas le respondían y sintió que debía acelerar el paso. No sabía en qué dirección, aunque sí estaba segura de que acabaría en la librería. Por nada del mundo quería volver sola al piso. Necesitaba compartir con alguien lo ocurrido. Y sin embargo... no, sabía que eso no era posible. Empezaba a darse cuenta de que la situación era mucho más peligrosa de lo que parecía. Si le contaba algo a alguien, no sólo corría peligro su propia vida, sino que también exponía a sus amigos. Una sensación de pánico se apoderó de ella. ¿Cómo iba a sobrellevar esa carga ella sola? ¿Hasta dónde llegarían los tentáculos de Guillem? Es más: aun en el caso de que decidiera compartirlo con Ignacio o con Armand, ¿serían capaces de mantener absoluto hermetismo? No tenía la más mínima intención de comprobarlo.

La verdad era apabullante: estaba sola.

Absolutamente sola.

Deambuló por el Barrio Chino hasta que le dolieron los pies. Hasta entonces no había reparado en que, poco a poco, el invierno iba quedando atrás. Las mañanas eran cada día más benevolentes y al mediodía el sol se hacía notar con intensidad. Empezaba a sudar. Se detuvo frente a una tienda de comestibles. Se acercó al escaparate, presidido por el omnipresente cartel de la CNT, y contempló sus estantes semivacíos. Junto a la puerta, dos hombres armados charlaban distraídamente.

—¿Necesitas algo, compañera? —preguntó el más alto de los dos.

A Emma le costó unos segundos entender que se dirigían a ella. Ambos hombres la escrutaban con auténtica curiosidad.

—No... gracias, no.

Por un instante, estuvo tentada de contarles lo ocurrido con Castellví. De pedirles ayuda para salir del país. Tal vez ellos podrían llevarla ante algún responsable, quien quiera que mandara en esa ciudad

caótica gobernada por poderes indefinidos, y contarles que uno de sus peces gordos la extorsionaba con amenazas. Fantaseó unos segundos con esa posibilidad, pero el sentido común acudió a su mente fatigada para frenarla.

¿Qué garantías tenía ella de que la influencia de Castellví no llegaba de alguna manera a esos hombres? La retendrían durante un rato, tal vez horas, mientras los hombres se pasaban de unos a otros la patata caliente. ¿Y si en ese circuito opaco de conexiones alguien decidía avisar al ingeniero? ¿Y si todos ellos compartían una misma estrategia y era ella, una pobre inglesa ingenua, la única que no había entendido aún su posición de sumisión? O peor aún: ¿y si la confundían a ella con una espía? Para Castellví sería fácil negar cualquier relación con esa mujer. O inventar una historia sobre la marcha. Y había oído toda clase de historias sobre el trato que se dispensaba a los sospechosos de espionaje. Quizá fueran una exageración, pero no parecía un buen plan. Después de todo, Barcelona estaba en guerra; no debía dejar que la aparente calma de la retaguardia la distrajera de esa evidencia.

—¿Seguro que no puedo ayudarla, señorita? —insistió el otro hombre, tratándola esta vez con la deferencia que a menudo reservaban para los extranjeros.

Emma agradeció la predisposición y reemprendió su camino. Estaba claro: nadie podía saber que Castellví la amenazaba. Y eso incluía a Armand y a Ignacio. Lo último que quería era ponerles también a ellos en peligro.

En pocos minutos se plantó ante la librería. Contempló la fachada, sucia y descuidada. Las letras en relieve de Llibres Palau se iban decolorando con la luz del sol, o tal vez de puro hastío. El escaparate parecía haberse contagiado de esa tensa espera que Emma percibía en el ambiente. Incluso se diría que los propios libros habían sido lanzados al azar: la filosofía de Platón eclipsaba unas memorias de Marx. Rosalía de Castro invadía, irreverente, el territorio de Quevedo ante la mirada complacida de Góngora. En la esquina, junto a los carteles de la CNT, un solitario tomo del Quijote pugnaba por la atención de algún visitante despistado.

Emma se decidió a entrar en el preciso instante en que Ignacio salía de la librería. Ambos se saludaron, sorprendidos. A ella no le pasó por alto que incluso en esas circunstancias se tomaba la molestia de ponerse un buen perfume. No era capaz de identificarlo, pero su

infalible olfato le decía que no era precisamente una fórmula barata.

—¿Estás segura de que quieres entrar? Hoy el minotauro está especialmente hambriento.

Emma tardó un par de segundos en reaccionar.

—Descuida. He traído el hilo para guiarme si fuera necesario.

Ignacio esbozó una sonrisa a medias. La agilidad de la británica no le sorprendía a esas alturas, pero su dominio del idioma, que contrastaba con su fuerte acento inglés, le seguía maravillando.

—Está un poco bebido.

Emma asintió. Le importaba poco si el librero andaba algo ebrio.

—Quiero decir —añadió Ignacio— que últimamente es así. Creo que Armand está perdiendo el control.

—Barcelona se hunde, Ignacio. La República se hunde, ¿no te das cuenta? Creo que Armand sí es consciente. Pensándolo bien, a lo mejor me uno a él.

Ignacio no respondió. Había que reconocer su habilidad para encontrar siempre la palabra oportuna. Y cuando lo acertado era callar, callaba sin más.

Se despidieron con un saludo escueto y Emma empujó la puerta de madera. La librería olía a cerrado. La silla de Armand frente al mostrador estaba vacía y sobre la mesa había decenas de libros esparcidos sin orden aparente. Con alcohol o sin, la paciencia de Armand estaba llegando al límite.

Se dirigió a la escalera y subió cautelosamente, peldaño a peldaño.

—¿Armand?

Nadie respondió.

Emma siguió subiendo hasta el piso superior. Armand ocupaba su butaca, dormido. Sobre la mesa reposaban algunos vasos sucios y un par de botellas de whisky barato. La tarima del suelo estaba pegajosa y hasta los libros olían a alcohol.

Tenía los brazos abatidos, cruzados caprichosamente el uno sobre el otro. La cabeza pendía, como un peso inerte, de su cuello rollizo.

Emma pensó que el conjunto parecía uno de esos cuadros cubistas que Picasso y Braque habían puesto de moda hacía unos pocos años.

Se acercó hasta él. Sostenía en las manos una vieja fotografía en la que aparecía un chico joven, apenas un niño. Emma la cogió con cuidado y la observó con atención. Era uno de esos retratos en que el protagonista aparece posando vestido para la ocasión. Tenía unas facciones suaves, el pelo humedecido y peinado a conciencia hacia atrás. La dejó sobre la mesa, asegurándose de que no se impregnara del whisky vertido.

—En esta librería no hay manera de que uno pueda estar tranquilo.

La voz de Armand sonó áspera, pero su articulación era impecable. Tal vez el librero no estuviera tan bebido como había pensado.

—Puedo irme si quieres...

—No, me vendrá bien algo de compañía. Además —trató de levantarse sin éxito—, no te pegan esos modales excesivos. Deja la diplomacia para esa sabandija de Ignacio.

—Esa sabandij... lo que sea que signifique esa palabra... te ha suministrado mucha bebida —se defendió Emma señalando con un ademán de la cabeza hacia las dos botellas de whisky.

Armand sonrió con desgana e hizo un nuevo intento de levantarse.

—Antes Ignacio me traía buen whisky. Me temo que eso ya no será posible. En fin, mejor que te sientes tú, creo que de momento estoy bien aquí.

Emma se dirigió a la mesa, examinó los vasos al trasluz y escogió el menos sucio. Se sirvió un dedo de whisky e hizo lo propio con el vaso de Armand.

—Tú sí que sabes tratar a un viejo librero —musitó él.

Emma se sentó en el suelo, arrellanada contra la pared. Echó un trago y tuvo que hacer serios esfuerzos para no escupirlo.

—Ya te he dicho que era un mal whisky.

Permanecieron en silencio dos larguísimos minutos.

—¿Un mal día, Armand?

El librero dio un breve sorbo y carraspeó. Pareció darse cuenta entonces de que no tenía en sus manos la fotografía del chico. Enseguida la vio sobre la mesa.

—Ojalá fuera sólo eso.

Emma asintió. Sabía que acabaría hablando cuando estuviera preparado. ¿Cómo decirle que ella también callaba cosas terribles, que sentía angustia por la vida de su marido y estaba aterrorizada por su propia situación en Barcelona?

—Era un castillo de naipes, Emma. Todos lo sabíamos.

—¿El qué?

—La República, amiga mía. La República —Armand se quitó las gafas y las limpió con un pliego de la camisa—. Nació como una criatura prematura, frágil. Sabíamos que bastaba un soplo para que cayera. Pero no pensé que ocurriría tan pronto. Creo que nunca estuvimos preparados. Tantos años de conflicto, de inestabilidad... La libertad no puede imponerse por decreto, hay que ganársela. Y la realidad es que nos vino grande. ¿Cómo iba a triunfar la República si para cada español significaba una cosa diferente?

Emma permanecía en silencio, decepcionada. Las elucubraciones de un anciano beodo no iban a cambiar su determinación. O al menos eso se repetía para sí, mientras cerraba los puños con fuerza para no interrumpir al librero.

—Pensarás —continuó Armand, sin tomarse la molestia de mirarla más que un segundo de reojo— que son los desvaríos de un pobre viejo. Quizá tengas razón. Pero tengo ojos en la cara. Llevamos ya más de seis meses de guerra, quién iba a decirlo al principio. Yo también me contagié de esa revolución, Emma. Soy un alma cándida. ¿Conoces esa expresión? Por supuesto que la conoces —prosiguió sin molestarse en escuchar la respuesta—. Tienes un don para las lenguas. Lástima que no seas capaz de ver lo que es evidente, porque entonces no tardarías ni un minuto en correr hacia ese piso que tan generosamente te ha cedido Ignacio y salir como un proyectil hacia la estación de tren rumbo a Francia. La frontera, Emma, la frontera es esa línea que separa la civilización de la barbarie. ¿O crees que porque algunos iluminados declamen en hermosos discursos toda esa muerte que nos acecha es más civilizada? No, amiga. Tú, Emma —apuró de un trago lo que le quedaba de whisky— sabes muy bien que tengo razón.

—Pero el pueblo tiene derecho a defender su libertad, Armand. Por

mucho que te enfurezca, no puedes perder de vista las cosas tal como son.

El librero contemplaba las vigas de madera del techo sin disimular una sonrisa socarrona. Emma a duras penas lograba contener su enojo. ¿De verdad ese viejo librero tozudo era tan obtuso como para perder la perspectiva de ese modo?

—El pueblo —repitió Armand con exagerada solemnidad—. La... ¡libertad! —gritó, levantando los brazos con tanta energía que produjo una fina lluvia de whisky alrededor de ambos—. Tremendas palabras, Emma. ¿Te importaría decirme, si eres tan amable, quién es el «pueblo» y quién no lo es? Esos millones de personas que cometieron el imperdonable error de nacer en las ciudades tomadas por los sublevados... ¿no son también «pueblo»? ¿No merecen también disfrutar de la libertad?

—No merecen llamarse «pueblo» si no luchan para defenderse.

Esta vez el librero estalló en una carcajada. A Emma le pareció una risa oscura y macabra. Armand se levantó trabajosamente de su butaca y dio unos pasos cortos, minúsculos, por la biblioteca. Se detuvo a leer los lomos de algunos libros. Se giró hacia Emma y la miró con atención. Se quitó las gafas y mordisqueó la patilla, pensativo. Se apoyó en un estante, como hacía días que Emma no le veía hacer. La luz oblicua de la lámpara convertía su cabello blanco en hilos de plata y proyectaba una sombra gigantesca sobre los libros. Emma se sintió súbitamente empequeñecida.

—La frontera entre la locura y la sabiduría es muy fina. ¿Quién puede distinguir una cosa de otra? Yo no. ¿Soy un sabio o un loco? O incluso... ¿un cobarde? Porque es eso lo que debes de estar pensando de mí.

Emma trató en vano de defenderse, pero Armand la disuadió con un sutil gesto de la mano.

—Verás —dijo, con un tono de voz mucho más comedido—. Es irrelevante que yo sea un loco, un sabio o un cobarde. No importa lo que tú pienses. Ni siquiera importa si esta guerra se decanta en una dirección o en otra. Cuando dos hermanos se han mirado a los ojos y se han jurado odio, la guerra ya está perdida. ¿Crees que si ganamos la guerra esto está solucionado? Claro que no lo crees. Tú no puedes creer eso porque dentro de esa privilegiada cabecita inglesa hay un cerebro que piensa y saca conclusiones.

—Esa clase de discurso derrotista es exactamente lo que les va bien a ellos.

—Dentro de unos meses, tú ya no estarás aquí. Si todo va bien, y deseo de corazón que así sea, tú y tu marido acabaréis entrando en razón y os largaréis de este cementerio que es España. Puede que lo recordéis con pasión en vuestras charlas de sobremesa con la familia, con vuestros amigos de la alta sociedad inglesa —Emma encajó con pretendida indiferencia el golpe bajo—. Os dirán que fuisteis unos valientes, unos aventureros. Y vosotros, con una copa en la mano, sonreiréis con la cabeza alta porque os sentiréis unos seres orgullosos de vuestros valores, de vuestras... —el librero se detuvo unos segundos a buscar la palabra adecuada— convicciones. Pero nosotros, quiero decir los que queden vivos, trataremos de levantarnos y de seguir adelante. Seguramente necesitaremos olvidar, sobrevivir, quizá mendigar. Dejaremos de mirarnos a los ojos por miedo, por vergüenza o por orgullo. Y dará igual quién haya ganado esta maldita guerra porque el mal ya estará hecho.

Ambos callaron. Permanecieron en silencio igual que al inicio, como si hubieran establecido un protocolo tácito sobre las fases de la conversación. Emma encogió las piernas como una adolescente y al final se levantó. Quería gritar. Nada deseaba más en aquel momento que contarle al librero su situación real, hacerle entender que su propia vida pendía de un hilo. Que el comentario sobre su vida aburguesada había estado fuera de lugar. Sin embargo, sentía a la vez ternura por ese pobre viejo, lúcido y cascarrabias, que se había propuesto acabar para siempre con el más mínimo atisbo de esperanza. Tal vez —se dijo Emma— porque de esa manera ya no tendría nada que perder.

Se acercó a él y arrastró una de las sillas hasta situarla a su lado. Se sentó, en silencio, y le cogió de la mano. Armand tardó unos segundos en reaccionar. Sus facciones se ablandaron y sus ojos brillaron por un momento. Finalmente apretó la mano de Emma.

XXXIV

Abandonó la librería con el corazón en un puño. Le dolía la cabeza y sentía unas ganas terribles de llorar. Por primera vez desde que llegó a Barcelona, maldijo el día en que accedió a acompañar a Henry. Pasó frente a una taberna mugrienta donde algunos hombres charlaban. Un fuerte olor a vino rancio la dejó aturdida. La frugalidad que había conocido en sus primeros días en Barcelona se estaba convirtiendo en miseria. Podía verse en los bares, pero sobre todo en las caras de los hombres, abatidos y frustrados, y de las mujeres, cuyos rostros exhaustos delataban el desánimo.

Se acercaba a las Ramblas cuando empezó a escuchar un escandaloso griterío. Eran voces femeninas las que gritaban. Aceleró el paso y comprobó que, como sospechaba, aquel altercado tenía que ver con el reparto de alimentos. Entre el gentío y el caos de la propia situación, le costaba entender lo que ocurría. Al parecer, se habían acabado los suministros de pan y se había iniciado una protesta. Una anciana vestida de negro había aprovechado la ocasión para robar unos trozos de pan a una mujer joven que llevaba a un niño pequeño de la mano. Cuando esta se dio cuenta, se abalanzó sobre la anciana y recibió la reprimenda de todo el grupo, que había malinterpretado la escena. Para colmo, el pequeño había quedado aislado y lloraba desconsoladamente mientras la multitud increpaba a su madre. Un par de hombres de la CNT trataban en vano de imponer orden. Uno de ellos, superado por la situación, disparó dos tiros al aire, pero eso no hizo sino alterar aún más a la masa.

Emma vigilaba desde la distancia al niño, que gritaba desorientado. Desde la lejanía, una motocicleta se acercaba al grupo a toda velocidad. El pequeño encontró un hueco y se acercó a la calzada de adoquines. Un tranvía, pintado de arriba abajo con los colores de la CNT, hizo sonar la campana. Emma temió lo peor: corrió hacia donde estaba el niño, que seguía avanzando hacia las ruedas del tranvía, y consiguió apartarlo con un violento agarrón. En cuestión de segundos se vio en el suelo, recuperando el aliento con el crío en brazos. Estaba tan asustado que durante unos segundos dejó de llorar.

La multitud se percató a duras penas de lo ocurrido. Un par de mujeres la auxiliaron y una tercera le quitó al niño de encima. Enseguida apareció la madre, que no conseguía mantener la calma ni

siquiera para darse cuenta de que su hijo había estado a punto de ser atropellado. Desde el suelo, Emma volvió a escuchar el rugido de la motocicleta. Esta vez se acercaba a ella. Y lo hacía a una velocidad excesiva. Se puso en pie rápidamente. La motocicleta irrumpió en mitad de la Rambla y se detuvo a escasos centímetros. El conductor, que ocultaba su cara con un casco y unas gafas de piloto, le entregó un sobre de color gris.

Emma no tuvo tiempo siquiera de pedir una explicación: el motorista se marchó a toda velocidad en dirección al puerto.

Las dos mujeres que la habían ayudado la miraron con atención. Emma leyó en sus miradas la curiosidad. Se alejó unos metros del gentío y se acercó a la acera. A pocos metros estaba la fuente Wallace, junto a la que había mantenido la conversación con Castellví. Abrió el sobre. Había una pequeña cuartilla con un mensaje escrito a mano. La caligrafía era excelente. La leyó.

Un sudor frío le recorrió el cuerpo.

XXXV

En un rincón de la taberna, Antoñito acariciaba con el ceño fruncido las cuerdas de su guitarra. Sus dedos se deslizaban con agilidad felina por los trastes del mástil. El segundo traste había quedado seriamente dañado por un golpe fortuito del tabernero, que zanjó la cuestión con un gruñido de disculpa. A Antoñito ese pequeño percance le alteraba el ánimo porque era evidente que los acordes no sonaban igual cuando pasaban por esa caja en particular, como le ocurría justo en aquel momento, mientras colocaba el dedo en cejilla para arrancarle a su sufrida guitarra un acorde de si menor.

—Maldita sea su estampa —susurró, enojado.

—Qué pasa, Antoñito —preguntó la Lola sin demasiado interés.

—Na, niña. El peaso animal del tabernero, que ya m'ha joío la guitarra.

La Lola levantó la cabeza y prestó atención a los acordes del fandango de Lucena que tanto le gustaba al guitarrista.

—Ooole —se arrancó, más por costumbre que por convicción.

—Pero qué ole, ni qué ole, Lola. ¡Que suena como un tranvía descarrilao!

—Pues a mí me suena como siempre.

Antoñito dejó de tocar.

—Además de miope, sorda. Estás acabá, Lola.

La Lola sonrió. Antoñito tenía razón: el acorde de si menor sonaba como un tranvía descarrilado. Peor: como una de esas carracas que conducían los de la CNT cuando les daba por hacer de vigilantes de la noche por las calles adoquinadas del Barrio Chino.

Antoñito dejó la guitarra apoyada contra un tonel. Estaba tan pegajoso que el clavijero quedó adherido literalmente a la madera. Hizo ver que no se daba cuenta.

—Te habrás enterao ya, niña.

—¿De qué?

—Del bombardeo.

La Lola se dejó caer sobre la butaca.

—Vivo en este mundo, Antoñito, mijo. En Sabadell y en Badalona.

—Y en Gramané.

—Dicen que ahí murió una mujé.

Antoñito asintió, circunspecto.

—Esto no me gusta ná.

—Cualquier día nos cae aquí una de esas bombas.

—No se atreverán, Lola. Esos moscardones llegan, tiran sus bombas y se esconden como conejos.

—Al tiempo, Antoñito. Al tiempo.

—Al menos la cosa mejora en el frente.

La Lola trataba infructuosamente de colocarse una peineta. Lo dejó por imposible; además, ya nunca venían turistas, qué más daba.

—¿En el de Aragón?

—No, en Guadalajara —Antoñito se levantó con parsimonia y le mostró un ejemplar arrugado y aceitoso de La Vanguardia—. Lee, niña.

—Que no veo, Antoñito, leñe. Lee tú.

Antoñito plantó el ejemplar sobre sus rodillas y leyó trabajosamente.

—«Continúa la heroica actuación de nuestros aviadores».

La noticia, publicada a toda página en la sección de Información Nacional, relataba con detalle la contienda entre los sublevados y el ejército republicano en el frente madrileño, el sector del Jarama y el de Guadalajara. «Más de cuatrocientas noventa bombas y doscientos mil cartuchos de ametralladora sobre las concentraciones fascistas»,

detallaba la noticia.

—Escucha esto, Lola —enfatizó el guitarrista—: «Todos los medios italianos de que disponen los facciosos fueron lanzados ayer contra nuestras líneas de Guadalajara. Sólo a fuerza de entusiasmo, las fuerzas leales a la República pudieron contener el impetuoso empuje fascista, hecho con toda suerte de material y de columnas motorizadas».

La Lola tenía la mirada perdida en algún punto indefinido entre los toneles pegajosos y el cartel de las milicias, que contra todo pronóstico resistía en la pared.

—No sé, Antoñito, hijo.

—¿Qué es lo que no sabes, niña?

—Está mu bien todo eso, los millones de balas que les hemos endosao entre pecho y esparda a los fascistas. Pero me suena a propaganda, tú sabes lo que digo.

—A cuento contao, Lola. A eso suena.

—Equiliquá.

Antoñito tomó de nuevo su guitarra y rasgó las cuerdas con sentimiento. Encadenó los primeros acordes de una tonadilla, maldiciendo entre dientes cada vez que sus dedos pisaban alguna de las cuerdas en el segundo traste.

—Ole, Antoñito, ole.

XXXVI

Emma llegó a casa exhausta. Las amenazas de Castellví, la conversación con Armand y, al final, la escena del niño... más el inquietante mensaje que le había entregado el motorista. Demasiadas emociones en un solo día. Por no hablar del desasosiego que le producía la falta de noticias concretas sobre el frente. Ni siquiera tenía claro que Henry estuviera sano y salvo. Todo eso pensaba mientras subía las escaleras. Sólo le faltaba encontrarse a su vecino fisgón para acabar de completar el día.

Pasó frente a la puerta de Román con todo el sigilo de que fue capaz, pero se detuvo. La melodía deliciosa de un violín traspasaba las paredes y ascendía por todos los rincones del edificio. Súbitamente el violín se detuvo, como si el músico se hubiera percatado de que una intrusa acechaba tras la puerta. Pero tras esa breve pausa, las notas volvieron a emerger y su cadencia armoniosa recorrió las barandillas, se aferró a las paredes y alcanzó el terrado del edificio. El fuerte contraste entre la belleza del violín y la sordidez que dominaba la ciudad emocionó a Emma, que a duras penas podía contener las lágrimas.

Continuó su camino y se plantó ante la puerta. Giró la llave en la cerradura y al momento cedió. Enseguida se sobresaltó: estaba segura de haber dado doble vuelta a la llave.

Instintivamente dio un paso atrás: en el piso había alguien. Podía oír con toda nitidez los pasos a lo largo del pasillo, acercándose poco a poco hasta la puerta donde ella se encontraba paralizada de miedo. Hizo un tremendo esfuerzo por reprimir un grito.

La figura de un hombre se dibujó en el recibidor, aún a oscuras. Él mismo encendió la luz:

—Hola, Emma.

Podía sentir los latidos del corazón golpeando con violencia en las sienes, el miedo paralizando sus piernas y bloqueando sus cuerdas vocales.

Hasta que reconoció a su interlocutor y logró articular a duras penas unas palabras.

—Menudo susto me has dado, Ignacio.

—Lo siento, debí avisarte, pero llevaba rato esperando y al ver que no llegabas, me he decidido a entrar.

Ignacio mantenía un tono neutro, exquisitamente moderado. Su mirada era tan firme como de costumbre, aunque envuelta ahora en la nube difusa de unas ojeras prominentes. A Emma le sorprendió darse cuenta de ese detalle justo en la penumbra del piso, con la única luz de un pequeño foco cenital.

—Estás en tu casa, no veo por qué deberías avisarme.

—Acordamos que no entraría sin tu permiso, de verdad que lo siento. Necesitaba recoger unas cosas con urgencia...

La puerta de la habitación privada estaba abierta. Emma podía verla desde la distancia, aunque estaba entornada y no lograba distinguir ningún objeto en el interior.

—¿Ya lo tienes todo?

Ambos digirieron la mirada a la maleta de mano que reposaba a dos metros escasos de Ignacio. Estaba cerrada y, al parecer, lista para transportar la secreta mercancía. En la mano derecha, sostenía una llave de color cobre. Ignacio la apretaba con tal fuerza que sus dedos índice y pulgar habían tomado un tono blanquecino.

—Sí, creo que lo tengo todo.

La pregunta que flotaba en el aire era tan evidente que hasta resultaba extraño no formularla. Pero ni Emma tuvo el arrojo de hacerla, ni Ignacio de adelantar una respuesta, o de aventurar una excusa. Ella agradeció esto último. Después de todo, Ignacio le había prestado su propio piso, con total confianza y sin condiciones. A excepción, claro, de la cláusula invisible: no preguntar por aquel espacio cerrado.

—¿Quieres que cierre yo la puerta de la habitación? —se atrevió a preguntar.

—No te molestes, yo me encargo.

Ignacio reaccionó como activado por un resorte y cerró la puerta de inmediato. Emma le siguió prudentemente, hasta colocarse justo a su espalda.

—Ignacio.

—Dime.

—La luz.

—¿Disculpa?

—Que has dejado la luz de la habitación encendida.

Ignacio la miró a los ojos. Sonrió, mostrando su dentadura perfecta y alineada, y entonces ella comprendió que siempre era así. Ignacio sudaba, buscando en vano las palabras adecuadas para conseguir su triple efecto habitual: convicción, confianza, seducción. Ninguno de esos atributos apareció entonces. La magia de Ignacio no surtía efecto ya y ambos podían palparlo con absoluta claridad.

—Voy al baño un momento —se excusó Emma, para alivio de Ignacio.

Cuando regresó, él estaba de pie junto a la ventana. Separó con ambas manos las cortinas y echó un vistazo a la calle: anochecía y en la ciudad todo parecía en calma.

—Parece que hoy no hay simulacro de bombardeo.

Como tema de conversación era verdaderamente malo, indigno de una persona ocurrente como Ignacio. Pero decidió seguirle el juego.

—Buena señal, ¿no crees?

—Ojalá. Me temo que no hay una relación muy científica entre simulacros y posibles ataques.

Emma se dejó caer en el sofá.

—¿No quieres sentarte?

Ignacio se sentó, visiblemente incómodo. Cruzó las piernas en una pose artificiosa y se recostó en el respaldo, tratando de aparentar cierta naturalidad. Vestía unos sencillos pantalones de pana y una camisa negra, impecablemente planchada, que Emma no le había visto hasta entonces. Pensó que el conjunto le favorecía. No cabía duda de que era un hombre apuesto, a pesar de esa aura de misterio que le envolvía. O precisamente por eso, no estaba muy segura. Ignacio alisaba los pliegos que se dibujaban en la pernera del pantalón. Eran la clase de detalles que delatan a una persona metódica. ¿Cómo se las arreglaba alguien así para sobrevivir en una ciudad de economía

precaria, que vivía bajo la amenaza constante de las bombas? Era el momento de los buscavidas, los oportunistas, los pícaros. Ignacio parecía más bien un tipo acostumbrado a los negocios de salón, a los tratos cocinados a fuego lento. Emma había tratado a docenas de ellos y conocía bien sus formas esmeradas, sus modales estudiados. Había tenido ocasión de aburrirse hasta la saciedad con sus soporíferas conversaciones, y precisamente por eso apreciaba la ingenua espontaneidad de Henry.

Disfrutó por un momento de la incomodidad de Ignacio. Lo imaginó haciendo gala de sus artes diplomáticas en los círculos más selectos de la Inglaterra conservadora. Pero podía verlo también negociando descuentos de último minuto con un estraperlista. Tras esa fachada de hombre educado y distante se escondía un camaleónico superviviente, de eso no le cabía duda.

Y ahí seguía, sentado como un extraño en el sofá de su propia casa y sin perder de vista su maleta.

Emma decidió que ya había tenido suficiente.

—Daría lo que fuera por una copa de vino.

El semblante de Ignacio se relajó.

—Eso es lo mejor que he escuchado hoy —dijo, y al instante se levantó del sofá.

—¿Adónde vas? Me temo que no tengo vino...

Ignacio sonrió, complaciente. Volvía a ser él.

—Veo que aún no has descubierto los mejores rincones de este piso —afirmó, dirigiéndose hacia la librería. Apartó con ambas manos una hilera de libros y los dejó cuidadosamente sobre la mesita de caoba del rincón. Tras ellos apareció una portezuela rectangular, de unos dos palmos de altura, coronada por un tirador dorado con forma de rombo. La abrió con pericia y aparecieron cuatro botellas de vino tinto, todas ellas sin etiquetar.

—Bienvenida a mi modesta bodega de emergencia. Me las regaló un antiguo cliente, un pequeño productor de Vilafranca. ¿Has estado? —Emma negó con la cabeza, sus conocimientos sobre Cataluña se limitaban principalmente a la ciudad de Barcelona—. Hay excelentes vinos en esa zona...

—Voy a por copas —le interrumpió Emma. No le apetecía asistir a una clase magistral de enología. No esa noche.

Se dirigió a la cocina y al cabo de un momento volvió al comedor, donde Ignacio le esperaba con el vino abierto y una amplia sonrisa. Sirvió las dos copas y brindaron. Ignacio tenía razón: el vino era excelente.

—Siempre me siento mal cuando disfruto de estos placeres.

—Y quién no —concedió Ignacio tras una breve pausa—. Pero vienen tiempos duros. Disfrutemos hoy que aún podemos.

—¿Crees que tenemos posibilidades?

Ignacio se encogió de hombros y se quedó pensativo con la mirada perdida en su copa de vino.

—No lo sé, Emma. No soy muy optimista —respondió al fin, mirándola esta vez a los ojos.

Ella asintió.

—Te agradezco la sinceridad.

—Madrid resiste y las noticias que llegan de Aragón no son malas. Pero llevamos meses así y ellos cuentan con más apoyos, más medios aéreos, un ejército de verdad.

—Nunca has creído en nuestras opciones, ¿verdad?

—En realidad, sí. Cuando todo esto empezó y vi al pueblo conteniendo a los sublevados a tiros, pensé que estábamos ante un golpe de estado fallido. Los anarquistas y sindicalistas, a tiro limpio contra soldados profesionales. ¡Y lograron pararlos! Yo no daba crédito. Estaba convencido de que habría unos días de desorden pero que todo volvería a la normalidad. Si habíamos contenido el primer ataque, lo más difícil estaba hecho. Eso es lo que pensé. Quizá llegarían detenciones, endurecimiento policial, incluso escarmientos... Siempre ha sido así en este país, y particularmente en esta ciudad. Pero empezaron a quemar iglesias, a fusilar a religiosos... pude ver el odio en sus ojos. El mismo odio que se desató en el otro lado: ¡los rojos! ¡De repente éramos el mismísimo diablo! Llegó el caos, en definitiva. Y de un día para otro, las reglas de siempre ya no valían para nada. Ya no había vuelta atrás.

—Pero tú nunca creíste.

—Dejé de creer el día en que el gobierno de Largo Caballero huyó de Madrid y se fue a Valencia.

—Conozco ese episodio. Pero es comprensible, el enemigo estaba cerca...

—Comprendo tu necesidad de justificarlo, Emma. Pero la realidad es que, en cuanto los sublevados se acercaron, el Gobierno en pleno huyó. Subieron a sus coches y pusieron tierra de por medio. ¿De verdad es eso lo que un pueblo espera de su gobierno? Por supuesto que no. Y por lo que a mí respecta, si ni siquiera los que toman las decisiones creen en la victoria... no hay más que hablar. Así que lo confieso: no soy optimista.

—Y si es así, ¿qué piensas hacer? Es fácil criticar a quienes huyen y mantenerse al margen de cualquier peligro.

Ignacio encajó el golpe con su habitual frialdad. Apuró la copa y se sirvió un poco más de vino. Emma aún tenía la copa llena: apenas había bebido un par de sorbos.

—¿Qué crees que debería hacer, Emma? ¿Qué sería éticamente —remarcó con sarcasmo esta última palabra— lo correcto? ¿Agarro un fusil y me uno a las milicias para pegar tiros en el frente?

Emma dio un generoso trago antes de responder.

—Reconoce que eso sería una diferencia notable.

—Lo sospechaba. De manera que, si hacemos un llamamiento a miles de hombres, muchos de ellos unos críos imberbes, y les enviamos al frente sin la más mínima garantía, sin ninguna formación militar y con armas que harían reír a un cazador de patos... ¿eso es lo correcto? El ardor patriótico está bien para animar a las tropas, pero no es un argumento serio. No para una persona que tenga dos dedos de frente.

—Y ese eres tú, ¿verdad? Un ser inteligente que está por encima de los demás.

Ignacio sonrió. Estaba en su salsa. Dejó que la pregunta quedara en suspenso unos segundos para que Emma pudiera beber un poco de su propio veneno.

—No, Emma. Esa eres tú. Analizas, juzgas y sentencias desde tu

cómoda torre de marfil. Yo no tengo madera de héroe, ni presumo de patriota si es lo que quieres decir. Pero tengo una cabeza sobre los hombros. Concédeme al menos el derecho a pensar de forma independiente.

Emma se sintió a la vez agredida y humillada. No podía más. El día había sido muy largo y ya no era capaz de aguantar más emociones. Ni siquiera se veía capaz de invitar a Ignacio a marcharse, teniendo en cuenta que ella ocupaba un piso de su propiedad. Sólo quería dormir.

Se le pasó por la cabeza una vez más la idea de contarle a Ignacio lo ocurrido con Castellví, aunque sólo fuera para devolverle la humillación. Le hubiera gustado ver su cara. Pero no: también ella sabía contenerse. Descartó la idea.

—Nunca vas a fundar ese periódico, ¿verdad? —preguntó, casi sin proponérselo. El vino la había ayudado con ese empujón comprometido que brinda el alcohol.

A Ignacio le sorprendió, esta vez sí, la pregunta de Emma. Sopesó la respuesta mientras se acariciaba el mentón.

—No, no voy a hacerlo —respondió escuetamente.

Emma asintió, agradecida por la claridad una vez más. Podía soportar la mentira, pero no el cinismo. Y si Ignacio se había sentido en la necesidad de mentirle una vez, al menos debía reconocer que tenía el valor de admitirlo mirándola a los ojos. Y lo más importante: sin excusas ni medias verdades.

Era el momento de preguntarle por la habitación. Y por esa maleta que reclamaba la atención de ambos, que estaba en la conversación mucho más presente que todas las palabras que pronunciaban. Porque las conversaciones —bien lo sabía Emma— se nutren de lo que se dice, pero también, o sobre todo, de lo que se elude. Aunque decidió que no. Que ya había tenido suficiente por esta vez, y que, después de todo, Ignacio tenía todo el derecho del mundo a mantener su intimidad. Y si fuera el caso, sus secretos.

Mientras se repetía esto para sí, una vocecilla interior le advertía que tal vez en esa habitación hubiera armas, o documentos secretos. Y que el comportamiento de Ignacio era cuanto menos extraño. Esa misma voz interior también le decía —aunque ella no quisiera escucharla— que nadie pone un piso del Ensanche a disposición de una extranjera a cambio de nada. Y mucho menos en una guerra.

—Tengo que irme.

La voz de Ignacio la devolvió a la realidad.

Dejaron las copas sobre la mesa, junto a la botella de vino a medio consumir.

Emma le acompañó al pasillo, donde él recuperó su maleta. La cogió por el asa y disimuló a duras penas el esfuerzo que le suponía levantarla.

—Gracias por el vino, ahora ya sé dónde lo guardas.

—Ya no tengo secretos para ti —respondió Ignacio.

Los dos sabían que eso no era verdad.

Emma cerró la puerta y se dejó caer una vez más en el sofá. Estaba muerta de sueño. Antes de caer rendida, echó mano del bolso y releyó la nota que le había entregado el motorista.

Pero ni siquiera eso la desveló: en cuestión de segundos, estaba profundamente dormida.

XXXVII

Sentado en una cafetería de la Gran Vía, Guillem Castellví se entretenía convirtiendo una servilleta de papel en algo parecido a una pajarita. En su época de estudiante en la Escuela de Ingenieros de Barcelona había sido un talento de la papiroflexia —desde luego, mucho más que de la ingeniería—. Cientos de horas de tertulia en las cafeterías no iban a convertirle en un gran ingeniero, pero sí le proporcionaron una completa visión de lo que se cocía en los corrillos de la futura burguesía catalana. La mayoría eran verdaderos botarates que asimilaban con más o menos acierto los contenidos de la carrera y algún día se limitarían a aplicarlos en alguna empresa, preferentemente la de papá. Había también algunas mentes inquietas, capaces de hacer preguntas inteligentes y de idear soluciones efectivas para problemas reales. Y por último quedaba una minoría de seres interesantes, creativos, inconformistas. Estos últimos eran los favoritos de Castellví. Sabía que él no era precisamente un cerebro privilegiado, pero tenía el don de la observación. Le interesaba la diferencia. El problema era que en una escuela como la de ingeniería no abundaban los sujetos extravagantes, así que empezó a dejarse caer por los bares que frecuentaban los estudiantes de Filosofía y Letras. Aquello era otra cosa: anarquistas, librepensadores, monárquicos, marxistas, dictadores en potencia, sindicalistas, poetas, dramaturgos e incluso algún que otro aspirante a terrorista, que en sus horas libres planeaba golpes contra el sistema.

Con unos y otros había compartido mesa, cigarrillo y alcohol, mucho alcohol. Pronto se convirtió en uno de los mejores dinamizadores de tertulias de la ciudad, y no era raro que se lo rifaran para organizar charlas, debates y sesiones políticas de toda índole.

Un poco por convicción y un poco por marcar la diferencia, se identificó con las tesis de Lenin y, tras la muerte de este, siguió con interés los movimientos ajedrecísticos entre Trotski y Stalin. A diferencia de la política española, sumida entonces en aburridos e infructuosos esfuerzos por imponer el orden y la unidad territorial, el ideario ruso le parecía un escenario atractivo, repleto de matices. Y con un aval insólito: la brutal revolución que había desbancado del poder a los zares.

Poco a poco su figura fue ganando peso: un estudiante de ingeniería

que se codeaba con los mejores oradores y que gozaba de auténticas dotes de liderazgo. Y lo mejor de todo: lo hacía de forma discreta. Raramente acaparaba los turnos de palabra, aunque siempre tenía alguna aportación que hacer. Su nombre no figuraba casi nunca en los carteles, pero todos sabían que allí estaba.

El nombre de Guillem Castellví llegó a oídos de los sindicatos y también de los partidos políticos. A ninguno de ellos los tomó muy en serio, consciente de lo efímero de sus propuestas. Hasta que un día recibió la llamada que le cambiaría la vida: la invitación de Andreu Nin a visitarle en Moscú. Nin era un reconocido activista de la CNT, posteriormente convertido al comunismo. En su entorno había oído hablar de ese brillante estudiante de ingeniería y quería conocerlo en persona. Castellví viajó a Moscú y conoció al famoso Nin, al que admiró durante un tiempo.

Su primera visita a Moscú vino seguida de otras muchas, y por último de una estancia prolongada de dos años en la que se integró en un programa de formación de contrainteligencia. Allí conoció los pormenores de la política soviética y se relacionó con los estamentos de la NKVD, la policía política. Desarrolló también su afición por el ajedrez, el juego de la anticipación por excelencia, en el que demostró aptitudes destacables. Era un juego de creciente prestigio en la URSS, que empezaba a contar con un elenco de maestros de renombre. Aún recordaba el día en que cometió el error de elogiar a Bogolyubov, a quien admiraba desde su etapa como estudiante. Sintió la mirada gélida de sus interlocutores y el gesto interrogativo con el que él respondió al incómodo silencio.

—Bogolyubov fue un traidor a la patria, camarada —le aclaró uno de sus compañeros en el grupo de formación de contrainteligencia.

Aquel día, Castellví había aprendido dos cosas: la conveniencia de una rápida disculpa y la necesidad de mantener la boca cerrada a no ser que resulte estrictamente necesario.

Mantuvo su relación con Nin. Cordial al principio, distante a medida que pasaban los meses. Para cuando las cosas se pusieron feas entre Trotski y Stalin, Nin tomó partido por Trotski. Ese fue el final de su relación, ambos lo sabían. Para entonces, Castellví ya había labrado su propio camino y se convirtió en uno de los grandes activos de la NKVD.

Cuando se desató el conflicto en España, el nombre de Castellví se situó rápidamente en los primeros lugares. Un tipo discreto, formado

como ingeniero, conocedor de la política rusa y que, además, era capaz de entender el idioma con solvencia. El candidato perfecto para controlar que las órdenes de Stalin y sus enviados se cumplieran con meticulosa eficiencia.

Ahora que Orlov, el último emisario de Stalin, andaba metiendo las narices en España, su trabajo se había vuelto más complicado. Al parecer, las ideas del POUM y sus consignas trotskistas no gustaban nada en Moscú. A Castellví, personalmente, los afiliados del POUM siempre le habían parecido unos pobres iluminados, tiernos defensores en España del ideario de Trotski. La mayoría no tenían ni idea de los lemas que coreaban. Pero, en cualquier caso, no le pagaban por opinar, sino por cumplir órdenes. Y las órdenes eran claras: identificar, controlar y cortar de raíz cualquier corriente que pusiera en peligro el poder de Stalin. Con ese cretino de Orlov por aquí, las cosas se ponían muy complicadas para el trotskismo, y por tanto para el POUM. Y esa pobre inglesa a la que le había tocado seguir de cerca lo tenía francamente mal. Suponía un inconveniente para él porque la joven le caía bien: tenía carácter y era inteligente. Si de él dependía, la chica saldría ilesa de España. Sólo tenía que demostrar que era digna de su compasión. Pero ¿quién era él para imponer sus designios?

Tras una larga espera, la vio salir del portal de la calle Aribau. Miró el reloj y comprobó que su ayudante estaba preparado en la ubicación pactada. Todo estaba en marcha y bajo control.

Antes de levantarse, contempló orgulloso el resultado de su espera: una pajarita más que digna.

XXXVIII

Había dormido nueve horas seguidas y desayunado un té y una rebanada de pan con aceite. Su estómago seguía cerrado y día a día comprobaba que iba perdiendo peso. Si seguía así, sus vestidos y pantalones empezarían a quedarle verdaderamente grandes. Emma se había levantado con la determinación de seguir adelante y, como decían en España, coger el toro por los cuernos. La opción de tirar la toalla era tentadora, pero no iba con su carácter.

Para empezar, visitaría la Casa Lenin, donde estaba el cuartel general del POUM y las oficinas del ILP. Si no recordaba mal, Eileen tenía buena relación con el representante John McNair y le echaba una mano con asuntos burocráticos. Se presentaría allí y preguntaría por ella. Por escasa que fuera la información que tenían del frente, al menos podría averiguar algo. También pasaría por el hotel Falcón: los milicianos que volvían esporádicamente con un permiso tendrían información de primera mano. Tal vez hasta consiguiera dar con alguien que conociera a Henry. No tenía ni idea de si era un buen plan, pero al menos era un plan.

Pero antes de eso, sabía que tendría que superar un escollo. Abrió de nuevo la nota manuscrita que le había entregado el motorista y la volvió a leer una vez más:

«Recibirás un encargo. En la biblioteca. Cúmplelo para no levantar sospechas.

Al salir, ve a la recepción y pregunta por Marina, es de los nuestros y te ayudará.

Ten mucho cuidado».

Dobló meticulosamente el mensaje y lo guardó en el bolso. No podía dejar de darle vueltas a una frase en particular: «Es de los nuestros». ¿Quién iba a ayudarla y por qué? ¿En qué guerra se había inmiscuido sin querer?

Antes de empezar a caminar, miró con discreción a izquierda y derecha.

Se respiraba cierta tranquilidad en las calles de Barcelona, con la excepción de unos cuantos taxis colectivizados, los habituales tranvías y algunos coches con banderas de la CNT y la FAI. Estos últimos le incomodaban especialmente, porque a menudo eran conducidos por exaltados que por primera vez en su vida disfrutaban de la experiencia de conducir un vehículo privado y necesitaban hacerse notar.

Justo antes de cruzar por la Gran Vía, se le acercó un chico, poco más que un niño.

—Señorita Emma, ¿verdad? —la abordó, ofreciéndole un sobre—. Esto es para usted.

Emma lo cogió y se arrepintió al momento. Ni siquiera tuvo tiempo de preguntar quién era, para quién trabajaba. El chico desapareció rápidamente.

Aunque esperaba algo similar, no podía dejar de sentir miedo. Le daba pánico abrir el sobre en medio de la calle. ¿Y si lo enviaba un enemigo de Castellví y los suyos?

Aceleró el paso y se dirigió a toda velocidad hacia la Casa Lenin. Mientras atravesaba la plaza de Cataluña, se tranquilizó. Se sentó en un banco, el más discreto que encontró, y lo abrió.

Era el encargo que había anunciado la nota del motorista. Leyó el mensaje, claro y sucinto: debía acudir esa misma mañana a la biblioteca del Ateneu Barcelonès y consultar el ejemplar de Luces de Bohemia. Allí encontraría instrucciones.

No cabía duda de que procedía de Castellví: esconder un mensaje en un ejemplar de ese libro en particular tenía su indiscutible sello de sarcasmo.

Prefería acabar con aquella pantomima lo antes posible. El Ateneu estaba muy cerca de la plaza de Cataluña. Se dirigió hacia allí con paso decidido. No tenía muy claro si era buena idea preguntar por la mencionada Marina, lo decidiría sobre la marcha.

En pocos minutos alcanzó la calle Canuda y se desvió a la izquierda. El Ateneu estaba alojado en el antiguo palacete de Savassona. Era un edificio majestuoso e imponente; uno de esos reductos culturales que bien podían compararse a los que Emma había visitado en Gran

Bretaña. Se accedía desde un espacioso patio cubierto, con elegantes formas neoclásicas, que sin embargo tenía un inconfundible aspecto medieval.

El eco de sus propios pasos la hizo sentirse pequeña, y aunque las paredes estaban repletas de carteles y pasquines revolucionarios, el edificio no podía esconder su carácter exclusivo.

Subió las escaleras de piedra que conducían al piso superior y llegó a la biblioteca. Era un espacio descomunal, con las paredes cubiertas de refinadas vitrinas de madera y cristal. En el techo lucían frescos con pinturas clásicas, enmarcadas por relieves artísticos y formas decorativas de todo tipo. En el centro había mesas de madera con planos oblicuos, a modo de escritorio, todas ellas dispuestas en hilera. Era sencillamente imposible avanzar sin dejar de mirar en todas direcciones. Cada metro, cada centímetro de aquella biblioteca única, había sido estudiado y decorado, formando un conjunto coherente y singular.

Pensó que ni siquiera la biblioteca de Armand, con su autenticidad y originalidad, podía hacerle sombra a la belleza de aquel maravilloso espacio. Sólo lamentaba haber tenido que visitarlo en aquellas circunstancias.

Recorrió los estantes buscando la sección de literatura española. No tardó en localizar las obras de Valle-Inclán y, finalmente, un ejemplar de Luces de bohemia. Había varios, pero uno de ellos sobresalía sobre los demás. Emma lo tomó y, como esperaba, entre sus páginas halló un mensaje. Estaba escrito a máquina en letras mayúsculas.

ENTRA EN LA HABITACIÓN.

INFORME EN 72 HORAS.

Sabía exactamente a qué habitación se refería el mensaje. ¿Cómo diantre podían saber de su existencia? ¿Conocían el piso de Ignacio? ¿Acaso era, como había imaginado, un arsenal de armamento? ¿O quizá un archivo secreto de los sublevados? Emma trataba de pensar con rapidez. No cabía duda de que había sido obligada a intervenir en una partida entre dos frentes, pero con la dificultad añadida de que no conocía a ninguno de los jugadores —con la excepción de Castellví— y tampoco las reglas. En definitiva, no tenía ni idea de si estaba

ayudando al amigo o al enemigo. Peor aún: ni siquiera tenía claro que en aquella lucha extraña de espías, milicianos y partidos hubiera lugar para los amigos.

—Compañera.

Una voz femenina, discreta pero firme, la devolvió a la realidad. Se giró e instintivamente escondió el ejemplar de Luces de bohemia, con la mala fortuna de que el mensaje cayó al suelo y se deslizó unos metros hasta caer justo a los pies de la bibliotecaria.

—Disculpa —se excusó, como si hubiera algo por lo que tuviera que pedir perdón.

La mujer, una joven de poco más de veinticinco o treinta años, ocultaba unos brillantes ojos marrones tras sus gafas voluminosas, lo que la hacía parecer algunos años mayor. Recogió con calma la nota que había caído del libro y se la entregó a Emma. A esta no se le escapó que la había leído de reojo.

—Yo también uso cualquier papel como punto de libro —dijo la bibliotecaria, dibujando una amplia sonrisa.

Llevaba un colgante discreto con un pequeño medallón. Tal vez escondería una fotografía en miniatura de un novio que combatía en el frente. ¿Sería esa chica la Marina a la que aludía la nota? «Uno de los nuestros», se repetía Emma como un mantra… ¿de quiénes? No le costaba nada preguntarle si era ella. En el peor de los casos, la chica se sorprendería de que conociera su nombre y ella inventaría cualquier excusa. Y quizá fuera una buena ayuda después de todo.

Por otra parte, ¿y si la nota del motorista fuera en realidad una estratagema de Castellví para ponerla a prueba? Desde luego era una idea retorcida, pero ¿acaso no lo era también Castellví?

No podía arriesgar.

—No es mío —respondió al fin—, estaba dentro de este libro y se ha caído al abrirlo.

La leyó en voz alta con exagerada dicción y volvió a colocarla dentro del ejemplar.

—La gente usa puntos de libro muy raros —añadió, ensayando una sonrisa que le costó dios y ayuda articular.

—Desde luego —concedió la chica, examinándola con atención—. Si necesitas algo, estaré por aquí, entre los estantes.

Ni una sola pregunta sobre su acento; ni una mención a su procedencia. Ni un guiño entre compañeras. ¿Cuántas mujeres extranjeras entraban en una biblioteca a buscar un libro en la sección de literatura española cuando en la calle no podía conseguirse ni una miserable barra de pan?

No: su instinto no le fallaba. Quizá estuviera equivocada, pero esa situación no era normal.

Recorrió rápidamente el pasillo de la biblioteca en dirección a la salida. Justo antes de salir, se giró.

La bibliotecaria la observaba con atención.

16 de marzo de 1937

Una vez más, el viento había desplazado las piedras que sujetaban los cartones del tejado. Manuel dormía siempre como un bendito, pero esa mañana se despertó contrariado por la enésima filtración de aire gélido. Además, el relente humedecía el cartón y este acababa goteando dentro de la barraca, más concretamente a los pies de su cama. Durante casi todo el invierno habían tenido unas señoras tablas de madera claveteadas sobre las vigas. El mismo Manuel las había conseguido tras camelarse a un fabricante para que le cediera las mermas. Aquella mejora fue un salto de calidad importante en sus vidas, pero duró poco: a principios de marzo, aprovechando que todos habían salido a trabajar, alguien se las llevó. Había sido un robo planeado y concienzudo, porque suponía desclavar, levantar y transportar doce tablones de madera, con la detestable colaboración de alguna barraca vecina. Aquel episodio le tuvo de mal humor durante unos días y provisionalmente lo había solucionado con cartones recogidos en la puerta de varios comercios. Él, que soñaba con tener algún día un tejado de cemento y unas tejas de arcilla, se veía ahora humillado con un precario techo repleto de agujeros. Pero lo había aprovechado para engatusar a su hermana pequeña, a quien había convencido de que los orificios de la casa tenían el mismo encanto que los cráteres de la luna. Cuando ella replicaba que la luna al menos tenía brillo, Manuel respondía que ya le gustaría a la luna brillar como lo hacían sus ojos. La pequeña nunca lo tomaba en serio, pero de vez en cuando repetía su queja para que su hermano mayor le volviera a regalar los oídos.

Aquella mañana, Manuel tenía el cuerpo aterido. Nada que no hubiera pasado con anterioridad. Al menos le quedaba la esperanza de ganar esa maldita guerra y que las cosas cambiaran para ellos. Limpiar botas estaba bien, pero no quería pasar toda la vida en una triste barraca del Somorrostro. Su plan era formarse como mozo en una empresa de artes gráficas, negocio próspero y con futuro a juzgar por la enorme cantidad de publicaciones que aparecían cada año.

Por el momento, su reto más inmediato era conseguir cuatro perras

para comprar algo de comer y hacerse con nuevos tablones de madera que le permitieran acabar con los cráteres de la superficie lunar de su barraca.

Aún faltaban unos minutos para las siete de la mañana; demasiado temprano para empezar a trabajar. Ni siquiera había amanecido, aunque la línea del horizonte empezaba a teñirse de naranja. Se plantó de espaldas a la barraca, con los brazos cruzados y la gorra calada hasta las orejas. Contempló la montaña de Montjuïc, con su peculiar silueta escarpada.

Y entonces lo vio: un objeto que se precipitaba desde el cielo a toda velocidad y caía, como lanzado con rabia por un demonio invisible, en algún punto indeterminado de la Barceloneta. Y luego otro, y otro, y una larga y dolorosa lluvia de fuego que hacía saltar en pedazos edificios, vehículos y carruajes, salpicando con metralla y adoquines las calles del barrio obrero del Poble Sec.

Cuando las sirenas despertaron al resto de familias que dormían en las barracas, Manuel ya había tenido tiempo de comprender el alcance de lo que estaba sucediendo. Y supo con toda certeza que aquel iba a ser el primero de muchos ataques aéreos; la puerta de entrada al mismísimo infierno.

El despertador sonó a las seis en punto, como cada día, pero Francisco ya llevaba media hora larga despierto. A punto de cumplir los setenta, su rutina matinal empezaba con una primera evaluación de los daños habituales —artrosis, dolor articular, hernia discal, la maldita vejiga y un reumatismo acentuado desde que, a los treinta y seis años, había recibido en un hombro la brutal coz de un mulo en su Granada natal —. Se levantó de la cama con una mueca de dolor y se dirigió a la cocina con cuidado de no despertar a su hija, que compartía cama con el yerno y con los dos pequeños. A su mujer, Amalia, la había perdido cinco años atrás: se la había llevado una rara enfermedad de la sangre. Al menos ella no había tenido que asistir a esa horrible guerra. De ella sólo le quedaba una fotografía arrugada que besaba cada mañana y una pena infinita que le pesaba en el corazón.

Pasó por la cocina y puso un cazo con agua a hervir. La noche había sido fría y húmeda, más de lo que ya era habitual en aquel piso raquítico de la Barceloneta en el que las paredes se mimetizaban con la lluvia y donde uno se acostumbraba a oír silbar el viento.

¿Cuántas veces le había pedido su difunta Amalia que hiciera el favor de tapar las rendijas? Los niños iban a coger un día una pulmonía, repetía día sí y día también. Pero él era un torpe conductor de tranvías que, por lo demás, no destacaba por sus habilidades con las tareas manuales.

—Mañana mismo las tapo, Amalia —dijo en voz alta mientras el agua rompía a hervir—. Sintió a su espalda el reproche de su mujer, tal vez porque esa misma promesa la había hecho ya la semana pasada, y creía recordar que también la anterior.

Vertió unos pocos gramos de café en el cazo y lo removió sin prisas. Le costaba creer que muchas cafeterías siguieran abiertas como si nada ocurriera. En la de los almacenes Jorba servían cubiertos a 4 pesetas. «Servicio esmerado, todo confort», decían los anuncios. Lo repitió a media voz, indignado.

—¿A ti te parece normal, Amalia?

Un compañero le había dicho que en los mercados el kilo de café de Costa Rica andaba por encima de las quince pesetas. Con eso le daba para dos o tres docenas de huevos, claro que estos últimos eran difíciles de encontrar.

Las cosas habían cambiado y de qué manera desde el inicio de la guerra, y no siempre para mal. Él había sido el primero en aplaudir la decisión del Comité de Control Obrero de suprimir el desorbitado salario del director de Metros, Tranvías y Autobuses, que cobraba sesenta mil pesetas por cada una de las tres empresas —beneficios aparte—. Gracias a esa clase de correcciones, su propio sueldo mejoró. Pero los acontecimientos se iban sucediendo y la vida —bien lo sabía Francisco— ya no tenía mucho que ver con los salarios. Si algo había aprendido a lo largo de su azarosa existencia era que cada jornada amanecía incierta.

Se tomó el café aguado y se llevó una manzana para ir comiendo de camino al trabajo. Cada vez estaban más caras, pero seguían siendo igual de buenas.

Antes de salir por la puerta, el más pequeño de sus nietos se levantó de la cama y fue a despedirlo.

—¿Ya te vas, abuelo?

—Sí, ve despertando a tu padre, y le dices de mi parte que es un gandul.

El pequeño corrió divertido a cumplir con el encargo de su abuelo.

Francisco salió por la puerta y se dispuso a bajar los tres tramos de escalera. Recordó, mientras maldecía sus articulaciones, que no se había despedido de Amalia.

—Bueno, bueno —se excusó—, a cambio voy a tapar las rendijas de una vez por todas. De mañana no pasa.

Salió a la calle. Iba a dar el primer mordisco a su manzana cuando un extraño silbido irrumpió en el cielo de la Barceloneta.

Ni siquiera tuvo tiempo de entender lo que estaba ocurriendo: la primera bomba cayó a pocos metros y se lo llevó por delante.

Eran las 6:45 y el sol aún no había salido.

Las alarmas despertaron a la ciudad con su inquietante eficacia. Miles de familias corrieron, muchos aún en pijama, a guarecerse en alguno de los refugios habilitados para esa fatídica ocasión. Nadie veía los aviones, así que pensaron en un nuevo ataque procedente del puerto. Aún no sabían que los bombardeaban desde tres mil metros de altitud. Poco a poco entendieron lo que ocurría. El terror, la famosa amenaza latente, aquello para lo cual llevaban meses preparándose, era una realidad: el primer bombardeo aéreo sobre Barcelona estaba teniendo lugar.

Armand se despertó con el sobresalto de las alarmas y el estruendo de las bombas, que sonaban amenazadoramente próximas. Saltó de la cama y sintió temblar las paredes, como un pequeño terremoto. Corrió hacia la escalera, bajó a toda prisa y, cuando ya estaba en la puerta, se dio cuenta de que había olvidado los zapatos. Deshizo el camino y subió los escalones de dos en dos. Apenas podía respirar y el corazón le latía con fuerza. Qué ridiculez: volver a por los zapatos cuando su vida misma estaba en peligro. ¿Así que la muerte era también absurda? ¿Uno podía morir por no hacer el ridículo corriendo por la calle sin zapatos?

De repente, sin más, se sentó en la butaca. Miró alrededor: aquellos libros polvorientos eran todo cuanto tenía. No, no iba a ir al refugio. Si tenía que morir sepultado por las vigas y el cemento, así sería.

Emma despertó con un sudor frío y un mal augurio: soñaba que Henry saltaba, embravecido, de su trinchera. El primero de todos. Quería demostrar que su valor estaba fuera de toda duda, que su amor incondicional por la democracia era genuino. No podía quedar ni un ápice de duda. Las instrucciones eran claras: al toque de silbato, todos saldrían de la trinchera, fusil en mano, y avanzarían contra las filas enemigas. Necesitaban tomar una posición estratégica en lo alto de un cerro. El silbato sonaba y Henry cumplía con las órdenes como un soldado disciplinado, pero pronto se daba cuenta de que había sido el único. Los demás lo miraban expectantes desde la trinchera, agazapados para no recibir un tiro. Henry no sabía qué hacer: retroceder y volver con sus compañeros, seguir avanzando hacia una muerte valerosa o detenerse en medio del campo de batalla. Seguía avanzando mientras trataba de decidirse, pero el silbato sonaba tan fuerte que no podía pensar.

Emma tardó unos segundos en darse cuenta de que todo había sido una pesadilla. Y de que aquel silbato que en el sueño sonaba ininterrumpidamente era en realidad una sirena, una alarma de ataque aéreo.

Saltó de la cama y se precipitó hacia la ventana. Por supuesto, sabía que no era eso lo que tenía que hacer, pero necesitaba asegurarse de que no era un simulacro. Por las calles, la gente corría asustada en dirección al refugio más próximo. Miró el reloj: ni siquiera eran las siete de la mañana.

—Malditos fascistas —murmuró, paladeando cada sílaba en español. Ella misma se sorprendió de usar la expresión.

Cogió el abrigo que había dejado tirado en el sofá y se lo puso directamente sobre el camisón. Ya habría tiempo de vestirse… o no. Corrió con zancadas torpes hacia la puerta y salió al rellano. Oyó unos pasos en el piso inferior: era Román, que la miraba con una sonrisa socarrona sin intención aparente de acudir a algún lugar seguro.

—¿No vas al refugio? —le preguntó él, sin perder la compostura.

Emma no se molestó en responder.

Una idea fugaz la asaltó en aquel momento.

Mientras las sirenas seguían sonando, recuperó la calma, caminó con paso firme hacia la habitación reservada de Ignacio y la contempló,

inmóvil. Se echó un metro hacia atrás y la embistió con toda su fuerza. La puerta no cedió. Volvió de nuevo y le pareció que el marco de madera había crujido. El tremendo golpe le había dejado el hombro dolorido. Recordó la conversación con Castellví, sus amenazas, las lágrimas de Eileen. Incluso el sueño de esa misma noche. Llena de ira, se abalanzó sobre la puerta con el mismo hombro y, esta vez sí, la puerta cedió.

En el interior, todo estaba a oscuras. Encendió la luz y una bombilla desnuda iluminó la estancia.

Emma comprendió. Se sentó en el suelo, extenuada.

En el otro extremo del pasillo, bajo el dintel de la puerta que había dejado abierta, Román la observaba atentamente con la misma sonrisa sarcástica.

En la calle, las alarmas antiaéreas seguían sonando.

XL

Henry se dirigía a toda prisa al pozo de tiro: habían llegado periódicos y esperaba poder leer alguna información más o menos fidedigna sobre la situación en Barcelona. Al parecer, Nico había acaparado los ejemplares para echar un vistazo mientras hacía la guardia. Menudo centinela, masculló para sí mientras avanzaba con determinación por la trinchera zigzagueante.

Cuando alcanzó su destino, encontró a Nico agazapado bajo el parapeto de sacos. Instintivamente, Henry se agachó: le sacaba al menos una cabeza y no le apetecía poner a prueba una vez más la puntería del enemigo.

—¿Han disparado? —preguntó.

Nico negó con la cabeza.

—¿Entonces?

Henry se percató de que su compañero tenía los ojos humedecidos. En realidad, sollozaba como un niño. Junto a él, en el suelo, había un ejemplar de Solidaridad Obrera arrugado.

«LA AVIACIÓN FASCISTA DESCARGÓ AYER SU METRALLA SOBRE BARCELONA», titulaba con gran despliegue el periódico.

En Alcubierre todos sabían que Barcelona había sido bombardeada y, quien más quien menos, había tragado saliva temiéndose lo peor. Pero poco a poco iban aprendiendo que la incertidumbre formaba parte de las nuevas reglas del juego. Henry leyó las primeras líneas. «Siete muertos, treinta y cuatro heridos y unos hogares humildes derrumbados, son los objetivos conseguidos por los piratas del aire».

—Vamos, Nico, no puedes desanimarte por esto. Es lo que ellos quieren.

Nico tardó algunos segundos en recomponerse.

—Léelo, Henry: las bombas cayeron en el Poble Sec. Allí vive mi madre, y mi novia.

Henry ojeó de nuevo el diario.

—Pero aquí aparece también la lista de muertos. ¿Están sus nombres? —preguntó, compungido.

—No. Pero hay varios de mis vecinos. Y no sé nada de mi familia. Esta guerra es una mierda.

Henry se sentó junto a Nico. Ambos tenían un aspecto pésimo: las botas destrozadas, los pantalones remendados, los abrigos raídos.

—Sí que lo es, Nico.

—Y mientras tanto, nosotros aquí, dejando pasar las horas sin hacer nada aparte de pasar frío —de repente, se levantó enérgicamente y se encaramó sobre una roca, exponiendo su cabeza por encima de la barrera de sacos—. ¡Aquí estoy, fascistas! ¡Disparad, hijos de puta!

Un impacto de bala se estrelló contra una roca cercana. Henry agarró a Nico de la cintura y tiró de él.

—¡Estás loco! ¿Quieres que te maten?

—¡Al menos así pasaría algo! —Nico lloraba sin dejar de gritar.

En cuestión de segundos, un pequeño grupo de milicianos se plantó en el pozo de tiro, que hacía las veces de puesto de vigilancia.

Ninguno de ellos se atrevió a reprenderle.

XLI

Castellví llevaba más de veinte minutos plantado frente a aquello. Como ingeniero, sabía que esas cosas ocurrían, pero también que las probabilidades de que sucedan son realmente bajas: cuando tiras una bomba desde tres mil metros de altura, estalla. Y punto. Esa era su opinión hasta que el día anterior, horas después del bombardeo, le dijeron que en la Barceloneta habían encontrado un obús incrustado en el suelo. Y allí estaba, ante sus narices: una bomba de unos 60 centímetros de altura y 30 de radio, que había agujereado los adoquines con la facilidad con que un adulto pisa un castillo de arena en la playa. ¿Cuánto debía de pesar ese armatoste? Calculó que no menos de sesenta kilos. En la parte inferior había una espoleta de cobre atornillada con un saliente discreto, de unos 10 centímetros.

Había llegado justo a tiempo: tras largos debates y después de acordonar precariamente el perímetro, unos operarios se disponían a retirarla. Castellví no recordaba tanta expectación con un proyectil desde que el anarquista Santiago Salvador había lanzado sus mortíferas bombas Orsini en el anfiteatro del Liceo. Aquel suceso había conmocionado a la ciudad a finales del siglo XIX: que alguien pudiera atentar contra la burguesía en su santuario sagrado era algo inaudito y desató el pánico durante meses. Castellví lo había vivido siendo poco más que un crío, y sin embargo podía recordar con detalle el terror que las bombas Orsini inspiraron en el imaginario de las clases más pudientes.

Qué lejos quedaban aquellos años.

El bombardeo le cogió desprevenido, como a todos. Ni siquiera se había levantado aún de la cama. Había tenido la sangre fría de cerrar la espita del gas, como recomendaban los manuales antibombardeo de la Generalitat, y acto seguido había corrido hacia el refugio más cercano.

Allí tuvo tiempo de pensar. Aunque el ataque había durado poco más de quince minutos, fueron suficientes para reflexionar. Se dio cuenta de que era el principio. De que, tras ese primer bombardeo, vendrían muchos más. Los cazas republicanos saldrían a buscarlos, pero ¿qué importaba eso? Si podían venir del mar, tal vez desde las Baleares, y sobrevolar la ciudad planeando silenciosamente a más de tres mil

metros, la amenaza iba a cernirse siempre, a no ser que se dispusiera un sistema decente de baterías antiaéreas. Eso no había ocurrido aún, y aunque estaba seguro de que ese ataque cambiaría las cosas, su primera sensación fue de desprotección.

Lo segundo que pensó fue que las reglas habían cambiado. Una población amenazada de muerte ya no temería a la autoridad, a no ser que esta se mostrara aún más disuasoria que la propia amenaza. Por el momento, no veía que nadie estuviera por la labor. El Comité Central de Milicias Antifascistas carecía de una estructura sólida mínimamente profesional y su criterio era a menudo arbitrario. Su duelo permanente con el propio gobierno de la Generalitat lo convertía en un órgano débil. Por no hablar de las patrullas de control revolucionarias. En teoría, un reciente decreto había abolido el poder de estas últimas para ceder protagonismo a la Guardia de Asalto y otros cuerpos, pero la realidad era que los patrulleros seguían haciendo sus rondas y sobre sus hombros colgaban los mismos fusiles.

La tercera cosa en la que pensó fue su propio pellejo. ¿Estaba jugando bien sus cartas? Se consideraba un hombre de convicciones firmes y creía en el potencial de la República. Pero estaba claro que esta, sin la ayuda de la URSS, no iba a poder con un enemigo tan poderoso como Franco, que contaba ya con el apoyo explícito de alemanes e italianos, entre otros. De hecho, estaba seguro de que ese mismo ataque había sido perpetrado por aviones de una de estas dos potencias. Si los sublevados acababan haciéndose con el poder, podía afirmar con razonable certeza que era hombre muerto.

Todo, en definitiva, le conducía a una misma conclusión: su misión no podía fallar. Siempre había pensado que era una pieza más en el engranaje de la lucha contra el fascismo, pero ahora se daba cuenta de que su papel era clave. La URSS no se tomaría en serio la guerra si los molestos trotskistas seguían haciendo la guerra por su cuenta. Y si la URSS no se tomaba esto en serio, era mejor para todos que empezaran a deponer las armas.

Lo primero era neutralizar al POUM. Alrededor de esas siglas ridículas se articulaba una red de ratas dispuestas a traicionar a la República. Así se lo habían trasladado y así quería creerlo él también. Esa mujer, Emma, era la llave que necesitaba. Debía ser implacable con ella, pero también hábil: era una mujer de carácter y podía ser imprevisible incluso para ella misma.

Durante las horas posteriores al bombardeo, Castellví siguió con interés las noticias. El pulso de la ciudad estaba cambiando. A medida

que pasaban las horas, el goteo de muertes crecía: dos, tres, cuatro... hasta nueve muertos y decenas de heridos. Entre ellos había una pequeña de nueve años, una cría que había logrado escapar de la masacre de Málaga y que ahora hallaba en Barcelona su cruel destino.

El hecho de que las bombas hubieran caído indiscriminadamente sobre dos barrios obreros como el Poble Sec y la Barceloneta había encendido a la ciudad.

Y ahora la ciudad exhibía indignación, rabia y orgullo.

XLII

Por primera vez desde que tenía uso de razón, Emma se santiguó al pasar frente a una iglesia. Se lo había visto hacer a una gitana y el gesto había quedado grabado en su memoria. Frente a la maltrecha fachada de la iglesia de Belén, una parte irracional de su cerebro la invitó a repetir ese gesto. Quizá porque ya no creía en nada y eso se acercaba bastante a creer en todo.

Estaba segura de que Armand estaría bien, pero quería quedarse tranquila. Se sentía culpable por no haber pasado a verlo el día anterior, pero las gestiones para comunicar a Henry que se encontraba sana y salva habían resultado mucho más complicadas de lo que suponía. Por otra parte, había necesitado recuperarse anímicamente y lo hizo sola, en casa, tumbada en la cama hasta caer rendida.

Le había pedido al dios en el que no creía una sola cosa: no tener que encontrarse con Ignacio en la librería.

En cuanto llegó a su destino, supo al instante que algo había cambiado.

La puerta estaba abierta. Emma entró con cautela y echó un rápido vistazo a su alrededor: toda la planta estaba ocupada por decenas de pilas de libros sin criterio aparente. Algunas estaban ordenadas metódicamente, con los libros más voluminosos en la base y los más ligeros en la cumbre. Otras pilas, en cambio, se sostenían en un precario equilibrio, con pequeños libritos de poemas en la parte inferior de la columna y tomos enciclopédicos en la superior. Emma sorteó como pudo las pirámides y se dirigió a la escalera que daba al piso de arriba. Cada uno de los escalones alojaba al menos una pila de libros.

Superó la trampilla que daba acceso a la biblioteca y se sintió sobrecogida. Al menos tres docenas de pirámides de libros ocupaban casi por completo la estancia. En el centro, Armand, sudando y en mangas de camisa, vaciaba las estanterías con denuedo como si le fuera la vida en ello. Ni siquiera reparó en la presencia de Emma hasta pasados unos minutos.

—Armand, ¿estás bien? —murmuró Emma, atónita.

No se molestó en levantar la vista de las pilas de libros. Seguía trajinando ejemplares y clasificándolos en algún orden críptico que sólo él podía imaginar. Murmuraba entre dientes esgrimiendo razonamientos, leyendo citas, declamando pasajes enteros.

—¿Verne o Salgari?

—Pero, Armand...

—No puedo llevarme a los dos, escoge uno.

—Verne.

Armand levantó la vista por primera vez, con el ceño fruncido.

—Los ingleses no tenéis corazón.

Continuó con su demencial tarea sin detenerse un segundo más. La mitad de las estanterías estaban vacías o semivacías. Quedaban los tomos más gruesos, las enciclopedias y los tratados médico-científicos. Tampoco los atlas y libros de geografía parecían haber sido seleccionados para esa extraña misión que Armand encomendaba a los elegidos. El librero corría de un estante a otro, sopesaba sin dejar de musitar y se dirigía alternativamente a una u otra columna.

Emma lo observaba con un sentimiento de rabia y pena. ¿Dónde pretendía llevar todos esos libros?

—Sé lo que estás pensando —le dijo entonces, sin abandonar su particular baile por la biblioteca.

—¿Que has enloquecido? Sí, lo pienso.

Armand se detuvo, por fin. Buscó en vano un hueco en el suelo donde descansar y se decidió por un improvisado banco de tomos encuadernados en piel.

—Son tratados de comercio —dijo señalando los libros que sostenían sus posaderas—. Creo que, dadas las circunstancias, hacen el mejor servicio posible.

Emma sonrió, agradecida por la pausa y el sentido del humor de Armand.

—¿Vas a cerrar la librería?

—¿Cerrar? —repitió, enarcando una ceja—. No tengo la más mínima

intención. Pretendo salvar los libros imprescindibles. Cuando caigan las bombas sobre este edificio, sólo me quedarán los libros y, como ves, no puedo llevármelos todos.

—¿Adónde vas a llevarlos?

—Un vecino de la calle tiene un refugio en su propia casa. Me permite llevarle unas cuantas cajas.

—Así que esto es algo así como el arca de Noé.

—Yo no lo hubiera resumido mejor. Con la ventaja de que no necesariamente tienen que entrar por parejas.

—¿Y cuál es el criterio? Por lo poco que he visto, tu metodología de selección parece bastante mejorable.

—¿Bromeas? Estoy confrontando a todos los autores que han sido contemporáneos entre sí: es pura dialéctica. Verne o Salgari, Verdaguer o Caterina Albert, Tolstoi o Chéjov... Son duelos dolorosos, pero así están las cosas; sólo puede quedar uno.

—Interesante —concedió Emma, sentándose con agilidad en un hueco diminuto—. ¿Contra quién competirá Oscar Wilde, si puede saberse?

Armand se atusó el bigote, pensativo.

—Contra Flaubert, por ejemplo. Dos defensores de causas perdidas. Me parece justo.

—¿Y las hermanas Brönte? ¿Compiten entre sí o son un equipo?

El librero se puso las manos en los riñones, los tenía doloridos de tanto cargar tomos.

—Como te he dicho, los ingleses no tenéis corazón.

Incluso con los libros esparcidos azarosamente, la biblioteca conservaba su característica identidad. No había espacio para la luz natural: podría parecer un inconveniente, pero en realidad suponía una gran ventaja, porque entre libros no existía mañana, ni tarde, ni noche. Las convenciones humanas no servían de nada entre aquellas paredes. La luz de la lámpara, que parecía encendida desde el principio de los tiempos, iluminaba parcialmente las pilas de libros más altas y mantenía al resto en la penumbra. A su lado, los pequeños libros de poemas parecían casitas acomplejadas por vigorosos

rascacielos. En la esquina opuesta descansaban algunos libros de Charles Dickens, Edgar Allan Poe y Arthur Conan Doyle.

—Ojalá pudieras ver con mis ojos lo que estás haciendo, Armand.

El librero se encogió de hombros.

—Los libros son mi vida. No estoy seguro de si eso es algo deprimente o digno de elogio, pero así es. No sé cuántos años me quedan, tal vez no muchos —no dejó que Emma le interrumpiera en este punto—. Yo jamás he escrito una página que valga la pena, pero todos estos libros, en conjunto, son mi obra. Y no pienso dejar que un maldito obús lo eche todo a perder.

Emma asintió con convicción. Hacía semanas que no escuchaba algo tan cuerdo: ni más ni menos que dar sentido a una vida.

—Lo peor es que entre tanto libro no sé dónde carajo he metido el whisky.

—Mejor.

—A mi edad, Emma, ya no necesito una madre que me cuide. Además, esa fea costumbre de compadecerse de los viejos es impropia de una defensora de las libertades como tú.

Un repentino ataque de tos le impidió continuar. Por lo demás, no era difícil identificar el sarcasmo provocador de Armand, siempre dispuesto para el combate.

—Tienes razón.

—Claro que la tengo —añadió el librero, recuperándose aún del ataque de tos—. Deberías escucharme más a menudo.

—Lo haría, si tú quisieras contarme...

Se hizo un largo silencio. Armand revisaba distraídamente algunos de los libros que habían quedado esparcidos por el suelo. Sobre uno de los estantes vacíos, un reloj encajado en un recuadro de madera marcaba el paso de los minutos.

—Tuve un hijo, Emma —Armand escupió aquella frase como si se la hubieran tenido que extirpar desde algún lugar recóndito de su alma. Se detuvo unos segundos, sopesando si estaba dispuesto a compartir su historia con aquella joven idealista inglesa—. Ahora me parece que

fue en otra vida y a veces hasta me convenzo de que lo soñé. Me despierto a medianoche porque le oigo llamarme con la voz quebrada y llena de pena. Y cuando ya estoy despierto, cuando ya sé que no volveré a dormirme, me pregunto si fue real. Me obligo a plantearme si aquella vida existió realmente. Le quise tanto que nunca más he podido volver a pronunciar su nombre, ni lo haré hasta el día mismo que me muera. Pero lo perdí.

—¿Es el chico de la foto? —preguntó Emma, señalando hacia la butaca donde el otro día había encontrado a Armand adormilado.

Él no respondió. Pasó un largo rato antes de que continuara.

—Fue una bala. Una maldita bala perdida en un enfrentamiento que nada tenía que ver con él. Una reyerta entre pistoleros de la patronal y de los sindicatos. Una de tantas... Su único error fue bajar del tranvía en el momento exacto en que esa bala silbaba en dirección a un pecho que no era el suyo, para provocar la muerte a otro ser. Hubiera cambiado todo para una familia que no debía ser la nuestra. Pero ese segundo de más, esos centímetros a la izquierda, o a la derecha... Tal vez si no hubiera sido tan educado y hubiera bajado del tranvía antes que aquella mujer. Creemos que somos importantes y un día nos damos cuenta de que nuestra existencia depende de una casualidad, de un centímetro, de un miserable instante.

Parecía que, mimetizado con el relato del librero, el reloj de madera tuviera el poder de ralentizar el tiempo, de acentuar cada segundo.

—Ya han pasado diecisiete años —prosiguió—. Mi hijo tendría ahora treinta y ocho años; a lo mejor estaría ahora aquí, explicándote cómo funciona una buena librería. Quién sabe. Era un chico brillante y despierto. Sentía curiosidad por la vida. Todavía hablo con él, ¿sabes? Mientras subo y bajo escaleras, cuando empiezo un nuevo libro, cuando aparece por aquí un cliente peculiar. Le hablé de ti, sin ir más lejos. «Menuda mujer interesante», le dije. «Una inglesa que habla español mejor que tú». Eso le dije. «Un poco testaruda, pero interesante».

—¿Y te contestó?

Armand rehuyó responder a la pregunta.

—No estoy loco, si es lo que quieres saber. Él está muerto y yo lo echo de menos, eso es todo. Así son las cosas —la voz le tembló por primera vez—. Desde entonces, la vida dejó de interesarme.

—Pero tienes tu librería... —replicó Emma.

—Tonterías. La muerte es inconformista. Cuando un hijo muere, no sólo se lo lleva a él: también se encarga de extender un manto de miseria sobre todo aquello que alcanza. Tus ilusiones, tus convicciones, tu futuro. Todo se vuelve negro hasta desaparecer. Y cuando está segura de que se ha llevado todo eso, te arranca el corazón de forma lenta y dolorosa, para que nunca más tengas la tentación de ser feliz. Únicamente te queda el deseo de que se te lleve a ti también. Al menos ella —añadió, en un susurro— lo consiguió.

—¿Te refieres a tu mujer?

El librero asintió, cabizbajo.

—Primero nos separamos. No soportábamos ni siquiera nuestra propia presencia. Yo intenté refugiarme en la librería y ella me acusó de egoísta.

—Pero...

—Tenía razón. Lo fui. Fui tremendamente egoísta. Sólo pensaba en mí y en mi supervivencia. Enfermó al cabo de poco tiempo. Y murió. Cuando la enterré, ni siquiera me quedaban lágrimas para ella.

El relato de Armand cesó, sin más. Se levantó apoyándose sobre las rodillas y se sostuvo con la ayuda de las estanterías. Una vez en pie, contempló las hileras de libros y se frotó los ojos con un gesto de agotamiento.

—Ahora sería un momento perfecto para tomar un whisky —proclamó el librero con tono quejumbroso. Eran poco más de las once de la mañana, pero Emma no se atrevió a poner ninguna objeción—. Ese memo de Ignacio nunca aparece cuando de verdad se le necesita. A saber en qué anda metido ahora ese empresario de pacotilla.

Emma se mordió la lengua. Se concentró en apartar algunas de las pilas de libros que impedían el paso y ayudó al librero a recorrer el camino hacia la puerta.

—La verdad es que ya hace días que no le veo —reflexionó Armand mientras trataba de mantener el equilibrio en la escalera de mano—. ¿Tú le has visto?

—No —respondió lacónicamente mientras le seguía y cerraba la trampilla sobre su cabeza. Dio un pequeño salto hasta el descansillo y

se topó frente a frente con Armand. Este la miró con curiosidad y se dirigió al tramo de escaleras. En cuanto a llegó a la planta inferior, se sentó tras el escritorio y plantó las palmas de las manos sobre la mesa.

—Claro —dijo tras unos segundos.

—¿Claro?

—Quiero decir —se acarició el bigote distraídamente— que ahora lo entiendo. Déjame que lo adivine: habéis discutido. No se habrá propasado contigo ese pedazo de...

—Armand —la interrupción de Emma, y su inesperada firmeza, sorprendieron al librero, que abandonó su escritorio y se dirigió hacia ella. La miró a los ojos con determinación.

—No sé si quiero saberlo, Emma.

—Ignacio es un sucio traidor.

Armand se quitó las lentes, que hasta el momento descansaban sobre la punta de su nariz en precario equilibrio.

—¿Quieres decir... que pasa información a los fascistas?

—Peor aún. Ignacio traiciona a los suyos por pura avaricia. Entré en su habitación privada, que estaba cerrada a cal y canto.

—¿Y cómo...?

—La tiré abajo, sin más. Pero eso da igual. Estaba repleta de comida: decenas, cientos de kilos de reservas de legumbres, café, harina, azúcar, hasta chocolate. ¡Incluso había varias docenas de huevos! Seguro que trafica con ellos a diario. Debe de venderlos a mafias de desalmados que se aprovechan de la escasez, familias que se mueren de hambre, niños que pasan con lo justo para no enfermar. ¡Qué tonta he sido, Armand! Me dejó el piso como pretexto. La pobre mujer de un miliciano no levanta sospechas, una extranjera despistada que no se entera de nada. ¡Y tuvo el cinismo de decir que iba a montar un periódico para informar al pueblo! Un traidor, Armand. Eso es Ignacio: un maldito traidor sin escrúpulos.

Armand escuchaba atentamente, aunque sin alterar demasiado el gesto. Se giró sobre sí mismo y volvió a sentarse en su silla tras el escritorio.

—¿Lo sabías? —Emma lo interpeló con inesperada dureza.

—No, por supuesto que no. Pero tampoco puedo decir que me sorprenda. ¿Has hablado con él?

—No hay mucho que hablar: es un miserable.

—Lo es —concedió Armand tras un instante.

—¿Entonces?

—No sé qué decirte: sigue siendo Ignacio. Siempre me ha tratado bien. Es lo más parecido que tengo a un amigo.

—En esta ciudad no hay amigos, Armand. Tú deberías saberlo.

Armand encajó con estoicismo el golpe bajo. Estaba cansado. Exhausto. Se dejó caer sobre la silla de trabajo como un peso muerto. Retomó mecánicamente su tarea de selección y trató de distraerse leyendo algunos párrafos al azar. En todo momento sentía la mirada escrutadora de Emma.

—¿Vas a dejar de analizarme? Es realmente molesto.

—Las respuestas que buscas no están en esos libros —replicó ella, encendida.

El librero depositó sobre la mesa el ejemplar que sostenía en las manos, una novela de Unamuno, y se quitó las lentes para mirarla a los ojos.

—No pienso juzgar a Ignacio. Tampoco a ti, hagas lo que hagas. Si lo que esperas de mí es complicidad para denunciarle, ya puedes marcharte por donde has venido.

Las palabras de Armand golpearon a Emma, que sintió cómo su coraza se hacía añicos. Dejó caer ambos brazos, abatida, y apoyó la espalda en la viga de madera. Trató de impedir que le cambiara el rictus, pero una lágrima furtiva escapó de su control y en apenas unos segundos se desató un tímido y lento llanto silencioso.

El librero permaneció inmóvil, incapaz de consolarla. Finalmente se decidió a acercarse. Le puso una mano en la espalda y le ofreció su pañuelo. Emma lo abrazó y él la correspondió. Se dio cuenta de que no recordaba cuándo era la última vez que alguien le había abrazado.

—No puedo aguantar más —dijo ella entre sollozos—. Tengo que

contártelo.

Armand se detuvo en seco. No estaba seguro de haber oído bien.

—¿Cuántas piedras cargas tú sola ahí dentro, niña?

Necesitó unos minutos para recuperar la compostura. Se secó las lágrimas y se limpió la cara. Agradecía haber renunciado a la pintura de ojos desde su segundo día en la ciudad.

—Me están siguiendo, Armand.

—¿Siguiendo? ¿Quiénes? ¿Los de la FAI? En realidad, no creo que...

—Espías, Armand.

El librero no acababa de comprender.

—¿Cómo que espías? ¿sublevados de Franco?

—Ojalá —reflexionó Emma—. Así al menos serían fáciles de denunciar. Creo que son los rusos.

—¡Y dale con los rusos! ¿Pero de qué me estás hablando, Emma?

—¿Recuerdas a aquel ingeniero del que te hablé?

—¿El de la fábrica Elizalde?

—Ese mismo. Castellví. Me amenazó.

—¿Qué quiere decir que...?

—Es un espía, Armand. Me pidió que trabajara a su servicio y le dije que desconfiaba. ¿Cómo podía yo estar segura de que no era un agente fascista infiltrado? Además, yo no soy una espía.

—¿Y qué te dijo él?

—Fue muy sutil. Ni siquiera perdía su sonrisa. Me dijo que no quería tener que llevarse una decepción conmigo. Y me pidió que controlara a Ignacio. Ahora ya sé por qué.

—¿Ignacio, controlado por un espía ruso? —Armand jugueteaba con los extremos de su bigote—. Eso no tiene ningún sentido.

—Pues ya me dirás tú.

El librero dio un breve rodeo entre las pilas de libros, pensativo.

—Si de verdad son los rusos, Emma, te aseguro que Ignacio les importa un carajo. En cambio... en cambio, Henry y sus amigos del POUM... se rumorea que no hay entendimiento entre los comunistas. Stalin, Trotsky... todos quieren el poder.

—¿Y qué tiene que ver eso con la guerra de España?

—Mucho, me temo. El mundo entero está mirando hacia este rinconcito nuestro, la trastienda de Europa. Si los trotskistas del POUM ganan poder, podrían acabar debilitando a Stalin.

—¿Y qué puedo aportarles yo?

Armand reflexionaba con la mirada perdida y ambas manos sobre el escritorio.

—Información de primera mano, claro. Henry está metido hasta las trancas, y tú te mueves muy bien entre ellos. Además, no levantas sospechas, eres la infiltrada perfecta. Tiene sentido —añadió, acariciándose la barbilla.

—¿Y para qué me pidieron que averiguara lo que hay en la habitación de Ignacio?

Armand se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. ¿Una prueba?

—¿Te refieres a una prueba de fidelidad o algo así?

—¿Por qué no? Querrán saber si eres de fiar. Si vale la pena seguir invirtiendo su tiempo contigo.

—¿Y si creen que les he fallado?

Armand se cruzó de brazos, dubitativo. En el rincón opuesto de la planta baja, una pila de libros perdió su precario equilibrio y cayó. El impacto de los tomos desmoronándose desordenadamente hizo caer la torre contigua, y esta a su vez hizo caer otra. Y así fueron cayendo todas las pirámides de libros apilados. El librero contempló el derrumbe impertérrito.

—Yo, por si acaso, no lo probaría, Emma.

XLIII

—Escucha esto, Tataret.

El respeto a las jerarquías no había sido nunca uno de los puntos fuertes del ejército republicano, y mucho menos de las milicias que lo integraban. En el caso del POUM, jerarquía era poco más que una palabra hueca, sin ningún significado concreto, especialmente si se trataba de un cabo. Henry sostenía el periódico mientras Tataret, siempre paciente, prestaba atención.

—Primero... socialización de la gran industria y del transporte. Segundo, nacionalización de la banca. Tercero, municipalización de la vivienda. Cuarto... ¡escucha esto, Tataret! Formación de un ejército controlado por la clase trabajadora...

Concha, acompañada de una pequeña cuadrilla de soldados aburridos, contemplaba la escena. A ella había empezado a crecerle el pelo, pero seguía lo suficientemente corto como para lograr su objetivo: poner a raya a los piojos.

—¿Qué está leyendo? ¿su carta a los Reyes Magos?

—Algo así: es el programa del Comité Central del POUM.

—... ¡Sexto! —proseguía Henry—. ¡Escuchad todos! Ofensiva inmediata en el frente de Aragón.

Una discreta ovación procedente de la trinchera evidenció lo que todos sabían: cualquier acontecimiento, por insignificante que este fuera, merecía la atención de la tropa. Y un inglés leyendo a voz en grito el diario, incluso si leía el programa revolucionario del POUM, lo era.

—¡Viva la re... la re... re... revolución! —gritó Tataret, levantando por primera vez en su corta carrera militar un aplauso generalizado.

—¿Y de los sueldos? —preguntó Concha, intrigada—. ¿De los sueldos de los obreros no dice nada?

—Ahí voy, compañera. Escucha: «Séptima, ¡reducción de los grandes sueldos!».

—¡Tataret, se te ha acabado el chollo! —gritó alguien desde un lugar inconcreto.

Una nueva ovación, acompañada de risas y alguna que otra blasfemia, acabaron de despertar a los que trataban de conciliar el sueño.

—Ca... ca... ¡callaos ya! —Tataret sabía de sus limitaciones, pero cuando había que dar una orden, le ponía empeño y se había ganado algo parecido al respeto. Nadie daría un duro por él en caso de que el cabo tuviera que dirigir una escaramuza peligrosa, pero el aburrimiento era tan acentuado que incluso en ese supuesto, podría tener ciertas posibilidades de éxito.

—Monopolio del comercio exterior —prosiguió Henry, ahora ya leyendo en voz baja, sólo para sí mismo—; creación de una potente industria de guerra socializada y rigurosamente centralizada, nacionalización de la tierra, entregándola en usufructo a los que la trabajan y concediéndoles los créditos necesarios...

Dejó de leer, dobló el periódico por la mitad y lo dejó caer sobre la roca.

Tataret se acercó con discreción hasta Henry. Este le sacaba al menos dos cabezas, así que el cabo acostumbraba a subirse con disimulo a alguna piedra cada vez que tenía que hablar con él. Esta vez, en cambio, ni siquiera se tomó esa molestia y Henry podía apreciar con todo detalle la coronilla incipiente del cabo.

—Te... te... ¿tenemos que preocuparnos?

Henry se encogió de hombros. Sinceramente, no tenía ni la menor idea. Que el POUM era un partido revolucionario lo sabían todos antes de alistarse. Por lo demás, la mayoría querían ir a la guerra a defender la República y les daba lo mismo hacerlo con el POUM que con cualquier otra milicia. Sobre todo, ahora que el POUM estaba bajo sospecha.

—Dicen por ahí que somos unos tra... tra...

—Traidores —masculló Henry, enojado ante la sola idea de que alguien pudiera considerarlos como tales. La mera acusación resultaba tan demencial que no era capaz de entender cómo alguien podía creer esa patraña.

—Eso.

—Tataret, si tú y yo somos traidores, que nos meta un balazo ahora mismo uno de esos fascistas que se esconden como ratas en esa colina.

—Ti... ti... tienen muy mala puntería, Henry.

—Pues eso.

Tataret asintió, convencido sólo a medias, y se retiró.

—Henry, ya que no lees, al menos pásame un cigarrillo.

La voz de Concha sonó como una orden.

Henry echó un vistazo a su pitillera y levantó una ceja.

—Como mañana no llegue un nuevo suministro de tabaco, aquí se va a armar una buena.

Lanzó un cigarro a Concha con pericia y logró que alcanzara su destino.

—Vas mejorando el tiro —reconoció ella.

—Ya que no disparamos balas, al menos que sepamos lanzar cigarrillos.

XLIV

La habitación privada de Ignacio seguía abierta. Emma la había dejado así con la esperanza de que este pasara furtivamente a retirar mercancía y se diera cuenta de que su miserable secreto ya no lo era. Pero todo parecía estar tal como lo había dejado por la mañana.

Había sido un día agotador para ella, una vez más. Tras la larga charla con Armand en la librería, había aprovechado para dar un paseo por el puerto y tratar de ordenar sus ideas.

Había tomado la decisión de no denunciar a Ignacio. Por reprobable que le pareciera su negocio, ella misma se había beneficiado de una situación privilegiada. Además, sólo el hecho de pensar que podía perjudicar indirectamente a Armand ya era suficiente como para quitarse la idea de la cabeza.

Luego había pasado por el Hotel Continental y por la Casa Lenin. Si, como sospechaba, Castellví o alguno de sus colaboradores la estaba siguiendo, era bueno que la vieran activa. Aprovechó, como siempre, para preguntar por posibles novedades en el frente de Aragón. Nada que destacar, como venía siendo habitual, con la excepción de alguna baja fortuita y alguna deserción del enemigo. En la Casa Lenin, hizo una visita fugaz a Eileen. Desde que conocía la naturaleza de su relación con Castellví, era más comprensiva con ella. Le hubiera gustado tener una charla amistosa y decirle que comprendía su angustia, que ella se encontraba en la misma tesitura y que se avergonzaba de haberla juzgado por su affaire, o lo que quiera que hubiera ocurrido entre ellos dos.

Pero nada de todo ello era posible porque contarle la verdad a Eileen supondría, sencillamente, una temeridad. Si las cosas eran como ella las imaginaba, Castellví había tratado de conseguir unos objetivos con Eileen y se había dado cuenta de que ya no podía seguir avanzando más. Ella misma era el recambio de Eileen, una nueva vía que querían explorar para conseguir más información y con mayor rapidez.

Quizá por eso mismo, su encuentro había sido frío y distante. Eileen se había limitado a tratarla con cordialidad y a invitarla a un té. La conversación había durado unos pocos minutos y se había centrado en comentar el bombardeo de días atrás, la atrocidad de la amenaza

aérea y la angustia constante en que vivía desde entonces toda la población.

Ya en casa, se distrajo pensando en la peculiar selección de libros que trataba de llevar a cabo Armand. Seguía llevando en el bolso su ejemplar de Luces de bohemia, como una especie de amuleto que le proporcionaba la suerte o los buenos augurios que por sí sola no era capaz de conseguir. Le había parecido un libro triste y a la vez le había dejado un regusto amargo. ¿Qué hubiera dicho Max Estrella de una España como la que ella pisaba en esos momentos? Trató de imaginar al personaje deambulando entre los estantes de la librería Palau, debatiendo sobre el sentido del bien colectivo, sobre el ideal de patria, sobre esa guerra fratricida que enfrentaba a familias y amigos. Acarició sus páginas, impresas en un papel de generoso gramaje y tacto rugoso, y se dijo que Max era en realidad un personaje contradictorio. Lo imaginaba defendiendo a capa y espada la causa republicana, e incluso las posiciones más beligerantes como las del POUM, los anarquistas de la CNT, las patrullas revolucionarias… el poder del pueblo, en definitiva. Pero pensó también en esa otra faceta del personaje, la del amigo de un ministro, la del que se considera a sí mismo un artista digno de elogio y respeto. Y entonces pudo imaginarlo despotricando del Comité Central de Milicias, los atropellos de las checas, las arbitrariedades de los políticos de la Generalitat... por no hablar de la opinión que a Max Estrella le hubiera merecido la huida del gobierno republicano a Valencia. Qué fácil era crear personajes bellos, dibujados con el relieve de las contradicciones, y qué difícil era aceptar a las personas de carne y hueso que exhibían esos mismos matices, esos mismos miedos y, desde luego, esas odiosas incoherencias.

Miró el reloj: eran casi las nueve de la noche. Tenía un hambre canina y la abastecida despensa de Ignacio estaba abierta de par en par, pero no tenía intención de consumir uno solo de esos alimentos. No descartaba, en cambio, ir cogiendo algunos productos para llevarlos a familias necesitadas.

Se dispuso a ir a dormir cuando sonó el timbre. Sintió un espanto inmediato.

Se descalzó para que no pudieran oír el ruido de sus pisadas y miró por la mirilla.

¿Manuel?

Emma abrió la puerta y lo hizo pasar rápidamente.

—¿Qué haces tú aquí a estas horas?

Ni siquiera recordaba haberle proporcionado su dirección exacta en ningún momento, pero ahora eso le parecía una preocupación menor. Manuel sudaba profusamente y hacía esfuerzos por recuperar el aliento; sin duda había subido las escaleras a toda prisa. Se había quitado la gorra —una señal de respeto que conservaba por su instinto servicial de limpiabotas— y la miraba con un gesto de apremio, visiblemente nervioso. En la mano derecha llevaba su caja de trabajo, todavía pintada con los colores rojo y negro de la CNT.

—Estás en peligro, Emma —logró decir al fin, con la respiración entrecortada.

«A buenas horas me avisas», pensó Emma. Pero ya había tenido ocasión de comprobar el carácter nervioso del chico, así que le invitó a mantener la calma. Recordó su aparición en la fábrica Elizalde, sus formas bruscas y su torpe manera de avisarla de que Castellví era un tipo peligroso. La realidad le había dado la razón: lo era. Pero aquella primera aparición había sido un error y tal vez esta también lo fuera.

—¿Me hablas de Castellví? —preguntó Emma, llevándolo del brazo hacia el comedor. Lo último que necesitaba era tener al fisgón de su vecino con la oreja pegada a la puerta.

—Él es sólo un peón, Emma. Esto va mucho más allá. Son los rusos. Van a por vosotros.

Emma hizo un esfuerzo por desgranar cada una de las advertencias que salían a borbotones de la boca del mozo. Se dio un par de segundos para respirar hondo. Obligó al chico a sentarse en el sofá.

—¿Quiénes somos «nosotros», Manuel? No entiendo nada de lo que dices.

El chico no acababa de calmarse. Gesticulaba con impaciencia y miraba hacia la puerta con preocupación, como si en cualquier momento hubiera de irrumpir en el piso un batallón de infantería.

—No tengo mucho tiempo, me están vigilando. Seguro que me han seguido hasta aquí.

—Cálmate. Empecemos por el principio. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás aquí?

—Me han amenazado. Llevan tiempo siguiéndome, a mí y a todos los

que te hemos tratado, estoy seguro. La Lola ya me avisó: son ellos, los rusos. Tienen espías por todas partes en Barcelona. Esta es su guerra, Emma, quieren mantener el control.

Emma tragó saliva. Sus esfuerzos por tranquilizar al limpiabotas no podían esconder que ella misma se sentía aterrada. Por supuesto que la observaban, eso lo sabía bien. Tenía claro lo que querían de ella. Pero ni siquiera podía estar segura de si eran los rusos quienes estaban tras esa red extrañamente eficaz que no le quitaba ojo de encima.

—¿Cómo te han amenazado? No estarás exagerando...

Manuel pareció calmarse, por fin. Suspiró, con un gesto de resignación, y le mostró su caja de trabajo. La abrió por uno de los dos extremos y al instante emergió un hedor insoportable. Emma se tapó instintivamente la nariz con la mano y reprimió un grito de horror. En el interior de la caja de trabajo de Manuel, junto al betún y las gamuzas que usaba para lustrar los zapatos de sus clientes, había una cabeza de gato clavada salvajemente. En el interior de la tapa, habían dejado una nota escrita con lo que parecía la sangre del animal:

ALÉJATE DE ELLA.

Emma se levantó de un salto.

—Ciérrala, por Dios.

Manuel obedeció y se levantó también. Se caló la gorra y se dirigió en silencio hasta la puerta.

—Espera, Manuel, no te vayas.

—Ya lo has visto, Emma. Esta gente va en serio.

—Pero ¿quiénes somos «nosotros»?

Manuel dejó por un momento la caja de trabajo en el suelo —Emma no pudo evitar seguirla con la mirada, todavía horrorizada—. Se limpió con la manga la mancha de betún que cubría su mano izquierda.

—Yo sólo soy un humilde limpiabotas. Lo único que sé es que los rusos no se llevan muy bien entre ellos.

—Has dicho que Castellví es sólo un peón. ¿Quién hay detrás?

—No estoy seguro. Escucho lo que se dice y saco mis conclusiones. Se habla de un tal Camarada Pedro que, según parece, controla el PSUC. No es su nombre real, tengo entendido que es húngaro. Pero sé que es un tipo siniestro y que manda mucho en la NKVD, la policía secreta de los soviéticos.

—¿Camarada Pedro? ¿Y es el jefe?

—No lo creo. Son muchos. Todos hablan de Orlov. Ese puede que sí sea el pez gordo.

Emma trataba de relacionar nombres y encajar piezas, pero se daba cuenta de que aquel era un puzle gigantesco del que apenas sabía nada.

—El problema son los trotskistas, ¿verdad? Son una amenaza para el aparato soviético.

—No tengo ni la menor idea —admitió Manuel, recogiendo del suelo su caja—. Pero ya ves que esta gente no tiene muchos escrúpulos.

—Una cosa más, Manuel. ¿Eras tú el de la moto? —Manuel se encogió de hombros, más cansado que intrigado—. ¿No fuiste tú quien me dio la nota de aviso para que contactara con Marina?

—¿Marina? Ni idea. No, yo no fui. Ni siquiera sabría llevar una moto, y si la tuviera, la usaría para irme bien lejos de este vertedero.

—Te has arriesgado mucho viniendo aquí después de... eso —hizo un ademán señalando a la caja que escondía aún la cruel amenaza.

—No quería enseñártela, sé que es desagradable. Iba a avisar a las patrullas, me consta que algunas están deseosas de descargar unos tiros. Pero mientras venía hacia aquí he pensado que era una mala idea.

Emma asintió, compungida.

—Lo es, sin duda. Has hecho bien en no decir nada. Ni siquiera tenías que haber venido. Ve con mucho cuidado ahora, Manuel.

Lo acompañó a la puerta y le dio un abrazo rápido.

—Gracias —murmuró mientras el chico corría a toda prisa escaleras abajo.

XLV

Ya hacía unos días que se había dado cuenta: Barcelona se estaba volviendo a aburguesar. Aún no se lo había planteado exactamente en esos términos, pero para Castellví no cabía duda de que esa tremenda tormenta de arena que había sido el aplacamiento del 19 de julio, y la inmediata revolución que le siguió, se había ido disipando hasta convertirse en una ligera capa de polvo. A él —y a las personas que representaba— le parecía bien que el pueblo reivindicara el reparto equitativo de bienes, la justicia social, la abolición de las clases sociales, el triunfo sobre el fascismo y toda la retahíla de conceptos teóricos que propugnaba el comunismo moderado. La Generalitat, con Lluís Companys a la cabeza y el camarada Joan Comorera en segundo plano, manejaba relativamente bien esa clase de tensiones. Había que reconocer que Companys había sido hábil para mantenerse en el poder tras la sublevación. Se ganó el apoyo de los anarquistas, les dio cancha legitimando las patrullas de control, regaló los oídos a los más revolucionarios y, poco a poco, iba recuperando el poder en ese delicado juego de equilibrios.

Pero ahora el aburguesamiento se palpaba incluso en las calles. Apoyado en la fachada exterior del café Moka, examinaba la vestimenta de los barceloneses y constataba que su tesis era cierta: desaparecían progresivamente los uniformes de las milicias, los monos de los obreros, las insignias de la CNT y la FAI y, en resumen, la indumentaria de la que casi todos hacían bandera unos meses atrás en la ciudad. En su lugar, florecían como almendros en primavera los sombreros, los trajes veraniegos a medida, los zapatos de vestir.

A Castellví, que nunca había dejado de usar sus trajes y sus camisas impecables, le parecía una señal de normalidad que esas prendas —tan habituales en la Barcelona próspera que él había conocido— volvieran a circular. Necesitaban trabajar en un clima de cierta prosperidad. Por supuesto, era un avance relativo, porque seguían faltando alimentos y suministros básicos. Pero si los comerciantes tenían la percepción de que la situación estaba bajo control, y de que sus negocios podían seguir facturando con algo parecido a la normalidad, las tesis del PSUC ganarían peso entre las bases y, en definitiva, el control de la Generalitat sería bastante más sencillo.

Consultó su reloj, un Duward comprado en la Unión Suiza de Relojería

justo antes del inicio de la guerra, y pensó que ya no tardaría en verla. En pocos minutos, la figura esbelta de Emma apareció en el extremo superior de la Rambla. Castellví sonrió: le gustaba esa mujer inglesa, terca como una mula y casi siempre previsible en sus movimientos.

—Buenos días, Emma —la saludó en cuanto ella pasó a pocos metros del café Moka—. No es necesario que te detengas, podemos caminar juntos como dos buenos amigos, ¿verdad?

Emma asintió, inquieta. No le había visto venir y eso era algo que hacía sentir a Castellví como pez en el agua.

—Hay que reconocer que eres una mujer con estilo —dijo con despreocupación—. Justo hoy estaba pensando que las buenas formas están volviendo a esta ciudad, y desde luego tú nunca las has perdido. Fíjate —insistió, ignorando el silencio de su interlocutora—. ¿Te has dado cuenta? Todo el mundo te mira al pasar.

—Una inglesa pálida conversando con un cretino, no veo qué tiene eso de particular.

El exabrupto de Emma no pareció ofender lo más mínimo a Castellví, que sin embargo ralentizó la marcha. Emma se sintió obligada a hacer lo mismo para quedar a su altura.

—Me alegra ver que ha vuelto la Emma de siempre. Es una magnífica noticia, desde luego.

—La Emma de siempre te hubiera denunciado el primer día por traidor y te hubiera escupido a la cara por miserable —insistió ella.

Esta vez, Castellví se detuvo en seco. Ella mantuvo la marcha unos pocos metros, hasta que juzgó osado seguir avanzando. Miró hacia atrás y vio a Castellví plantado, con su sombrero blanco en la mano y su sonrisa perenne. Ella sabía exactamente lo que eso significaba: se detuvo primero y, simulando cierta normalidad, volvió sobre sus pasos.

—Suelo dar un par de oportunidades, Emma —le advirtió, atenuando la voz—, pero no te confundas: si consigues enojarme, vas a tener problemas. Y ahora sigamos —añadió.

Ambos caminaban en silencio: Castellví con su gesto de satisfacción y Emma con cara de pocos amigos.

—Bien, tú dirás —dijo Castellví.

—No tengo nada nuevo que contar.

Castellví le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia sí. Inmediatamente, ella sintió repulsión hacia aquel individuo gris, que poco a poco la condujo hasta la zona menos transitada de la Rambla y finalmente se detuvo. La dejó ir y se plantó a pocos centímetros de ella, de forma que podía sentir su aliento. Con un gesto rápido y discreto, hizo ver que acomodaba la posición de su cinturón y dejó a la vista una cartuchera de cuero con una pistola. Emma quiso apartarse instintivamente, pero Castellví la sujetó con ambas manos. Vistos desde la distancia, parecían dos amantes en actitud afectuosa. Emma estaba de espaldas al río intermitente de transeúntes que subía y bajaba por la Rambla, así que comprendió la situación.

—¿Entiendes de armas, Emma? —ella negó con un movimiento parco de la cabeza. Nada la incomodaba más que la verborrea odiosa de ese tipo siniestro—. Lo imagino, aunque eres una caja de sorpresas, así que uno nunca sabe a qué atenerse contigo. Pero yo te voy a contar algunas cosas. Esta que has visto es una Tokarev TT33. No te voy a engañar: no es la mejor pistola que se ha fabricado en la URSS, pero es una herramienta tremendamente eficaz. He tenido ocasión de comprobarlo —añadió sin dejar de sonreír— y puedo confirmar que es así.

—¿Vas a dispararme en medio de las Ramblas?

El atrevimiento de Emma sorprendió a Castellví, que no obstante parecía disfrutar con ello.

—Por favor, Emma. Yo no soy un sicario. Ya te dije un día que no voy por ahí pegando tiros —el ingeniero articulaba las palabras con exagerada dicción, como si necesitara asegurarse de que entendía todas y cada una de las que le decía—. Pero me parece justo que sepas a lo que te enfrentas. Yo soy una persona razonable. Un servidor público que cumple su deber. Mis camaradas, en cambio... a menudo se exceden en su celo por la eficacia.

Sin decir una palabra más, se separó unos centímetros y volvió a caminar en dirección al mar. Emma aceleró el paso y se situó a su lado.

—Es un contrabandista —susurró.

—¿Disculpa?

—Ignacio. Querías saber lo que hay en su habitación secreta, ¿no?

Pues ya lo sabes: es un contrabandista. Almacena alimentos, bebidas... hay cientos de kilos de productos. Supongo que espera a que los precios se disparen y entonces los vende.

—¿Y puedo preguntar cómo averiguaste eso?

—Tiré la puerta abajo. ¿Contento?

Castellví sonrió.

—Satisfecho.

—¿Qué vais a hacer con él ahora?

El ingeniero la miró al instante con un gesto de sorpresa.

—Absolutamente nada, por supuesto.

—¿Nada? ¿Y entonces...?

—Traicionar a un amigo es el primer paso de tu aprendizaje. Y no has traicionado a un amigo cualquiera, sino al que te ha salvado el culo y te ha cedido generosamente un piso. Enhorabuena, Emma: ya eres de los nuestros.

—¿No vais a denunciarlo? Es un delito hacer contrabando de alimentos...

—Caramba, ¿qué clase de amiga eres tú? Esos asuntos a nosotros nos importan poco. Además, ya sabíamos a qué se dedica Ignacio. Lo sabe media Barcelona. En cualquier caso, ahora sé que puedo contar contigo.

Emma se sintió humillada.

—También fuisteis vosotros los que me entregasteis el mensaje para que avisara a Marina, ¿verdad?

Castellví no se molestó en mirarla.

—Chica lista. Como te decía, cuento contigo.

Tras decir esto, se desvió por una bocacalle y se perdió entre el gentío. Su sombrero ya era sólo uno más entre tantos.

XLVI

«Serrana me das candela Y te doy este clavel

Ven a tomarla en mis labios Que yo fuego te daré»

Cada vez que pasaba frente al Hotel Oriente, a Manuel le venía a la mente esa copla pegadiza de Miguel de Molina. La Lola, que sabía absolutamente todo sobre el artista, le había contado que la letra la escribió junto a Lorca y con la colaboración del poeta Rafael de León en la cafetería del hotel barcelonés después del estreno de Yerma. Tras el asesinato de Lorca, a Manuel se le encogía el corazón cada vez que la escuchaba, así que procuraba no darle demasiadas vueltas y se limitaba a disfrutar, sin más, mientras la tarareaba camino del mercado de la Boquería.

«Bajé el caballo

De cerca te vi

Y fueron dos verdes luceros de mayo tus ojos pa' mí»

Un vecino de las barracas le había dado el soplo de que habían llegado al Continental unos emisarios del gobierno británico con la misión de recabar información sobre la guerra. Al parecer, los habían hecho caminar por las calles polvorientas del Poble Sec y habían preguntado si el hotel contaba con servicio de limpiabotas. Un nutrido grupo de señoritos ingleses suponía un goloso encargo para él y, por qué no, aceptaría sin dudarlo una generosa propina, que la cosa no estaba para ponerse quisquilloso. Con un poco de suerte, podría llevar algo de comer a casa aquella misma noche. Pero tenía que darse prisa antes de que alguien se le adelantara, así que aceleró el paso.

«Ojos verdes,

Verdes como la albahaca.

Verdes como el trigo verde Y el verde, verde limón»

En cuanto llegó a las inmediaciones del hotel Continental, un hombre alto y fornido, vestido con un traje deshilachado, le salió al paso.

—Compañero, ¿vienes buscando al grupo de ingleses?

—Eso mismo —respondió Manuel, satisfecho de comprobar que no sólo llegaba a tiempo, sino que se le esperaba.

—Vamos por la puerta de servicio —le indicó el hombre—. No te ofendas, a los ingleses les daba vergüenza que se les viera como unos aburguesados y me han pedido discreción.

—No hay problema, compañero, llevo toda la vida arrodillándome frente a los burgueses. No vendrá de una más.

El hombre le cedió el paso y se dirigieron al callejón contiguo. Ni siquiera era consciente de que el hotel Continental tuviera puerta de servicio por el callejón de atrás. Avanzaron unos metros y Manuel escuchó el eco de sus propias pisadas. Al cabo de unos segundos, los pasos de su acompañante se interrumpieron. Acostumbrado a lidiar con delincuentes de medio pelo, carteristas, aspirantes a jefes del barrio e incluso pistoleros anarquistas, supo con toda certeza que se encontraba en una situación crítica.

En cuanto se giró, encontró justo lo que se temía: estaba solo, en un callejón desierto, con un matón que le encañonaba con una Star semiautomática.

Manuel tuvo la tentación de suplicar. Sabía, porque eso en el Somorrostro se sabía, que no iba a servir de nada. La vida le había dado malas cartas, sin más.

Se despidió mentalmente de su familia, de la Lola, de Antoñito. Incluso de esa inglesa loca.

En un instante de lucidez, se dio cuenta de que estaba apurando los últimos segundos de su vida. Ni siquiera iba a tener tiempo de hacer balance. Tanto mejor: había sido una existencia perra y repleta de miseria. Le quedaba, eso sí, el consuelo de haberle plantado cara con orgullo.

—Me darás al menos un cigarrillo, compañero.

El sicario tuvo un momento de duda, pero finalmente se apiadó y sacó

del bolsillo un cigarro generoso, bien cargado y bien liado, al estilo andaluz. Él mismo lo encendió y, sin mediar palabra, le dio una calada antes de ofrecérselo a Manuel.

Este lo cogió con los dedos temblorosos y miró a su verdugo a los ojos. En el último segundo, lamentó no poder regalarle a su hermana la luna que tantas veces le había prometido.

La detonación llegó en el mismo momento en que en el hotel Continental alguien descorchaba una botella de champán. Un comando de milicianos había tomado una nueva posición en la sierra de Alcubierre.

Había que celebrarlo.

XLVII

Todavía le temblaban las piernas.

Desde su llegada al frente de Aragón, en el mes de enero, Henry había estado esperando el momento de entrar en combate. Y ahora que había tenido su primera oportunidad, se daba cuenta de que mirar a la muerte a los ojos no era precisamente una experiencia estimulante.

Como casi todo en aquella guerra extraña, había sido una incursión improvisada y —ahora que había sucedido ya podía decirlo— absolutamente descabellada. El objetivo era tomar una posición enemiga y apoderarse de todo el armamento posible. Sabían que disponían al menos de una ametralladora y, por supuesto, de decenas de fusiles y su correspondiente munición.

Inicialmente, a Henry le había parecido una idea muy oportuna, porque los fusiles republicanos eran una calamidad y todos tenían serias dudas de que, llegado el momento, pudieran serles de utilidad: muchos se encasquillaban y, en el mejor de los casos, se sobrecalentaban con rapidez, lo que les obligaba a dosificar los disparos. Sin embargo, cuando llegaron las órdenes concretas, tuvo la certeza de que aquella operación era un disparate.

Todo el plan se basaba en la premisa de que el operativo —formado por una docena de hombres— debía avanzar con sigilo y sin ser visto, aprovechando la ventaja de una noche sin luna. Suponiendo que el grupo lograra alcanzar la posición enemiga, en lo alto de una loma, debía cortar la alambrada con los alicates y sorprender a los ocupantes de la trinchera. No había más detalles que esos, ni más instrucciones que las de ser extremadamente cautelosos. Antes de entrar en acción, Henry formuló varias preguntas para asegurarse de que había entendido el plan, pero enseguida se dio cuenta de que no había mucho más que comprender.

Tal como se temía, la misión había sido un auténtico caos. El grupo había salido con toda la precaución, pero el crujido de sus botas sobre la maleza fue suficiente para poner sobre aviso al enemigo mucho antes de que pudieran acercarse. Una lluvia de disparos, seguida de una ráfaga de ametralladora, les obligó a abortar la incursión. Milagrosamente, no se había producido ninguna baja, aunque Henry

había sentido el zumbido de las balas a pocos centímetros de su oreja, suficiente como para tumbarse tras una roca y rezar al dios en el que no creía. El olor a pólvora quemada le perseguía horas después de la escaramuza.

Sin embargo, lo peor era la sensación de que jamás saldrían de ese minúsculo punto en el mapa en el que estaban enrocados. Como si en vez de en una guerra estuvieran en una maldita partida de ajedrez.

Por primera vez, deseó largarse del frente lo antes posible.

XLVIII

Una densa capa de nubes grises se cernía sobre el cielo de Barcelona. En la montaña de Montjuïc, una bandada de gaviotas sobrevolaba el cementerio del Sudoeste describiendo una interminable sucesión de círculos. Antoñito las contemplaba con la mirada perdida, deseando tal vez diluirse en el aire. Tan solo la mano huesuda de la Lola, aferrada con fuerza a la suya, le recordaba que estaba condenado a permanecer por un tiempo indeterminado en el mundo de los vivos. La Lola lloraba sin consuelo. El suyo era un sollozo de pena, que a veces se transformaba en accesos de rabia.

La madre de Manuel, una mujer escuálida de mirada firme, se mantenía entera. Con una mano sujetaba a su hija pequeña, que lloraba escandalosamente, y con la otra trataba de calmar a su marido, roto de dolor.

Emma los miraba con el rostro desencajado y un sentimiento de culpa que creía llevar escrito en la cara. A su lado, Armand mantenía el tipo mientras Ignacio, ligeramente apartado, renegaba mirando al suelo adoquinado del cementerio.

Completaban el círculo un pequeño grupo de adolescentes desdentados, todos ellos del Somorrostro, y un par de ancianos de apariencia frágil.

—Descansa en paz, compañero —musitó el operario encargado de tapiar el nicho.

En el otro extremo, alejado de la comitiva, un hombre vestido con un discreto traje oscuro contemplaba la escena.

—¿Quién es ese? —preguntó la Lola, casi sin fuerzas para articular la pregunta.

Antoñito lo miró y movió la cabeza de lado a lado.

—No lo sé. Puede que sea un amigo de la familia. O un cliente habitual del chico.

Emma levantó la vista y reconoció a Guillem Castellví. El sobresalto duró apenas un instante, lo justo para convertirse en indignación,

primero, y en ira después.

Esperó pacientemente a que el operario acabara su trabajo y dejó que la familia de Manuel emprendiera el camino de vuelta. Entonces se dirigió hacia él.

Esta vez no sonreía, ni pronunciaba una sola palabra. Sencillamente, estaba allí, y eso era suficiente para Emma.

Se acercó hasta Castellví lo suficiente como para percibir el olor de su perfume mezclado con el sudor. Lo miró a los ojos. Y entonces hizo lo que llevaba mucho tiempo deseando hacer: le escupió a la cara.

Castellví no reaccionó. Sacó un pañuelo de tela del bolsillo, se limpió la cara y volvió a guardarlo.

A unos metros de distancia, Armand e Ignacio miraban la escena atónitos. La Lola y Antoñito no acababan de entender lo que ocurría. Vieron al hombre marcharse y en el último momento la Lola hizo un amago de ir a buscarlo.

—Lola, mi niña, no hagas tonterías.

La Lola seguía llorando de rabia, pero comprendió que Antoñito tenía razón.

Bajaron juntos, en silencio, el largo trecho hasta la salida del cementerio. Ninguno de ellos se atrevió a abrir la boca hasta que hubieron abandonado el recinto.

Ignacio se despidió con un rápido ademán que Emma no se molestó en responder. La Lola miró a Emma con dureza. Tuvo la delicadeza de no decirle en voz alta lo que todos creían: Manuel había muerto, en parte, por su culpa. Se agarró del brazo de Antoñito y se fueron. Vistos desde lejos, parecían una pareja de ancianos castigados por la vida.

—¿Cómo va tu arca de Noé? —preguntó Emma a Armand, tratando de aparentar algo de normalidad.

Armand suspiró. En la última semana tenía la sensación de haber envejecido al menos diez años.

—Me temo que van a sucumbir todos ellos al diluvio universal.

—¿Por qué? Puedo ayudarte si lo necesitas.

Armand se apoyó en una farola. La caminata desde la librería hasta lo

alto del cementerio le había dejado las rodillas doloridas.

—No es eso, Emma. Estuve pensando. Los libros son sólo contenedores de historias, y todas ellas son efímeras. Qué pretencioso querer capturar las ideas, ¿no crees? Es mejor no guardar nada. Lo que tenga que perecer, que perezca.

Emma asintió, aunque le dolía en el alma escuchar al librero.

—Tampoco es seguro que vaya a haber más bombardeos.

Armand hizo ver que no había escuchado ese último comentario.

—Tienes que irte, Emma. Nosotros no podemos, esta es nuestra casa, aquí están nuestras raíces. Pero tú... estás a tiempo aún. Eres joven, puedes huir. Debes hacerlo.

Emma reflexionó sobre la propuesta de Armand. ¿Qué sentido tenía que siguiera en Barcelona? ¿Acaso ayudaba a Henry en algo que ella estuviera esperándolo a trescientos kilómetros? Entonces, ¿qué la retenía?

No encontró una respuesta. Estaba demasiado cansada para pensar con claridad.

XLIX

Las semanas posteriores a la muerte de Manuel pasaron de forma lenta y angustiosa. Los nervios cedieron espacio a la ansiedad, y esta, a su vez, a un estado de lánguida inacción. Emma ya no temía por Castellví: no tenía fuerzas para ello. Como si ambos fueran conscientes del momento de extrema debilidad, se estableció un silencioso armisticio, un alto el fuego para reparar las heridas, para recuperar las ganas de vivir y, con ellas, la posibilidad de usar el miedo como una amenaza. Sin esto último, hasta el más efectivo de los espías soviéticos se convertía en poco más que un títere. Las constantes alertas de bombardeo, e incluso un nuevo ataque aéreo —el de un solitario trimotor sobrevolando Montjuïc un mediodía de abril—, acabaron por sumir a la ciudad en un estado de permanente semidepresión.

Después de varias semanas sin cruzar palabra con Ignacio, este se presentó en casa, sin más. En cuanto Emma distinguió su cara por la mirilla, abrió la puerta y se encerró en su habitación.

—Coge lo que necesites, prefiero no saberlo —dijo antes de desaparecer al fondo del pasillo.

Ignacio la siguió. Llevaba un sobre en la mano.

—Emma, no he venido por eso.

—No tienes por qué justificarte conmigo —gritó ella desde el interior de su habitación.

—¡Traigo una carta de Henry!

La puerta se abrió inmediatamente. Emma sacó la cabeza y echó un vistazo al sobre que Ignacio sostenía.

—No será una de tus tretas, ¿verdad?

—Me lo han dado en el Continental. Saben que nos conocemos y me han dicho que llevabas varios días sin aparecer por allí.

Le quitó de las manos la carta y la abrió a toda velocidad. Por primera vez en mucho tiempo, sonrió.

Henry contaba con un permiso y tenía intención de abandonar el país. Le decía, entre líneas, que no se sentía seguro por su relación con el POUM y que era conveniente que ambos pusieran pies en polvorosa si no querían complicarse la vida.

Bendito Henry, que no se enteraba de nada, para variar.

—¿Va a volver?

Emma asintió.

Ignacio la cogió de la mano y ella no la retiró.

—Me alegro mucho por ti —dijo—. Y ahora me voy, no quiero molestarte más.

La posibilidad de abandonar el país se le abría como un horizonte inesperado. Sólo tenía que ser discreta: Castellví estaba al acecho y no podía permitirse el lujo de que se enterara. En cualquier caso, la alegría llamaba por fin a su puerta.

26 de abril de 1937

Son las cuatro y media de la tarde. En Gernika, población vizcaína de poco más de cinco mil habitantes, las campanas de la iglesia alertan de un inminente ataque. Un grupo de cazas y bombarderos alemanes e italianos sobrevuela el municipio. Merodean por el espacio aéreo de las marismas de Urdaibai, con el río Oka como testigo, e inician un lento bombardeo selectivo. Sus obuses caen sobre el puente, sobre el ferrocarril, sobre algunas viviendas y también sobre el depósito de agua, el mismo que usarían los bomberos para apagar incendios ante un ataque convencional. Pero este no es uno más y la población corre a refugiarse temiendo lo peor.

Algunos, los más osados, miran al cielo con la intención de hacerse una idea sobre la magnitud de la agresión. ¿Cuántos aviones son? Parecen muchos, demasiados, para un bombardeo a una pequeña villa insignificante en el tablero de la guerra. Todavía no saben que ese primer Dornier Do 17 alemán y los tres Savoia S-79 italianos son sólo la avanzadilla. Les escoltan unos cazas cuya función es algo confusa. Pero todo lo es cuando una población entera teme por su vida, así que el objetivo es únicamente ponerse a salvo.

A las seis de la tarde, el bombardeo se intensifica. El cielo de Gernika se convierte de repente en un infierno: diecinueve Junkers Ju-52 alemanes descargan su ira en forma de fuego. Son bombas explosivas y también incendiarias.

Los refugios son una trampa mortal. Los habitantes de Gernika se amontonan como pueden, presas del pánico, hacinados. Muchos de ellos mueren asfixiados. El refugio de la calle Andra Mari sufre el impacto de una bomba de 250 kilos que mata a buena parte de sus ocupantes.

Algunos corren a los bosques, se ocultan en las fábricas, en caseríos próximos, en bodegas o en sótanos privados. También bajo cubiertas con la vana esperanza de no ser vistos. Pero aún no saben que viene lo peor: cinco cazas Fiat italianos y otros cinco Messerschmitt Bf-109

recorren el pueblo en vuelo rasante ametrallando a cualquier ser vivo que se mueva.

En un bosque próximo, una anciana huye del peligro con sus nietos y trata de protegerlos en una zanja. Intuitivamente, los protege con su delantal. Un caza localiza su nuevo objetivo desde el aire y se lanza contra ellos, ametrallando a la anciana y a los niños. Los testigos no dan crédito: horrorizados por la crueldad del bombardeo, tragan saliva y rezan lo que saben.

La masacre continúa: los Junkers ensayan su nueva técnica de bombardeo de corral, que se conocerá también como Koppelwurf. Recorren el pueblo de punta a punta lanzando grupos de bombas simultáneamente. El pueblo languidece bajo las llamas mientras sus edificios se reducen a escombros y sus construcciones se retuercen, convertidas en amasijos de hierro fundido, ladrillo y cemento.

El ataque no ha concluido: la destrucción debe ser total. Los aviones vuelven a disponerse en círculo y se lanzan una vez más a ametrallar a los civiles.

El bombardeo de Gernika deja cientos de muertos y un pueblo entero aniquilado. La fábrica de armamento y el estratégico puente de Errenteria, en cambio, permanecen intactos.

Nadie sabe entonces que no será el último de la guerra. Ni tampoco el más cruel.

LI

Sólo los pasos cortos, minúsculos, de Emma alteraban el silencio en la librería. Caminaba nerviosamente de un extremo al otro mirando el reloj y murmurando maldiciones. Ni siquiera los movimientos eficaces de Armand mientras recolocaba los libros en los estantes podían competir con su acelerado vaivén.

—Ya te ha dicho que vendrá —repitió el librero por enésima vez.

—Lo sé, pero estoy nerviosa. No sé si habrá podido conseguirlos.

—Ignacio siempre consigue lo que se propone, ya deberías saberlo a estas alturas.

Emma detuvo sus movimientos por un momento.

—Eso es verdad. Pero estoy nerviosa igualmente.

La puerta de la librería se abrió justo en ese momento. Emma corrió hacia él con tal ímpetu que Ignacio dio un paso atrás. Miró primero al librero, que se encogió de hombros.

—¿Los tienes?

Ignacio sonrió.

—Por supuesto que los tengo.

Ni siquiera tuvo tiempo de agacharse para recoger el maletín que acababa de dejar en el suelo. El enérgico abrazo de Emma lo dejó casi sin respiración.

—Vuestros billetes a Portbou. Y vuestros pasaportes: ahora sois Margaret y Jake, ¿de acuerdo?

Emma sostuvo en las manos los pasaportes. Los examinó cuidadosamente. Desde su inexperto punto de vista, parecían auténticos.

—Y se supone que trabajamos...

—No, tú no trabajas. Tú eres la señora de Jake Thomas, que trabaja

para la embajada británica.

—¿Y si llaman allí?

—Son patrullas anarquistas y guardias de asalto. No van a llamar a la embajada. Vestid bien: traje, un buen abrigo.

—Le diré a Henry...

—Jake

—Eso es. Le diré a Jake Thomas que lleve traje.

—Y nada de bolsas militares, ni recuerdos del frente, ¡ni armas, por Dios!

Emma se separó de Ignacio, todavía nerviosa.

—¿Cuándo llega él?

—Esta tarde.

—Bien, ¿habéis quedado en el piso?

—No, irá al Continental. He pensado que el piso podría estar vigilado.

Ignacio frunció el ceño.

—No me gusta. Si va al Continental, Castellví lo sabrá enseguida. Debe de tener contactos en todas partes.

—Pero en el edificio de Aribau llamará la atención...

—No si es discreto. Y por supuesto no vayáis juntos. Yo hablaré con un contacto del hotel. Le avisarán.

—Ignacio, no tengo palabras para agradecerte lo que estás haciendo por nosotros.

—¿Emma se ha quedado sin palabras? —intervino Armand desde lo alto de una butaca—. Eso sí que no me lo creo.

—Tengo que decirte algo. Es justo que lo sepas ahora.

Tomó a Ignacio de la mano y lo llevó a un rincón aparte. Sabía que Armand podía escucharla igualmente, pero le avergonzaba tener que confesar delante de él.

—Ya sabes que abrí la puerta de tu habitación...

—Lo sé, sí. La dejaste abierta durante días. No le demos más vueltas a eso.

—Te denuncié, Ignacio.

—¿Cómo?

Ignacio se quedó inmóvil. Emma se preguntó si era necesario contarlo todo, pero pensó que él se lo merecía. Seguía creyendo que vender alimentos de contrabando en tiempos de guerra era un negocio miserable. Por otra parte, tenía razón en que para ella era fácil juzgar las cosas desde su posición. Además, Ignacio se estaba portando extraordinariamente bien.

—Castellví me encargó averiguar lo que había en tu habitación.

—¿Castellví? ¿Él sabía que yo tenía...?

—Esa gente lo sabe todo, Ignacio. No sé cómo lo hacen, pero lo saben. Querían que yo les dijera lo que había, así que la abrí y se lo conté.

—¿Y qué crees que van a hacer?

—Según me dijo él mismo, nada. Les importa muy poco lo que un particular haga con sus negocios de supervivencia. En realidad, me dijo que lo sabía media Barcelona.

Desde el otro extremo de la sala, Armand carraspeó.

—Está bien, gracias por decírmelo.

—Tenía que hacerlo. Deberías ser prudente, no me fiaría mucho de su palabra.

Sólo la mención del apellido Castellví la hacía sentir nuevamente insegura. Esa gente había demostrado una gran habilidad para averiguar cuanto quisieran. ¿De verdad iba a conseguir engañarlos con unos billetes de tren y unos pasaportes falsos? Emma sabía que estaba suspendida en la cuerda floja. Pero el objetivo final, la solución a todos sus problemas, estaba más cerca que nunca. Henry llegaría en unas horas a la ciudad, sólo tenían que ser discretos y alcanzar la estación de tren sin que la gente de Castellví lo supiera.

—Nada de maletas —concluyó, en voz alta.

—¿Disculpa?

—No puedo llevar equipaje, Ignacio. Si lo hago y me están observando, tendré a Castellví encima en cuestión de minutos.

—Pero entonces no podrás justificar que has venido de viaje. ¿Desde cuándo la esposa de un diplomático viaja sin maleta? No será creíble.

—Decid que las enviará la embajada —terció Armand.

Ignacio reflexionó unos segundos.

—No. Necesitamos tu maleta. Si quieren examinar vuestro equipaje, no hay nada más disuasorio en un control rutinario que una maleta llena de lencería. Que la recoja Henry. Si te vas tú antes que él y te están siguiendo, el piso quedará sin vigilancia. Él podrá salir entonces con tu maleta y llevarla a la estación de tren.

—Tienes razón —convino Emma. Lo haremos así.

—En ese caso... esto es una despedida.

A Emma se le humedecían los ojos. Armand le dio un apretón de manos y ella lo rechazó para abrazarlo. El librero no se atrevió a mirarla: se alejó en dirección a la trastienda.

—No olvides llevarte el paquete que te he dejado en mi mesa —gritó desde dentro.

Emma se acercó al escritorio. Había un sobre envuelto con un cordel. Lo metió intrigada en el bolso, ya tendría tiempo de abrirlo.

—¡Te escribiré, Armand! ¡Volveremos a vernos pronto!

El librero no respondió.

Emma se despidió de Ignacio con un abrazo. Le hubiera dicho decenas de cosas, pero finalmente permaneció callada.

—Vete ya, no tienes tiempo que perder. Vuestro tren sale a las diez de la noche. ¡Sed puntuales!

Emma abandonó la librería Palau a toda prisa. Antes de alejarse, se detuvo un instante y se dio la vuelta para mirarla una vez más. Trató de memorizar los detalles de la fachada: no sabía si tendría ocasión de volver a verla de nuevo.

Sabía que antes de marcharse tenía que hacer una última cosa. Dejó atrás los comercios de la calle Sant Pau y torció por una bocacalle, decidida a adentrarse en el Barrio Chino. Ya no olía a guiso casero, como en su primera incursión unos meses atrás, sino a caldo y a cebolla. La carestía de la vida obligaba a consumir sopas aguadas, legumbres, acelgas y pan duro. Sólo unos pocos afortunados podían esquivar el hambre. Naturalmente pensó en Ignacio y en sus negocios especulativos. Trató de quitarse esa idea de la cabeza, no quería sentirse peor de lo que ya se sentía. Las calles parecían haberse contagiado de la falta de alimentos y los edificios, más grises que nunca, estaban igualmente raquíticos: una capa de miseria se había apoderado de las calles y ascendía por los muros como las hojas de una hiedra trepadora.

No tardó en llegar a su destino. Un cartel desvencijado y una fachada ruinosa anunciaban que se encontraba en la Casa de la Libertad, tal vez el peor tugurio de la ciudad. Un fuerte olor a rancio la recibió justo en la puerta. Desde el otro lado de la barra, un hombre con aspecto de orangután —eso no había cambiado en absoluto— la examinaba con manifiesta incredulidad: estaba claro que aquella extranjera no pertenecía a la parroquia habitual de la taberna.

El tabernero emitió un gruñido parecido a un saludo.

—Busco a la Lola, ¿está aquí?

El hombre permaneció en silencio un par de segundos. No estaba acostumbrado a malgastar saliva, y mucho menos cuando no había dinero de por medio, pero el porte distinguido de su interlocutora le invitó a hacer el esfuerzo.

—Al fondo del local —dijo, de una forma más o menos inteligible.

Emma se apresuró a recorrer el pasillo de la taberna evitando tocar la humedad verdosa de las paredes.

La encontró sentada en un viejo taburete de madera que milagrosamente se sostenía en pie: una de sus tres patas había sido sustituida por un trozo de bastón, cuya empuñadura mordía el polvo mugriento del suelo.

—¿Lola?

La bailaora levantó un momento la cabeza. No necesitó que se

acercara para distinguirla: aquella era la silueta inconfundible de la inglesa. No se molestó en responder.

—Entiendo que no quieras hablar conmigo —se excusó Emma tras un largo silencio.

La Lola limpiaba las manchas de los volantes del vestido con la ayuda de un cubo de agua y un harapo viejo que usaba como estropajo.

—Ya no tengo fuerzas para bailar —respondió, con una voz ronca y cansada—. Pero algo tendré que hacer para ganarme la vida.

Emma asintió.

—Sólo quería despedirme. Me voy de la ciudad, vuelvo a casa.

La Lola interrumpió bruscamente su tarea. Levantó la cabeza y la miró a los ojos. Sus facciones duras intimidaron a Emma, que rehuyó la mirada. Segundos más tarde, la bailaora retomó su quehacer. Sumergió el harapo en el cubo de agua y frotó con fuerza uno de los volantes del vestido.

—Quiero que sepas que, para mí, Manuel...

La gitana se levantó como activada por un resorte y se encaró con Emma, desafiante. Le dirigió una nueva mirada amenazadora y colocó su dedo índice sobre los labios de la inglesa. Esta asintió. No había mucho más que decir.

Se giró y salió de la taberna tan rápido como pudo, reprimiendo a duras penas un sollozo.

Esta vez, ni siquiera el tabernero se atrevió a articular una palabra.

LII

La perspectiva de tener a Henry en casa esa misma tarde le producía a la vez excitación y desazón. Empezaba a darse cuenta de la enorme tensión a la que se había visto sometida a lo largo de los últimos meses. El mero hecho de poder compartir con Henry lo que había vivido con Castellví le generaba una enorme sensación de alivio. No podía ni siquiera imaginar la cara que pondría cuando le contara los últimos sucesos. Había preferido no decirle nada y no se había permitido explicarle el asesinato de Manuel. No quería preocuparle mientras estaba en el frente: sólo imaginar la angustia de estar metido en una trinchera, o en un precario campamento, preguntándose qué habría sido de su mujer, le parecía una expectativa terrible.

La apenaba un poco tener que partir esa misma tarde y de forma precipitada. Había imaginado muchas veces unos pocos días de plácida estancia compartida en el piso de la calle Aribau. Aunque nunca lo hubiera reconocido, fantaseaba con una pequeña luna de miel, un minúsculo oasis dentro de la guerra, sólo cuarenta y ocho horas juntos, disfrutando de las extraordinarias comodidades que le brindaba ese magnífico apartamento.

Desde el piso de abajo ascendía una melodía del violín de Román. Le pareció que era el Dies Irae de Mozart, pero incluso ese movimiento inquietante le pareció en aquel momento reconfortante.

En cualquier momento llamarían a la puerta y sería él. Confiaba en que Ignacio hubiera logrado avisarle a tiempo para que se dirigiera a la calle Aribau. Pero incluso si no era así, lo peor que podía ocurrir era que pasara primero por el Continental, o el Falcón si así se lo indicaban, y luego acabara yendo a la dirección indicada.

En pocos minutos ya lo tenía todo preparado: había dejado el piso recogido, las sábanas dobladas, las persianas bajadas y hasta se había permitido cerrar la espita del gas. Había fregado también el suelo de la cocina y repasado el baño. Quería que Ignacio encontrara el piso impoluto, mejor incluso de lo que él se lo había entregado.

Se sentó en el sofá y dejó pasar el tiempo. Le parecía que las agujas del reloj se movían a cámara lenta.

Recordó el obsequio de Armand y corrió a buscarlo al bolso. Deshizo el lazo que envolvía el papel y abrió el envoltorio. Era el ejemplar de El romancero de la novia de Gerardo Diego; el mismo que él leía el día en que se conocieron y del que aseguraba que era una pieza de colección. Sintió que apenas podía contener la emoción, pero no era momento para las lágrimas. Por primera vez desde que estaba en Barcelona, se había pintado para la ocasión y no quería recibir a Henry con el rímel y el colorete corriendo por sus mejillas.

Finalmente, llamaron a la puerta.

Respiró hondo y corrió a abrir. Preparó la mejor de sus sonrisas y se dispuso a recibir a su marido.

Y entonces apareció él. La persona a la que jamás querría volver a ver, la personificación de la peor de sus pesadillas: Guillem Castellví.

La sorpresa fue tan mayúscula que ni siquiera tuvo tiempo de improvisar una reacción. Por ejemplo, inventar una excusa creíble para deshacerse de él, o sencillamente cerrarle la puerta en las narices. En lugar de eso, se quedó callada mientras Castellví acababa de abrir la puerta con un solo dedo y se adentraba por los pasillos del piso.

Emma le siguió, enmudecida. Dejó la puerta abierta de par en par con la esperanza de que eso facilitara su marcha.

—Vaya —dijo Castellví, plantado en medio del comedor—. Parece que alguien se muda.

Lo había dicho con su habitual sarcasmo, pero usando a la vez ese particular tono expeditivo que anticipaba el preludio de una tormenta.

—Me vuelvo al Continental —mintió, con el mayor aplomo del que fue capaz.

Castellví enarcó una ceja, sorprendido. Se diría que le divertía la situación.

—¿Y cómo es eso? Este parece un piso excelente.

—No quiero ser cómplice de un contrabandista. Y mucho menos recibir sus favores. Así que no me queda otra opción que irme.

Castellví asintió lentamente. Dio un breve vistazo a cuanto le rodeaba: se acercó a la mesa donde reposaba el ejemplar del libro de Gerardo Diego y se entretuvo revisando el envoltorio y el cordel que lo

envolvía. Tomó el libro y lo guardó en el bolsillo interior de su americana. A continuación, olfateó con un gesto sobreactuado el olor a lejía que emanaba de la cocina y del baño.

—Si un día alquilo mi piso, quiero una huésped como tú, Emma. Incluso en estas duras circunstancias, has tenido la decencia de limpiar el piso a conciencia. Es un maravilloso detalle por tu parte.

Emma trataba en vano de ocultar su nerviosismo. Los latidos de su corazón eran tan fuertes que podía notar cómo se movía la blusa y el sudor de la frente empezaba a resbalar por sus sienes, primero, y por sus mejillas después.

—Me enseñaron a corresponder con educación —replicó.

Castellví sonrió.

—Caramba, no me había dado cuenta. Qué torpeza por mi parte: estás realmente atractiva. Los chicos del hotel te van a recibir con los brazos abiertos.

Emma miraba compulsivamente a la puerta, que seguía abierta.

—No esperarías visita...

—Como te he dicho, me vuelvo al Continental. Las únicas visitas que recibo aquí son la de mi vecino el melómano y las de Ignacio cuando tiene que venir a recoger su mercancía.

Castellví se puso las manos en los bolsillos y adoptó un gesto de cansancio.

—Eres una mujer maravillosa, Emma, debo reconocerlo. Fíjate: mantienes el tipo incluso en las situaciones más incómodas.

—No me incomoda recibir tu visita. Pero sí que me analices como si fuera uno de tus malditos agentes de laboratorio soviético.

El ingeniero esbozó una sonrisa.

—Lo que yo decía —murmuró para sí—. En fin…

—¿Ya te vas?

—Sí. Y tú me acompañas.

Emma notó que las piernas no la sostenían.

—Lo siento, tendrá que ser más tarde. Me esperan en el Continental. Tienen que darme unas llaves y...

—Basta ya —ordenó Castelllví, entregándole el abrigo que tenía preparado en el perchero—. Nos vamos.

Emma obedeció y ambos salieron del piso. Castellví la dejó pasar primero y se encargó él mismo de cerrar la puerta. Caminaban en silencio hacia algún lugar indeterminado, enfilando la calle Aribau en dirección a la parte alta. No osó preguntar adónde iban porque no estaba segura de querer conocer la respuesta.

Se le pasó por la cabeza gritar, o incluso salir corriendo. Quizá pudiera pedir ayuda a alguien. Pero hacerlo era un camino sin retorno y pensó que tal vez Castellví sólo quisiera darle una de sus lecciones magistrales. Se aferró a esa idea: Castellví había invertido mucho tiempo en ella y no iba a lanzarlo por la borda. Sólo quería darle un susto, demostrarle quién mandaba.

Tras unos minutos de caminata, Castellví se detuvo frente a un coche oscuro, aparcado en un chaflán. Sacó una llave de su bolsillo y la hizo sentarse en el asiento del copiloto.

—¿Puedo saber adónde vamos? —inquirió Emma, cada vez más nerviosa.

—Pronto lo verás —respondió Castellví secamente.

El vehículo emprendió la marcha hacia la parte alta de la ciudad. Emma miró el reloj: eran casi las siete de la tarde y el sol no tardaría en ponerse. Tras conducir inicialmente en dirección al río Besós, tomaron un desvío a la izquierda para empezar el ascenso sinuoso de las curvas de la Rabassada. Emma se quedó paralizada en cuanto se dio cuenta de dónde estaban. Había oído diferentes historias sobre asesinatos en esa carretera, de la que se decía que sus cunetas estaban llenas de cadáveres.

—Para el coche —exigió, tratando de no perder el control.

Castellví ignoró la petición.

—He dicho que pares el coche —insistió—. De acuerdo, he aprendido la lección, ¿es eso lo que querías? Tú ganas. Para el coche ya.

—Enseguida llegaremos.

El vehículo zigzagueaba por la carretera en sentido ascendente. Poco a poco la ciudad se alejaba y sus edificios se convertían en diminutos artefactos de juguete. Tras una sucesión de curvas que a Emma le pareció interminable, Castellví paró y puso el freno de mano.

LIII

La noticia de su permiso le había llegado a Henry como un inesperado regalo. En un primer momento se lo había tomado como una degradación, tal vez incluso un castigo por el rotundo fracaso de la última misión. Más tarde se enteró de que también Concha, que no había participado en la salida, y otros muchos compañeros iban a beneficiarse del permiso. Oficialmente, se trataba de dar un respiro a la tropa, aprovechando el inmovilismo de ambas partes en la línea del frente.

Henry no podía dejar de pensar en una ducha caliente y un cambio de ropa, que le libraran de una vez por todas de los piojos. Pero a continuación se atrevió a confesarse lo que llevaba tiempo pensando: que su pellejo peligraba doblemente. Las noticias sobre la relación entre el POUM y el resto de facciones republicanas empeoraban de forma ostensible y, cada día que pasaba, las cosas se ponían más feas. Sólo había que echar un vistazo a los pocos ejemplares de Solidaridad Obrera que llegaban al frente para darse cuenta de que se había declarado un enfrentamiento abierto contra la CNT y la FAI, a quienes se acusaba de sabotear la guerra. La Batalla informaba regularmente sobre los ataques verbales contra el POUM, que cada vez más se colocaba en el centro de la diana. Hablando en plata: o bien le mataba una bala del enemigo, o lo hacía un improvisado pelotón de fusilamiento. Tal vez fuera una percepción exagerada, pero desde luego no le apetecía quedarse para comprobarlo.

Tras una breve reflexión, la decisión estaba tomada. Escribió a Emma y le avanzó su intención de volver a casa. Tuvo que reescribir varias veces la carta para asegurarse de que, en caso de pasar por unas manos inadecuadas, sus intenciones no quedarían expuestas con demasiada claridad. El uso del inglés sin duda le ayudaría, ya que la mayoría de los españoles carecían de unas nociones básicas del idioma, pero debía asegurarse de que ni su integridad ni la de Emma corrían peligro como consecuencia de esa carta.

Pensó en despedirse de algunos compañeros, pero eso podría despertar suspicacias, así que se limitó a dar un breve abrazo a Tataret, a Nico y a algunos de los ingleses con los que había trabado algo parecido al compadreo.

—Nos vemos en unos días —insistió a todos y cada uno de ellos con el máximo aplomo posible.

El regreso a Barcelona no fue precisamente plácido: los afortunados beneficiarios del permiso se unieron para llegar a Barbastro de la mejor manera posible. Eso significó un incómodo viaje en camión, que se averió como consecuencia del mal estado del trazado, y una noche al raso. Por suerte, el terrible frío del invierno monegrino había dejado paso a una plácida primavera, así que la noche resultó más que soportable, sobre todo ante la perspectiva de disfrutar de una vida más allá del frente.

—¿Lo echarás de menos? —le preguntó de repente Concha mientras ambos compartían un cigarrillo.

Henry observó el gesto seguro de su compañera. Le había crecido un poco el pelo y podía apreciar algunos cabellos blancos que brillaban con el reflejo de la luna. No la había informado de su intención de volver a casa y no estaba seguro de querer hacerlo. Valoró la posibilidad de simular que no sabía a qué se refería, pero concluyó que Concha no lo merecía.

—Creo que sí, algún día lo haré —respondió finalmente.

Concha asintió y se quedó pensativa.

—¿Llevas tu licencia?

—Claro —respondió Henry, sacando la documentación del bolsillo que él mismo había cosido en el interior del petate.

—Deberías tirarla.

—¿Estás loca? Puedo necesitarla en cualquier momento. Además, no puedo ir indocumentado.

—Podría incriminarte, Henry. Si las cosas se ponen feas, este documento —señaló con el dedo el pedazo de cartón— puede ser tu pasaporte directo a la cárcel.

Henry sopesó el argumento de su compañera.

—¿De verdad crees que van a encarcelarme después de jugarme el pellejo en el frente por la República?

—Ahí lo pone bien claro, Henry: 29ª división. Todo el mundo sabe que

es una división del POUM. Para ellos, somos peor que el enemigo: unos traidores.

—Pero sabes que es injusto, Concha.

—Y también absurdo —concedió, dando una profunda calada al cigarrillo—. Pero esta discusión no te va a servir de nada.

—¿Y qué vas a hacer tú?

Concha se encogió de hombros.

—De momento, volver a Barcelona. Y a partir de ese momento, esperar. Con un poco de suerte, las aguas volverán a su cauce. Pero, por si acaso, voy a ser prudente.

La luz del alba los despertó unas horas más tarde. Les quedaba un buen trecho antes de llegar a Barbastro. El resto del grupo había decidido dar una vuelta por la ciudad en busca de algo de diversión. Concha y Henry prefirieron ir directamente a la estación de tren, donde podrían por fin viajar a Lérida y, de allí, a Barcelona.

En cuanto llegaron a la estación, una patrulla de control les detuvo un instante. Henry no logró averiguar si pertenecían a algún sindicato o si eran una especie de cuerpo policial sin uniformar, ya que no llevaban distintivo alguno.

—¿Venís del frente? —preguntó uno de ellos, dirigiendo sus miradas especialmente a Concha.

—Sí, de Alcubierre —respondió ella con firmeza, acostumbrada ya a toda clase de insinuaciones.

—Y tú, ¿eres inglés?

—Eso es, compañero —respondió Henry con su mejor cara. No era un buen momento para tener la piel fina.

Uno de los dos individuos, que parecía dotado de mayor autoridad, los examinó una vez más de arriba abajo. Henry ya se preparaba para enseñar su documentación cuando los dos hombres se apartaron y les hicieron un rápido gesto con la mano.

—Daos prisa. El próximo tren pasa en diez minutos.

LIV

—Sal del coche —ordenó Castellví.

—Para qué.

Castellví desenfundó su pistola y encañonó a Emma.

—He dicho que salgas.

Emma, paralizada por el miedo, tardó unos segundos en reaccionar.

Ambos bajaron del coche y Castellví indicó a Emma el camino por el que debía avanzar. Era un estrecho sendero que se abría paso entre la vegetación y que conducía con toda seguridad a algún rincón oculto en el bosque.

—No tienes por qué hacer esto, Guillem —Emma trató de apelar a su humanidad—. Estoy segura de que a ti tampoco te gusta.

Castellví ya no escuchaba, sólo daba indicaciones. Mala señal. Muy mala señal, se dijo Emma aterrorizada.

El sol se ocultaba tras la sierra de Collserola y en los bosques frondosos del Tibidabo empezaba a resultar difícil ver con claridad. Tropezó un par de veces con las raíces de los árboles y a punto estuvo de golpearse en la frente con un tronco atravesado. La maleza ya casi no dejaba avanzar, lo que significaba que estaban llegando a su destino. Podía sentir la respiración entrecortada de Castellví, abriéndose paso con la pistola en la mano.

¿Así es que ese iba a ser su triste final? ¿Un tiro en un bosque de la Rabassada? Miró hacia el suelo, desconsolada. A sus pies se abría un socavón de casi medio metro; lo vio a tiempo y consiguió sortearlo. Deseó con todas sus fuerzas que Castellví no lo hubiera visto.

Al cabo de un segundo, escuchó un quejido a su espalda. Castellví había caído de lleno y estaba tendido en el suelo. Era su única oportunidad: buscó con desesperación la pistola: había caído detrás de Castellví, y para cogerla tendría que saltar sobre él, ya que el sendero era realmente estrecho.

Tomó impulso y saltó por encima, pero su adversario le sujetó un pie y perdió el equilibrio. Notó el sabor de la tierra húmeda en su boca. Le sangraba un labio y creía haber perdido un diente en la caída.

Pero la pistola seguía allí, ahora sí, a su alcance.

Se abalanzó hacia ella y la sostuvo con ambas manos. Se levantó poco a poco mientras Castellví hacía lo mismo. Su traje de tonos claros había quedado cubierto de tierra y su cabello, despeinado y cubierto de sudor, le tapaba la cara de forma grotesca.

—Está bien, espero que ahora sí hayas aprendido la lección —dijo Castellví con una improvisada tranquilidad que desconcertó por un instante a Emma.

—No se te ocurra acercarte —ordenó, empuñando con fuerza la Tovarek de Castellví.

—Ni siquiera sabes cómo funciona, vamos.

—Como tú bien dijiste, la Tovarek no es la mejor pistola soviética, pero es muy eficaz. Le he quitado el seguro, si es lo que quieres saber.

Castellví la miró a los ojos. Había tres metros de distancia entre ambos, demasiado lejos para bloquearla, demasiado cerca como para confiar en que fallara. Debía acercarse un poco más.

—No vas a hacerlo, no eres una asesina —dijo, acercándose medio metro.

—No, no lo soy.

—Dámela entonces —ganó unos centímetros más. Ya casi la tenía.

Emma retrocedió un par de pasos. Incluso con un arma en las manos, se sentía en desventaja. Su mejor baza era amenazarlo hasta que llegaran al coche, pero una vez allí, ¿qué podía hacer? ¿Dejarlo en la cuneta y esperar a que sus matones fueran a buscarla en cuestión de horas? Demasiado arriesgado.

—Si vuelves a acercarte un solo palmo, dispararé. No habrá más avisos —sentenció.

Pensó en las constantes amenazas de Castellví, en sus turbios contactos, en su soberbia para todas las situaciones. Pero, sobre todo, pensó en Manuel.

—Podemos arreglarlo, Emma. Para y piensa.

—No, no podemos.

—¿Quieres salir del país? Haré unas llamadas y os daré un salvoconducto.

Emma dudó por un momento y sopesó el ofrecimiento.

—¿Cómo sé que no me engañarás?

—Acompáñame. Vas armada, dominas la situación. Además, sin ese salvoconducto no podréis huir, me necesitas.

La mano de Emma temblaba.

—Pero ibas a matarme.

—Pues ya lo ves: las cosas han cambiado. Has tenido un golpe de suerte, aprovéchalo.

Castellví dibujó su eterna sonrisa sarcástica y se dispuso a dar un paso adelante.

Emma no lo pensó más: apretó el gatillo y pudo ver con todo detalle cómo el cráneo maquiavélico de Castellví estallaba en pedazos.

Siempre había pensado que, si un día se veía obligada a disparar contra alguien, se sentiría horrorizada. En cambio, experimentó una repentina paz. Sintió ganas de lanzar la pistola entre la maleza, pero le pareció mejor llevarla consigo.

A cierta distancia escuchó el gruñido de un jabalí que merodeaba por la zona. Ni siquiera tuvo fuerzas para asustarse.

Contempló un instante el cuerpo inerte de Castellví. Lo dejaría allí, sin más, para que se descompusiera o para que se lo llevaran las alimañas. Si alguien lo merecía, era él.

Lentamente, se dirigió hacia el coche. Los faros seguían encendidos y el motor, en marcha. Le estremeció pensar lo que eso significaba: Castellví había planeado liquidarla de forma rápida, sin contemplaciones.

Escuchó el motor de un vehículo acercándose en la lejanía. ¿Y si era un compañero de Castellví? Esa gente no se andaba con tonterías. Valoró, aterrorizada, la posibilidad de apagar el motor y las luces,

pero el conductor del coche que subía podría sospechar que algo no iba bien. Finalmente optó por entrar en el vehículo y tomar el volante. Se recogió el pelo con un pañuelo para evitar ser identificada: una mujer sola en una curva de la Rabassada era demasiado sospechosa. Movió el vehículo hasta dejarlo de lado y esperó durante unos segundos que le parecieron eternos.

Por fin, el coche pasó de largo.

Emma respiró aliviada. Se dispuso a arrancar, pero se dio cuenta de que le faltaba recuperar algo importante. Con las piernas temblorosas, se dirigió de nuevo al cadáver de Castellví, abrió su americana y cogió el ejemplar de El romancero de la novia que él le había robado.

Reemprendió el camino hacia el coche y condujo a toda velocidad.

Mientras descendía por la carretera de la Rabassada, veía por el retrovisor la negra oscuridad que dejaba atrás. Le parecía que en cada curva abandonaba un capítulo de su negra estancia en Barcelona. Se percató, con absoluta certeza, de que esa oscuridad se quedaría para siempre allí, junto al cadáver de aquel miserable.

LV

Tuvo el tiempo justo de dejar el vehículo de Castellví aparcado unas manzanas más arriba de donde lo había encontrado y, luego, acercarse al piso. Allí cogió rápidamente los billetes y los pasaportes, y salió a toda prisa.

Al pasar frente a la puerta del violinista, se detuvo una vez más para escucharle interpretar su melodía. Esta vez la reconoció con total certeza: era el Nocturno de Schönberg. Su padre había tenido ocasión de conocer en persona al compositor y ella adoraba particularmente esa pieza.

Cuando llegó a la estación de Francia, Henry estaba allí.

La esperaba sonriente, con esa sonrisa franca que tanto había echado de menos. El miliciano permaneció inmóvil, precavido gracias a las advertencias que Ignacio le había hecho llegar.

Emma se acercó a él con paso firme, dejó caer la maleta en el suelo y lo besó sin prisa.

—¿Nos vamos de aquí? —preguntó Henry.

—Larguémonos.

En la acera opuesta, Armand observaba a la pareja. Un acceso de tos le impedía disfrutar de la escena como hubiera deseado, pero la vida en la retaguardia no dejaba lugar para muchas alegrías, así que había que disfrutarlas. Si ese cráneo privilegiado de Ignacio se dignaba cumplir con su promesa, esa noche habría whisky y celebración.

El ataque de tos llamó la atención de Emma. Se detuvo un momento y enseguida identificó la silueta inconfundible del librero. Sólo hubo tiempo para una breve sonrisa y un leve gesto de agradecimiento. Armand levantó el brazo lo justo para saludarla. Antes de verla desaparecer en la estación, murmuró:

—Mañana será otro día.

FIN

NOTA DEL AUTOR

La primera vez que leí Homenaje a Catalunya, de George Orwell, me llamó la atención que apenas hubiera alusiones directas a su mujer, Eileen, a pesar de que esta le acompañaba ni más ni menos que en la aventura de combatir en la guerra de un país extranjero. Lo interpreté como el legítimo deseo de centrarse en la óptica periodística, y no tanto en los detalles de su vida personal.

Sin embargo, en las sucesivas lecturas del libro de Orwell no pude dejar de preguntarme por la vida de Eileen O'Shaughnessy. ¿Qué la motivó a embarcarse en un viaje así? ¿Dónde se alojaba? ¿Cómo transcurría su día a día? ¿Qué preocupaciones la atormentaron durante su estancia en la retaguardia, a 300 km del frente donde su marido se jugaba la vida?

Muchas de estas preguntas acabaron dando forma a La mujer del miliciano. Esta no es una novela sobre Eileen, la mujer de Orwell —Eric Blair en la vida real—, sino sobre todas las acompañantes de los voluntarios extranjeros que lucharon en la contienda, ya fuera en alguna milicia local o en las brigadas que los aglutinaron. He querido tejer una historia que, por una vez, les ceda el protagonismo a ellas, las compañeras de viaje. Es también una ocasión excelente para hablar de la retaguardia, la cara B de la guerra. Me parecen, ambos, temas fascinantes que merecían, por qué no, una novela.

En el relato aparecen algunos personajes reales —como el propio Eric Blair y su mujer Eileen— y también literarios. No son sino secundarios al servicio de una trama y, por tanto, se circunscriben al ámbito de la ficción. Su aparición en la novela es un humilde homenaje a todos ellos.

Que la Barcelona de la Guerra Civil fue un nido de espías de diferentes nacionalidades es algo sabido por la mayoría de los aficionados a este periodo histórico. Ninguno de esos espías respondía al nombre de Guillem Castellví. Sí existió, sin embargo, una activa organización estructurada en torno a la NKVD soviética bajo la batuta de Alexander Orlov. A esa misma red perteneció también Erno Gerö, conocido como Camarada Pedro, a quien se cita en la novela. Él fue el responsable de

la NKVD en Catalunya durante la guerra.

Igualmente verídico es el episodio de persecución contra los milicianos y brigadistas del POUM, que, de la noche a la mañana, dejaron de ser valerosos combatientes para convertirse en traidores a la patria. La vergonzosa desaparición de su dirigente Andreu Nin fue la muestra más evidente del poder que el espionaje soviético llegó a tener sobre la frágil República.

El personaje de Eileen se basa, como he explicado más arriba, en la esposa de George Orwell. Sin embargo, únicamente he tomado su nombre y unos pocos detalles biográficos como un homenaje póstumo. Su papel como víctima del espionaje ruso es fruto de mi imaginación.

Tampoco Emma y Henry existieron, aunque bien podrían representar a miles de milicianos y brigadistas que se jugaron el pellejo y que, en muchos casos, perdieron la vida.

Armand Palau es, asimismo, un personaje ficticio, aunque sí existió un librero llamado Antonio Palau cuya librería estuvo exactamente en la calle Sant Pau, como la de Armand. No sólo fue un librero devoto, sino también un erudito.

Manuel, Ignacio, Lola, Antoñito... son personajes imaginarios. Pero no lo son los lugares y ambientes que los envuelven: las barracas del Somorrostro, los tablaos de moda en el Barrio Chino o las coplas que forman la banda sonora de este libro.

Son igualmente reales las ubicaciones clave de esta novela: el hotel Continental, el Falcón, el café Moka, la casa Lenin, el cuartel Lenin, los almacenes Jorba... todos ellos lugares verídicos y habituales del día a día de la vida de retaguardia.

La historia de Francisco, asesinado durante el primer bombardeo aéreo de 1937, está inspirada en un personaje real: Francisco Serveto Quintilla, de 70 años y tranviario de profesión. Por respeto a su memoria y a la de sus familiares, y dado que no es posible reconstruir con exactitud los pormenores de su historia, me he limitado a usar su nombre de pila.

La tonadilla de Ojos Verdes, que Manuel canturrea en las páginas finales de la novela, se estrenó en realidad en el Madrid de 1937, incluida en la obra María Magdalena, así que difícilmente podría haber llegado a oídos del malogrado limpiabotas en tan corto espacio de tiempo. Un poco más tarde la popularizaría la famosa Concha Piquer. Espero que los lectores me perdonen este pequeño

anacronismo, que me he tomado como una licencia al servicio de la trama.

Nos quedan, por último, los personajes más literarios. Román, el violinista de la calle Aribau es, por supuesto, un homenaje al genio creativo de Carmen Laforet, la jovencísima autora de ese universo novelesco que es Nada.

En cuanto a Valle-Inclán y su personaje de Max Estrella, debían tener su lugar en esta novela que pretende contar cómo fue el esperpento de la guerra. No se me ocurrió mejor forma de poner punto final a la novela que con la misma frase del borracho que responde a Don Latino al final de Luces de bohemia: «¡Cráneo privilegiado!». Confío en que Don Ramón María del Valle-Inclán, allí donde se encuentre, no se me enfade por ello.

EL AUTOR

AURELI VÁZQUEZ

Licenciado en Periodismo por la UAB, es autor de varios libros de divulgación histórica sobre la ciudad de Barcelona, entre ellos La Barcelona invisible (L'Arca, 2012) y La Barcelona fosca (Espai Literari, 2018). También es coautor del libro de relatos Me estás pisando el Chéjov (Espai Literari, 2016). En 2011 se estrenó como autor teatral con Embolic.com. Ha ganado diferentes certámenes literarios de relato y ha publicado centenares de artículos sobre temas diversos. Contar historias ha sido siempre el hilo narrativo de su vida, y desde 2005 lo hace en su propia agencia de comunicación.

La mujer del miliciano es su primera novela.

Enero de 1937. Barcelona, ajena aún al fragor de las batallas entre fuerzas franquistas y republicanas, vive una tensa espera en medio del entusiasmo de la revolución anarquista. Los sindicatos controlan las calles, pero la larga mano soviética empieza a impregnar la vida cotidiana. La ciudad es un nido de espías.

En ese momento, llega desde Gran Bretaña Emma, una joven de la alta sociedad, que acompaña a su marido, Henry, alistado como voluntario en las milicias del POUM. Él partirá pronto al frente de Aragón junto a George Orwell y ella se quedará sola en una ciudad extraña, que presiente la inminencia de las bombas enemigas.

La librería regentada por un intelectual descreído, Armand Palau, será el último refugio de Emma mientras peligros constantes y figuras de oscuros intereses la acechan.

Una historia poblada de personajes inolvidables, teñida de idealismo, que ha merecido el Premio Vallirana de Novela Histórica 2022.

diëresis
HISTÓRICA